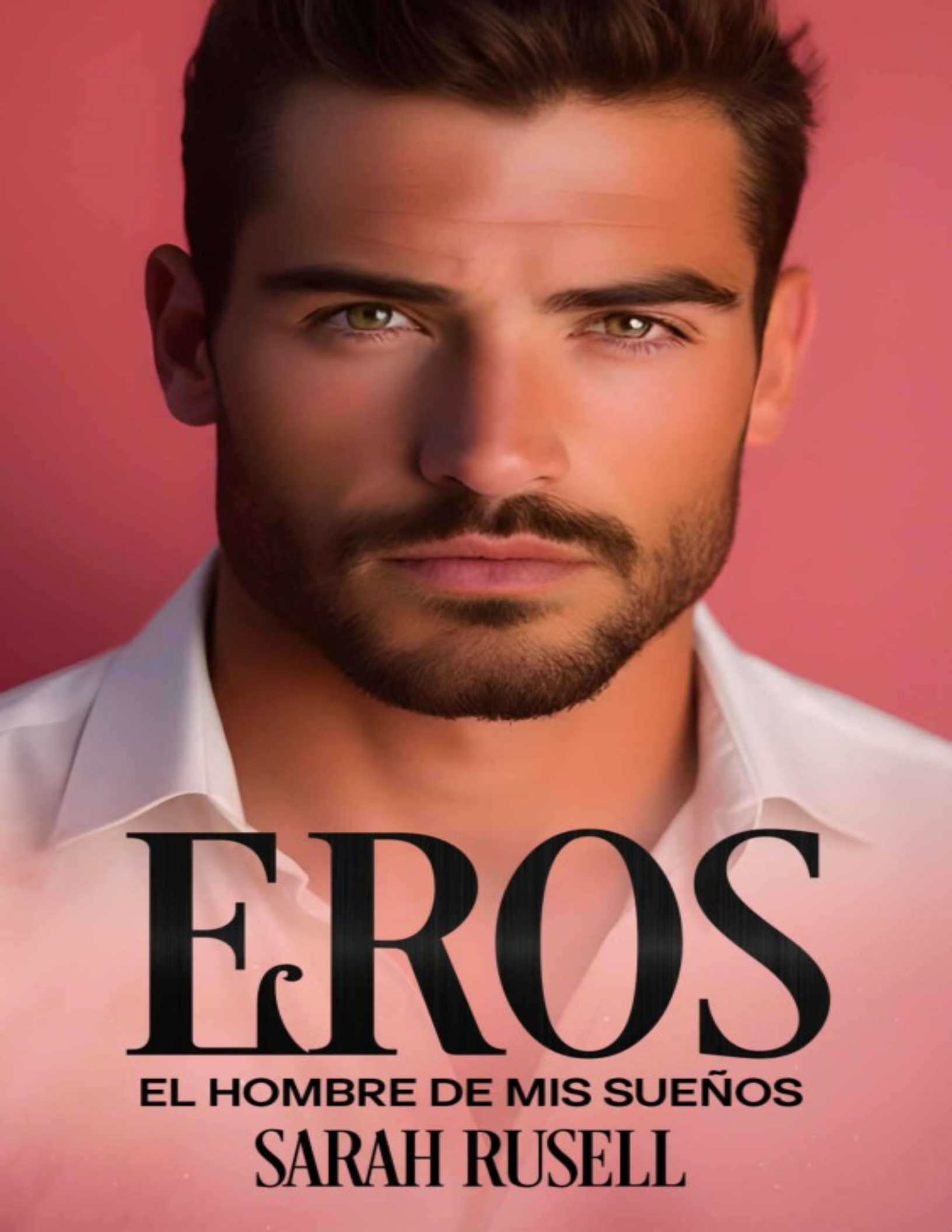

EROS
EL HOMBRE DE MIS SUEÑOS
SARAH RUSELL

EROS

EL HOMBRE DE MIS SUEÑOS

SARAH RUSELL

Primera edición.

Eros. El hombre de mis sueños

©Sarah Rusell

©septiembre, 2025

©imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Epílogo

Capítulo 1



Paula

—Amaya, espabila, que llegamos tarde —le dije a mi amiga, apresurando el paso.

—Corro lo que puedo, pero con estos zapatos es muy difícil —resopló, al tiempo que ponía los ojos en blanco.

—Te hubieras puesto algo más cómodo.

—Ya claro, ¿y perder mi encanto? Antes muerta…

—Que sencilla —terminé de decir por ella.

—¡Cómo me conoces! —Me guiñó un ojo.

—No entiendo tu afán de sufrir tantas horas.

—Tengo que estar siempre preparada por si me cruzo con el amor de mi vida.

—¿Sabes que vas a trabajar a un salón de belleza femenino? Te lo digo por si lo has olvidado.

—Lo sé, pero nunca se sabe, a lo mejor aparece un hombre guapo y muy rico acompañando a su madre, hermana o abuela.

—¿Y tiene que ser todo eso? —Me miró como si no entendiera lo que le decía—. ¿No te vale uno pobre?

—No, yo quiero uno que me mantenga a mí, y no al contrario.

—Claro, la niña es tonta.

—No, de hecho, mi madre te diría que soy demasiado lista. —Para lo que le convenía, eso, obviamente, me lo callé.

Amaya era mi mejor amiga y la quería tanto que la consideraba mi hermana, aunque en muchas ocasiones me daban ganas de estrangularla.

Claro que eso, entre hermanos, también era muy normal. En fin, todavía me quedaban muchos años para soportarla.

Era una mezcla de alegría, locura y pasotismo que no dejaba a nadie indiferente. Perdón, me olvidaba de decir que también era la mujer más presumida de la tierra.

Nos conocíamos de toda la vida, o prácticamente toda, porque no tengo un solo recuerdo de mi infancia en el que ella no estuviera presente. Si no estaba yo en su casa, era ella en la mía. El caso es que parecíamos dos siamesas a falta de estar unidas por alguna parte del cuerpo.

Siempre lo planeábamos todo juntas: cuándo nos íbamos a echar el primer novio, cuándo íbamos a perder la virginidad… En fin, ese tipo de cosas que planean dos adolescentes con las hormonas revolucionadas.

La única diferencia entre ella y yo era que Amaya seguía viviendo en un cuento de hadas, esperando a que llegara su príncipe azul, mientras que yo desperté de ese cuento cuando me rompieron el corazón por primera vez.

A decir verdad, a lo largo de los años me lo habían roto más de una vez. Que conste que de todas salí adelante; vamos, que ninguno me marcó lo suficiente como para crearme un trauma. Lo que sí ocurrió es que terminé desencantada con los del sexo opuesto.

No por nada en particular, simplemente porque sentía que no me aportaban nada. Eso era lo que pensaba yo. Si le preguntáis a mi madre, os dirá que es porque todavía no me ha llegado el hombre indicado. *«Ni falta que hace»*, pensé.

A lo que iba, que me despisto y empiezo a hablar de cosas que no vienen al caso. El asunto es que Amaya seguía esperando la llegada de ese príncipe azul del que antes os hablé.

Ojalá lo encontrara pronto, porque cuanto más tardaba, más insoportable se volvía. En su caso, no creía que los hombres tuvieran la culpa, porque pretendientes no le faltaban. Más bien era ella quien se aburría con facilidad y, claro, ¿qué pasaba cuando eso ocurría? Que terminaba sacándoles defectos hasta por sus maneras de respirar.

Creo que habían pasado tantos príncipes por su vida que, al final, iba a quedarse con el mayor sapo de la historia. Supongo que ya se daría cuenta. Ahora os voy a contar un poco más de mí —ya sabéis, por eso de ir conociéndonos y creando un lazo bonito entre vosotras y yo—.

Desde muy pequeña tuve claro que quería dedicarme al mundo del estilismo. Tratar con el pelo y el maquillaje me fascinaba, porque sentía que en mis manos tenía el poder de hacer realidad transformaciones que las mujeres necesitaban: ya fuera para sentirse mejor consigo mismas o porque buscaban un cambio en sus vidas.

No sé qué nos pasa cuando tenemos una ruptura amorosa, pero casi siempre recurrimos a un cambio radical, ¿o no es así? ¿Vosotras qué pensáis?

Una de las cosas que más me gustaba era que la mayoría me daban la libertad para que yo hiciera lo que creía que les iba a quedar mejor y siempre se iban de mi centro de belleza contentas y agradecidas.

Empecé desde cero, vamos, como todo el mundo cuando empieza con un negocio, no era yo la única. A lo que iba, empecé desde cero, alquilé un local pequeño, para empezar. Como no sabía si me iba a ir bien, compré solo lo necesario.

Me recorrí las calles repartiendo panfletos por todos lados, de punta a punta de la ciudad, desde los barrios más humildes hasta las zonas más adineradas.

No fue rápido: las primeras clientas llegaron poco a poco. De esas clientas se empezó a correr la voz de mis buenas manos, y como todos sabemos, no hay mejor publicidad que el boca a boca. Así, con los años, conseguí lo que hoy en día tenía.

¿Qué pasó con aquel primer local? Lo terminé comprando, y también el de al lado. Lo que logré reunir en los primeros años lo invertí en la remodelación de ambos.

Como no podía atender a tantas personas sola, empecé a contratar profesionales de la peluquería. Incluso convencí a Amaya para que estudiara lo mismo, ya que estaba sin hacer nada. Lo hizo, y desde entonces trabajaba para mí.

Aclarado cómo empecé en este mundo, vayamos a mi vida personal. Como ya sabéis, no tengo pareja, por mucho que le pese a mi madre. Lo que sí tengo es una madre que daría la vida por mí y con la que me llevo de maravilla, salvo cuando hablamos de los nietos que no llegan.

Porque, a mis treinta y cinco años, ni tengo hijos ni tampoco los quiero. No porque no me gusten los niños, que no es el caso, sino porque, como ya os he dicho, no encuentro un hombre con el que me apetezca tenerlos.

Por otro lado, también está mi hermano Daniel. Es siete años mayor que yo, y mi madre anda igual de desesperada con él, porque tampoco ha sentado cabeza, ni tiene pareja, ni quiere tenerla.

Me encanta cuando mi madre se pone melodramática con la mala suerte que ha tenido con sus dos únicos hijos, sobre todo cuando empieza a decir que fulanita, más joven que ella, ya es abuela. Según dice, no es justo lo que le estamos haciendo.

Recuerdo unas navidades en las que mi hermano y yo nos pusimos de acuerdo para regalarle un muñeco de esos hiperrealistas que se pueden

encargar a medida.

Lo colocamos en un carrito de bebé y se lo entregamos con una nota que decía: «Cuídala, porque es lo más cercano a una nieta que vas a tener en mucho tiempo». Más no pudimos reírnos cuando lo vio. Lo peor vino después: estuvo una semana entera sin hablarnos. Pero valió la pena, porque dejó de insistir durante algunos meses con el tema.

Daniel es un hombre guapo y muy atractivo. Para ser sincera, más atractivo que guapo, y por eso se lleva a las mujeres de calle… a las mujeres y a los que no lo son. Para prueba, tenemos a Pablo, un empleado mío que, desde que conoció a mi hermano, anda babeando cada vez que lo ve.

Pablo dice que es consciente de que Daniel nunca lo va a mirar como algo más que un amigo con el que a veces salimos de juerga, pero eso no le impide fantasear. ¿Y quién soy yo para decirle que no sueñe con lo que le dé la gana? Nadie. Cada uno invierte su tiempo y su imaginación donde quiere.

No penséis que Pablo se queda para vestir santos, porque no es así. Como sabe perfectamente lo que puede o no puede tener, no pierde el tiempo, y sus buenos ligues se los lleva a la cama.

—Paula, llegas un poco tarde —me dijo Pablo, lo que yo ya sabía y por lo que venía casi con la lengua fuera.

—Gracias por confirmármelo, no tenía constancia de ello. Creía que venía con una hora de adelanto.

—Uy, hoy viene la jefa sarcástica. Nena, no sabes cómo me pones cuando tienes esa actitud. —Pasó por mi lado y me dio un cachete en el culo.

—Eres un descarado. —Con él no podía, era de los que hacían lo que querían, importándoles todo un pimiento.

—Sí, y me encanta serlo. —Me guiñó un ojo—. Por cierto, tu primera clienta te está esperando. Menos mal que me tienes a mí para que no se cabree. —Sabía de sobra lo zalamero que podía llegar a ser y cómo se ganaba a todo el mundo con su palabrería, así que no dudaba que había logrado

calmar a la clienta, y más sabiendo cómo era la señora Maruja, que era la que me estaba esperando.

—Gracias, amor mío. —Le di un beso en la cara.

—Nena, si quieres que te siga ayudando en estas situaciones, ya sabes lo que tienes que hacer. —Al capullo le encantaba ponerme en este tipo de tesituras.

—¿De veras te gustan los tíos? Porque este tipo de cosas me hacen creer que no.

—Lo que creas o no, no es mi problema, así que ya sabes —suspiré y, con resignación, me acerqué para darle un pequeño beso en los labios.

—Capullo —le susurré.

—También lo sé, pero no por eso me quieres menos.

—Algún día me voy a cobrar todos estos besos de una vez.

—No sé por qué te quejas tanto, si son los únicos labios que tocas —me dijo con una sonrisa de «conmigo no puedes, nena»—. Además, ya que no puedo besar los de tu hermano, beso los tuyos.

—Entonces será mejor que sigas con los míos, porque los de Daniel no los vas a probar nunca.

—La esperanza es lo último que se pierde. Quién sabe si algún día ese dios recobra la conciencia y se enamora locamente de mí.

—Claro que sí, tú sigue soñando, que los sueños nos llevan a lugares maravillosos. Anda, sigue con lo tuyo, que estoy viendo cómo Maruja me está traspasando con la mirada.

Me puse el mandil que utilizaba para llevar los utensilios que más usaba y me fui hacia mi clienta.

—Buenos días, Maruja. ¿Cómo está hoy? —Siempre se andaba quejando de algún tipo de dolencia.

—Deja los buenos días y ponte a trabajar. —Qué simpática era esta mujer. Se nota que estaba siendo sarcástica, ¿verdad?

—Perdone el retraso, los bancos cada vez están peor —me disculpé con ella.

Esta era una de las cosas que peor llevaba de trabajar de cara al público: tener que dar siempre la razón.

—No me des excusas, que no me valen de nada. Por tu culpa voy a llegar tarde a mi cita con Paquita. —Que conste que solo me había retrasado diez minutos, y su cita con la otra, que era igual que ella, consistía en irse al bar de la plaza a despotricar de todo aquel que pasara por delante.

Mejor ponerme manos a la obra: cuanto antes terminara, antes se marcharía con su mala leche a otro lugar, como, por ejemplo, la plaza.

—Niña, no pegues tantos tirones. —No sé cómo pretendía que le desenredara el pelo si se lo lavaba una vez a la semana, vamos, cuando venía aquí. Y ya no digamos peinárselo… aquello, en vez de parecer una cabeza, parecía un nido de cuervos.

—Lo siento, pero es que tienes algunos enredos.

—Tonterías, tú lo que quieres es dejarme calva para que deje de venir.

—Maruja, no sea tan malpensada. —Aunque ganas no me faltaban de que eso se hiciera realidad.

—El dicho de «piensa mal y acertarás» es muy cierto. —Qué mujer más insoportable.

En cuanto terminé con ella y salió por la puerta, todos mis empleados y yo pudimos respirar con tranquilidad. El resto del día transcurrió como casi

siempre: con música de fondo —porque eso nunca podía faltar— y con el buen ambiente que reinaba en el local.

Capítulo 2



Eros

—De verdad, Selena, no entiendo el drama que estás montando —le dije a mi hermana, a punto de estallar; no soportaba cuando se ponía en plan caprichosa.

Que a mis cuarenta y dos años tuviera que aguantar estas escenas era algo que me sacaba de quicio.

Yo era un hombre serio, que disfrutaba de la vida con dos simples cosas: hacer prosperar mis negocios y darme revolcones con mujeres espectaculares. Eso sí, no era de los que mentían para llevárselas a la cama. Cuanto más claras quedaran las cosas, mejor. Siempre les decía que aquello era solo una noche, sin cuentos de hadas.

La culpa de que mi hermana fuera como era no se la podía echar a nadie más que a mí. Cuando ella tenía doce años y yo veinticuatro, nuestros padres fallecieron en un accidente de coche. La culpa fue del chófer, que por suerte también murió en el impacto.

Digo por suerte, porque el muy hijo de puta iba borracho y fue quien se saltó un stop. Al ser yo el familiar más cercano, Selena quedó bajo mi tutela.

El problema fue que, pensando que la muerte de nuestros padres la destrozaría, intenté darle todo lo que pedía. El resultado era la mujer

caprichosa que tenía delante, que montaba numeritos cada vez que no se salía con la suya.

—Lo dices porque no eres tú a quien han dejado tirada para el día más importante de su vida.

—Por Dios, Selena, que hay millones de peluqueras en el mundo.

—¿Dónde vamos a encontrar una con tan poco tiempo? —preguntó mientras se limpiaba los mocos del llanto.

—Dile a tu novio que se implique un poco y que te ayude, os vais a casar vosotros, no yo. —Mi cabreo iba en aumento.

—Ángel es un hombre muy ocupado.

—¿Te estás riendo de mí? Porque si es así, no me hace ni puta gracia.

—Solo te digo la verdad.

—Pues que se desocupe, porque ya me tenéis hasta las narices los dos.

No sé si pensaba que yo me rascaba los cojones o si estaba acostumbrada a que lo dejara todo por ella, pero me tocaba demasiado la moral que dijera que su novio estaba muy ocupado, cuando debería ser él y no yo quien se ocupara de estas cosas. Bastante tenían ya con que yo pagara la boda por completo y les hubiera comprado la casa donde iban a vivir.

—Eros, tienes que conseguir a alguien que me peine y me maquille ese día. Y tiene que ser la mejor.

—Selena, te lo voy a decir una vez más y espero que lo entiendas de una vez por todas: ese es tu problema, no el mío.

—Por favor, hermanito —ya estaba tardando con sus chantajes emocionales—, tú conoces a más personas.

Con tal de que se fuera y me dejara tranquilo, iba a intentar arreglarle el problema.

—Veré qué puedo hacer, pero desde ya te digo que es lo último que haré por la boda. A partir de ahora, todos los problemas que surjan los vais a arreglar vosotros. —Me puse muy serio; era la única forma de que entendiera que no estaba bromeando.

—Te lo prometo. —Se lanzó hacia mí—. Gracias, gracias, te quiero. —Me abrazó y empezó a llenarme la cara de besos.

Por muy caprichosa que fuera, la quería con todo mi corazón. Era la única familia que me quedaba. Pero no por ello iba a dejar que me dominara. Puede que esta vez se hubiera salido con la suya, pero intentaría que no volviera a ocurrir.

Después de que se marchara, me levanté. Había quedado con un amigo al que hacía tiempo que no veía. Solía pasar la mitad del año en Atenas, de donde soy, y la otra mitad en España, que desde hace años era mi segunda residencia.

Selena hacía lo mismo, hasta que conoció al que iba a ser su marido. Desde entonces, solo iba a nuestra casa de allí cuando él tenía vacaciones.

Yo, aunque me pasara medio año en Grecia, solía venir alguna semana para ver cómo iba todo y para que mi hermana me tuviera cerca. Pero esta vez llevaba más de dos meses sin aparecer.

Nada mejor que quedar con un amigo para despejarme un poco. Selena parecía que hubiera estado esperando a que pusiera un pie aquí para venirme con lloros y lamentos.

Llegué al local donde había quedado con Daniel. Al entrar, lo vi con un codo apoyado en la barra, intentando ligar con la camarera que lo atendía. Bueno, «intentando» no era la palabra: la chica ya estaba en el bote.

Daniel era otro como yo: cero compromisos y todos los revolcones posibles. No pude evitar sonreír al ver aquel despliegue.

Lo conocía de sobra: esas sonrisas dirigidas, el toque superficial en la mano de la chica, la mirada como si fuera lo más bonito del mundo… siempre le funcionaba.

—Una cerveza —pedí, sentándome a su lado sin decirle nada—. Y al señor que te está molestando ponle lo que quiera.

Sabía que en cuanto me escuchara iba a girarse.

—Tío, eres único con tus entradas. —Nos abrazamos, dándonos unas cuantas palmadas en la espalda.

—Estabas tan entretenido que ni te diste cuenta de que había llegado. —Nos volvimos a sentar en los taburetes.

—¿Cómo te ha ido todo?

—Bien. Por allí siempre va todo bien.

—Ese «bien por allí» me suena a que por aquí es todo lo contrario. —Le di un gran sorbo a la cerveza—. Imagino que tu hermana te ha vuelto a liar.

—Hace pocas horas que llegué y ya estoy deseando irme. La quiero mucho, pero cada vez me cuesta más soportarla.

—¿Qué le pasó a la princesita esta vez? —Daniel no era precisamente fan de mi hermana.

—Por lo visto, la peluquera que iba a peinarla tuvo un problema personal y no podrá hacerlo.

—Uff, no me quiero ni imaginar el numerito que te montó.

—Calla, no me lo recuerdes. —Puse los ojos en blanco y resoplé—. Al final, para dejar de oírla, le prometí que le buscaría a alguien que la peine y maquille ese día. Y no tengo ni idea de por dónde empezar; esas cosas no me interesan.

Daniel empezó a reír con esa sonrisa de autosuficiencia que solía poner cuando sabía algo que tú no.

—No te rías, que de verdad tengo unas ganas de que se case de una vez.

—Sabes que, aunque se case, siempre recurrirá a ti.

—No le voy a negar mi ayuda, pero tendrá que empezar a solucionar sus propios problemas.

—Sí, pero el de la peluquera ya te lo encasquetó a ti. —Se rio a carcajadas.

—Joder, parece que te alegras de mis dolores de cabeza. —Me reí también.

—Ni por asomo. Y para que veas que soy tu amigo, creo que podría darte una solución.

—¿En serio? ¿Conoces a alguien de ese mundo?

—Sí, de hecho, alguien muy cercano tiene un salón de belleza. Lo que no sé es si estará ocupada para hacer las pruebas de peinado y maquillaje o si estará disponible el día de la boda.

—Daniel, tienes que hablar con esa amiga tuya cuanto antes y pedirle que me haga el favor.

—¿Y quién ha dicho que sea amiga mía?

—Bueno, quien sea. El factor no altera el producto.

—Este producto sí que se altera, y más si tú merodeas cerca de ella.

—Joder, si tú eres igual de mujeriego que yo y nunca dices que no a un revolcón.

—A esta ni me la imagino de ese modo. Créeme, ni aunque fuera la última mujer sobre la tierra.

—Por cómo me la pintas, me imagino que debe de ser una de esas difíciles de mirar, por no decir fea de narices. —El cabrón no paraba de reírse.

—Te equivocas otra vez. Te prometo que intentaré que te haga el favor si me prometes que no te acercarás a ella.

—No sé qué tendrá esa mujer para ti. De todos modos, te prometo que no me acercaré.

—Hablaré con Paula y, dependiendo de lo que me diga, te aviso para que pases por su salón y hables con ella.

—¿No me vas a decir por qué es tan importante para ti?

—Venga, voy a ser bueno y te lo voy a decir. ¿No te suena el nombre de Paula?

Por más que pensé, no recordé ninguna mujer con ese nombre.

—Es mi hermana.

—Hostia, ni me acordaba de cómo se llamaba tu hermana. Nunca la he conocido y tampoco es que hayas hablado mucho de ella. Aunque, ahora que lo recuerdo, creo que una vez me dijiste que a tu hermana le iba bien el negocio, pero no sabía de qué tipo.

—Se lo ha currado mucho, la verdad. Admiro el tesón que ha tenido hasta llegar donde está. Y lo ha hecho sola. —Se notaba que Daniel la admiraba de verdad, y eso que a él también le iba muy bien en la vida y podría haberla ayudado.

—No recuerdo si me dijiste cuántos años tiene. Imagino que os lleváis más o menos lo mismo que yo con Selena.

—No, yo me llevo siete años. Ella tiene treinta y cinco.

—Ya sé que no me concierne, pero ¿por qué no la ayudaste cuando empezó?

—Mi hermana no tiene nada que ver con la tuya. —Me miró—. No te lo tomes a mal, no lo digo en ese sentido. Paula siempre quiso ganarse las cosas por sí misma. Aunque le ofrecí dinero para que empezara a lo grande, lo rechazó, prefiriendo empezar desde cero. Dice que así se siente más orgullosa.

—Imagino que, a su edad, ya estará casada y con familia.

—Todo lo contrario. Dice que tener pareja no entra en sus planes, y mucho menos formar una familia. Pero basta ya de hablar de ella. —Mejor, porque a mí su hermana solo me interesaba para que peinara a la mía.

—Antes de terminar, ¿puedes llamarla y preguntarle si puedo ir mañana a hablar con ella? Quiero cerrar este tema con la máxima premura.

—Voy a salir a llamarla, ahora te digo algo —asentí, y mientras él se levantaba, pedí otras dos cervezas.

—No sé si me gustas más tú o tu amigo —me dijo la camarera con descaro, después de servirme.

—Si estás intentando ligar conmigo, desde ya te digo que pierdes el tiempo. Mejor sigue con mi amigo. —No me gustaban las personas tan lanzadas, que con tal de ligar les daba igual uno que otro.

—Chico, tampoco creo que haya dicho nada malo.

—Creo que deberías mostrar más respeto, sobre todo a los clientes. No creo que a tu jefe le haga gracia lo lanzada que eres. Así que, si no te importa, lo de «chico» lo dejas para niños de tu edad. —Sé que había sido muy borde, pero a veces era necesario.

—Me ha dicho que te pases mañana por la mañana por su salón. Ella va a estar allí, para que le digas cuándo es la boda y qué necesitas.

—Gracias, te debo una muy grande, aunque no sepa si va a aceptar.

—No ha sido nada.

Le conté lo que había pasado con la camarera cuando él estuvo fuera y le pasó lo mismo que a mí: para Daniel había perdido todo su encanto. Así que terminamos esas cervezas y nos fuimos de ese local a otro.

Capítulo 3



Paula

—Buenos días, muñequito —dije al entrar en el salón.

Casi siempre era yo quien abría, pero tanto Pablo como Amaya tenían llaves para que, si llegaban antes, no se quedaran en la calle pasando frío o calor.

—Buenos días, amor de mi vida. —Vino hacia mí y me dio el beso de siempre en los labios.

—Hoy va a venir un amigo de mi hermano para hablar sobre la boda de su hermana. Por lo visto, la estilista que la iba a arreglar tuvo un problema y les corre prisa encontrar a otra —solté de carrerilla, porque no quería que empezara a acribillarme con preguntas que no sabría contestar.

—¿Y está igual de bueno que mi amor platónico? —¿Veis? Lo conocía demasiado bien.

—No lo sé. Es verdad que en alguna conversación en casa de mi madre ha salido su nombre, pero no sé mucho más.

—¿Y cómo se llama el hombre misterioso?

—Eros, o eso fue lo que me dijo mi hermano.

—Uy, nena, como sea igual que el dios griego, me pongo malo solo de imaginarlo. ¿Sabías que Eros es el dios del amor, la sensualidad y el deseo carnal?

—Lo del dios del amor sí lo sabía, pero no que tuviera también esas otras cualidades.

—Es que el amor iba de la mano de lo otro… al menos antes. Hoy en día la sensualidad y el sexo no tienen que ver con el amor, más bien con la lujuria.

—¿Y tú cómo sabes tanto de esos temas?

—Que mi cuerpo esté rodeado de plumas no significa que no me guste la historia. —Menos mal que él mismo admitía que tenía pluma de sobra, aunque a él le encantaba ser como era… y a mí mucho más.

—¿Han anulado alguna cita? —Pablo era el encargado de llevar la agenda.

—No. ¿Y a qué hora se supone que viene el dios griego?

—No tengo ni idea. Pero cuando venga, si me pilla ocupada, tendrá que esperar. Como bien sabes, no se puede dejar a una clienta a medias. —Por muy amigo de mi hermano que fuera, no iba a tener trato distinto.

—¿No está tardando Amaya más de la cuenta?

—Seguro que se le pegaron las sábanas otra vez. —A pocas personas conocía a las que les gustara la cama tanto como a mi amiga.

—Pues esta semana ya van dos veces.

—No importa, su clienta viene media hora más tarde que las nuestras.

Nos entretuvimos un rato cambiando cosas de sitio. Tanto a Pablo como a mí nos encantaba mover muebles y decoraciones, aunque fueran los mismos objetos, porque al recolocarlos siempre parecía que el local tenía otro aire.

—Me encanta cómo ha quedado, aunque allí pondría una de esas plantas grandes, porque ahora se ve muy vacío —dijo, señalando una esquina.

—Tienes razón. Esta tarde, que la tengo más libre, pasaré por una tienda de decoración.

—En una tienda de decoración no hay plantas vivas. —Me reí.

—Lo sé de sobra, pero me niego a comprar una natural. Sabes que se me mueren todas, hasta los cactus.

—Normal que se mueran, si las riegas una vez cada tres meses. —Nos echamos a reír.

—No es mi culpa que me olvide. —Me encogí de hombros.

—Menos mal que no tienes hijos, porque los matarías de hambre.

—Hijo, no seas tan exagerado. Una cosa son las plantas y otra muy distinta un niño.

—Sí, la diferencia es que uno no se mueve ni pide comida, y el otro sí llora para pedirla. —Qué capullo era cuando quería.

—Te recuerdo que tuve a Oreo hasta que se me murió de viejito. —Me acordé de mi gato blanco y negro y se me humedecieron los ojos.

Oreo no había sido solo una mascota para mí; él fue mucho más. Lo encontré en la calle, muerto de hambre, sucio y con los ojos enfermos, cuando yo tenía trece años.

No lo dudé: lo recogí, lo envolví en mi chaqueta y lo llevé a casa. Mi madre puso el grito en el cielo al verlo, pero dos días después ya no podía separarse de él.

Cuando me independicé, me lo llevé conmigo. Ni loca lo dejaba en casa de mi madre. Oreo era mi niño, y me acompañaría hasta el fin del mundo.

Se marchó hace cuatro años, dejándome un vacío enorme. Aún me costaba hablar de él sin ponerme sentimental. Pablo y Amaya quisieron regalarme otro gato, pero me negué rotundamente. Ninguno ocuparía su lugar.

Ellos insistieron en que no buscaban sustituirlo, sino que no me sintiera sola. Pero yo no estaba preparada para encariñarme con otro y luego sufrir su pérdida.

Oreo me había dolido tanto, que lo pasé fatal. Y sabiendo cómo soy, estaba segura de que acabaría encariñándome de cualquier animal, porque para mí los animales valían mucho más que la mayoría de las personas. Cruel o no, me daba igual lo que pensaran de mí. Los animales eran extraordinarios, todos. Pero con los gatos tenía una conexión especial.

Esos seres sigilosos que parecían invisibles en casa, pero transmitían una paz increíble. Que, cuando percibían tu tristeza o inquietud, se acurrucaban a tu lado para recordarte que estabas acompañada. Eso sí, también sabías que había gato en casa cuando montaban alguna de sus travesuras… y eran muchas, siendo sincera.

No descartaba que algún día volviera a adoptar otro gato, pero por ahora no.

—Buenos días —dijo Amaya, entrando por la puerta.

—Dirás, buenas tardes —le contestó Pablo. Entre ellos había una especie de amor-odio que dependía del día.

—Pablito, no empecemos, que podemos terminar muy mal.

—Cariño, yo no estoy empezando nada, pero últimamente te sales con el horario.

—No empecéis y poneos a trabajar. —Cuando se ponían así, lo mejor era cortar cuanto antes.

Por suerte, las primeras clientas entraron justo en ese momento, así que no pudieron seguir con sus pullas. Cada uno se puso con la suya y, entre música,

risas y cotilleos, cuando quise darme cuenta ya era media mañana.

—Madre del amor hermoso. —Escuché a Amaya.

Giré la cabeza para ver a qué venía esa expresión y me la encontré con la boca abierta. Y no solo ella: su clienta y Pablo también estaban igual.

Seguí la dirección de sus miradas y, por poco, me pasó lo mismo que a ellos. Pude disimular de milagro.

Por la puerta acababa de entrar el hombre más guapo que había visto en mi vida. Ni modelos ni actores podían compararse. Ese hombre tenía algo que te atrapaba, que hacía imposible apartar la vista de él.

«Dios, gracias por alegrarme la mañana», pensé. Porque ese hombre no era un simple hombre: era, como bien decía su nombre, un dios griego. Estaba segura de que era el amigo de mi hermano, ya que aquí casi nunca entraban hombres si no venían acompañando a una mujer, y claramente no era su caso.

—Buenas tardes, busco a Paula —dijo con una voz tan varonil que me puso los vellos de punta.

Me había quedado tan absorta como los demás, así que no contesté hasta que Pablo carraspeó a mi lado.

—Nena, ese adonis pregunta por ti —susurró para que solo yo lo escuchara.

—Hola, yo soy Paula. —Me acerqué a él.

—Soy Eros, tu hermano me dijo que pasara esta mañana. —Le extendí la mano. Cuando lo toqué, sentí como si una descarga eléctrica me atravesara.

—Sí, te estaba esperando. —Miró alrededor, notando todas las miradas fijas en nosotros, y parecía incómodo con tantos espectadores.

—¿Te importaría que habláramos en un lugar más privado?

—No, podemos ir a la cafetería que está al salir.

—Si no te importa, me sentiría mucho más cómodo. —Me sonrió—. Si te pillo en mal momento, puedo volver a la hora que te venga mejor.

Por suerte, para mí, no estaba atendiendo a ninguna clienta.

—Ahora me va bien. —Me volví hacia Pablo y Amaya—. Chicos, quedáis al mando, ahora vuelvo.

Amaya me miró con cara de «¿qué pasa aquí?», claro, como había llegado tarde, no se había enterado de que vendría un amigo de mi hermano. Seguro que Pablo la pondría al día en cuanto yo saliera por la puerta.

Fuimos a una cafetería cercana a mi centro. Imaginé que, como me había pedido hablar en otro lugar, allí se sentiría más cómodo. Lo entendía: no era lo mismo conversar a solas que delante de un montón de cotillas.

Para mí también era más cómodo, todo sea dicho. Ya tendría lo mío cuando volviera, porque estaba segura de que Pablo y, sobre todo, Amaya me acribillarían a preguntas.

—¿Cómo es que nunca hemos coincidido? —me preguntó cuando nos sentamos.

—Supongo que no se dio el caso. He salido muchas noches con mi hermano y nunca te había visto. —Me ponía nerviosa al mirarlo a los ojos; tenían algo hipnótico.

—Tengo que admitir que Daniel me había mencionado alguna vez, pero nunca habló de ti en profundidad.

—Es normal. No compartimos los mismos amigos, y no tenemos por qué saber de la vida del otro. En mi caso, sí es verdad que alguna vez he salido con Amaya y Pablo, que son mis mejores amigos, pero nunca con el círculo de mi hermano. —De lo nerviosa que estaba, hablaba más de la cuenta.

—Perdona —se disculpó cuando le sonó el teléfono—, tengo que atender esta llamada. Puedes ir pidiendo mientras. Yo quiero un expreso.

Asentí, aunque creo que ni me vio, porque ya iba camino de la puerta.

Capítulo 4



Eros

¿Dónde había tenido el capullo de Daniel escondida a su hermana todo este tiempo? Se lo había callado muy bien, y ahora entendía el porqué: aquella mujer era demasiado guapa, tan deslumbrante, que me dejó completamente fascinado cuando la vi en el centro. Y en aquel momento, con ella sentada frente a mí y luciendo esa sonrisa tan bonita, me era imposible apartar la mirada.

Ahora todo tenía sentido. Comprendía por qué nunca la había traído a ninguna de nuestras salidas, ni conmigo ni con otros amigos, y por qué apenas hablaba de ella lo justo. Daniel no era tonto, sabía que nos iba a gustar demasiado en cuanto la viéramos. Yo tampoco querría a mi hermana rodeada de mujeriegos como lo éramos nosotros, así que seguramente por eso se cuidaba de mantenerla al margen.

—Dime, Selena —respondí con desgana, a ver qué le pasaba ahora. No sabía si estaba de los nervios por la boda o si con los años se estaba volviendo más caprichosa.

—Solo quiero saber si has encontrado a alguien para que me arregle.

Solté un suspiro.

—Estaba reunido con ella cuando llamaste, no te puedo decir más por el momento.

—Es que estoy nerviosa con ese tema y hasta que no esté solucionado no voy a poder respirar. Eros, tengo que ser la novia más bonita que se haya visto en la historia.

La vanidad le salía por los poros.

—Estoy seguro de que lo serás —le dije solo por quitarme la conversación de encima.

—¿Cómo es que has encontrado a alguien tan pronto?

—Selena, aún no he concretado nada. Apenas hablé con ella y no sé si aceptará. Le comenté tu problema a Daniel y él me hizo el favor de hablar con su hermana, que tiene un centro de belleza. Pero no sé si podrá cuadrar las fechas, está muy solicitada.

—Ofrécele la cantidad de dinero que sea necesaria para que acepte.

Ahí estaba, otra vez, la misma historia de siempre: pretendía resolverlo todo a golpe de talonario. Creía que el mundo entero se compraba con billetes, que bastaba con enseñar dinero para obtener lo que deseaba.

—Selena, no todo el mundo se vende.

—Claro que sí, solo hay que saber cuánto ofrecer.

Me contuve para no soltarle lo primero que se me vino a la cabeza.

—Mejor te dejo y sigo hablando con Paula. Y escucha bien: es lo último que hago por tu boda, ¿te queda claro?

—Eres la única familia que tengo, es normal que recurra a ti.

—Por supuesto. Lo que no es normal es que yo tenga que estar perdiendo el tiempo en resolver algo así. —Sentí cómo la rabia me subía por dentro, me pasé una mano por la nuca intentando calmarme—. Selena, tienes que empezar a afrontar tus problemas y no esperar que siempre sea yo quien te los solucione.

—Mejor te dejo, porque parece que hoy no estás de buen humor.

—Después te diré lo que me haya comentado Paula.

Colgué el teléfono de golpe, sin darle margen a seguir insistiendo. No quería perder ni un minuto más con ella. Daba igual lo que le dijera: nunca entendía nada, o quizá simplemente no quería entenderlo.

Respiré hondo, como para sacudirme la mala leche, y volví la mirada hacia Paula. La había dejado demasiado tiempo sola, con el café ya servido frente a ella. No podía evitar pensar que, si no fuera la hermana de Daniel, ya estaría buscándole la forma de llevármela a la cama esa misma noche. Estaba convencido de que sería capaz de hacerla disfrutar como nunca lo había hecho ningún otro hombre.

Pero solo imaginar que alguien más pudiera estar en ese lugar, metiéndose en su cama y arrancándole gemidos, me revolvía el estómago. Sentí un nudo incómodo, como un pellizco en las entrañas, y tuve claro que no me gustaba nada. Me jodía no poder acercarme como deseaba por la promesa que le hice a su hermano, pero me jodía aún más imaginarla con otro.

—Perdona, me llamó mi hermana —le expliqué al sentarme de nuevo frente a ella. Intenté sonar tranquilo, aunque todavía tenía el mal humor atravesado—. Está demasiado nerviosa con lo de la boda y con no tener quién la peine ni la maquille.

—No te preocupes, es normal que esté así. Se supone que es el día más importante de su vida —me dijo con una sonrisa ligera que, sin quererlo, me desarmó. Y añadió—: Bueno, ya que estamos en el tema, mi hermano me comentó que la estilista que tenía contratada la dejó tirada.

—Sí, pero no fue por gusto. Por lo visto, tuvo problemas personales y no le quedó más remedio que apartarse.

—¿Para cuándo es la boda? —preguntó, mirándome fijo a los ojos. Esa forma tan directa de sostener la mirada me sorprendía; transmitía franqueza y una especie de calma que pocas veces encontraba en las personas.

—Dentro de dos semanas. Ya sé que es precipitado, y puede que tengas esa fecha ocupada, pero me harías un gran favor si pudieras atenderla. —La miré con insistencia, y casi me escuché a mí mismo suplicando, algo que jamás hacía.

—Es demasiado precipitado. Cuando mi hermano me lo comentó, pensé que aún faltaba más tiempo. No es solo el día de la boda, son también las pruebas de peinado y maquillaje que debería hacer antes.

—El dinero no es problema, puedo pagarte lo que quieras. —Me mordí la lengua en cuanto lo solté; había metido la pata.

—No se trata de dinero. Vivo bien con lo que tengo. —Su respuesta fue clara y me dejó en evidencia—. Se trata de que tengo más clientas, y no puedo dejarlas tiradas.

—Lo sé y lo entiendo, pero entiende tú también lo desesperada que está mi hermana. —Apoyé los codos en la mesa y entrelacé las manos, inclinándome hacia ella—. No suelo suplicar, pero esta vez lo hago: de verdad la necesitamos.

Ella se quedó pensativa unos segundos, jugando con la cucharilla de su café. Yo contuve el aire, observando cada uno de sus gestos, esperando que dijera que sí.

—Si acepto, tendré que reorganizar mi agenda. Y tu hermana tendrá que amoldarse a mis horarios, no al contrario. El día de la boda estaré a la hora que corresponda, pero en las pruebas será como yo lo marque.

—Perfecto. Mi hermana no trabaja, así que puede adaptarse sin problema. —No me preocupaba lo que opinara; si protestaba, sería su asunto.

—De acuerdo. Revisaré mis citas para las próximas dos semanas y me pongo en contacto con ella para organizar las horas y los días.

La miré fijamente unos segundos. No era solo lo guapa que era, sino lo firme de sus palabras, la seguridad con la que hablaba. Eso, para mí, la hacía aún más atractiva.

—He quedado con tu hermano para comer. Si quieres, puedes venir con nosotros —le propuse, con la esperanza de que aceptara.

—Siempre como con Pablo y Amaya, y no quiero dejarlos tirados hoy —me contestó con firmeza. Aquello corroboraba lo que ya estaba viendo en ella: Paula era una mujer fiel a sus principios, de las que no cambiaban sus planes a la ligera ni dejaban de lado a los suyos por un capricho.

—También pueden venir ellos si quieren. Hemos quedado en este restaurante —le di el nombre y la hora—. Si os apetece, estáis invitados. Estoy muy agradecido por el favor tan grande que me estás haciendo.

—Se lo comentaré a los chicos. Aunque dudo que digan que no… Pablo está loquito por mi hermano, aun sabiendo que no tiene nada que hacer con él —añadió entre risas, con esa chispa que la hacía todavía más cercana.

—¿No me digas que Daniel tiene un enamorado? —Se encogió de hombros sin dejar de reír—. Nunca me había dicho nada de ese tema.

—Tampoco creo que haya mucho que contar. Ellos se llevan muy bien y Pablo sigue teniendo sus ligues. Dice que una cosa es que mi hermano sea su amor platónico y otra muy distinta que se quede para vestir santos por alguien que nunca estará con él, más que nada porque no tienen nada que ver los gustos del uno con el otro.

Me reí porque la manera que tenía Paula de decirlo, aunque sonaba un poco más seria de lo normal, dejaba entrever la gracia del asunto en su tono de voz.

Pagué los cafés y la acompañé hasta su centro. Me despedí con dos besos, aunque en realidad fue ella quien se inclinó primero hacia mí. Como era de esperar, no perdí la oportunidad de posar mi mano sobre su cintura, necesitaba sentirla más cerca, aunque fuera solo un instante.

Si hubiera dependido de mí, no me habría conformado con dos besos en la mejilla. Tenía clarísimo que ya estaría devorándole la boca, buscando su lengua con desesperación y tragándome los gemidos que se le escaparían cuando atrapara su labio carnoso entre mis dientes y tirara suavemente de él.

No era ningún ingenuo. Tenía bastante experiencia con el sexo opuesto y, en cada mirada y sonrisa que me había regalado, había podido reconocer la chispa. Paula no era indiferente, y eso me encendía todavía más.

Maldecía como nunca haberle prometido a Daniel mantenerme lejos de su hermana, porque lo único que me apetecía era tenerla desnuda debajo de mi cuerpo, enterrarme en lo más profundo de ella y escuchar cómo gemía mi nombre en medio de un orgasmo.

Solo de pensarlo, me puse tan duro que hasta el mínimo roce con mi ropa interior dolía. Era una auténtica pesadilla. Y lo peor era que ahora me arrepentía de haberla invitado a la comida, porque lo último que necesitaba era pasar todavía más tiempo cerca de ella.

Tendría que hacer un gran esfuerzo durante la comida; lo sabía de sobra. Estaba seguro de que esa misma noche acabaría buscando alguna compañía para desahogar las ganas que me estaba guardando. Aunque también tenía claro que no sería lo mismo, porque la única mujer que realmente me apetecía follar era a ella, a Paula, y no a otra.

Después de la comida tendría que evitar, a como diera lugar, volver a tropezarme con ella. Cuando mi hermana me dijera los días y las horas en que hubiera quedado con Paula, ya me encargaría de no aparecer por allí. Porque la carne es débil, y mucho más cuando la tentación llevaba su nombre y tenía la forma de una mujer como ella.

Capítulo 5



Paula

En mi vida me había costado tanto esfuerzo como el que tuve que hacer estando delante de Eros. No sé qué tenía ese hombre, pero me atraía de una manera que no era normal, mucho menos en mí.

Nunca había sentido algo parecido por ninguno de los hombres con los que había estado. Desde luego que no, porque de haber sido así no los habría dejado escapar tan fácilmente.

Si con una simple sonrisa y una mirada conseguía hacerme temblar, no quería ni imaginar lo que sería sentir una caricia suya o un beso. Estaba convencida de que mi cuerpo se encendería por dentro hasta consumirme por completo.

Cuando me cogió de la cintura para darme los dos besos de despedida, mi cuerpo tembló como una hoja, y aquello había sido solo un roce. Pensar en algo más íntimo era como imaginarme tocando las estrellas con la punta de los dedos.

Y ese olor que desprendía su cuello cuando se inclinó… ¡Dios, qué olor! Era tan rico, dulce y atrayente que, si fuera por mí, pasaría el día entero con la nariz pegada a su piel, aspirando ese perfume que parecía hecho a su medida.

Al entrar por la puerta del salón, todas las cabezas se giraron automáticamente hacia mí. Pablo me observaba con una sonrisa traviesa, como quien ya sabe más de la cuenta. Amaya, en cambio, tenía una expresión difícil de descifrar: mezcla de intriga, asombro y quizá un poco de malicia. Y luego estaban las clientas… esas sí que parecían hambrientas de información, deseando tener tema de conversación para alimentar los cotilleos de la semana.

—¿Quién era ese hombre? —preguntó Amaya sin rodeos, incapaz de contenerse—. Pablo no ha querido soltarme nada.

—Te lo diré después, cuando estemos a solas —le susurré. No me gustaba que las clientas se enteraran de cosas que ni les iban ni les venían.

—Paula, cariño, ¿quién era ese hombre tan guapo que ha venido antes? —preguntó Mariló, una de mis clientas más antiguas, de esas que venían desde que abrí el salón—. No me digas que te has echado novio y no nos has dicho nada.

—No, sigo soltera —respondí con una sonrisa, aunque por dentro pensé: «Ojalá fuera ese adonis mi novio». Claro que también cabía la posibilidad de que, al conocerlo mejor, descubriera que todo lo que tenía de guapo lo tenía de estúpido. —Es un cliente que ha venido a contratarme para la boda de su hermana.

—Dicen que de una boda sale otra —comentó otra de las clientas con tono pícaro—. Así que intenta atraparlo, porque ese hombre está para agarrarlo y no soltarlo en la vida. Uff, si yo tuviera veinte años menos… —resopló, llevándose la mano al pecho—, hubiera salido corriendo detrás de él.

Nos reímos todos por las caras que ponía mientras hablaba, con esos gestos exagerados que la hacían todavía más graciosa.

—En este caso no creo que sea posible —respondí, intentando sonar convincente, aunque por dentro no estaba tan segura.

—Nena, pues yo iba a por él a como diera lugar —me soltó Pablo, arqueando una ceja.

—Creo que estáis desvariando un poco. No lo conozco de nada y, lo que es más importante, no se iba a fijar en mí con todas las mujeres que debe de tener detrás. Ahora, si no os importa, vamos a dejar el tema, porque se os va la cabeza demasiado rápido.

—Niña, de ilusiones, también se vive.

—Prefiero vivir en la realidad, así me evito muchos dolores de cabeza.

—Qué niña más seca —murmuró Mariló por lo bajini.

—Mariló, que tengo unas tijeras en una mano y tu pelo en la otra. Tú verás si quieres quedarte sin melena —dije, mirándola a través del espejo, pero con una sonrisa.

—Pues, aparte de seca, tienes mucha mala leche —replicó entre risas. La confianza con ella era tanta que podía decirme lo que quisiera.

—¿Qué dices? Si la niña lo único que tiene dentro de ese diminuto cuerpo es bondad —saltó otra de mis clientas, siempre tan amable. Era de esas personas que parecían estar hechas de luz, que siempre encontraban la manera de hacer el bien. En mi vida me había cruzado con alguien tan generoso como ella.

—Gracias, pero si aquí hay alguien bueno, esa eres tú —le contesté con sinceridad.

—No hago nada que no haría cualquier persona.

—Anda y que no —intervino Amaya—. Sé de sobra que lo que tienes lo vas repartiendo con los que más lo necesitan.

—No necesito más de lo que tengo para vivir. Y si con mi ayuda alguien puede mejorar un poco su día, ¿por qué negársela? Todo lo que se da de corazón, el destino te lo devuelve con cosas buenas.

—Pues muchas personas tienen más que tú y no dan ni la hora —dijo Pablo con un bufido.

—No todo el mundo puede ser igual. —Se encogió de hombros, quitándole importancia.

—Ni falta que haría. Si todo el mundo fuera igual, sería un aburrimiento —contestó Amaya mientras daba los últimos retoques a su clienta.

Cuando terminó, se puso a recoger todo. Me gustaba que el salón quedara siempre organizado, sin nada fuera de lugar. Esa era casi mi única regla: que al cerrar, tanto al mediodía como por la noche, el sitio brillara como un espejo.

Pablo y yo terminamos casi al mismo tiempo, y nos unimos a la tarea. Cuando por fin nos quedamos solos, seguí ordenando mientras ellos se lanzaban sobre mí con todas las preguntas que habían acumulado.

—Ya puedes empezar a desembuchar. —Me señaló Amaya con su dedo índice, inquisitiva—. Quiero saber quién era ese bombón, qué hacía aquí y por qué te fuiste con él a otro sitio a hablar.

—Chica, para el carro, que te embalas más de la cuenta. —La frenó Pablo, porque si no, todavía seguiría disparando preguntas sin parar.

—Empecemos por la número uno: ese hombre es Eros, un amigo de mi hermano al que no conocía. Lo segundo: vino porque se casa su hermana y necesita a alguien que la peine y maquille, ya que la que tenían contratada tuvo un problema y no puede hacerlo. Y por último: nos fuimos a la cafetería porque él me lo pidió. ¿Ya te quedas tranquila?

—No, todavía necesito más información, pero de momento te lo compro —dijo Amaya, cruzándose de brazos como si me estuviera interrogando en serio.

—Pues ahora viene lo mejor —les avisé, disfrutando de ver cómo se tensaban expectantes—: nos ha invitado a comer.

—¿Cuándo? Tengo que arreglarme para impresionar a ese hombre —dijo Amaya con brillo en los ojos. En ese momento sentí cómo los celos me recorrían de arriba abajo. Porque si a Amaya le gustaba de verdad, yo no

pensaba meterme en medio, por mucho que él me hubiera removido por dentro.

—Amaya, creo que deberías mirar un poco más allá de tus narices. —La voz de Pablo sonó algo irritada—. Das por hechas demasiadas cosas y siempre piensas en ti. ¿No se te ha ocurrido que, tal vez por primera vez, Paula se haya podido sentir atraída de verdad por un hombre?

—Lo siento, no me había dado cuenta de que a Paula podía gustarle —se disculpó, bajando un poco el tono. Me sentí mal por la pequeña reclamación que le había hecho mi amigo, porque Amaya no lo había dicho con malicia.

—Amaya, no importa. Me ha parecido guapo, igual que te lo ha podido parecer a ti, pero nada más. —Le resté importancia, aunque por dentro supiera que no era del todo cierto—. Jamás pondría a un hombre por encima de nuestra amistad.

»Si a ti te gusta de verdad, tienes el camino libre. De todos modos, tampoco es que yo tenga muchas posibilidades con él. —Terminé con una sonrisa, intentando aligerar el ambiente—. Eres libre de hincarle el diente.

Pablo me miró con cierto enfado, y lo entendí. En el fondo, él me conocía mucho mejor que Amaya, incluso más que la que se suponía que era mi mejor amiga. Pero bueno, qué le iba a hacer: «la compré así cuando era pequeña y ahora ya me daba pereza descambiarla». De más está decir que estaba bromeando, aunque en ese instante me viniera muy a cuento pensarlo.

—En cuanto a la comida, es ahora. Había quedado con mi hermano y nos ha invitado a que nos unamos a ellos.

—Ains, no me digas que voy a tener la oportunidad de comer con mi adonis —exclamó Pablo, llevándose una mano al pecho con dramatismo.

—Como si no lo hubieras hecho ya un millón de veces desde que lo conoces —resopló Amaya con sarcasmo.

—Cariño, tu sarcasmo no me hace ni cosquillas —replicó Pablo con ese tono suyo cargado de picardía. Por lo visto, hoy estaban de uñas los dos.

—¿Me podéis explicar qué os pasa? —intervine ya algo molesta. Empezaban a tocarme las narices. Vale que discutieran, pero aquel tira y afloja en medio del trabajo me estaba cansando.

—No me pasa nada, hablo por mí —contestó Amaya encogiéndose de hombros—. No sé si Pablo está molesto por otra cosa.

—Lo único que me molesta es que cada vez te tomas más libertades para llegar tarde —respondió él, y estaba claro que estaba enfurruñado. Aunque también debía entender que la que tenía que ponerle límites era yo, no él.

—Pablo, cariño, no puedes enfadarte con Amaya por eso. En todo caso tendría que ser yo, y no lo hago, porque ella cumple muy bien con su trabajo, igual que tú. —Los miré a ambos con seriedad, marcando las distancias—. Así que os pido, por favor, que dejéis esas tonterías de una vez.

—Tienes razón, lo siento, Amaya. Creo que he estado pagando contigo los platos rotos de mis padres.

Los padres de Pablo todavía hoy no aceptaban del todo que le gustaran los hombres y no las mujeres. Eran los típicos padres anticuados, sin estudios y sin verdaderos valores familiares. Y mi pobre amigo lo seguía pasando mal cada vez que alguno de los dos se lo reprochaba.

—No pasa nada —se acercó a él y lo abrazó por la cintura—, pero no puedes dejar que te afecte tanto. Sabes que no van a cambiar nunca. Ya te hemos dicho muchas veces que la familia no la hace la sangre, y que por muy padres tuyos que sean, a veces es mejor dejarlos atrás y vivir tu vida.

—Sé que tienes razón, Amaya, pero hay algo dentro de mí que me impide alejarme totalmente de ellos. —Sus ojos estaban vidriosos, y no me gustaba nada verlo así. Mucho menos a él, que siempre era el alma alegre del grupo. Me hervía la sangre pensar que alguien pudiera apagar su luz.

—Pablo, no puedes seguir al lado de quien no te aprecia, no te cuida, no te respeta y, sobre todo, no te valora. —Me acerqué y puse una mano sobre su mejilla para obligarlo a mirarme—. Cariño, vales mucho, no permitas que

apaguen esa luz tan bonita y especial que tienes. Hay batallas que se ganan con una retirada a tiempo.

»Jamás te diré que no mires a la cara a tus padres, pero sí quiero que te quieras a ti por encima de todo y de todos. —Me puse de puntillas, porque él era más alto que yo, y le di un beso en los labios. Sabía que con ese gesto le sacaría una sonrisa, y todo lo demás, en ese momento, me daba igual.

—Nos tienes a nosotras. Sabes que te queremos por encima de todo y que siempre estaremos a tu lado. No dejes que tus padres te roben esa alegría que vive en ti. —Amaya se unió al abrazo y entre los tres nos fundimos en un momento de calidez.

Entonces recibí un mensaje en el móvil. Al mirar la pantalla, vi que era Eros. Esa misma mañana nos habíamos intercambiado los números, por si surgía algún cambio con lo de su hermana.

Eros: *¿Al final vais a venir?*

Paula: *Sí. Lo que pasa es que hemos terminado un poco más tarde con las clientas, pero ya estamos saliendo para allá. Por cierto, ¿se lo has dicho a mi hermano? Si no lo has hecho, no lo hagas. Quiero darle una sorpresa.*

Eros: *No, no he tenido la oportunidad de decírselo. Acaba de entrar por la puerta ahora mismo.*

Paula: *Perfecto, pues en diez minutos como mucho estamos allí. Hasta ahora.*

—Vamos, espabilad, que nos están esperando. Bueno, Daniel, no sabe que vamos, así que no entréis como un elefante en una cacharrería. Quiero darle una sorpresa a mi hermano. —Hacía varios días que no lo veía; según mi madre, había estado demasiado ocupado con el trabajo y ni siquiera había pasado a visitarla.

Capítulo 6



Eros

—¿Has podido hablar con mi hermana? —fue lo primero que me preguntó en cuanto se sentó frente a mí.

—Sí. Esta mañana me pasé por allí. Tiene la agenda bastante apretada, pero me va a hacer el favor. Solo queda que se ponga en contacto con Selena para concretar los días y las horas de las pruebas.

—Me alegra mucho que al fin hayas podido solucionar ese problema.

—No lo hubiera conseguido si tú no me hubieras ayudado.

—No tiene importancia, para eso estamos los amigos. Por cierto… aún no me has dicho qué te ha parecido mi hermana.

—No entiendo muy bien qué es lo que quieres decir —contesté, aunque sí lo sabía. Prefería que me lo preguntara de manera más clara.

—Eros, que nos conocemos desde hace muchos años. Sabes exactamente a lo que me refiero, pero, de todos modos, te lo voy a poner más fácil: si no fuera mi hermana, ¿hubieras intentado algo con ella? —preguntó arqueando una ceja, con esa mirada que lo decía todo.

—No voy a ser cínico contigo. Es una mujer muy atractiva, y si no fuera tu hermana, no hubiera dudado en intentarlo. Me gusta. Me ha parecido amable,

con las ideas claras y, sobre todo, con mucho sentido común. No es solo que sea guapa, que lo es y de sobra; hay algo en su mirada y en su forma de hablar que me atrapó desde el primer instante.

—¿Y por qué crees que nunca se la he presentado a mis amigos? —dijo sonriendo, como quien ha estado guardando un tesoro bajo llave—. Bueno, tengo que admitir que los que ya están casados o con pareja sí la conocen.

Era evidente: su hermana era su joya más preciada. Y en realidad, lo entendía.

—Eres un cabrón —le contesté en broma, aunque por dentro no me hacía tanta gracia.

La verdad es que me sentía molesto, no con él, sino conmigo mismo. Me había dejado atrapar por esa mujer más de lo que me habría imaginado, y lo peor era que no podía tener lo que deseaba sin arriesgarme a perder la amistad de Daniel.

—Llámame cabrón si quieres, pero en el fondo todos somos iguales. Si no te hubiera pedido que la respetaras, sé muy bien lo que habría pasado. Hubieras jugado con ella, y lo siento, Eros, pero mi hermana no es «una más». No voy a permitir que se convierta en una de esas con las que pasas una noche y después, si te he visto, no me acuerdo.

—Estás dando por hecho cosas de las que en realidad no tienes ni idea.

—Vamos, Eros, nos conocemos demasiado bien —replicó, mirándome fijo.

Y tenía razón. Eso no se lo podía discutir. De hecho, nada de lo que me había dicho podía rebatírselo.

Pero en el fondo, algo en mí se activó en cuanto puse los ojos sobre Paula. Había algo en ella que me decía que no era como las demás mujeres que habían pasado por mi vida, y me moría de ganas por descubrir qué era exactamente.

—No te quito la razón —admití—, pero cuando la vi sentí cómo algo dentro de mí despertaba. No sé qué es, solo sé que me gustaría poder averiguarlo.

—¿Y si en ese proceso de descubrirlo ella sale dañada? —Daniel se inclinó hacia delante, serio—. Mi hermana es fuerte, sí, pero también tiene el corazón más noble que he conocido. No quiero que sufra porque tú llegues a enamorarla y después te des cuenta de que no era lo que creías… para dejarla atrás sin mirar atrás.

—Si no me dejas intentarlo, nunca lo sabremos. Y de todos modos, estás dando por supuesto demasiadas cosas. Apenas nos hemos visto media hora, como mucho. Lo único que sé es que me ha gustado lo que he visto y lo poco que he podido conocer. Pero no sabemos si yo le he causado la misma impresión a ella.

—Tal vez no debería poner barreras entre vosotros si realmente existe atracción por parte de los dos. —Hizo una pausa, clavándome la mirada—. Pero te advierto algo, Eros: como intentes algo y mi hermana salga dañada, no te lo voy a perdonar.

Normalmente Daniel no era tan serio a la hora de hablar. En esta ocasión lo entendía; hablábamos de algo mucho más personal, y al fin y al cabo se trataba de su hermana.

—Te entiendo —asentí—, pero como te he dicho antes, estamos dando cosas por sentadas. Vamos a dejar de darle vueltas. Por ahora no hay nada más que una atracción de mi parte hacia tu hermana.

Levanté la vista hacia la puerta… y allí estaba ella. Venía acompañada de un hombre y una mujer, que supuse serían sus amigos.

En cuanto nuestros ojos se encontraron, Paula sonrió. Y joder, ese rostro me pareció aún más perfecto y precioso que por la mañana.

Se llevó el dedo índice a los labios, pidiéndome silencio, y avanzó con pasos suaves hasta colocarse detrás de su hermano, sin apartar en ningún momento la mirada de la mía.

Fue como si un hilo invisible nos obligara a no apartar la mirada. El tirón que había sentido aquella mañana no fue nada frente a lo que me recorrió en aquel preciso momento al tenerla tan cerca.

Le cubrió los ojos a Daniel con ambas manos para que no pudiera ver nada y, acercándose a su oído, le susurró la típica pregunta de quién estaba allí. Después, le dejó un suave beso en la mejilla.

Ya hubiera querido yo que ese beso me lo hubiera dado a mí. Una sensación extraña, llamada celos, y de la que nunca había tenido constancia hasta ese momento, me invadió por completo.

—Pero mira lo que nos ha traído el viento —dijo Daniel, quitándose las manos de su hermana de los ojos—. ¿Cómo tú por aquí? —Se levantó enseguida para estrecharla entre sus brazos con mucho cariño.

—Eros nos ha invitado —respondió Paula. Mi amigo me lanzó una mirada con los ojos entrecerrados, a lo que yo contesté con una sonrisa pequeña y un encogimiento de hombros, como quien no quiere la cosa.

—Supongo que ya conoces a Pablo y a Amaya —me preguntó mi amigo, dando por hecho que era así.

—Pues la verdad es que no. —Me levanté para saludarlos—. Encantado, soy Eros —dije ofreciéndoles la mano.

—Encantada —contestó Amaya, ignorando mi mano para acercarse demasiado y darme dos besos, casi en la comisura de los labios—. Yo soy Amaya.

Me retiré rápido. Me hizo sentir incómodo, y mira que estaba acostumbrado a situaciones de todo tipo, pero aquella me resultó demasiado violenta incluso para mí.

Le dediqué una sonrisa de cortesía, nada más. Un segundo después me giré hacia Pablo y lo saludé con un apretón de manos firme.

Pablo me pareció un tipo simpático y alegre; bastaba con ver la sonrisa abierta que dedicaba a todo el mundo. Se notaba que entre los tres amigos había química y confianza de sobra. Aunque, siendo sincero, la amiga no me había causado buena impresión, no podía negar que ellos formaban un buen equipo.

No podía permitirme el lujo de cometer un error con la amiga de Paula y que ella malinterpretara nada. Tampoco podía ser borde ni seco. Estaba seguro de que cualquiera de las dos actitudes haría que Paula se alejara de mí, y eso era lo último que pensaba permitir.

Nos movimos de sitio y, cuando nos volvimos a sentar, me las arreglé para que Paula quedara a mi derecha, Pablo a mi izquierda, Daniel al lado de él y Amaya entre Daniel y su hermana.

Cuando Paula tomó asiento a mi lado, me repetí que, a partir de ese momento, iba a comenzar mi despliegue de seducción. Esa mujer tenía que ser mía y no iba a parar hasta conseguirlo.

Estaba completamente seguro de que, una vez que la probara, no iba a querer soltarla, al menos durante mucho tiempo. Sabía que podía hacerla disfrutar tanto que quedaría grabado en su mente para siempre.

Pero lo más importante era que sabía, con absoluta certeza, que ella iba a marcar a fuego lento algo dentro de mí que jamás había sido despertado.

Esa mujer iba a ser mi completa perdición, y yo estaba dispuesto a dejarme arrastrar encantado. Porque, sin haberla rozado, ya me tenía a cien. Y cuando llegara el momento de poner las manos sobre su diminuto cuerpo, aquello sería una auténtica locura.

Nos integramos todos en conversaciones de distintos temas. Daniel hablaba sobre su trabajo y, mientras él lo hacía, Pablo no apartaba los ojos de él.

Cualquiera podía darse cuenta de que ese hombre estaba loco por mi amigo, o al menos sí que era su amor platónico, tal como había dicho su hermana. Algo imposible entre ellos, claro está, porque Daniel era demasiado mujeriego. Vamos, que las mujeres eran su perdición.

—¿Has hablado con mi hermana? —le pregunté en un momento en que los demás estaban distraídos en sus charlas.

Me gustaba que, cuando le hablaba, Paula me mirara directamente a los ojos, sin apartar la mirada. Eso me decía que era una mujer segura de sí misma, al menos en ese terreno. Y ese rasgo también me tenía cautivado.

—No, todavía no he podido llamarla. Cuando regresé ya tenía a la siguiente clienta esperando. Cuando terminemos de comer me pondré en contacto con ella.

Le iba a preguntar si tenía pareja. Ella no tenía por qué saber que su hermano me había dicho que no.

—¿Hay algún hombre en tu vida que me impida acercarme más a ti? —solté de golpe.

Abrió los ojos de par en par, tal vez porque mi pregunta había sido demasiado directa. Pero no me importaba: prefería ser claro desde el principio.

—No, no hay nadie en mi vida.

—¿Y te gustaría tener ese acercamiento conmigo? Podríamos salir a cenar una noche, si a ti te parece bien.

Deslicé una mano por debajo del mantel, apenas para rozarle la pierna con un gesto sutil. Y con la reacción que tuvo, me bastó para saber lo que le había provocado aquel simple contacto.

Los vellos de sus brazos se erizaron al instante, y no, no tenía nada que ver con el aire acondicionado que estaba encendido.

Era yo la razón de ese estado, no había duda. Y lo confirmé al darme cuenta de que, cuando pensaba que no la miraba, lo hacía de reojo, con disimulo.

—No me has contestado… ¿te gustaría? —insistí, esta vez moviendo la mano un poco más arriba de su pierna.

Un suspiro se le escapó, aunque intentó disimularlo tosiendo. Pero no me engañó.

No pude contenerme. Los dedos me picaban por tocar más de su piel, y lo hice, no demasiado, pero lo suficiente para encender una llama dentro de ella.

Sus ojos me lo dijeron… y el suspiro que se le escapó lo terminó de confirmar.

Tenía la mano sobre su muslo; las puntas de mis dedos rozaban la cara interna de él. No estaba cerca de esa parte de su cuerpo que me encantaría tocar, besar, lamer y poseer, pero, por el momento, era más que suficiente.

—Sí me gustaría salir a cenar —me contestó justo cuando creía que no lo haría.

—¿Qué te parece el sábado? —Aquel día era jueves, así que darle un día para pensarlo bien me parecía más que suficiente.

—El sábado trabajo todo el día, no acabaré como mínimo hasta las nueve de la noche. —Se le borró un poco la sonrisa que tanto me encantaba ver en su rostro.

—¿Te viene mejor comer el domingo? —No quería verla agobiada con las prisas de arreglarse después del trabajo.

—Si a ti no te importa, podemos hacer una cena en mi casa el sábado, sobre las diez de la noche, que así al menos me da tiempo de llegar y ducharme.

Me encantó que fuera decidida y lanzada, que supiera ir a por lo que quería sin titubeos.

—Me gusta mucho más tu idea que la mía —le dije, dándole un pequeño apretón en el muslo.

—Cuando os deis cuenta de que hemos venido más personas, avisad —nos interrumpió Pablo, guiñándonos un ojo.

A Paula se le subieron los colores, y me fascinó ver ese rubor teñirle las mejillas. Con eso me demostró que, pese a su carácter decidido, guardaba un punto de timidez que la hacía aún más irresistible.

Capítulo 7



Paula

En cuanto terminó la comida, regresamos al salón. Era hora de abrir y seguir trabajando.

Amaya fue todo el camino más callada de lo habitual. Me imaginaba cuál había sido el motivo de ese cambio de actitud. Cuando comentó que Eros le había gustado, me quedé en silencio y no le dije que a mí también me atraía más de la cuenta.

Más que gustar, lo que sentía por él era una atracción que nunca había experimentado con nadie. Aun así, tenía claro que si hubiera visto algún interés por parte de Eros hacia Amaya, yo me apartaría sin dudarlo.

Pero no fue el caso. Él no mostró ningún tipo de interés por ella, al contrario: se comportó distante. En cambio, conmigo fue todo lo contrario.

No quería que mi amiga se sintiera mal, pero tampoco podía evitar lo que pasaba dentro de mí cada vez que lo tenía delante. Sobre todo al recordar cómo me puso la mano en la pierna, dibujando pequeños círculos en el interior de mis muslos.

—Amaya —la llamé para que me mirara—, ¿estás enfadada conmigo?

—No, te lo prometo. Quizá un poco desilusionada por no haber llamado la atención de ese griego, pero solo fue al principio. Después me di cuenta de

que él se sentía atraído por ti, y tú por él. Y eso, en el fondo, me gustó.

—¿Entonces por qué estás tan seria?

—Porque me estoy dando cuenta de que me hago mayor y, al final, por no haber valorado lo que tuve entre las manos, voy a quedarme sola.

—¿Cómo que te estás haciendo mayor? —intervino Pablo—. Soy un año mayor que vosotras y estoy en mi mejor momento. Así que deja de pensar así, todavía te queda mucho camino por recorrer.

—Amaya, sé que hay algo más detrás de esas palabras. ¿Qué es?

—Te prometo que no es nada. Solo que, por un instante, pensé que jamás encontraré un hombre con quien compartir mi vida. Supongo que son esos días tontos que todos tenemos de vez en cuando.

Le quitó importancia, pero yo sabía que detrás de esas palabras escondía mucho más. Amaya, siempre me lo contaba todo, y yo a ella. Éramos como hermanas. Por eso sabía que lo que ahora guardaba en silencio me lo diría cuando estuviera preparada.

—¿Entonces no te importa que intente lo que sea con Eros? —pregunté, con cierto miedo a su respuesta.

—Todo lo contrario. Me molestaría que no lo intentaras. Te mereces que, por fin, encuentres a alguien que te mire como él lo hizo durante toda la comida.

—Hemos quedado el sábado —dije feliz, y ellos me miraron sonriendo.

—Eso es estupendo —pronunció Pablo—. ¿Dónde vais a ir?

—Me invitó a cenar, pero como el sábado tenemos mucho trabajo y no terminaremos antes de las nueve, le propuse que viniera a casa y cenáramos allí.

—Tú lo que quieres es cenártelo a él —dijo Amaya, moviendo las cejas arriba y abajo con picardía—. Me encanta, porque siempre rechazas a los hombres y que, en un solo día, Eros te haga sentir así significa que has visto algo especial en él. —Se paró en el centro del salón y me miró a los ojos—. Ve a por él y no lo dejes escapar, porque si lo haces, voy yo detrás —añadió riéndose.

—Estoy nerviosa. Me gusta demasiado y si me siento así en un día… ¿Cómo será cuando pase algo entre nosotros?

—Yo creo que será algo apoteósico. Ese hombre tiene pinta de hacer disfrutar mucho a una mujer.

—No seas tonto, no quería decir eso y lo sabes —repliqué, poniéndome en jarras.

—Lo sé, pero piensa solo en los orgasmos que te va a dar. Ese hombre te hará poner los ojos en blanco y ver las estrellas. —Se desternillaba de risa mientras hablaba—. Me apuesto lo que quieras, a que el lunes entrarás por la puerta resplandeciente.

—Más que resplandeciente, rejuvenecida —añadió Amaya entre carcajadas —. ¿Estás depilada ahí abajo, verdad?

—Si hace falta, mañana mismo te hacemos la cera —saltó Pablo.

—Sois unos cabrones. Sabéis de sobra que hace años me hice la depilación láser.

—Uff, mejor —respondió él, riendo a carcajadas—. ¿Te imaginas que fuera como en *Scary Movie*? El pobre con una motosierra y murciélagos saliendo de la cueva…

—Para ya, que me meo de la risa. Me lo he imaginado y todo. ¡Ay, que me da! —decía Amaya, doblada por la mitad, sujetándose la barriga.

—Os estáis jugando una bajada de sueldo. —Los señalé con el dedo, aunque no pude evitar reírme con ellos. Eran incorregibles.

Aquella tarde, en cuanto tuve un hueco, llamé a la hermana de Eros para concretar una cita. Antes de empezar con las pruebas, necesitaba hablar con ella y saber qué tenía en mente para el gran día.

Al final quedamos para el martes por la mañana. Era el día que tenía más libre y así podría atenderla sin prisas.

El resto de la tarde se nos pasó en un suspiro. Sobre todo a mis amigos, que no paraban de hacer bromas, incluso involucrando a las clientas. Más que un salón de belleza parecía un *show* de comedia. Y por supuesto, que no me molestaba, al contrario: yo también me uní a provocar más de una carcajada.

Cuando terminamos con las últimas clientas y recogimos todo, ellos se fueron a sus casas. Yo me quedé un poco más para poner algunas facturas al día. Me gustaba dejarlo todo organizado para que, cuando mi gestor hiciera los trimestrales, le resultara más fácil.

Sé que era su trabajo, y le pagaba por ello, pero me tranquilizaba tener todo en orden. Muchas veces me decía que, si todos sus clientes hicieran lo mismo, casi no tendría nada que hacer.

Lo primero que hice fue darme una buena ducha; necesitaba quitarme de encima el estrés y las prisas del día. Ya con el camisón puesto, fui a la cocina y me preparé una tortilla francesa. La acompañé con un tomate en rodajas, aliñado con sal, pimienta y un poco de aceite.

Me senté en uno de los taburetes junto a la barra de la cocina y, con el silencio envolviéndome, empecé a pensar en Eros sin poder evitarlo.

No sabía qué tenía ese hombre. Lo único que tenía claro era que me gustaba mucho, más de lo que nunca me había gustado nadie.

Había estado con otros hombres, sí, y con todos compartí algún momento porque había algo de ellos que me llamó la atención. Es verdad que algunos fueron más guapos que otros, pero ninguno llegó a llenarme de verdad.

Unos me decepcionaron por su personalidad; otros porque, en la cama, no mostraban interés en complacerme y solo buscaban su propio placer; y otros,

simplemente, porque en aquel momento no me apetecía estar con nadie.

Por eso me sorprendió tanto lo que sentí al ver a Eros. Fue como si algo dentro de mi pecho se estrujara, una sensación que nunca había experimentado, y menos con una simple mirada.

Sabía que, al ser amigo de mi hermano, tener algo con él —aunque solo fuera una noche— podía traer problemas entre ellos. Pero la atracción que sentía era tan intensa que algo dentro de mí me impedía decirle que no y apartar la vista.

¿Qué pasaba si no volvía a sentir esto por nadie y dejaba escapar la oportunidad de vivir una de las mejores noches de mi vida?

No iba a ser tonta por pensar siempre en los demás y olvidarme de mí misma. Por una vez en la vida, me iba a poner por delante de quien fuera.

Todo el mundo tiene derecho a experimentar lo que se siente al compartir intimidad con la persona que deseas y que te remueve por dentro.

Porque el sexo, en sí mismo, estaba muy bien: disfrutabas y todo lo que quisieras. Pero cuando se unía a otros factores, podía convertirse en algo maravilloso. Y yo no quería quedarme con las ganas de comprobarlo.

Si no hubiera sentido esto cuando lo conocí, podía asegurar que jamás lo habría invitado a cenar en casa, y mucho menos estaría esperando con tantas ansias el final de esa noche como lo estaba imaginando.

Me moría de ganas de que llegara el sábado por la noche. El deseo y las ganas de pasar una velada con Eros podían conmigo.

Era tan grande lo que sentía que hasta me hacía sentir extraña. Esa no era mi forma de ser, ni mucho menos de comportarme con un hombre. Pero, claro, él no era un hombre normal. No, él era un dios griego, como bien anunciaba su nombre.

Me llevaba siete años, la misma edad que mi hermano y, por lo que pude ver, tampoco estaba interesado en tener una relación. Vamos, que le gustaba

pasar de una mujer a otra.

Sinceramente, siempre había visto ese estilo de vida como algo normal, si era lo que una persona quería, como era el caso de mi hermano. Pero al pensar que Eros también hacía lo mismo, me daba coraje. Y lo sabía: no tenía derecho a sentirlo. Al fin y al cabo, acabábamos de conocernos y no había nada entre nosotros… ni creía que lo hubiera, más allá de alguna que otra noche, si todo salía bien la primera vez.

Así que no me quedó más remedio que hacer de tripas corazón y apartar la imagen de él con otras.

Terminé de cenar, limpié lo poco que había ensuciado y me fui a la habitación. Al día siguiente me esperaba otra jornada igual que la de ese día, y lo mejor que podía hacer era dejar de pensar en ese hombre y dormir.

Ya estaba apagando la luz cuando el móvil iluminó la mesilla. Tenía la costumbre de ponerlo siempre en silencio por las noches; me daba mucho coraje que cualquier notificación me despertara. Era algo superior a mí.

Lo miré por si era alguno de los chicos para avisarme de algo, o incluso mi madre, aunque lo dudaba a aquellas horas.

Eros: *Me muero de ganas de que sea sábado ya. Buenas noches, Paula.*

¿Y ahora qué le contestaba? ¿Ser sincera o quitarle importancia? Opté por lo primero.

Paula: *Buenas noches, Eros. Yo también tengo muchas ganas de que llegue el sábado.*

Eros: *¿Todavía despierta?*

Paula: *Terminé tarde, ahora mismo estaba metiéndome en la cama.*

Eros: *No te entretengo más, aunque me gustaría estar en esa cama contigo.*

El corazón me dio un vuelco al leer lo último.

Paula: *Que descanses, nos vemos el sábado.*

No me atreví a confesarle que yo también me moría de ganas de que estuviera en mi cama.

No volvió a escribirme nada más. Dejé el teléfono sobre la mesilla, apagué la luz y me quedé dormida con una sonrisa en los labios, todavía pensando en él.

Capítulo 8



Eros

Dos putos días llevaba con la polla dura como una piedra por una mujer. ¿Quién me iba a decir que acabaría en esta situación alguna vez? Desde luego, yo ni lo hubiera imaginado.

Y esas ganas sabía que tarde o temprano me iban a traer problemas, porque en el momento en que la tuviera entre mis brazos por primera vez, querría tenerla una y otra vez, durante mucho más tiempo.

Lo que me había hecho sentir esa mujer con solo estar presente, no lo había conseguido ninguna en todos mis años de adulto.

—La nueva peluquera que me buscaste es muy cabezota. —Como siempre, Selena entró en mi despacho sin avisar.

—¿A qué viene esto?

—A que no me ha dado opción a cuadrar las citas como mejor me vienen.

—¿Te das cuenta de lo que acabas de decir? —La miré con incredulidad—. Vienes hasta aquí, entras sin llamar y encima te quejas porque has tenido que adaptarte a su horario. —Cada día parecía menos mujer adulta y más cría malcriada.

—Soy yo la que paga, por lo tanto, es ella quien tiene que adaptarse. —Se cruzó de brazos, altiva.

—No te equivoques: el que paga soy yo. —La fulminé con la mirada—. Y de nada te sirve reclamar cuando esa mujer te está haciendo un favor, un puto favor. Favor que, además, tú ni siquiera te molestaste en buscar. Como siempre, he tenido que ser yo el que te lo solucione.

—Yo también tengo mi propio dinero.

—Ese dinero lo tienes porque te lo he dado yo. Y quien está corriendo con los gastos de la boda también soy yo, no tu novio ni tú. Así que no me vengas con berrinches de malcriada, porque me estás tocando los cojones.

—No te he dicho nada tan malo como para que te pongas así. —No entraba en razón, como de costumbre.

Si no tenía las cosas justo cuando las pedía, o si no se hacía lo que quería, siempre terminaba igual: con pataletas. Algunas más fuertes que otras, pero todas con el mismo fin: sacarme de mis casillas.

—Selena, ¿cuándo vas a entender que no siempre puedes tener lo que deseas, y que las personas no tienen por qué hacer lo que tú quieras? —La señalé con el dedo, cansado—. Deja ya los berrinches y agradece que tienes a alguien que va a arreglarte. Esa mujer ha tenido que cambiar muchas citas para poder cogerte, y lo ha hecho solo porque soy amigo de su hermano.

»En cambio, tú ni trabajas ni tienes nada que hacer. Así que hazme el favor y vete con la pataleta a otra parte, que estoy intentando trabajar para que sigas teniendo la vida tan privilegiada que tienes.

—Cada vez eres más gruñón —dijo dándose la vuelta para irse.

—No te pases conmigo. —Se marchó sin esperar respuesta.

La quería mucho, era la única familia que me quedaba y la había criado desde que murieron nuestros padres. Tal vez no lo hice de la mejor manera, pero eso no cambiaba el hecho de que la quisiera con todo mi corazón, aunque cada vez tuviera menos paciencia con ella.

No sabía si ese comportamiento que tenía últimamente se debía a los nervios de la boda o a otra cosa, pero lo cierto es que estaba peor que nunca.

Lo mejor que podía hacer era centrarme en el trabajo y dejar pasar el día lo más rápido posible, así evitaría otro dolor de cabeza provocado por ella.

El día transcurrió como casi todos: resolviendo unos asuntos, atendiendo otros entre correos y llamadas telefónicas. Cuando quise darme cuenta, ya era tarde. Me fui directo a la ducha, tomándome mi tiempo bajo el agua.

Con el agua cayéndome desde la cabeza hasta los pies, no pude evitar pensar en ella: en ese rostro que me tenía atrapado, en ese cuerpo que se intuía perfecto bajo la ropa… y en las ganas insoportables de tenerla en mis manos y debajo de mí.

Mi pene se endureció en cuestión de segundos, haciéndome sentir como un puto crío con una erección imposible de controlar. No me quedó más remedio que buscar alivio.

Llevé una mano a mi miembro, lo agarré con fuerza y empecé a moverla de arriba abajo por toda su longitud, apretando más al llegar al glande. Cada pasada era más rápida, más urgente, mientras en mi mente me imaginaba empujando dentro de ella con fuerza, escuchando sus gemidos, viéndola perderse bajo mí.

No tardé mucho en correrme, descargando todo contra las baldosas de la ducha.

Apoyé la frente en la pared y solté un largo suspiro. Sabía que aquel alivio me duraría solo hasta volver a verla, porque en cuanto la tuviera de nuevo delante, el fuego se reavivaría con la misma intensidad.

Salí de la ducha, me sequé con calma y me vestí con algo informal pero cuidado. Frente al espejo, me sorprendí repasando los detalles como un adolescente antes de su primera cita. No era mi estilo, nunca lo había sido… pero esa mujer me tenía completamente fuera de mi eje.

Me serví un whisky mientras esperaba que pasaran los minutos. El reloj parecía avanzar con demasiada lentitud. Me sorprendí mirando el vaso vacío y comprendí que lo único que quería era estar ya frente a ella.

Así que no esperé más. Me gustaba ser puntual, y a la hora acordada estaba llamando a su portero automático.

No tardó en abrir. En cuanto lo hizo, me quedé mirándola con una sonrisa. Estaba todavía más bonita que el jueves, cuando la vi por primera vez.

Estaba con el pelo suelto, aún húmedo de la ducha que intuía se había dado. Sencilla, con un vestido veraniego en color amarillo pálido, arreglada pero informal. Ese tono hacía resaltar aún más el color de su piel.

Lo que más me llamó la atención fue verla descalza. Ella se dio cuenta de que mi mirada se había deslizado hacia sus pies.

—Espero que no te importe, pero paso muchas horas de pie y cuando llego a casa me gusta estar descalza.

—No me importa en absoluto, es tu casa. —Se apartó de la puerta para invitarme a pasar.

Al entrar, me detuve a su altura, agaché un poco la cabeza y rocé la comisura de sus labios con un beso.

Quizá fue demasiado atrevido, pero ya no éramos unos críos con juegos tontos. Los dos sabíamos lo que había entre nosotros, y no tenía sentido ocultarlo.

—¿Qué tal estos días? —me preguntó, con esa naturalidad forzada que delataba los nervios.

Por mucho que el jueves se hubiera mostrado lanzada al invitarme a su casa, ahora mismo estaba con las emociones a flor de piel.

Yo, desde luego, no iba a andarme con rodeos.

—Pensando en ti y en esta noche. —Me encantó ver cómo el rubor le cubría las mejillas.

—Vaya… creí que eras un hombre demasiado ocupado como para perder el tiempo en una simple mortal —lo dijo con ironía, pero no le di importancia. Los nervios a veces juegan malas pasadas.

—Cuando hay algo que merece la pena, todo lo demás pasa a segundo plano. Y tú, ahora mismo, estás por encima de cualquier otro pensamiento. —Me miró con los ojos muy abiertos, sorprendida por mis palabras.

—¿Eres así con todas, o solo cuando alguna te interesa un poco más?

—Nunca he sido así con nadie. —Di un paso más hacia ella—. Porque nunca nadie me había llamado tanto la atención como lo has hecho tú. —Sonreí con descaro—. ¿No esperabas que fuera tan sincero? ¿O sigues creyendo que necesito regalar los oídos para conseguir lo que quiero?

—Creo que eres brutalmente directo y que no te gustan los rodeos. —Se mordió el labio inferior—. ¿Sabes que no todo el mundo puede tolerar la sinceridad?

—Pero ese no es tu caso, ¿verdad? —Ladeé la cabeza, esperando un paso más por su parte.

—No, al contrario. Me gusta que sea así, aunque a veces duela.

—No te preocupes, esta vez no es de las que duelen. —Le puse una mano en la mejilla y acerqué mis labios a los suyos—. Porque esta noche voy a decirte verdades… y todas van a ser buenas. —Rozaba su boca con la mía mientras lo decía.

—Se supone que viniste a cenar.

—Los dos sabemos que eso solo era una excusa. —Atrapé su labio inferior entre los míos, tirando suavemente para provocarla aún más.

Todavía seguíamos en la entrada, con la puerta cerrada tras nosotros.

—Además, si hacemos un poco de ejercicio después tendremos más hambre. Pero ahora mismo mi apetito no es de comida. —Sentí cómo sus labios se curvaban en una sonrisa contra los míos.

Ya no podía aguantar más las ganas de tocarla, de besarla y saborearla entera.

La sujeté por la cintura y la alcé a mi altura. Llevé una mano a su muslo y la guie para que me rodeara con la pierna. Era tan pequeña comparada conmigo que me resultaba facilísimo sostenerla; ligera como una pluma.

Con la otra pierna hizo lo mismo, y cuando quedó completamente prendida de mí, posé las manos en sus nalgas para sujetarla mejor y rozarla contra mi erección.

—¿Quieres que pase esto? —Tenía los dedos enredados en mi nuca—. Sin pensar en nada más que en el aquí y el ahora.

—Es lo que más deseo. No me importa nada, salvo lo que está pasando. —La besé con ganas, con un fuego que me consumía y que me pedía más, mucho más. Cada roce me sabía a poco—. Te deseo desde el momento en que entraste en mi salón.

—Entonces aprovechemos esta noche, porque me tienes al límite… y con cada segundo aumentan las ganas. —Moví la pelvis, presionando contra su sexo—. ¿Dónde está tu habitación? —Vi varias puertas cerradas y no estaba para juegos de adivinanzas.

—La última a la derecha —me susurró al oído antes de atrapar el lóbulo de mi oreja entre sus labios.

Con apenas unos pasos llegué a la puerta. Paula extendió la mano hacia atrás, giró el pomo y la abrió.

No me molesté en cerrar la puerta. Cuando llegué a los pies de la cama, la solté despacio, dejándola deslizarse por mi cuerpo hasta tocar el suelo, rozándome con cada centímetro de su piel.

—No sabes lo bonita que eres… —Le sujeté el rostro entre las manos y bajé la cabeza para besarla.

Empecé con un beso lento, suave, cargado de todo lo que me estaba provocando. Ella tenía las manos en mi cintura y, aunque aún seguíamos vestidos, podía sentir el calor que desprendían sus palmas; el mismo calor que recorría todo mi cuerpo.

Fue Paula la primera en dar el paso de empezar a desnudarme. Me quedé quieto, dejándole decidir, por si quería echarse atrás en el último momento.

Pero no lo hizo. A pesar de esa pequeña timidez que asomaba en sus gestos, me encantó que fuera atrevida.

Me desabrochó los botones de la camisa uno a uno, con calma, como si quisiera descubrir mi cuerpo poco a poco, grabando cada parte en su memoria. Cuando la tuvo abierta, posó sus manos en mi abdomen y las fue subiendo lentamente por mi pecho hasta llegar a los hombros. Después, recorrió mis brazos hacia abajo, y la tela cayó al suelo junto a nosotros.

La atraje contra mí, porque toda cercanía me parecía poca; necesitaba tenerla pegada a mi piel.

Llevé las manos al bajo de su vestido y empecé a subirlo despacio. Me moría de ganas de verla desnuda. Ya intuía el cuerpo que escondía, pero necesitaba contemplarlo sin nada que lo cubriera, admirar cada una de sus curvas.

—Creo que no eres consciente de todo lo que provocas en mí… —murmuré mientras le quitaba el vestido, dejándolo caer al lado de mi camisa.

—Es recíproco —susurró ella.

Me aparté un poco, solo para poder mirarla mejor. Mis ojos recorrieron su figura: su rostro enmarcado por el cabello suelto, la línea de su cuello, el valle de sus pechos cubiertos por un sujetador de encaje blanco que dejaba adivinar los pezones endurecidos.

Descendí la mirada por su abdomen plano, su ombligo, hasta el triángulo cubierto por unas braguitas a juego, y después por esas piernas torneadas que parecían hechas para aferrarse a mi cintura mientras me hundía en ella.

Capítulo 9

Paula

Era consciente de que Eros no venía solo a cenar, y tampoco quería que lo hiciera. Aun así, esperaba que antes de lanzarnos el uno al otro hubiera, al menos, una pequeña conversación, algo para conocernos mejor.

Sin embargo, me gustó que fuera así. Me atraía esa parte de él que ya había podido intuir: la de un hombre decidido, que iba a por lo que quería sin rodeos ni palabras vacías.

Aunque todavía llevaba la ropa interior, me sentía completamente desnuda ante él. Su manera de mirarme, como si de verdad estuviera contemplando algo hermoso, me hacía sentir demasiado expuesta.

No voy a mentir diciendo que no lo repasé con la mirada, porque sí lo hice.

Era mucho más alto que yo, y para verle bien la cara tenía que levantar la cabeza. No en exceso, pero lo suficiente como para admirar ese rostro que gritaba lo guapo y atractivo que era.

Y si a eso le sumaba el cuerpo esculpido, los brazos musculosos sin ser exagerados —pero lo bastante definidos como para cogerme a pulso sin esfuerzo—, entonces el resultado era sencillamente irresistible.

Los dos hacíamos lo mismo: él recorría mi cuerpo con la mirada, y yo el suyo.

Tenía los pectorales firmes, la famosa tableta de chocolate y esa V que desaparecía bajo la cintura del pantalón. Todo en él gritaba fuerza, poder y determinación.

Las ganas de tocarlo me estaban matando. No lo dudé ni un segundo más: di un paso hacia él y volví a posar las manos sobre su pecho.

Poco a poco subí hasta rodearle el cuello y enredé los dedos en el cabello de su nuca. Tiré de él hacia mí y atrapé sus labios con los míos.

Lo provoqué para que abriera la boca y nuestras lenguas se encontraran a mitad de camino.

Lo saboreé con ansias, y al mismo tiempo sentí como si un rayo me atravesara de pies a cabeza.

La sensación de sus labios y de su lengua era lo mejor que había sentido en toda mi vida, tanto que los gemidos empezaron a escapárseme sin poder evitarlo.

—Quítate la ropa interior —ordenó, con voz grave. Y en ese momento no me importó lo más mínimo que sonara a orden.

Llevé las manos a la espalda y me desabroché el sujetador sin apartar la mirada de él. Eros, en cambio, tenía los ojos clavados en la parte de mi cuerpo que acababa de quedar al descubierto.

Deslicé lentamente los tirantes por mis brazos, provocándolo a propósito con cada movimiento. El sujetador terminó cayendo a mis pies, uniéndose a la ropa que ya habíamos dejado atrás.

Después llegó el turno de las braguitas. Las bajé despacio por mis caderas hasta los muslos, y de ahí se deslizaron solas hasta el suelo. Liberé un pie y con el otro las aparté a un lado. Quedé completamente desnuda, expuesta a su mirada.

—Me estás matando —murmuró con la vista fija entre mis piernas.

Sabía que observaba mi sexo depilado, y la intensidad de su mirada me erizó la piel.

—Te toca a ti —le dije, obligándolo a mirarme a los ojos.

—Con mucho gusto —respondió con un guiño.

Eros no se lo tomó con la misma calma. Se desabrochó el cinturón, luego el pantalón, y en un solo gesto se quitó también la ropa interior.

Quedó desnudo frente a mí, imponente. Mi vista bajó instintivamente hasta su sexo, y no pude evitar quedarme boquiabierta. Su erección era grande, gruesa, con el glande húmedo por una gota preseminal que brillaba tentadora.

Me humedecí los labios sin darme cuenta, y ese simple gesto fue el detonante. Eros se lanzó sobre mí y caímos los dos en la cama, enredados.

En ese momento todo se descontroló. Éramos fuego, dos cuerpos consumidos por el deseo. Bocas, manos, piernas… todo mezclado en un frenesí que nos hacía devorarnos como si el mundo se acabara esa misma noche.

Abrí las piernas para recibirlo mientras nuestras bocas seguían hambrientas, robándose jadeos, mordiscos y suspiros.

—Eres perfecta… no sabes cuánto te deseo —susurró antes de empezar a bajar por mi cuerpo, dejando un rastro de besos ardientes.

Cuando llegó a mis pechos, se detuvo para dedicarse a ellos. Mientras atrapaba un pezón con su boca, el otro recibía la atención de su mano.

Arqueé la espalda cuando lo mordió con suavidad, tirando apenas de él entre sus dientes. No me dolió; al contrario, me encendió todavía más.

No dejaba de rozar su erección contra mi sexo, aumentando la tensión hasta límites insoportables. Dios, a esas alturas, lo único que quería era sentirlo dentro, pero sabía que él quería seguir recorriendo cada rincón de mi cuerpo con sus labios y sus manos.

—Eros, te necesito dentro ya —le pedí entre jadeos, sin poder contenerme más.

—Y yo me muero por estarlo, pero todo a su debido tiempo. —Sus labios dejaron un beso suave justo sobre mi pubis—. Antes quiero saborearte.

Coloqué los pies sobre la cama, doblando las rodillas, y él me sujetó por el interior de los muslos para abrirme por completo.

—Simplemente maravillosa… —susurró mientras pasaba dos dedos por la humedad que se acumulaba entre mis pliegues. El suspiro que se me escapó fue inevitable—. Y eres toda mía. —Su voz sonaba más ronca, cargada de deseo.

Me incorporé sobre los codos. Quería verlo, observar cómo se adentraba con su boca justo donde mi cuerpo lo reclamaba con urgencia.

—Disfrútalo, porque como yo no te dará placer nadie. Y no es vanidad, es la realidad. —Su aliento tibio me rozaba la piel sensible y me erizó entera.

—Eres un poco presuntuoso —le respondí con una sonrisa ladeada. Y aunque parecía creído, en el fondo intuía que estaba diciendo la verdad.

—No, preciosa, lo que soy es realista. Ya me lo dirás. —Su lengua recorrió despacio mis pliegues, y cuando nuestros ojos se encontraron, el calor en mi interior se multiplicó.

Separó mis labios vaginales con dos dedos y hundió la lengua en mí.

Al principio se movió lento, provocándome, jugando con mi paciencia. Pero en cuanto mis gemidos empezaron a subir de volumen, aumentó la presión, más firme, más profunda.

Atrapó mi clítoris entre sus labios, succionándolo, enviando descargas eléctricas que me atravesaban de pies a cabeza. Estaba cerca, muy cerca… pero necesitaba algo más.

Y lo supo. Lo leyó en mi cuerpo. Me penetró con dos dedos, curvándolos hacia arriba hasta encontrar ese punto exacto, esa zona rugosa que parecía hecha para volverme loca.

No tardó en arrastrarme hasta un orgasmo intenso, arrollador, que me hizo gritar y caer rendida sobre la cama, jadeando, intentando recuperar el aire.

Eros fue ascendiendo por mi cuerpo con una cascada de besos, y entre ese vaivén sentí que se apartaba apenas un instante para colocarse un preservativo.

—Eres mucho mejor de lo que había imaginado —susurró, acomodando sus manos bajo mis nalgas.

Colocó la punta de su glande en mi entrada y, poco a poco, fue penetrándome, llenándome por completo.

—Me encanta cómo me acoges, sentir el calor de tu interior. Eres perfecta para mí —murmuró entre jadeos.

—Dios… esto es maravilloso.

—Lo maravilloso empieza ahora.

Y no mintió. En cuanto comenzó a moverse, todo adquirió un sentido distinto, uno que iba mucho más allá de dos simples cuerpos practicando sexo.

Al menos para mí, así lo sentí.

Sus embestidas se volvieron más rápidas, fuertes y profundas. La habitación se llenó con el sonido de nuestros cuerpos chocando, nuestras respiraciones agitadas y los gemidos que escapaban sin control.

Cuando la necesidad aumentó, me tomó una pierna por debajo de la rodilla y la colocó sobre su hombro. En esa posición lo sentía todavía más dentro, alcanzando lugares a los que jamás pensé que alguien pudiera llegar.

—Eros… no aguanto más —murmuré entre gemidos.

—Pues déjate llevar —me dijo apretando uno de mis pechos entre sus dedos—. Me vuelve loco cómo me recibes dentro de ti.

Entre sus palabras y las penetraciones, me llevó directo al límite. El útero se contrajo con fuerza y, con él, mis paredes vaginales. Sentía cómo cada centímetro suyo me llenaba por completo.

Clavé las uñas en sus glúteos y me abandoné al placer, alcanzando un orgasmo arrollador que me atravesó de dentro hacia fuera, arrasando todo a su paso.

—Dios, no dejes de apretarme… —gruñó entre dientes, sin detener el ritmo.

Una embestida más, dos, tres… hasta que también él se derramó en un clímax intenso, dejándose caer sobre mí.

Apoyó la frente en mi pecho, jadeando, y cuando recuperó el aliento, levantó la cabeza para dejar un beso en uno de mis pechos y, después, otro en mis labios.

Salió de mí, dejando un vacío que me hizo suspirar, y se levantó para ir al baño. Volvió al poco con una toalla, me limpió con cuidado y desechó el preservativo.

Nunca antes nadie había tenido ese detalle conmigo. Puede parecer insignificante, pero para mí significó mucho, porque demostraba una atención que no había conocido en otros hombres.

Se tumbó a mi lado, pasó un brazo bajo mi cabeza y me atrajo contra su pecho. Apoyé la mejilla sobre él y dejé un beso suave en su piel. Sabía que no era lo más adecuado dadas las circunstancias, pero me nació hacerlo, del mismo modo que a él le nació besarme en el cabello.

—¿Cómo te sientes? ¿He sido brusco? —me preguntó, con un deje de preocupación en la voz.

—Me siento de maravilla, y no, no has sido brusco. Has sido perfecto. —Le acaricié el centro del pecho, sonriendo.

—¿Te imaginas lo que podríamos haber disfrutado todos estos años si tu hermano nos hubiera presentado antes? —preguntó con una sonrisa pícara.

—Bueno, eso no lo sabemos. —Levanté la cabeza de su pecho y apoyé la barbilla en él—. Quizás el momento no era el indicado y ahora sí lo es.

—Estoy seguro de que antes me habrías gustado de la misma manera que lo haces ahora. —Me apartó un mechón de pelo y lo colocó detrás de mi oreja, acariciando mi mandíbula en el gesto.

—Puede ser, pero las circunstancias a lo mejor no habrían sido las adecuadas. No se sabe, y tampoco tiene sentido pensar en eso. —Me incliné para darle un beso rápido—. ¿Tienes hambre ya? Te aviso de que cocino de lujo.

Me incorporé para levantarme, pero apenas puse un pie en el suelo, tiró de mi muñeca y me hizo caer de nuevo sobre él.

—Todavía tengo hambre, sí, pero de ti. La cena puede esperar.

Me coloqué a horcajadas sobre su cuerpo y, en esa postura, volvimos a perdernos el uno en el otro con la misma intensidad y fogosidad de la primera vez.

Al final terminamos cenando de madrugada, entre risas, confidencias y miradas que decían mucho más que nuestras palabras.

La noche se nos fue sin dormir. Y fue solo cuando el sol despuntaba por la ventana, después de haberlo hecho una última vez, que caímos rendidos a un sueño profundo y reparador.

Capítulo 10



Eros

Pasé toda la noche del sábado y prácticamente todo el domingo con Paula. Lo curioso es que el sábado no dormimos ni un minuto; cuando por fin nos rendimos al cansancio, ya era de día, con el sol colándose descarado por las rendijas de las persianas.

Dormimos juntos durante toda la mañana, y cuando por fin abrimos los ojos, ya era bien entrado el mediodía. Y, aun así, a pesar de las pocas horas de sueño, me sentía lleno de energía, como si hubiera recargado las pilas de una manera distinta, más profunda, de esas que no tienen explicación lógica.

La conexión que tuve con Paula fue tan intensa y natural, que todavía me cuesta entenderla. No hubo esfuerzo, no hubo fingimiento: todo fluyó solo. Lo que pasó entre nosotros no fue simple sexo. Fue algo brutal, ardiente, salvaje, pero al mismo tiempo lleno de una complicidad extraña, como si supiéramos exactamente lo que el otro necesitaba en cada momento.

Era como si lleváramos años conociéndonos, como si nuestros cuerpos hubieran estado esperando el momento exacto para encontrarse y reconocerse. Verla con los ojos brillantes, a punto de llorar del placer, me encendía de una manera que jamás había sentido antes.

No entendía qué demonios me había hecho esa mujer, pero lo que sí tenía claro era que los días que habíamos compartido juntos no iban a ser los últimos. La deseaba más, necesitaba más. Si por mí fuera, la tendría aquí

mismo ahora, a mi lado, encima de mí, bajo mí, me daba igual cómo… lo único que sabía era que no me alcanzaba con lo que ya habíamos vivido. Me había sabido a muy poco.

Y, aun así, debía poner un freno a esa vorágine. El trabajo se me estaba acumulando y mis clientes no eran cualquiera: eran gente que invertía millones en los yates de lujo que fabricábamos. Ellos confiaban en mí y yo no podía defraudar esa confianza.

Obviamente, no era yo quien se metía a remachar planchas o a soldar estructuras; para eso tenía un equipo enorme de profesionales. Pero yo había empezado desde abajo, con las manos casi vacías y apenas con conocimientos, y lo único que siempre tuve claro era que llegaría a lo más alto. Y lo conseguí.

Es cierto que había tenido facilidades gracias a lo que heredamos tras la muerte de mis padres. Pero que nadie se engañe: nada de eso me evitó sudar, pelear y matarme a trabajar para crear mi propio imperio. Ese negocio era mío, lo había levantado yo.

Me gustaba estar en primera línea, supervisando, controlando, asegurándome de que cada detalle estuviera perfecto. Tenía la suerte de contar con gente muy eficiente, aunque me costó años dar con las personas adecuadas. Ahora sí podía decir que tenía uno de los mejores equipos del sector. Desde el primer obrero que colocaba un tornillo hasta los arquitectos y diseñadores que plasmaban en papel las ideas más ambiciosas, todos eran piezas vitales en una cadena en la que, si uno fallaba, el resto se tambaleaba.

Eran sobre las nueve de la mañana del lunes, cuando escuché unos taconeos pasar por delante de la puerta de mi despacho. Por el rumbo que llevaban, supe que era mi hermana dirigiéndose al jardín a tomar su primer café del día.

Me levanté con la intención de ir a la cocina por el mío. Quería un parón de cinco minutos para despejarme y disfrutar del frescor de la mañana. En silencio, a ser posible. Aunque claro, si decidía tomarlo en el mismo lugar que mi hermana, ya sabía que el silencio iba a ser imposible.

—Buenos días, señor. ¿Le preparo el desayuno? —me preguntó Manuela, que acababa de salir de la despensa con un paño en las manos.

—No es necesario, gracias. Solo venía a buscar un café.

—Se lo preparo en un segundo —se ofreció con esa eficacia que la caracterizaba.

—Gracias, Manuela. Por cierto, ¿hace mucho que mi hermana se levantó? —pregunté con una sonrisa torcida.

Lo cierto es que Selena nunca había sido madrugadora. Para alguien normal, a las nueve ya habían pasado varias horas desde que se despertaron, pero para mi hermana aquella hora era casi un sacrificio digno de mención.

—La señorita se levantó más temprano porque iba a recibir visita.

«¿Mi hermana, recibiendo visita un martes a estas horas?» Aquello sí que era raro.

—Es extraño que venga alguien tan temprano —respondí, arqueando una ceja—, sobre todo cuando todos sus amigos son igual de vagos que ella.

Manuela sonrió; después de tantos años trabajando conmigo, había suficiente confianza para hablar así.

—No le quedó más remedio. Ha venido su nueva peluquera. —Negó con la cabeza—. No sabes el berrinche que montó el otro día cuando le dijeron que solo podían atenderla el martes por la mañana.

Paula estaba aquí. ¿Cómo no me había enterado? Cuando me dijo que había quedado con mi hermana, pensé que lo harían en su salón, no en casa. Ahora tenía más ganas que nunca de tomarme ese café en el jardín. Tenía que verla, aunque fuera solo unos minutos.

—¿Mi hermana pidió que les llevaras café o algo para desayunar?

—No lo pidió, pero, aun así, estoy preparando café, zumo y algo de comer.

—Perfecto, entonces sirve para tres. Voy a aprovechar y desayunar con ellas.

—Así me gusta, señor, que se dé un respiro. Ya lleva horas metido en el despacho. La vida no es solo trabajo: hay que disfrutar los pequeños momentos para despejar la mente.

Con Manuela siempre había sido diferente. Con mi hermana mantenía más distancia, pero conmigo hablaba como si fuera de la familia. Para Selena los empleados eran solo eso: trabajadores. Para mí eran personas.

—Me parece que voy a empezar a hacerte más caso —le dije acercándome para darle un beso en la frente—, pero con una condición: deja de llamarme «señor». Te lo repito desde hace años.

—Lo dejaré el día que forme su propia familia —replicó con picardía. Siempre soltaba esa pulla porque estaba convencida de que iba a quedarme soltero para siempre.

—Eres una tramposilla. —La señalé con el dedo mientras reía.

—Tramposa o no, es el trato que hago con usted, señor. —Alargó adrede la palabra "señor", remarcándola bien.

—Mejor me voy antes de que empieces otra vez. —Salí refunfuñando a propósito, solo para que ella lo oyera. Su carcajada de fondo me confirmó que lo había conseguido.

Ya casi estaba en el jardín cuando escuché su voz. Solo con eso, con ese sonido, se me acumuló la sangre en la entrepierna. No entendía qué tenía esa mujer para ponerme de cero a cien sin siquiera verla.

—Buenos días —saludé al salir.

Mi hermana me miró con los ojos entrecerrados, desconfiada, y Paula se mordió el labio inferior. Imaginé que recordaba, igual que yo, la noche que habíamos compartido.

Me incliné primero hacia Selena para darle un beso. No lo hice solo por cariño fraternal, sino porque necesitaba acercarme a Paula sin que pareciera demasiado descarado.

—Buenos días, hermano —respondió ella devolviéndome el gesto—. ¿Has decidido tomarte un descanso?

—Sí, y qué mejor que hacerlo con vosotras.

—Buenos días, Eros —me dijo Paula. Al saludarla, rocé la comisura de sus labios con los míos, cuidando que mi hermana no lo viera.

—¿Cómo estás? —le pregunté, mirándola con más interés del que debería.

—Bien, con mucho trabajo esta semana. —Se acomodó en la silla que había ocupado antes, justo al lado de la mía, y añadió—: Al final tendré que darle la razón a Amaya y buscar a otra persona que me eche una mano.

—Si es lo que necesitas, hazlo. Por lo poco que te conozco, sé que no vas a dejar de trabajar, pero también sé que podrías delegar un poco.

—Por lo que parece, os conocéis muy bien. —Selena nos miró de uno a otro con cara de sospecha.

—Lo suficiente para mantener una conversación cordial —le contesté a mi hermana—. Le he pedido a Manuela que nos sirva el desayuno. Espero que tengáis hambre.

—No creo que me dé tiempo para desayunar, pero un café me lo tomo encantada —respondió Paula con una sonrisa ligera.

—A Manuela es difícil decirle que no, se cree lo que no es. —Miré a mi hermana con los ojos entrecerrados.

Era increíble cómo podía llegar a comportarse. Cada día la reconocía menos, como si se hubiera empeñado en mostrar solo su peor cara.

—Manuela, no se cree nada, y mucho menos lo que insinúas. Es una mujer ejemplar y siempre está pendiente de todos nosotros. Así que mide tus comentarios. Si a ti te da igual hablar así delante de una desconocida, a mí me da igual ponerte en tu sitio para que te comportes —le solté ya con el mal humor instalado en la voz.

—No lo he dicho con mala intención —intentó justificarse, aunque a esas alturas ya no podía arreglar nada.

—Tengo que seguir con el trabajo —me levanté de la silla, sin ganas de seguir compartiendo mesa con mi hermana—. Paula, cuando termines con Selena, pasa por mi despacho para hacer el pago. —Era una excusa, lo sabía. Lo único que quería era tenerla unos minutos a solas—. Dile a Manuela que te indique dónde está.

—No te preocupes por el pago, si estás ocupado, puedes hacerlo en otro momento.

—No es molestia, por favor, pasa cuando termines aquí.

—Así lo haré, gracias.

Antes de ir al despacho, pasé por mi habitación para darme una ducha, entre mi hermana que me había puesto de mal humor y las ganas que tenía de volver a tener a Paula entre mis manos.

Me di una ducha rápida, no quería perder mucho el tiempo y como aquel día, no iba a salir de casa, por lo menos por en ese momento, me puse ropa informal.

Mientras Paula terminaba con mi hermana, dediqué el tiempo a contestar dudas que tenían mis trabajadores.

Estaba terminando con una llamada de teléfono cuando sonó un toque en la puerta. Le dije que podía pasar y en cuanto apareció la mujer que me tenía como loco, se me formó una sonrisa.

—¿Ya terminaste con Selena?

—Sí, no es necesario que me pagues hoy, puedes hacerlo después de la boda. —Dio unos cuantos de pasos hasta colocarse delante de la mesa.

—Ya sé que no es necesario, pero aparte de que no me gusta deber dinero, tenía muchas ganas de verte a solas. —Me levanté para acercarme a ella—. Te he echado de menos —me salió decirlo porque era la pura verdad.

Di un paso más, hasta quedar a escasos centímetros de su cuerpo. No podía evitarlo: las ganas de besarla me mataban.

Puse las manos en sus caderas y la atraje hacia mí, hasta que sus pechos quedaron atrapados contra mi torso.

Una de mis manos subió a su mejilla; la otra permaneció en su cadera. Sin dejar de mirarla a los ojos, me incliné hacia sus labios lentamente, dándole la oportunidad de echarse atrás si lo deseaba.

Como no hubo negativa alguna, la besé. Fue apenas un roce, pero suficiente para encenderme.

—¿Tú no me has echado de menos? —le pregunté sobre esos labios que me estaban provocando desde que los había visto por primera vez.

—Un poco. —Sonrió.

Y con esa sonrisa me di por perdido. ¿Cómo podía sentirme así por una mujer? No sabía qué tenía, pero era incapaz de dejar de pensar en ella… y lo cierto es que tampoco quería.

No tenía claro adónde nos llevaría esto, pero sí sabía una cosa: quería seguir disfrutando de ella por tiempo indefinido.

Presioné con la lengua para que abriera los labios y me dejara saborearla como anhelaba. No me defraudó: me correspondió con el mismo ímpetu.

Sus manos viajaron por mi pecho hasta terminar ancladas en los pelos de mi nuca.

Me fascinaba la sensación de sus dedos jugueteando en esa zona; era como una caricia íntima que encendía cada parte de mi cuerpo. Tal vez era cosa mía, pero ese gesto me decía que lo nuestro no era solo sexo, que había complicidad.

—Un poco no es suficiente para mí —susurré en su cuello.

—Mmm… —Ladeó la cabeza para darme más espacio a besarla allí—. Tal vez haya sido algo más que un poco —murmuró casi con un ronroneo.

—Todavía sigue siendo poco. —Pasé la lengua desde su oreja hasta la clavícula—. Te necesito. Me muero por estar enterrado en tu interior.

La atraje más contra mí para que notara mi erección.

—Eros… está tu hermana, yo tengo trabajo y tú también. —Sus manos recorrieron mi espalda por debajo de los brazos—. Por muchas ganas que yo también tenga, no podemos ahora mismo.

—En este momento me importa muy poco mi hermana, el trabajo o cualquier cosa que no sea estar en tu interior, arrancándote gemidos. —Le agarré las nalgas, apretándolas y acariciándolas con firmeza.

Dejé que una mano descendiera hasta el final de su vestido. Poco a poco lo fui subiendo, arrastrando la tela con los dedos.

Cuando la mano volvió a posarse en su cadera, la deslicé hacia delante, recorriendo su centro, ese que ya desprendía calor y humedad.

—Y por lo que puedo notar… tú también lo estás deseando. —Le aparté las braguitas a un lado y deslicé dos dedos por sus pliegues húmedos.

—Eros… —Se quedó callada cuando rodeé su clítoris con la punta del dedo corazón.

—Dime. —La provoqué un poco más, deslizando esos mismos dedos hasta la entrada de su vagina—. ¿Sigo… o lo dejamos para otro momento?

—Como pares, eres hombre muerto. —Su voz temblaba entre el deseo y la osadía—. No olvides que yo también puedo provocarte.

Y lo hizo. Sus manos llegaron a los botones de mi pantalón y los fue abriendo con una calma desesperante, como si disfrutara de torturarme.

Cuando por fin metió la mano dentro de mi bóxer y rodeó mi pene, que palpitaba con fuerza por lo caliente que me encontraba, me vi obligado a apretar los dientes para no dejar escapar el jadeo que se me quedó atascado en la garganta.

Capítulo 11



Paula

Vine a la casa de Eros con la esperanza de no verlo, no porque no quisiera, sino porque tenía un lío enorme en la cabeza.

Me había hecho sentir tantas cosas el sábado y el domingo, que aún me encontraba confundida. Por primera vez en mi vida estaba deseando más de un hombre, queriendo vivir junto a él mil momentos y guardarlos todos en mi memoria.

Sabía que, por su parte, aquello no era más que atracción, que cuando apareciera otra me apartaría de su lado sin mirar atrás. Por eso intentaba mantenerme al margen, aunque solo fuera unos días.

Mi fuerza de voluntad se fue al garete en cuanto lo vi salir al jardín, con esa mirada, esa sonrisa y ese cuerpo.

Me costaba concentrarme en lo que me pedía su hermana, porque no dejaba de revivir los momentos pasados con él: sus besos, sus caricias, el roce de sus manos, las palabras que me susurró mientras me hacía suya.

Y de nada sirvió luchar contra ello, porque en cuanto me pidió que fuera a su despacho, supe que algo iba a pasar entre los dos.

No pensé que llegaríamos a practicar sexo, pero sí que habría besos y algún que otro roce.

No pude resistirme. En ese instante mi mente se desconectó de todo pensamiento racional. Me daba igual que alguien nos descubriera; lo único que quería era que me hiciera vibrar como solo él sabía.

—Preciosa, ni hay tiempo, ni tengo paciencia hoy —murmuró, apartando mi mano de su miembro.

Me dio un último beso antes de darme la vuelta y apoyar mis manos sobre la mesa. Me subió el vestido hasta la cintura.

Mientras descendía, fue dejando un rastro de besos desde la base de mi cuello hasta el borde de mis braguitas. Me las bajó lentamente, como quien sabe que el momento es suyo.

—Será rápido, pero no por eso menos placentero —me advirtió al ponerse de pie. Me dio un toque en el tobillo para que abriera más las piernas.

Escuché cómo rasgaba el envoltorio de un preservativo y sentí que la ansiedad se disparaba. Mi interior palpitaba de pura necesidad.

—No hay nada mejor en el mundo que estar dentro de ti —susurró, hundiéndose en mí centímetro a centímetro—. Dios, estás tan caliente… me siento en el puto paraíso. Que se acabe el mundo ahora mismo, si quiere.

Me cogió del hombro para que me incorporara un poco. Giré la cabeza, y entre besos desesperados me hizo sentir la mujer más deseada del planeta.

Sus embestidas eran rápidas, firmes, potentes, y, aun así, lograba que cada una me arrancara un estremecimiento distinto. Me hacía ver las estrellas, el firmamento entero.

El sexo con Eros era de otro nivel, algo que no había conocido en mis treinta y cinco años. Por mí, el mundo podía detenerse, porque no quería que ese momento acabara nunca.

Me mordía el labio inferior para no soltar los gemidos que pugnaban por salir. No quería que nadie nos escuchara; aquello era solo nuestro.

—No reprimas lo que te provoco. Me encanta escucharlo.

—No quie… quiero —logré articular, ahogada por sus embestidas—. Dios… que nadie me oiga.

—Entonces, hazlos solo míos. —Sus labios atraparon los míos, robándome cada jadeo, cada gemido, cada aliento.

En esa postura, con su boca sellando la mía, me arrastró a un orgasmo que me desgarró por dentro, mientras mi cuerpo temblaba contra el suyo. Poco después, él también se dejó ir, enterrándose en mí como si quisiera grabar ese momento para siempre.

Incliné la cabeza hacia delante, tomando bocanadas de aire, y Eros apoyó su frente en el centro de mi espalda, imitando lo que yo hacía.

No salió de mi interior hasta que los dos estuvimos algo más serenos.

¿Cómo podía ser que, con solo verlo quitarse el preservativo, me entraran ganas de volver a hacerlo otra vez? Jamás me había excitado presenciar ese gesto en un hombre. Sin embargo, con él, todo me ponía.

Nos recompusimos la ropa y el pelo, aunque sin dejar de mirarnos como si siguiéramos desnudos.

—¿A qué hora terminas hoy? —me preguntó después de darme un beso corto.

—Más o menos a la misma hora que el sábado.

—Tienes que buscar a alguien cuanto antes. —Me acarició la mejilla—. Sé que no vas a dejar tu negocio de lado, pero debes tener un poco más de tiempo para ti y, ya que estamos, también para mí. —Una sonrisa socarrona se le dibujó en la cara.

—Eso sonó a egoísmo puro —le contesté con otra sonrisa.

—No lo voy a negar. Soy egoísta cuando se trata de ti, porque quiero pasar más tiempo contigo.

—Eros, creo que estás yendo muy deprisa. —Puse la palma de mi mano sobre su pecho para separarme un poco—. Aquí hay un dicho que dice: «lo que rápido llega, rápido se va».

—No creo en esas cosas. Prefiero dejarme llevar por mi instinto.

—No todo el mundo corre a la misma velocidad ni es tan seguro de sí mismo —le rebatí. No porque no quisiera lo que él decía, sino porque necesitaba protegerme. Me daba miedo sentir algo tan fuerte y que después todo resultara un espejismo. Sabía que eso podría destruirme por completo.

—No podemos vernos solo los sábados por la noche y los domingos. Tenemos una edad como para andar jugando como dos niños.

—Precisamente por la edad, no podemos comportarnos como adolescentes. Somos adultos, hay que pensar las cosas antes de lanzarse al vacío.

—Creo que no me he explicado bien. —Se inclinó hacia mí, mirándome a los ojos—. Solo quiero que nos veamos más seguido. Eso no implica una boda ni nada por el estilo. Solo que disfrutemos de esto que tenemos.

—Veré cómo intento desocuparme por las tardes y así terminar antes, ¿te parece bien? —Qué fácil me convencía aquel hombre.

—Me parece estupendo. —Su sonrisa de triunfo me desarmó. Aunque, en realidad, ese triunfo no era solo suyo, sino también era mío.

Él pensaba que yo no quería pasar tiempo a su lado, cuando en realidad era todo lo contrario. Las ganas de estar con él me podían, pero el miedo… el miedo también.

—Ahora sí que me tengo que ir, me he retrasado más de la cuenta. —Cogí el bolso que había dejado en la silla cuando entré en el despacho.

—Espérame esta noche en tu casa. No hagas la cena, la llevo yo.

Me puse de puntillas y le di un beso.

—Que sea comida japonesa, por favor —susurré sobre sus labios.

—Japonesa será. —Nos dimos un último beso y salí apresurada.

El tiempo se me había echado encima y sabía que eso se notaría a la hora de mi salida al mediodía y, sobre todo, en la cara de las clientas, que ya de por sí solían ser exigentes. No me quedaba más remedio que darme prisa y aligerar todo lo que pudiera.

Al llegar al salón, mi sorpresa fue enorme: Pablo ya tenía casi terminada a mi clienta. Por lo visto, la suya había llamado diez minutos antes para cancelar la cita, así que él se había ocupado de la mía sin dudarlo. Se lo agradecí con la mirada.

—Muchas gracias, cariño. No sé qué sería de mí sin vosotros. —Y lo decía de corazón. Para mí, ellos eran mi salvación, no solo en lo laboral, sino en lo personal, y eso pesaba mucho más que cualquier otra cosa.

—Ya sabes, estoy aquí para facilitarte la vida. —Me guiñó un ojo con una sonrisilla pícara—. ¿Cómo te ha ido con la hermana de Eros? —preguntó con curiosidad.

Uff, si yo le contara. Lo poco o mucho que había hablado con esa mujer me bastó para ver que era alguien superficial y egoísta, de las que solo miran por sí mismas. Nada más en la forma en que trató a Manuela cuando nos sirvió el desayuno me quedó claro: Selena no sabía querer a nadie que no le diera lo que ella creía merecer. Vamos, una caprichosa de manual, mimada hasta decir basta.

—¿Cómo crees que puede ser una persona que siempre lo ha tenido todo y nunca ha escuchado un «no» en su vida? —le contesté con otra pregunta.

—Uy, entonces es de esas que cambian de idea cada dos por tres.

—Ni te lo imaginas. En el rato que estuve con ella me pidió cosas que no tenían nada que ver unas con otras —resoplé, cansada solo de recordarlo.

Estaba segura de que iba a ser un martirio dar con algo que de veras le gustara. Selena me dio la impresión de ser de esas personas que ahora quieren una cosa y, a los cinco minutos, otra totalmente distinta.

Se supone que el cliente manda, sí, pero hasta cierto punto. Iba a necesitar paciencia con ella, y mucha, lo presentía.

—Oye, no nos has contado si viste a tu dios del amor —me soltó Pablo con su humor de siempre.

—Sí lo vi —respondí sin añadir nada más.

—Uy, se ha quedado callada porque algo ha pasado —intervino Amaya con suspicacia.

—¿Vosotros no tenéis nada más de qué hablar que no sea de mí?

—Cariño, aquí casi siempre hablamos de lo mismo, ¿verdad? —le preguntó a la clienta que estaba peinando. Esta asintió divertida. —Así que lo que nos interesa es saber qué pasó entre tú y ese hombre.

—Sabéis que no me gusta hablar de esas cosas.

—Paula, hija, las que estamos aquí te conocemos desde el principio —dijo Rocío, una clienta de toda la vida, un poco más joven que yo, pero con confianza de sobra.

—No es eso, Rocío. —La miré a través del espejo—. Lo que pasa es que me da miedo decir en voz alta todo lo que me gusta… por si resulta ser solo un espejismo.

—Espejismo o no, no te puedes privar de gritarlo a los cuatro vientos si es lo que te hace feliz.

—Por ahora solo puedo deciros que Eros me gusta mucho, más de la cuenta. —Sentí todas las miradas fijas en mí, pendientes de cada palabra que salía de mi boca—. Me siento cómoda con él, todo sale de manera natural.

Las conversaciones, las risas… no sé, es como si nos conociéramos de toda la vida.

—Perdona que te lo diga, Paula, pero tú estás enamorada de ese hombre hasta las trancas —me soltó Mónica, una clienta que llevaba muchos años viniendo y que tenía la confianza suficiente para decirme las cosas así, sin filtros.

Mónica rondaba los cuarenta, tenía dos hijos y llevaba casada con Fran desde los veinticinco. Siempre los había visto como una pareja ejemplar, de esas que se miran con tanto amor, que hasta los demás lo notan. Él era bombero, ella abogada, y hacían un tándem perfecto. Normalmente, venía al salón por las tardes, pero como se iban de vacaciones en familia, había pedido cita por la mañana.

—Yo no diría tanto. Tal vez sí estoy más ilusionada de la cuenta, pero tanto como enamorada… no sé —respondí, aunque en el fondo mis propias palabras me sonaban vacías. Lo cierto era que me sentía demasiado bien a su lado, y cada momento compartido con él lo recordaba con una sonrisa que se me escapaba sin poderlo evitar.

¿Era eso amor? ¿Se podía enamorar una persona en apenas unos días? No lo sabía, pero estaba claro que algo dentro de mí se había encendido. Cada vez que pensaba en él, el corazón se me aceleraba y un cosquilleo se instalaba en mi estómago. Y cuando estaba junto a él, todas esas sensaciones se multiplicaban por mil, hasta el punto de dejarme sin aliento.

—Sé que te puede costar creerlo —intervino Mónica con los ojos brillantes, como siempre que hablaba de Fran—, pero a mí me pasó igual. Cuando lo conocí, en solo dos días supe que era el hombre de mi vida.

Sus labios se curvaron en una sonrisa dulce, y pude ver la certeza en su mirada.

—Sé que no todo el mundo entiende que alguien pueda enamorarse tan rápido —continuó—. Hay muchos tipos de amor, y no todos llegan de la misma forma ni al mismo ritmo. Así que no te obsesiones con el tiempo que llevas con él. Déjate llevar.

Me quedé pensativa. Sus palabras se me quedaron grabadas. Sabía que tenía razón, pero el miedo no se me iba. Supongo que era por lo desconocido, por no haber sentido nunca algo tan intenso.

Lo mejor que podía hacer era dejarme llevar. Disfrutar de todo lo que Eros me estaba dando… y dejar que el resto fluyera.

Capítulo 12



Eros

El tiempo es algo muy relativo. Para unos se vuelve eterno cuando esperan con ansias ese momento que parece no llegar nunca; para otros pasa volando, tan rápido que casi desean detenerlo, porque saben que, en cuanto se esfume, lo que viven habrá terminado.

En mi caso, desde que conocí a Paula, el tiempo se había convertido en una contradicción constante. Cuando no estaba con ella, los minutos parecían horas interminables. Pero cuando la tenía cerca, cuando podía disfrutar de su compañía, las horas se convertían en segundos fugaces que se me escurrían entre las manos.

Lo único que tenía claro era que la quería conmigo todo el tiempo. Y no, no era solo por el sexo —que sí, lo había, y mucho, ardiente y explosivo—, sino por todo lo demás. Por la complicidad que fluía entre nosotros, por los roces simples, por la manera en la que se acomodaba en mi pecho y se quedaba dormida como si aquel fuera el lugar más seguro del mundo.

Con Paula en mis brazos sentía que lo tenía todo, que no me faltaba nada, que la vida me había dado justo lo que siempre había anhelado en silencio.

Cuando me miraba con esos ojos llenos de cariño, con esa ternura que no pedía nada a cambio, me invadía una sensación extraña y poderosa: la certeza de ser querido de verdad. Y no recordaba haber sentido algo así desde que mis padres murieron.

Claro que no era el mismo tipo de amor, pero la ausencia se parecía demasiado. Porque, más allá de las mujeres con las que había estado, de los amigos, de la gente de confianza… lo cierto es que muchas veces había dudado si alguien me quería sin esperar algo a cambio.

Mi hermana, por ejemplo. ¿Cariño? Sí, seguramente me tenía, pero amor de verdad… lo dudaba. Ella siempre había sabido quererse más a sí misma que a los demás.

Y yo no podía culparla del todo. Desde que nuestros padres faltaron, me encargué de que no le faltara nada. Se lo di todo, incluso mucho más de lo que merecía, intentando que su dolor por la ausencia de mamá y papá fuera más llevadero.

Ese, probablemente, había sido mi error: creer que con lo material podía tapar los vacíos más profundos. Porque amor, claro que se lo di, nunca le faltó. Pero ella nunca lo valoró como debía.

De todos modos, jamás me alejaría de ella. Era mi hermana y siempre estaría a su lado, aunque cada vez me costara más tener paciencia con sus caprichos. Pero al menos, cuando se casara, gran parte de su atención recaería en su marido y yo podría respirar un poco más tranquilo.

Y mientras tanto, mi vida con Paula se afianzaba más cada día. Estas dos semanas habían dado para mucho. Casi todas las noches dormíamos juntos, unas veces en su casa y otras en la mía, y cada vez era más difícil acostumbrarme a la idea de separarme de ella, aunque fuera solo unas horas.

Todavía recuerdo la primera mañana en la que Paula se quedó en mi casa. Bajamos juntos a desayunar y, en cuanto entramos en la cocina, la cara de Manuela fue un poema. No pudo disimular la sonrisa ni la expresión de felicidad que se le dibujó.

Ella sabía que, si Paula estaba allí, era porque significaba algo para mí. Y tenía razón. Nunca antes había llevado a ninguna mujer a mi casa. Había estado con muchas, más de las que podía recordar, tanto en España como en Grecia, pero jamás las había traído aquí. Siempre era en hoteles o en sus propias casas. Esta vez, en cambio, era distinto.

Sin embargo, esa mañana, cuando mi hermana bajó para desayunar, su reacción fue muy distinta. Para que alguien que no la conociera no lo habría notado, pero yo sí lo hice. Se abstuvo de comentarios sarcásticos, cosa extraña en ella. No era tonta; entendió que, si Paula estaba conmigo en casa, era porque era importante para mí. Y en ese momento no le quedó otra que callarse… al menos delante de Paula.

Eso sí, en cuanto me quedé a solas con ella, al rato, vino con su interrogatorio. Todas las preguntas tenían el mismo trasfondo: quería saber si iba en serio con Paula. Y no le respondí. Porque, sinceramente, no tenía por qué darle explicaciones. Mi vida sentimental me pertenecía solo a mí y, en este caso, a Paula. Nadie más tenía derecho a opinar.

Aunque Paula nunca dijera nada, yo no era ciego. Sabía que entre ella y mi hermana nunca habría una gran amistad. Paula era tan prudente que jamás me hablaba mal de Selena, pero sus silencios lo decían todo. Cuando veía que mi hermana me sacaba de mis casillas, ella simplemente me calmaba, como quien comprende más de lo que expresa.

¿Sería mal hermano, por desear que llegara ya el día de la boda para que Selena se fuera a vivir con su marido? Porque, en ese momento, era lo que más quería. Tener mi casa para mí, sin discusiones ni desplantes, y poder disfrutar de Paula en libertad, sin límites ni testigos incómodos.

Nunca antes había soñado con algo así, pero todo había cambiado. Y estaba convencido de que lo que había entre Paula y yo no iba a frenarse, sino a crecer.

Paula se quedaría esa noche conmigo. Como a la mañana siguiente tendría que arreglar a mi hermana temprano, traería todo lo necesario para tenerlo a mano. Al principio, cuando le pedí que viniera a la boda como mi pareja, se negó. No os imagináis lo que me costó convencerla.

—Manuela me ha dicho que Paula va a venir a la boda contigo. ¿Por qué no me lo habías dicho antes? —Selena entró en mi despacho sin llamar, con esa altivez que tanto me sacaba de quicio.

Levanté una ceja, molesto.

—¿Se te han olvidado los modales? No puedes entrar aquí cada vez que te dé la gana sin llamar. ¿Y si hubiera estado en una videollamada con un cliente?

—No es el caso. Contesta lo que te he preguntado.

—Paula viene a la boda conmigo porque es mi pareja y quiero que lo haga. ¿Te ha quedado claro? Y en cuanto a que no te lo haya dicho antes, no tengo obligación de hacerlo. Recuerda que la boda la pago yo. ¿Algo más? —Mi tono dejaba claro que no estaba de humor para juegos.

Ella chasqueó la lengua y, con esa arrogancia que tanto la caracterizaba, soltó:

—Con tantas mujeres como has tenido, ¿tenías que ir a fijarte en una que no tiene nada?

Apreté los puños para no levantarme y sacarla a empujones del despacho.
—Creo que no te he oído bien. ¿Puedes repetirlo?

—Ella no merece tu tiempo. No es nadie. Tú tienes poder, dinero, podrías tener a la mujer que quisieras. —Sus manos se movían nerviosas, como si al gesticular sus palabras ganaran más peso—. Si quieres tirártela, hazlo, pero no la mezcles con nosotros. Ella tiene su sitio y nosotros el nuestro. Y no te engañes, Eros, lo que busca es tu dinero.

Cada palabra suya era como una chispa en un bidón de gasolina. Sentía cómo la sangre hervía en mis venas, cómo el cabreo me iba subiendo a la garganta dispuesto a explotar.

—¿Con qué derecho vienes a mi despacho a decirme esas burradas? —espeté con rabia contenida—. Paula vale mucho más que muchas personas que conozco… incluso más que tú ahora mismo.

—Te tiene ciego y no ves cómo es en realidad.

—¿Te estás escuchando? —di un golpe con la mano sobre la mesa—. Me he dejado la vida en criarte para que fueras una mujer decente y ¿así me lo

pagas? ¿Con desprecio y soberbia? Paula, nunca te ha faltado al respeto, nunca me ha pedido nada, y, aun así, la juzgas sin conocerla. Cada día me decepcionas más como hermana… y como persona.

—Solo te estoy avisando. No me gusta para ti. Eros, te quiero por encima de todo, y es por eso mismo que intento que abras los ojos.

—Los ojos los tienes que abrir tú —escupí, con la rabia contenida—. Y escúchame bien, porque solo lo voy a decir una vez. Como se te ocurra hacerle un desplante, tratarla mal, soltar con tus amiguitas algún comentario despectivo sobre ella, o cualquier cosa que la haga sentir incómoda… —me fui acercando hasta quedar a escasos centímetros de su cara— te cierro el grifo. Y lo pierdes todo.

»Recuérdalo bien: la herencia de nuestros padres te la puliste entera. Hoy vives gracias a lo que yo te doy. —Entreabrí los ojos, tensando la mandíbula. Ella no apartó la mirada; me estaba retando—. Lo que tengas o dejes de tener depende de ti, pero con Paula no te voy a dejar pasar ni una.

—No me puedo creer que la pongas a ella por delante. Soy tu hermana, ella no es nada.

—Ella es mucho más de lo que tú crees. —Mi voz salió ronca, cargada de furia—. Y ahora vete. No quiero verte en lo que queda del día.

—Me haces daño con tus palabras —soltó, con ese tono que tantas veces había usado para manipularme.

—Hoy no. —Levanté un dedo delante de ella, tajante—. Hoy no me vas a manipular. Porque la que ha venido a dañarme has sido tú.

—Sé que te hará daño. Y cuando lo haga, quiero que sepas que seguiré aquí. Aunque tú la elijas a ella antes que a mí.

—No estoy eligiendo a nadie. —Respiré hondo, intentando no gritar—. Sí, eres mi hermana, pero eso no te da derecho a meterte en mi vida.

—Sí, cuando sé que vas a sufrir por culpa de esa mujer.

—¡Basta ya! — Esa vez el grito sí escapó, seco, brutal. Golpeé el escritorio con fuerza—. Paula no me ha demostrado nada que no sea amor, cariño y respeto. ¿Sabes lo que pasa? Que por primera vez en tu vida tienes miedo. Miedo de que haga mi vida y deje de vivir solo para ti.

Me pasé una mano por el pelo, tratando de controlarme. Entendía que eran celos, miedo a perderme… pero eso no justificaba nada.

—Selena, siempre vas a ser mi hermana, eso no lo va a cambiar nadie. Pero este comportamiento no te acerca a mí, me aleja. Porque tú no eres la hermana que crie. —Inspiré profundo y bajé el tono—. Que cada uno haga su vida no significa que dejemos de ser hermanos.

—Te prometo que no voy a decir nada más. —Por fin parecía entrar en razón—. Y también te prometo que me voy a llevar bien con ella. Si es la mujer que quieres a tu lado, lo respetaré. —Me miró con los ojos vidriosos —. Perdóname, Eros… me entró miedo de perder a mi hermano.

Me dio pena verla así, frágil, con esa expresión de niña pequeña que, al fin y al cabo, yo había criado.

La atraje hacia mí y la envolví en mis brazos, dejando un beso en lo alto de su cabeza.

¿Qué no se le puede perdonar a una hermana a la que has criado como a una hija? Seguro que todo, o casi todo. Y más aún cuando lo que la había empujado a hablar así no era maldad, sino un ataque de celos y el miedo de quedarse sola.

Nunca podría dejarla tirada. Por mucho que me hiriera a veces, era mi hermana, mi única familia.

—Estás perdonada —le susurré—, pero no lo vuelvas a hacer. Me duele demasiado, verte comportarte así, porque sé que en el fondo tienes buen corazón.

Me dio un beso rápido en el pecho antes de salir. Y aunque parecía haber recapacitado, la sensación amarga se me quedó clavada en el cuerpo.

Suspiré, regresé a mi escritorio e intenté concentrarme de nuevo en lo que estaba haciendo antes de que mi hermana irrumpiera en mi despacho.

Capítulo 13

Paula

—Supongo que estarás nerviosa —le dije a Selena cuando terminé de arreglarla—, pero quiero que sepas que eres una de las novias más bonitas que he visto en mi vida. —Aunque entre nosotras no existiera una gran amistad, era verdad: estaba realmente preciosa.

—Eres muy amable, Paula —me respondió casi sin mirarme—. En cuanto a los nervios… no, no lo estoy.

—Yo estaría comiéndome las uñas, como poco —bromeé, intentando quitar hierro al asunto.

—Supongo que la educación que recibí en todos esos colegios, y por parte de mi hermano, me han ayudado a manejar los nervios… o directamente a no tenerlos.

Me quedé paralizada. Yo, que pensaba que al fin íbamos a llevarnos mejor, me encontraba con la primera puya del día.

Nunca entendí por qué Selena se comportaba así conmigo. Siempre le había hablado con respeto, tragándome todas las indirectas que me lanzaba. Ni una sola de esas cosas se las había contado a Eros.

Él no era tonto y sabía perfectamente que entre su hermana y yo no había buena sintonía. Pero si lo sabía, era por ella, porque yo jamás se lo había

comentado.

Y daba igual cuál fuera el motivo; lo que me dolía era que cada vez sus desplantes eran más grandes, y hacían más daño.

Lo mejor que podía hacer era terminar cuanto antes y desear que el día pasara rápido. Algo me decía que iba a hacerse eterno.

Si por lo menos hubieran venido Pablo, Amaya y mi hermano, todo sería distinto. Con ellos me sentiría más arropada.

Porque estaba segura de que Eros pasaría gran parte del tiempo saludando a conocidos y compromisos, y yo me quedaría sola, apartada en un rincón. Lo tenía claro: con ninguno de los amigos de Selena iba a congeniar.

Después de terminar de arreglar a Selena, me fui a la habitación de Eros. Me quedaba muy poco tiempo para prepararme.

Tenía claro cómo me iba a peinar y maquillar. El pelo me lo dejaría suelto, con ondas suaves a un lado, y en el contrario, me pondría un pasador con pequeños brillantitos. Muy sutil, porque nunca fui de estilos pomposos ni estridentes.

El maquillaje también sería natural: nada de ojos ahumados ni delineados intensos. Solo tonos neutros, un poco de sombra con destellos y, en los labios, un rosa clarito.

El vestido que había elegido era largo, en rosa pastel. La parte de arriba tenía un escote en forma de corazón, con dos tirantes finos que se cruzaban en la espalda y dejaban esta totalmente descubierta hasta la cintura. Desde allí caía una falda vaporosa con vuelo, sin necesidad de aberturas porque la tela ya me daba suficiente movilidad.

Mientras me colocaba los pendientes, sentí unas manos en mi cintura. Miré por encima del hombro y ahí estaba Eros.

—Nena, estás preciosa —susurró antes de dejar un beso en mi hombro derecho.

Todavía no me acostumbraba ni a sus muestras de cariño ni a ese «nena» que me hacía temblar de arriba abajo cada vez que lo pronunciaba.

—Y tú estás demasiado sexi —alcancé a decirle con una sonrisa—, te van a comer con los ojos.

—No me interesan las miradas de nadie, solo la tuya. —Subió sus labios hasta mi oreja y me dejó un beso justo debajo del lóbulo—. Pero te aseguro que tú te vas a llevar más miradas de las que me gustaría… y no me gusta nada cómo me siento al imaginarlo.

—No necesito que me mire nadie. —Me giré hacia él y apoyé las palmas abiertas sobre su pecho duro y firme—, con tus ojos tengo de sobra.

—Nena, me enciendes con solo una mirada —ronroneó, restregando su erección contra mi abdomen para que notara lo caliente que estaba—. Qué pena que no tengamos tiempo, porque, de no ser así, no saldrías de esta habitación en horas.

—Una verdadera pena —lo dije en tono de broma, aunque en el fondo me salió con cierta ironía—. Eros, no me dejes sola mucho tiempo, no conozco a nadie. —Sonó casi a súplica, pero me dio igual.

—No te preocupes. —Me acarició la mejilla con el dorso de la mano—. Vamos ya, que estoy haciendo esperar a mi hermana.

Entrelazó sus dedos con los míos y me llevó fuera de la habitación.

Al llegar a la puerta de Selena, me dio un beso y nos separamos. Ellos irían en un coche y a mí me habían asignado otro, con chófer incluido.

La ceremonia sería en la iglesia, una de las más importantes y lujosas de la ciudad, cómo no, tratándose de los gustos de la novia.

La celebración se haría en un hotel de máximo lujo. Nada me sorprendía viniendo de Selena: todo lo que la rodeaba tenía que brillar, ser grande, ostentoso.

Yo no lo haría así. Si algún día me casara, querría algo íntimo, especial, donde solo estuvieran los más cercanos. Los míos. Me daba igual que hubiera veinte personas en lugar de doscientas, lo importante sería que quienes estuvieran compartieran de verdad mi felicidad.

No necesitaba a nadie que apareciera solo por compromiso o para codearse con otras personas con más poder o dinero. No quería miradas frías ni sonrisas fingidas.

Para mí, cuando se disfruta de verdad es cuando se está rodeado de quienes te quieren sin condiciones, los que se alegran de corazón al verte feliz. Todo lo contrario de lo que intuía que iba a encontrarme en esa boda: gente de conveniencia, amores que se venden al mejor postor, y sonrisas que solo esconden interés.

Uff… solamente de pensarlo me daban ganas de decirle al chófer que se diera la vuelta y me llevara a mi casa.

Pero eso lo hacía por Eros. Sabía que para él era importante que yo estuviera a su lado en un día así, y yo no era capaz de decirle que no.

La novia llegó media hora tarde. Otra de esas cosas que jamás entendí. ¿Por qué hacer esperar al novio? ¿Por tradición? Pues, en mi opinión, las tradiciones que incomodan podían irse directas a tomar por culo.

Se supone que cuando te casas es porque estás locamente enamorado, ¿no? Entonces, ¿qué sentido tenía hacer esperar a la persona con la que te mueres de ganas de unir tu vida? Yo, desde luego, si estuviera en ese lugar, lo último que querría sería perder un minuto lejos del hombre al que amo.

La ceremonia se me hizo eterna, y toda la parafernalia que vino después todavía más.

Cuando por fin terminó todo, me reuní con Eros. Y como no podía ser de otra manera, me acerqué a felicitar a su hermana.

Mi idea era simplemente eso: un «enhorabuena» cortés, nada de besos y mucho menos abrazos.

Por eso me cogió completamente desprevenida que fuera ella quien tirara de mi mano para atraerme contra su cuerpo.

—No creas que me gustas para mi hermano —susurró junto a mi oído—, pero por él te voy a tolerar.

Todavía me seguía asombrando la facilidad que tenía para soltar esos desplantes.

Yo era tan ingenua que siempre pensaba que la gente podía cambiar, que en el fondo había bondad en todos… Si Amaya hubiera estado allí y lo hubiera escuchado, le habría contestado sin cortarse un pelo. Pero yo no era como ella. Y mucho menos iba a poner a Eros en la tesitura de tener que elegir a quién creer.

Él ya había sufrido bastante cargando con la muerte de sus padres y la responsabilidad de criar a su hermana. No merecía que ahora lo colocara entre la espada y la pared.

Así que, una vez más, me lo callé. Hice de tripas corazón, dibujé mi mejor sonrisa al separarme de Selena y regresé al lado de mi pareja.

El banquete fue más de lo mismo. Y lo peor de todo es que lo que Eros me había prometido antes de salir de casa, no lo cumplió en absoluto. Me sentí sola, aislada, mientras él iba de un lado a otro atendiendo a compromisos.

No lo culpo, sabía que no lo hacía con mala intención. Pero la realidad era que cuando no lo reclamaba un invitado, lo hacía otro. Y yo me quedaba allí, a un lado, tragándome las ganas de desaparecer.

Para rematar, su hermana y sus amigas no paraban de clavarme miradas y soltar risitas entre ellas, como si yo fuera el chiste del día.

Tenía que contenerme para no llorar. La garganta me ardía, los ojos me escocían. Quería salir corriendo de allí, sin mirar atrás, sin dar explicaciones a nadie.

Me sentía una extraña, una intrusa en un mundo que no era el mío. Ese estilo de vida no estaba hecho para mí, y por mucho que lo intentara, nunca lo estaría.

Lo intenté, de verdad que sí. Intenté encajar, intenté hacer oídos sordos, intenté poner buena cara. Pero llega un punto en que una mujer tiene que ponerse por delante de todo y de todos, porque lo que está en juego son sus propios sentimientos. Y los míos, en ese momento, estaban siendo pisoteados sin piedad.

No digo que Eros lo hiciera a propósito, jamás lo pensaría de él. Pero sí me dolió que no se detuviera un instante a pensar cómo podía estar yo sintiéndome. Y eso que le había pedido expresamente que no me dejara sola.

En cuanto lo vi despedirse de la última persona con la que estaba hablando, aproveché la oportunidad para acercarme a él.

—Eros… —lo llamé, con la voz temblorosa—. No me encuentro bien. Espero que no te importe que me vaya a casa.

Se giró enseguida hacia mí, con el ceño fruncido y una sombra de preocupación en sus ojos.

—¿Qué es lo que te pasa? —me preguntó, sin ocultar lo extrañado que estaba.

—No sé… solo es que no tengo buen cuerpo, me duele todo, quizá estoy incubando algo.

No me gustaba mentir, pero a veces era necesario. Y en ese momento, era la única salida que tenía.

—Vale, deja que me despida de mi hermana y nos vamos —respondió él con firmeza.

No quería eso. No quería que dejara a su hermana en un día tan importante.

—No, de verdad que no es necesario. Hoy tienes que estar con ella, no la puedes dejar sola. Además, en cuanto llegue me voy a acostar.

Me costó un mundo convencerlo, mucho más de lo que había imaginado al principio, pero al final lo conseguí. Eso sí, con la condición de que, si me encontraba peor, debía llamarlo de inmediato.

Llamó a su chófer para que me llevara. Eros normalmente se movía en su propio coche, sin necesitar a nadie que lo trajera o lo llevara, pero para ocasiones como esta tenía a un hombre de confianza que se encargaba de todo.

Fue ese mismo hombre quien me llevó a casa. Antes de marcharme, Eros me pidió que lo esperara en la suya. Me negué. Necesitaba un poco de espacio y aire, necesitaba respirar sin sentirme observada ni juzgada.

Mi mente era un torbellino, saturada de pensamientos que se agolpaban sin darme tregua.

¿Siempre sería así en cualquier evento?

¿Me sentiría sola y abandonada cada vez?

¿Podría soportar verme convertida en una mujer florero, un adorno bonito en medio de un mundo superficial?

Las preguntas se acumulaban una tras otra, y las respuestas… brillaban por su ausencia.

No creía que ese tipo de vida estuviera hecha para mí. No, definitivamente no pertenecía a ese mundo.

Capítulo 14



Eros

La noté un poco distante cuando se fue. Me hubiera gustado acompañarla, pero cuando me dijo que esa noche mi lugar estaba al lado de mi hermana y no con ella, acepté.

Todavía era temprano para llamarla, así que decidí darle un poco más de tiempo. Aunque, siendo sincero, lo único que me pedía el cuerpo era ir a verla con mis propios ojos y comprobar que estaba bien.

Seguía dándole vueltas a su manera de marcharse. Había algo en su gesto, en su voz, que no me terminaba de convencer. Mi instinto me decía que todo había sido una excusa, que en realidad no quería estar allí y que inventó lo de encontrarse mal para huir.

Sabía que le había prometido que no la iba a dejar sola, aunque al final no pude cumplirlo. Y no fue por falta de ganas, sino porque cuando no me reclamaba una persona, lo hacía otra. Me vi arrastrado de un lado a otro, y ella quedó en medio de ese torbellino.

Tal vez lo hice mal. Tendría que haberla tenido cogida de la mano en todo momento, aunque eso significara arrastrarla conmigo a cada conversación. Pensé que se sentiría más cómoda si se quedaba en la mesa, tranquila, tomando algo a su aire en lugar de tener que escucharme hablar de negocios y compromisos que poco le interesaban.

Pero por dentro me castigaba, porque esa decisión pudo haberla hecho sentirse apartada.

—Buenos días, Manuela —la saludé al entrar en la cocina, en busca del primer café del día.

—Buenos días, señor —me respondió.

La miré con los ojos entrecerrados.

—No he conocido a nadie más cabezota que tú.

Se encogió de hombros riendo.

—Mi marido dice que conmigo no hay quien pueda.

—Un marido muy sabio.

—¿No baja Paula? —preguntó con naturalidad—. Lo digo para ir preparando su café.

—Ah, a ella sí la llamas por su nombre… le voy a coger celos —bromeé, mientras le daba un sorbo al café. El amargor me supo a gloria—. No, no se quedó anoche. Se fue de la boda antes, porque no se encontraba bien.

—Vaya… —Manuela frunció el ceño—. Espero que esté mejor.

—Ahora iré a verla. La llamé, pero tiene el teléfono apagado. —Apoyé los brazos sobre la isla de la cocina mientras la observaba ir de un lado a otro, siempre diligente.

—¿Quiere que le prepare algo para que se lo lleve?

—Te lo agradezco, pero no será necesario. —La verdad es que ni siquiera sabía qué podría apetecerle, no conocía todavía todos sus gustos.

Me terminé el café en silencio, con la mirada perdida y la cabeza en otra parte. Una mala sensación se me instalaba en el estómago, esa punzada

incómoda que avisa que algo no anda bien.

Me despedí de Manuela para ir en busca de Paula, pero antes pasé por el baño a lavarme los dientes.

Iba en el coche cuando sonó el teléfono. Era Daniel.

—Hola —contesté sin apartar la vista de la carretera.

—No hay quien te vea desde que mi hermana te tiene cogido por los huevos.

Negué con la cabeza, riendo, aunque él no pudiera verme.

—Por los huevos, precisamente no me tiene cogido. Mucho menos en estos momentos, aunque no descarto que lo haga dentro de un rato… pero no para castigarme. —Ahí lo llevaba.

—Tío, no me cuentes esas cosas, me da repelús pensar en todo lo que haces con ella.

—A mí me gusta pensar en todo lo que ella me hace. —La carcajada me salió sola.

—Eres un capullo. —Me lo imaginé poniendo los ojos en blanco.

—Dime, ¿para qué me has llamado?

—¿Para qué va a ser? Para saber cómo estabas y por si te apetece comer conmigo.

—Te lo confirmo cuando hable con tu hermana. Voy camino de su casa, ¿te parece?

—Perfecto, pero no llames muy tarde.

—En cuanto lo sepa, te escribo un mensaje.

Aparqué frente a la casa de Paula. Me extrañó ver las persianas bajadas. Se me revolvió el estómago. ¿Y si de veras se encontraba mal? ¿Y si le había pasado algo?

Toqué el timbre varias veces hasta que, por fin, abrió la puerta de la calle. La principal estaba entornada, pero no había ni rastro de ella.

—Paula —la llamé, con la voz cargada de inquietud—. Paula.

—Estoy en mi habitación. —Me llegó su voz apagada.

Crucé el pasillo casi a zancadas. No sabía qué iba a encontrarme.

—Nena, ¿qué es lo que tienes? —pregunté al verla acostada de lado, de espaldas.

—Estoy bien.

Me di cuenta enseguida de que no lo estaba. Sus hombros temblaban con ese movimiento tan reconocible de quien llora en silencio.

—¿Por qué lo tienes todo tan oscuro?

—Me duele la cabeza, es solo eso.

Me senté en el filo de la cama. En cuanto me giré para verla, descubrí que tenía el rostro empapado en lágrimas.

—Nena… —Quise secárselas con los dedos, pero se apartó.

—Eros, es mejor que te vayas. No me apetece estar con nadie.

—Paula, no me voy a ir. —Sentí cómo se me tensaba la mandíbula de pura impotencia—. No hasta que me digas qué es lo que te pasa. Y no me digas que es solo que no te encuentras bien, porque no te voy a creer. No después de verte llorar.

Al final se incorporó, apoyando la espalda en el cabecero de la cama. Me miró con los ojos anegados por el llanto, seria, demasiado seria.

Esa mirada no presagiaba nada bueno. Era una mirada cargada de determinación, como si ya hubiera tomado una decisión.

—Eros… —se le escaparon más lágrimas— anoche me di cuenta de muchas cosas. Cosas a las que antes no les había prestado atención.

—Creo que sé por dónde quieres ir. Te pido, por favor, que no lo hagas. —Un nudo se me formó en la garganta. No me estaba gustando nada el rumbo que tomaba aquello.

—Déjame hablar, por favor. —Su voz era un hilo roto.

—No, no cuando intuyo lo que vas a decir. No cuando sé que puedes estar hablando en caliente, solo por lo que pasó anoche. Te conozco mejor de lo que crees y no me gusta nada lo que pasa por tu cabeza.

—Somos de dos mundos muy distintos. Yo no estoy acostumbrada a esa vida, y no creo que pueda acostumbrarme nunca. Ese es tu mundo, no el mío.

—Mi mundo eres tú desde que te conocí. —Me levanté de la cama y caminé nervioso por la habitación—. No es justo que tires todo por la borda, solo porque anoche te dejé sola en algunos momentos.

—No fueron algunos momentos, Eros, fue casi todo el tiempo. Y no es solo eso. —Su voz se quebró aún más—. Es por lo que vi. Estabas rodeado de personas superficiales, que únicamente buscan interés. Yo no quiero esa vida, no quiero fingir sonrisas ni rodearme de gente que nada más se acerca por lo que tienes. Yo quiero que quienes estén a mi lado lo estén porque de verdad son importantes para mí, y yo para ellos.

—Paula, esas son personas de negocios. A ellos solo los mueve el dinero. Eso no significa que yo los soporte, pero es parte del juego. Y si tengo que fingir durante unas horas, en momentos puntuales, lo hago y punto. Ya no somos niños, sabemos qué tenemos y, sobre todo, qué queremos.

—Yo no te estoy diciendo que no lo hagas. No soy tonta, sé que tienes compromisos. —Bajó la mirada, como si le costara sacar las palabras—. Por eso mismo prefiero apartarme ahora, que aún estamos a tiempo.

Sentí que el aire me abandonaba de golpe.

—¿Todo esto es porque anoche estuve más ocupado de lo que debería? ¿De veras quieres que nos alejemos? ¿Que borre lo que siento por ti y lo que tú sientes por mí? —Negué con rabia—. No puedes pedirme que te deje, no cuando lo único que quiero es estar a tu lado.

Paula me hacía sentir cosas que nunca antes había experimentado con una mujer, y pensaba luchar por ella. No iba a rendirme. Tenía que demostrarle que no siempre era como lo que vivió anoche, que nuestros mundos podían encajar, porque la diferencia no la marcaba el dinero ni las apariencias, la marcaban las personas. Y yo quería que ella estuviera en el centro del mío.

—Te mereces a alguien que esté a tu altura. —Se levantó de la cama de un salto y se puso delante de mí—. Mírame, soy una simple peluquera que ha luchado con uñas y dientes para conseguir lo poquito que tengo. —¿De veras me estaba diciendo eso? ¿Tan poco se valoraba?—. No soy suficiente para ti.

—Eres justo lo que quiero y necesito. —Intenté acercarme a ella.

—No me lo pongas más difícil, por favor. —Su voz estaba cargada de pena.

—No te estoy complicando nada. Pero no me voy a ir, no por el motivo que me has dado. —Intenté sonar lo más calmado posible—. Paula, ¿no te das cuenta de que solo me importas tú?

—Eso lo dices ahora, pero… ¿qué pasará si llega otra que te atraiga más? Una que esté mejor preparada que yo para estar a tu lado. No me contestes, sé muy bien lo que ocurriría.

—Y según tú, ¿qué pasaría? Porque yo lo tengo muy claro, pero quiero escucharlo de tus labios.

—Que me dejarías destrozada. —Sus palabras fueron un golpe directo al pecho—. Me romperías por completo, me dejarías sin corazón. Porque, aunque sea pronto, mi corazón ya te pertenece.

Esa confesión fue como un disparo directo al mío, porque yo sentía exactamente lo mismo.

En dos pasos me puse frente a ella. Le sujeté las mejillas para que me mirara a los ojos. Intentó apartarse, pero no la dejé.

No soportaba verla llorar así. Me estaba matando. Sabía lo que tenía que hacer para que confiara en mí y dejara de pensar que algún día la cambiaría por otra.

La atraje a mi boca, besándola con fuerza, tragándome sus lágrimas saladas.

—Mírame —susurré sobre sus labios—. Estoy aquí contigo, y lo único que importa es que no me voy a ir. Estoy para quedarme, así que no vuelvas a intentar apartarme.

Volví a besarla, un beso cargado de promesas, promesas que no solo le hacía a ella, sino también me las hacía a mí mismo.

Poco a poco se fue rindiendo al beso y empezó a corresponderme con la misma pasión.

Entre nosotros ardía un fuego que nos consumía en cuanto una mano rozaba al otro. Cuando nos tocábamos, el mundo desaparecía. Solo quedábamos nosotros: nuestros cuerpos encendidos, nuestros besos cargados de deseo y esa pasión desenfrenada que parecía no tener fin.

Le quité el camisón de un tirón, dejándola frente a mí con unas diminutas bragas de encaje negro.

Me volvía loco esa dualidad suya: la mujer discreta y prudente de cara al mundo, y la mujer ardiente y lujuriosa que se escondía tras esa ropa interior.

—Me matas… —Mi voz salió más ronca de lo habitual—. Míranos, somos perfectos juntos.

Le lamí el cuello desde el hombro hasta la mandíbula, mientras con una mano acariciaba uno de sus pechos, esos que con solo verlos me encendían por completo.

La otra mano se deslizó dentro de sus bragas, recorriendo sus pliegues. Ya estaba húmeda. Sabía que le pasaba lo mismo que a mí: bastaba un simple roce para que se derritiera entre mis manos.

—Tan caliente, tan húmeda… ¿y quieres que esto acabe? —Atrapé sus labios entre mis dientes, tirando de ellos con fuerza, lo justo para provocarla sin hacerle daño.

—Eros… —mi nombre salió de sus labios como una súplica— por favor.

—¿Por favor, qué? —Introduje un dedo en su interior, y sus paredes reaccionaron al instante, contrayéndose con fuerza, como si no quisieran soltarme.

—Te necesito… —Jadeó cuando añadí otro dedo más.

Me aparté solo lo justo para desnudarme a toda prisa. Si ella me necesitaba dentro, mis ganas de estarlo eran mil veces más intensas.

En cuanto estuve completamente desnudo, la tumbé en la cama. Me acomodé entre sus piernas, haciendo que nuestros sexos se rozaran, creando una fricción que a ella la hacía arquearse buscando más y a mí me nublaba los sentidos.

Recorrí su cuerpo con los labios, desde los tobillos hasta la frente. En algunos lugares la besaba con hambre, con besos húmedos y sucios; en otros, con una devoción que hablaba por sí sola.

Ya nos conocíamos lo suficiente como para no necesitar palabras: sabíamos exactamente lo que quería el otro.

Ella separó las piernas, ofreciéndose, y yo coloqué la punta de mi pene en la entrada de su sexo. Me fui introduciendo poco a poco, saboreando cada segundo, queriendo que lo sintiera igual que yo: no solo como sexo, sino como algo que iba mucho más allá.

—Dios, nena… esto es el puto paraíso —murmuré cuando estuve hundido en su interior—. ¿Todavía sigues pensando que lo mejor es que nos separemos?

Negó con la cabeza, con los labios entreabiertos, incapaz de articular palabra.

—Dímelo con palabras… —pedí, moviendo las caderas lentamente, entrando y saliendo, sin dejar de mirarla a los ojos.

Me fascinaba ver cómo se oscurecían sus pupilas con el placer, cómo sus labios temblaban dejando escapar pequeños jadeos.

Capítulo 15

Paula

Era la primera vez desde que estaba con Eros que lo hacíamos así, con los sentimientos puestos sobre la mesa.

Siempre había sido pasional entre nosotros, muchas veces un «aquí te pillo, aquí te mato» llevado por la impaciencia, y otras veces lo habíamos hecho lento, como ahora.

La diferencia era que en esta ocasión habíamos abierto los corazones. No nos dijimos, te quiero, no todavía, pero sí admitimos que entre los dos había algo más que atracción: había sentimientos.

—No cierres los ojos, nena… no me prives de ver el fuego que arde en ellos —me dijo cuando, por instinto, los cerré un instante para dejarme arrastrar por el placer.

—Eros… no te has puesto el preservativo —murmuré de repente, con un chispazo de lucidez.

No era miedo a un embarazo, porque sabía que eso no pasaría; yo tomaba anticonceptivos desde hacía años. Mi temor era otro: las enfermedades. Yo estaba tranquila conmigo misma, nunca había practicado sexo sin protección, pero no sabía lo que él había hecho antes de mí.

Suponía que estaba bien, pero no podía saberlo con certeza… al menos no hasta que él me lo confirmara.

—¿No tomas nada? —Se detuvo dentro de mí, sorprendido.

Nunca habíamos hablado de eso, porque siempre era él quien ponía los medios.

—Sí —suspiré, con un rubor en las mejillas, porque me daba cierta vergüenza hablar de estos temas—. Nunca lo he hecho sin preservativo, pero no sé lo que tú has hecho.

—Puedes estar tranquila, estoy bien. —Su seguridad me tranquilizó, aunque no pude evitar sentir una punzada de celos al imaginar que quizás había tenido ese mismo gesto de confianza con otra antes que conmigo.

—Entonces empieza a moverte otra vez. —Arqueé las caderas para provocarlo.

—Qué pena me da que tomes anticonceptivos… —Me mordió el cuello, ronroneando—. Ya me imaginaba a un mini-Eros creciendo en tu vientre.

—No corras tanto, que vas muy deprisa. —Le arañé la espalda con suavidad—. Ni por asomo quiero ser madre todavía. Mejor seguimos disfrutando de esto tú y yo, sin ningún intruso.

Él rio bajo y empezó a moverse más despacio. Cogió mis manos, entrelazó nuestros dedos y los llevó por encima de mi cabeza, sujetándome allí, como si no quisiera dejarme escapar.

A pesar de mis dudas sobre si encajaba o no en su mundo, me dejé llevar. Lo necesitaba. Me había enamorado sin darme cuenta, y no quería perder lo que estábamos construyendo, porque lo que Eros me hacía sentir no lo iba a tener con nadie más.

Esa mañana no hubo prisas. Supongo que los dos necesitábamos hacerlo de esta manera: sin máscaras, sin carreras, solo sintiéndonos completamente unidos y dejando al descubierto el corazón.

Llegamos juntos al clímax.

Después, sin soltarme, se tumbó a mi lado llevándome con él. Apoyé la cabeza en su pecho y me fui quedando dormida poco a poco, rendida, porque la noche anterior había pasado demasiadas horas dándole vueltas a la cabeza.

No sé cuántas horas dormí, pero cuando desperté, un olor delicioso entraba por la puerta de la habitación y me hacía la boca agua.

Antes de salir, sin embargo, necesitaba una ducha urgente. Sentía la humedad en mi entrepierna, recuerdo palpable de que Eros había terminado en mi interior. Y aunque era una tontería, me había gustado… me había hecho sentir todavía más unida a él.

Me tenía que vestir, pero antes quería probar un poco de esa comida.

—Buenas tardes, dormilona —me dijo con una sonrisa antes de besarme suavemente.

—No me habías contado que sabías cocinar.

—No te puedo desvelar todos mis secretos de golpe. —Me cogió de la mano y me llevó hasta el fogón—. Prueba esto y dime qué te parece. Es el relleno, lo demás está en el horno gratinándose.

Acercó la cuchara a mis labios.

—Está buenísimo. ¿Para qué es? —pregunté sorprendida por el sabor tan intenso.

No tenía ni idea de dónde había sacado esas especias, pero seguro que no estaban en mi casa.

—*Moussaka* —susurró antes de dejarme un beso en el cuello.

—En lo que termina, voy a vestirme.

—Mejor quédate así. —Ronroneó.

Se colocó detrás de mí y sus manos rodearon mi cintura. Las fue bajando hasta los extremos de la toalla, que soltó para dejarla caer al suelo.

—Me encanta verte así —murmuró mientras una de sus manos se colaba entre mis piernas y empezaba a acariciarme.

Su boca recorrió mi cuello con besos ardientes, cargados de lujuria.

—Eros… —suspiré.

—Pon las manos en la encimera e inclínate. No aguanto más las ganas de follarte.

Obedecí. Puse las manos sobre la encimera, arqueé la espalda y abrí las piernas, dispuesta a que hiciera conmigo lo que quisiera.

Con él siempre era distinto: podía ser amor lento e íntimo o sexo salvaje y descontrolado. Y me encantaban las dos cosas.

Escuché cómo se abría el pantalón y lo dejaba caer. Pasó la mano por mis pliegues y al notar lo húmeda que estaba, gruñó en mi oído, hundiéndose dentro de mí con una embestida que me dejó sin aliento.

—Joder, eres perfecta. —Apoyó una mano en el centro de mi espalda y con la otra estimuló mi clítoris.

Cada penetración era rápida, profunda y certera, de esas que te hacen perder el control y poner los ojos en blanco.

—¿Quieres que baje un poco el ritmo?

—Como lo hagas, te mato —grité, sin importarme que mis vecinos me oyeran.

El placer era tan abrumador que nada más importaba. Solo quería que no se detuviera hasta arrancarme un orgasmo que me dejara temblando.

Me agarró del pelo para que levantara la cabeza y me atrapó los labios en un beso salvaje, desesperado, con fuego y rabia. Rabia porque yo había querido dejarlo, ya que había intentado apartarme de él.

Me lo demostró con cada embestida: fuerte, sin descanso, dándome todo lo que tenía dentro. Me hacía suya, me recordaba que estábamos hechos el uno para el otro.

Yo fui la primera en llegar al orgasmo. Unas cuantas embestidas después, él también se dejó ir, derramándose en mi interior una vez más.

—Dios… un día de estos me vas a matar —susurré con una sonrisa satisfecha.

—Eres tú la que va a acabar conmigo —murmuró antes de salir de mí, dejándome marcada con su esencia.

Nos volvimos a asear y, cuando fui a vestirme, me lo impidió diciendo que no era necesario, que me quería desnuda todo el día para disfrutar de mi cuerpo.

Entre risas y protestas, logré convencerlo de que al menos me dejara ponerme un camisón corto. Aceptó, pero con la condición de que no usara ropa interior.

Obviamente le hice caso. Yo también quería seguir jugando con él durante todo el día.

—Tu hermano quería que quedáramos a comer hoy —dijo cuando ya estábamos sentados en la mesa de la cocina.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Sinceramente, entre tu hermano y tú, prefiero quedarme contigo. —Sonrió de medio lado, y ese hoyuelo que le salía en la mejilla lo hacía aún más irresistible—. Tú me das lo que Daniel no puede.

—Eres un cochino, solo piensas con el pito. —Me reí a carcajadas.

—¿Le acabas de llamar «pito» a mi pene? —Alzó las cejas divertido.

—¿Y cómo quieres que lo llame?

—Misil, por ejemplo. —Su tono socarrón me hizo soltar otra carcajada.

—Ja, ja, ja… Modesto baja, que sube Eros. Creo que se te ha subido demasiado a la cabeza.

—No te preocupes, en cuanto terminemos de comer voy a demostrarte que no hablo por hablar.

Y estaba segura de que lo haría. Con Eros nunca había medias tintas: era todo o nada.

—Eso sonó a amenaza.

—No, sonó a realidad, y lo sabes —afirmó con seriedad fingida.

Me ruboricé solo de pensar en todo lo que podría hacerme después con sus manos, sus labios, su lengua… y lo que tenía entre las piernas.

—Nena, no me provoques. —Me clavó la mirada.

—No he hecho nada —repliqué antes de beber un sorbo de agua.

—No hace falta. Solo con verte sonrojar, ya tengo bastante.

—Mejor terminamos de comer tranquilos. No todos los días un hombre tan atractivo me prepara la comida, y por cierto, está deliciosa.

—No será la primera ni la última vez que cocine para ti. De hecho, me encanta hacerlo, me relaja.

—Entonces creo que vamos a hacer un buen equipo. —Lo miré divertida.

—¿Y eso?

—Porque yo odio cocinar. Me estresa y me pone de mal humor.

—Eso lo tenías que haber dicho antes.

—Tampoco era plan que la segunda vez que nos vimos ya te pidiera que cocinaras tú —me encogí de hombros—, pero ahora que lo has confesado, no pienso quitarte el gusto. La cocina es toda tuya.

—No creas que me asustas.

¿Cómo era posible que un día normal, sin salir de casa, se convirtiera en uno de los mejores de mi vida?

Esa mañana me había levantado convencida de que debía alejarme de Eros, después de haber llorado toda la noche. Pero él me hizo ver que estábamos hechos el uno para el otro. Que éramos dos almas que, tras años de caminar por separado, por fin se habían encontrado.

Entendí que daba igual la gente superficial con la que a veces tuviera que tratar. Lo único que de veras importaba era lo que había entre nosotros.

Capítulo 16

Paula

No sé qué hora sería cuando empezó a sonar el teléfono de casa. Entre que la noche anterior no había dormido nada y que Eros no me dio tregua en todo el día, cuando caímos los dos en la cama por la noche, nos dormimos en apenas un minuto.

Fue él quien se levantó y contestó. Lo escuchaba hablar a medias desde la cama y, por el tono de su voz, cada vez más seco, más irritado, supe que no eran buenas noticias.

—Nena, levanta, nos tenemos que ir. —Entró en la habitación a toda prisa.

—¿Quién era? —Miré el móvil para ver la hora: las cuatro de la madrugada.

—Era la policía. —Se vestía a toda velocidad y esas simples palabras hicieron que mi cuerpo se activara de golpe. El corazón me dio un vuelco. Cuando llaman de madrugada, nada bueno puede ser—. Ha saltado la alarma del salón, parece que han entrado a robar.

Sentí que la sangre se me congelaba. Mi vida entera estaba en ese salón. Años de esfuerzo, sacrificio, lágrimas de frustración… todo podía haberse ido en cuestión de minutos.

—Vamos, nena, no te quedes paralizada. Primero vemos los daños y después buscamos soluciones. —Se acercó, me cogió de las manos, obligándome a mirarlo—. No estás sola, no te voy a dejar sola. —Me dio un beso en la frente que me devolvió un poco de calma.

Me vestí a toda prisa, con las manos temblando. Solo pensaba en el desastre que me iba a encontrar. Allí no guardaba dinero, pero había tantas cosas de valor, tantas herramientas, productos, aparatos… ¿Cómo iba a trabajar estos días? No solo era lo robado, era lo destrozado, lo inutilizado.

Si no trabajaba, no entraba dinero. Sí, tenía ahorros, pero sabía que aquello podía dejarme casi sin nada, y me aterraba la idea de no tener con qué afrontar un futuro imprevisto.

Fuimos en su coche. Al llegar, lo primero que vi fue a Daniel. No sé cuándo Eros lo había llamado, pero agradecí que lo hubiera hecho.

—Daniel… ¿qué han hecho? —Me lancé a sus brazos y él me sostuvo como tantas veces antes, acunándome como cuando era niña.

—No me han dejado entrar hasta que tú llegaras.

—En todos estos años… nunca me habían robado. —Las lágrimas, esta vez, me ganaron la batalla.

—No llores, hermanita, tú eres mucho más fuerte que todo esto.

A lo lejos vi a Eros hablando con los agentes. Por la expresión en su rostro, entendí que lo que le estaban diciendo no era precisamente alentador.

—Ahí está casi toda mi vida. —Mi voz se quebró por la impotencia.

—No, tu vida está aquí, contigo. —Me apretó un poco más contra su pecho —. Si levantaste todo esto desde la nada una vez, ahora te costará mucho menos hacerlo de nuevo. Y esta vez vas a aceptar mi ayuda sin rechistar.

Recordé cuando quise abrir el salón y Daniel me ofreció dinero. Lo rechacé sin dudarlo. Tenía que hacerlo por mí misma, demostrarme que era

capaz. Y lo conseguí. Cada pared la pinté con mis propias manos, cada mueble lo fui pagando poco a poco, cada detalle lo elegí con cuidado.

Porque cuando algo de verdad te importa y deseas alcanzarlo, no hay cansancio que te frene ni sacrificio que no estés dispuesta a asumir.

Y ahora, otra vez, la vida me ponía a prueba.

—La policía necesita que entres para que digas todo lo que te falta —dijo Eros, llegando a nuestro lado—. Paula, no te asustes ni te pongas mal cuando entres, pero lo han destrozado casi todo.

Me atrajo contra su pecho, apretándome con fuerza, como si quisiera sostenerme para que no me derrumbara.

Con mi hermano a un lado y Eros al otro, avancé despacio, paso a paso, hasta cruzar las puertas.

Al levantar la vista y mirar de frente mi salón, sentí que las fuerzas me abandonaban. El mundo se me vino encima. El cuerpo me temblaba sin control.

Estaba todo destrozado. No quedaba nada que se pudiera salvar. Los espejos hechos añicos, los sillones rajados, los lavabos arrancados de cuajo. Hasta los simples cepillos de pelo estaban destrozados, como si hubieran querido borrar cualquier rastro de lo que había construido con tanto esfuerzo.

Lo había perdido todo. Jamás imaginé encontrarme con esto. Vine con miedo, pero en el fondo creía que solo se habrían llevado las cosas más caras y que quizás habrían roto algo.

Esto no tenía nada que ver con lo que yo me había imaginado.

—Dios mío… no queda nada —susurré, con la voz rota por la pena.

—Joder, es mucho peor de lo que había pensado —dijo mi hermano a mi lado, con rabia contenida—. Qué hijos de puta. No han venido solo a robar, han venido a hacer daño.

Sí. Eso era exactamente lo que habían hecho: dañar. No era un simple robo. A simple vista era imposible decir qué faltaba, porque estaba todo tan destrozado que ni siquiera se podía distinguir qué se habían llevado.

Dondequiera que mirara, solo veía destrucción.

El aire empezó a faltarme. Por mucho que intentaba inspirar, no me llegaba a los pulmones. No podía respirar.

La vista se me empezó a nublar, las piernas me fueron fallando y un sudor frío me recorrió la espalda.

—¡Paula, mírame! Nena, no me hagas esto. —Escuché la voz de Eros, y sentí sus brazos sujetándome cuando ya casi no me sostenía en pie—. ¡Joder, Daniel, llama a una ambulancia, rápido! Está teniendo un ataque de ansiedad.

—Paula, como te desmayes, te mato. —Escuché a mi hermano con la voz cargada de impotencia.

No llegué a desmayarme, pero el aire seguía sin entrar. Era como si me ahogara en mi propio pecho.

La ambulancia tardó unos minutos en llegar, pero a mí me parecieron horas. Al final no hizo falta que me llevaran al hospital. Me inyectaron un calmante y un relajante, y recomendaron que descansara todo lo posible.

—No me puedo ir y dejar todo esto así. —Me negaba con todas mis fuerzas.

—Daniel, llama a Amaya y que venga a por tu hermana —ordenó Eros, sin apartar la vista de mí—. No quiero que se quede sola por si le da otro ataque.

—No me voy a ir, Eros —protesté de nuevo, con más rabia que fuerzas.

—Escúchame. —Me sujetó de las mejillas, obligándome a mirarlo a los ojos—. Aquí no podemos hacer nada ahora mismo. Tu hermano y yo nos vamos a quedar, organizaremos todo un poco. No hace falta que tú lo vivas de cerca.

—Es mi negocio, es mío, y yo soy la que tiene que estar, no tú. —Me aparté enfadada.

—No tienes que pagar con él tu impotencia —intervino Daniel—. Lo único que quiere es que no lo pases mal.

Mi hermano tenía razón. Estaba descargando en Eros toda la rabia que me quemaba por dentro.

—Lo siento… perdona —murmuré, bajando la mirada—. Estoy nerviosa, estoy enfadada.

—Lo entiendo, nena, claro que lo entiendo —me acarició la mejilla—, pero hazme caso: no quiero verte sufrir más.

No pasó mucho hasta que Amaya y Pablo llegaron. Seguro que mi hermano los había llamado.

Cuando Amaya vio el desastre, se llevó las manos a la boca, con lágrimas resbalando por sus mejillas. Pablo, en cambio, se quedó blanco como el papel.

—Cariño, no pasa nada. —Amaya llegó hasta mí y me abrazó con fuerza —. Lo arreglaremos. Nos levantaremos más fuertes que nunca.

Un segundo después sentí los brazos de Pablo, rodeándonos a las dos, envolviéndonos en un abrazo cargado de cariño y apoyo.

—Esto no va a poder contigo —me susurró al oído, dejando un beso en mi cabeza.

—Llevaos a Paula a casa —dijo Eros con firmeza, mirando a Amaya y a Pablo—. Yo me quedo aquí con Daniel.

—Yo me quedo con vosotros, que Amaya se vaya con ella.

Antes de irme con mi amiga a casa, mi chico me dio un beso.

—No te preocupes, mañana mismo contrato a alguien para que empiece a repararlo todo.

—El seguro me cubrirá parte de los gastos, pero hasta que eso ocurra tendré que costearlo yo. Menos mal que he ahorrado.

—No te preocupes por el dinero, yo me encargo de todo.

—No, esto es mío y no voy a aceptar dinero de nadie. Lo siento, pero por ahí no paso.

—Como tú digas. Ahora vete a casa, en cuanto pueda voy.

Lo abracé por la cintura, apoyando la cabeza en su pecho unos segundos.

No sé qué tenía este hombre que conseguía que lo viera todo de un modo muy distinto. Me daba fuerza, esperanza, valor y una confianza en mí misma para afrontar las cosas sin venirme abajo.

Lo había hecho: durante unos momentos me derrumbé, pero ahora sabía que esto no iba a poder conmigo. Si había podido una vez, podía mil veces más.

Al llegar a casa no me vine abajo, al revés. Preparé café para mí y para Amaya, iba a coger el toro por los cuernos.

Amaya cogió la Tablet y yo el portátil. Nos íbamos a dedicar a buscar todas las cosas que me habían roto, comparando precios para ver cuáles me convenían más.

—Paula, tengo algo que decirte. Tal vez no es el mejor momento, pero necesito hacerlo. —Levanté la mirada del ordenador para enfocarla en ella.

—Dime, sabes que conmigo no debes tener secretos.

—Estoy embarazada. —Rompió a llorar—. Fue cosa de una noche, un calentón que nos pilló y nos dejamos llevar.

—Amaya… —Tragué el nudo que se me formó en la garganta—. No sé qué decirte, me has dejado en *shock*. ¿Cómo te sientes?

—Siento que se me viene abajo mi vida, no sé si quiero tenerlo.

—Esa es tu decisión, sabes que te voy a apoyar, decidas lo que decidas. Lo único que quiero es que estés bien.

—Ahora mismo no sé ni cómo estoy, solo estoy intentando asimilarlo. —Se tapó la cara con las manos.

—Tú siempre has usado protección, no me creo que esta vez no lo hicieras.

—Eso es lo que sé, porque la usé como siempre. Lo único que se me viene a la mente es que el preservativo estuviera un poco roto y no nos diéramos cuenta. ¿Tú qué harías si estuvieras en mi lugar? —me preguntó con temor.

—Me conoces muy bien, y aunque siempre he dicho que por ahora no quiero ser madre —me levanté para servirle un vaso de agua—, yo no podría deshacerme de un hijo. Lo tendría, aunque me tocara criarlo sola —se lo entregué.

—Ojalá fuera tan fuerte como tú, siempre has sabido afrontar las cosas, pero yo no soy como tú.

—Lo eres, solo que no lo ves todavía. No he querido preguntarte quién es el padre, por lo que has dicho, lo conoces muy bien. Si me lo quieres contar, me lo dirás cuando estés preparada, pero creo que deberías hablar con ese hombre. Quizás, si lo haces, te llevas la sorpresa y quiere formar parte de la vida del niño.

—Él es muy buena persona y lo quiero mucho, pero también es un mujeriego. No creo que quiera dejar su estilo de vida para ayudarme a criar a un niño.

—Solo te pido que no hagas las cosas a lo loco y que lo pienses muy bien, porque una vez que tomes una decisión y la lleves a cabo no hay marcha atrás.

—Lo sé, por eso he querido decírtelo a ti antes que a nadie, porque si decido no tenerlo, lo del embarazo solo lo sabrás tú.

La levanté de la silla y me la llevé al sofá. En ese momento mi amiga me necesitaba más que a nada.

El cariño y el amor por las personas que nos importan están por encima de lo económico. En aquel instante me daba igual el robo, me daba igual todo. Lo único que me importaba era que se sintiera segura y que supiera que podía contar conmigo para todo.

Ya hacía un rato que el sol había salido y todavía no había llegado Eros. Amaya terminó quedándose dormida en mis brazos; no dejé de abrazarla en ningún momento.

Mi cabeza no dejaba de dar vueltas pensando en quién podría ser ese hombre. Ella siempre me lo contaba todo, y que no lo hiciera con esto me resultaba muy raro.

Escuché las llaves cuando abrieron la puerta y, por ella, aparecieron mi hermano, Pablo y Eros.

Traían una bandeja con dulces y pan recién hecho, supongo que con la intención de que todos desayunáramos juntos.

Les hice un gesto con el dedo llevándomelo a los labios para que no hicieran ruido. No quería que despertaran a Amaya, había estado llorando mucho hasta que el cansancio la venció.

Capítulo 17



Eros

Esperaba encontrar a Paula rota al entrar en casa, pero fue todo lo contrario a lo que vi.

Estaba sentada en el sofá, abrazando a su amiga, que dormía sobre su pecho. Nos hizo un gesto para que guardáramos silencio, la acomodó de lado con mucho cuidado de no despertarla y, después, vino detrás de nosotros hasta la cocina.

Parecía que había sido ella quien había estado pendiente de su amiga y no al contrario, como habría sido lo normal después de lo que había pasado.

Dejando eso a un lado, me centré en lo que había dicho la policía. Según ellos y por su experiencia, aquello no había sido un simple robo. Se habían ensañado con el local, lo habían destrozado por completo y lo más extraño era que, al parecer, no se habían llevado nada.

Eso no nos entraba en la cabeza a ninguno de los tres. Paula era una mujer buena que siempre intentaba ayudar a quien podía. Pablo nos había contado que, en varias ocasiones, peinaba y teñía el pelo a varias mujeres mayores que no podían costearlo porque sus pensiones no les alcanzaban para esas cosas.

Nada de lo que habían hecho tenía sentido. Daniel estaba cabreado, como era lógico. Yo, en cambio, llevaba la rabia por dentro; por fuera me mantenía

calmado, aunque por dentro ardía solo de pensar que alguien había querido hacerle daño a la mujer que quería.

Todo ese malestar pasó a un segundo plano cuando Paula entró en la cocina y lo primero que hizo fue venir hacia mí para darme un abrazo.

Muchas veces no se necesitaban grandes gestos ni palabras, bastaba algo así para indicarte que estabas en el lugar correcto. Y ese lugar lo había encontrado en ella.

Lo que empezó siendo un favor se había convertido en algo esencial en mi vida.

—Hola. —Le di un beso en la frente.

—Hola. —Me gustaba mucho cuando me rodeaba la cintura con los brazos y dejaba caer la cabeza en mi pecho—. ¿Qué tal ha ido todo? —preguntó mientras se separaba para preparar cafés para todos.

—No creo que se pueda salvar nada —le dijo su hermano—. Lo siento.

—Todo es material. Sé que voy a reponerme y que voy a salir adelante.

Daniel era alto, un poco menos que yo, pero lo suficiente como para que Paula tuviera que alzarse de puntillas para darle un beso.

—Siempre has sido una campeona, no esperaba menos de ti. —Le devolvió el beso—. Es raro que Amaya esté dormida y no esté intentando animarte, cuando ella es la revolución en persona.

Yo no podía opinar mucho sobre cómo era Amaya, aunque lo intuía por las veces que había cenado con nosotros. Daniel, en cambio, la conocía de toda la vida, y si él decía que era raro verla así, no dudaba que tuviera razón.

—Creo que, en el fondo, le ha afectado más de lo que pensaba. Para ella el salón es como si fuera suyo. Ha luchado mucho a mi lado —dijo Paula. Había algo más en sus palabras que no quería contar. No era mentirosa, pero estaba claro que estaba ocultando algo.

Preparamos la mesa para desayunar todos juntos y, en cuanto estuvo lista, Paula fue a despertar a Amaya.

—Buenos días —dijo entrando en la cocina—. Yo prefiero un zumo, mejor dejo el café por hoy, que con esto del salón tengo los nervios de punta.

Fue hasta la nevera y sacó un envase de zumo de piña.

—No parece que estés muy nerviosa, hasta roncando estabas —le contestó Pablo.

—Yo no ronco. —Pasó por detrás de él y le dio una colleja.

—Roncar, no lo sé seguro, pero la mano larga sí que la tienes.

Entre ellos se notaba la amistad que había, sobre todo cuando empezaban con sus guerras verbales.

—Y los dientes afilados también, así que no te columpies, que te puedo morder. —Para demostrarlo, le dio un bocado en el cuello.

—Creo que tenemos a una vampira encubierta —dijo Pablo dando un salto en la silla—. Nena, porque soy gay, que si no me hubieras puesto caliente.

Los tres amigos siguieron hablando de sus cosas; la cocina se llenó de risas y bromas. Sin embargo, yo me di cuenta de que Daniel estaba un poco apartado, sin quitarle la mirada de encima a Amaya.

Esa mirada me decía mucho más de lo que él estaría dispuesto a reconocer: había una chispa encendida en sus ojos, la misma que yo tenía cuando miraba a su hermana.

Entonces, por mi mente, empezaron a pasar conversaciones que había mantenido con él a lo largo de los años. Como cuando una vez me confesó que hubo una chica a la que dejó escapar por verla demasiado pequeña para él. O cuando me contó que se acostó con una pensando que no era virgen y, al llegar el momento, descubrió que lo seguía siendo. En aquel entonces ella tenía diecisiete años y él veinticuatro.

¿Sería Amaya la causa por la que Daniel nunca había dejado la soltería? No sé por qué, pero mi instinto me decía que sí. Y en cuanto estuviéramos a solas, se lo iba a preguntar. Si le gustaba de verdad, no podía dejar pasar la oportunidad.

—Eh, dios griego, que te estamos hablando y pareces estar en otro mundo. —Me sacó Pablo de mis pensamientos.

—Perdona, estaba pensando en los correos que tengo que mandar esta mañana.

—Nada, que te estaba preguntando si querías otro café, que llevas un rato con la taza vacía entre las manos.

—Claro, si me lo haces tú, no lo puedo rechazar. —Le gasté una broma.

—Amor platónico —le dijo a Daniel—, te está saliendo un competidor. Creo que voy a tener que repartir mi amor entre los dos.

Nos empezamos a reír todos. Desde luego, Pablo no tenía pelos en la lengua.

—Reíos todo lo que queráis, pero os aseguro que, si me dejarais demostraros todo lo que os puedo hacer, cruzaríais la acera para veniros a mi lado.

—Pablito, que te quiero mucho y respeto tus gustos, pero que por detrás no me entra ni el bigote de una gamba a martillazos.

—Tú te lo pierdes, bombón, porque por ahí es donde tenemos el punto G. Jamás vas a tener un orgasmo como el que te daría yo; te vas a morir sin llegar a ver las estrellas de verdad. —Terminó guiñándole un ojo.

—Mira que eres pesado con mi hermano.

—Nena, ¿no sabes el dicho ese, de que el que no llora no mama? Pues hasta que lo vea casado y con hijos no voy a dejar de intentarlo.

Cuando salió la palabra hijos de su boca, a Amaya se le cambió la cara por completo; se puso pálida.

—¿Estás bien? —le pregunté. Nadie más se había dado cuenta, pero yo soy muy observador y noté el cambio al instante.

—Sí, creo que solo es la falta de sueño.

No me lo creí, aunque le seguí la corriente. Sabía que ahí había algo más, y que se lo había contado a Paula. Como no era asunto mío, lo dejé estar. Nunca había sido cotilla y no iba a empezar ahora.

—Cariño, dime que tú sí me vas a dar una oportunidad —me dijo Pablo.

—Lo siento mucho, si te hubiera conocido antes que a mi chica, me lo hubiera pensado. —Seguí la broma.

—Por eso no te preocupes. Esta misma noche la hago desaparecer y asunto solucionado.

—Oye, ¿para qué quiero enemigos si te tengo a ti? —Con estos amigos era imposible aburrirse.

—No te quejes, que al menos te lo digo a la cara. —Se levantó y me plantó un beso rápido en los labios.

—Esos labios son míos —me quejé.

—No te preocupes, los tuyos son húmedos; los míos han sido un simple roce. Otra cosa sería cómo te los daría a ti. —Descarado era poco para definirlo.

—Mejor me quedo con los de Paula, que estoy seguro de que me gustarán más.

—Nada, los que me gustan de verdad no me hacen caso —resopló, aunque sabíamos que seguía de broma.

Ese día no trabajé, lo dediqué a estar con ellos. Daniel también decidió no ir, y los otros tres tenían todo el día libre. Se encargaron de ir llamando clienta por clienta para contar lo sucedido, explicando que no sabían cuándo volverían a estar operativos.

Pedimos comida italiana. Estábamos terminando cuando se me ocurrió una idea. Mi intención principal era que Paula se despejara, pero estaba seguro de que si se lo proponía a los demás, me dirían que sí, encantados.

—He estado pensando… y si a todos os apetece —sabía que al empezar así captarían la atención— podríamos irnos a mi casa de Atenas, al menos un par de semanas.

—¡Ay, yo a ti te como entero! —El loco de Pablo se levantó, me cogió de las mejillas y me estampó un beso rápido en los labios. Todo en menos de cinco segundos—. Perdona, ha sido la emoción.

—Los cojones de la emoción, eso es una excusa. Tú lo que querías era comerle los morros al dios griego.

—Vale, lo admito. ¿A que no ha sido tan malo? —me preguntó riendo. Negué con la cabeza, porque con él poco se podía hacer.

—No ha sido tan malo, pero piénsatelo mejor antes de repetirlo, porque a la próxima te pego un labio con el otro con pegamento extrafuerte.

—Pablo, yo que tú lo volvía a hacer, así nos aseguramos de que al menos te callas unos días —saltó Amaya, pinchándolo.

—Mejor me guardo los besos para otro dios griego que conozca allí. —Les hizo una peineta.

—Los demás no habéis dicho nada. —Centré mi mirada en Paula. Quería saber si le hacía ilusión.

—Por mí, de lujo —contestó Amaya.

—Yo me apunto también —dijo Daniel.

—Nena, ¿qué me dices tú?

—Si me voy, ¿quién se queda pendiente del salón?

—Por eso no te preocupes, contratamos a alguien que lo lleve todo. Tú das las indicaciones por teléfono y listo.

—Venga, Paulita, no te hagas de rogar. Nunca hemos estado en Grecia y me vendría genial despejarme. Hace siglos que no nos vamos todos juntos de vacaciones —la animó Amaya.

—Hermana, si no vas tú, no va nadie. Así que ya sabes: tu conciencia cargará con privarnos de unas buenas vacaciones.

—Sois todos unas moscas cojoneras —respondió Paula—. Venga, me habéis convencido, pero hasta que no esté todo arreglado con la policía y el seguro —nos señaló con el dedo— no hay viaje.

—¡Dos semanas en Atenas! —seguía repitiendo Pablo, como si no se lo creyera.

Capítulo 18



Paula

No podía decir que en mi vida hubiera tenido carencias, pero lo que tenía ante mis ojos era otro nivel, y bien distinto.

No abrí la boca de puro asombro por vergüenza, pero mis amigos sí lo hicieron, tanto que parecía que se les habían desencajado las mandíbulas.

—¿Es tuyo? —preguntó Pablo cuando reaccionó.

Vi a mi hermano reírse de fondo. Claro, como el capullo había viajado muchas veces con Eros, ya sabía de qué forma lo hacía.

—¿Mío? No, ni mucho menos, vamos a robarlo —contestó él aguantándose la risa.

—¿No tendrás nada que ver con la mafia? —replicó Pablo—. Eres guapo, rico y encima quieres robar.

—Tanto tiempo huyendo de la policía y me descubres… —Puso las manos en los bolsillos y lo miró serio—. Como me delates, eres hombre muerto.

Si no lo conociera bien, lo habría creído.

—Si tu intención era darme miedo, déjame decirte que lo único que has conseguido es ponerme cachondo. —Me miró Pablo—. Nena, no quiero ni

imaginarme cómo este hombre te hace gritar. Uff, hasta calor me ha entrado. —Se abanicó con la mano.

—Eros, con él no vas a poder nunca —dijo mi hermano, dándole una palmada en la espalda.

—Eso está por ver.

—Diosito griego, al final no me has contestado. ¿Es tuyo o lo has alquilado para fardar delante de tu churri?

—Me lo ha prestado un buen amigo.

Yo sabía que era suyo porque en el fuselaje podía leerse el logotipo de su empresa.

—Dime que tu amigo es de mi bando. —Imploró Pablo juntando las manos.

—Lo siento, pero ya está pillado por una mujer que lo tiene loquito. —Eros me rodeó la cintura y me atrajo hacia él para besarme.

—Dejaos de besitos, que aquí los demás estamos a dos velas. Mejor nos montamos ya, que cuanto antes lleguemos, antes me busco un griego que me quite las penas. —Agarró su maleta y, sin esperar a nadie, se dirigió a las escaleras del avión—. ¿Qué, os movéis o no?

—Mira el señorito, parece amo y señor del avión. —Amaya fue tras él, sin dejar de buscarle la boca.

—No tenías que haber molestado a tu piloto, podíamos haber ido en un vuelo normal —le dije a Eros cuando nos quedamos solos.

—Es su trabajo. Y espero que no te moleste que no te haya dicho que tenía mi propio avión. —Parecía de veras arrepentido.

—No me importa lo que tengas o dejes de tener, lo que me importa eres tú. Lo demás me sobra. —Nos dimos un beso más antes de subir.

—Buenos días, señor Nikolaou. Señorita —nos saludó el piloto con un leve gesto de cabeza—. Espero que tengan un buen vuelo, estoy a sus órdenes para todo lo que necesiten.

—Hasta el apellido lo tiene sexi. Complicado, pero sexi. —Se escuchó decir a Pablo desde dentro.

—No te callas ni debajo del agua —le contestó Amaya.

—Pues anda que tú.

—No sabes dónde te has metido al decirles que vinieran —susurré a Eros.

—Los voy a tener entretenidos, así que no te preocupes. —Me guiñó un ojo.

¿Qué se le había ocurrido a este hombre?

Me tenía de lo más intrigada, no me había querido decir nada de lo que íbamos a hacer.

Cuando le pregunté si iríamos a alguna isla como Mykonos, Santorini o cualquier otra, solo me contestó que «ya veríamos». Así que iba prácticamente a ciegas, lo único seguro era que nos quedaríamos en su casa de Atenas.

Aunque, viendo que tenía un *jet* privado, me podía imaginar cómo sería su «casita».

No me enteré del vuelo, como era lógico. Los sillones eran tan cómodos y el espacio tan amplio, que me quedé dormida en cuestión de minutos. Viajar así era un lujo al alcance de muy pocos.

Estaba claro que el dinero era poder y, aunque no compraba la felicidad, sí ayudaba mucho a tener un nivel de vida envidiable.

Cuando aterrizamos, ya había un chófer esperándonos.

Estaba viendo otra faceta de Eros: en España era más sencillo, aquí parecía mucho más ostentoso.

Yo no era nadie para juzgar la vida de los demás, y mucho menos la suya. No había robado nada, se lo había ganado trabajando duro, así que tenía todo el derecho de disfrutarlo.

—¡Hostia! —Escuché decir a Pablo.

Hasta entonces no me había fijado en nada, estaba demasiado entretenida con las fotos que me mandaban de los muebles para reponer en el salón. Al levantar la vista, entendí su reacción: el coche se adentraba en un camino de grava blanca flanqueado por pinos, y al fondo se alzaba una mansión imponente.

Era moderna, pero mantenía la esencia de la típica arquitectura griega. Y detrás de ella… el mar. Un azul intenso que te atrapaba solo con mirarlo.

Me enamoré de esas vistas en el instante. Y sabía que desde la segunda planta serían todavía mejores.

—Eros, es preciosa. ¿Se puede ir a la playa desde la parte de atrás? —pregunté con ilusión.

—Claro que sí. Además, es privada. Solo para nosotros.

Mejor me callaba y aceptaba de una vez que este hombre tenía más dinero del que yo jamás llegaría a gastar, ni aunque viviera cien vidas.

Nos repartió habitaciones a cada uno, todas en la misma planta, excepto la nuestra, que ocupaba toda la superior. Aquello era como una casa dentro de otra. Solo con la habitación de Eros podían vivir cinco familias enteras.

La decoración era minimalista, con predominio de blancos y neutros. La luz natural se colaba a raudales por los enormes ventanales, llenando de paz cada rincón.

No nos entretuvimos mucho porque la comida ya estaba lista. Nos la sirvieron en la parte trasera, bajo una pérgola de la que colgaban telas vaporosas que se mecían con la brisa salada del mar.

A un lado, la piscina. Un poco más allá, una barra con taburetes como sacada de un resort de lujo. Todo estaba cuidado al mínimo detalle, y se notaba la dedicación de los trabajadores que tenía contratados.

—Os voy a decir lo que vamos a hacer estas dos semanas —anunció Eros en cuanto estábamos a mitad de comida.

Dejamos los cubiertos a un lado para prestarle atención.

—Mañana os voy a enseñar Atenas, pero a partir de pasado mañana recorreremos distintas islas de Grecia.

—¡No me jodas, este va a ser el viaje de mi vida! —Pablo no pudo contenerse, como siempre. Yo rodé los ojos.

—Como iba diciendo —continuó Eros, divertido—, haremos la ruta en uno de mis yates. Pasaremos uno o dos días en cada isla. ¿Qué os parece la sorpresa?

—Me encanta, cariño —me levanté para sentarme sobre sus piernas—, pero como ya sabes, lo que más me gusta es hacer este viaje junto a ti. —Pasé las yemas de mis dedos por sus cejas, bajé por la nariz y terminé delineando sus labios—. ¡Ay! —exclamé cuando me dio un pequeño bocado en la punta del dedo.

—Te lo merecías por tentarme continuamente. —Moví el trasero sobre sus piernas para provocarlo un poco más—. Estás jugando con fuego. A mí me da igual que estemos con ellos, como sigas así, te cargo al hombro y te encierro en la habitación hasta que me quede completamente saciado de ti —murmuró tan bajito que solo yo pude escucharlo.

—Eso me encantaría —susurré cerca de su oreja—, pero creo que será mejor que esperemos a esta noche. —Le di un beso corto antes de levantarme de sus piernas y regresar a mi silla para terminar de comer.

La comida dio paso a una sobremesa en la que los chicos se animaron con unas copas. Yo decidí no tomar ninguna, en parte para que Amaya no se sintiera excluida y en parte para no levantar sospechas.

En los días que llevábamos allí habíamos hablado mucho. Tras varias noches sin pegar ojo, por fin se había decidido: iba a tener a su bebé. Esa noticia me llenó de felicidad, porque ese niño —o esa niña— tenía derecho a venir al mundo.

Cariño, no le iba a faltar, de eso me encargaría yo. Ni cariño ni nada que pudiera necesitar. Estaba dispuesta a quedarme sin comer si hacía falta, antes de que les faltara algo a Amaya y a su hijo.

El único problema era que seguía cerrada en banda a decirme quién era el padre. Y lo peor: se negaba también a informarle de que iba a serlo. Por algunas pistas que dejó escapar, estaba convencida de que era alguien que conocíamos. Lo que no entendía era ese secretismo, cuando entre nosotras siempre nos lo habíamos contado todo.

Pero tampoco quería presionarla. Sabía que, cuando estuviera preparada, me lo diría.

El resto de la tarde lo pasamos en la piscina. A ratos nos metíamos en el agua, a ratos tomábamos el sol, entre risas y confidencias.

Y esa noche, Eros cumplió lo que me había prometido. Entre palabras susurradas, besos y caricias, nos entregamos el uno al otro sin reservas. Fueron varias veces, algunas con calma, sin prisas, pausados; otras, dejándonos llevar por la pasión más ardiente.

Daba igual cómo lo hiciéramos: siempre había amor. Un amor tan grande que a veces me daba miedo perderlo.

Dicen que lo bueno siempre acaba, pero yo no quería que esto acabara nunca. Porque si llegaba ese día, mi corazón no volvería a latir por nadie. Solo sería un órgano más, empujando sangre por inercia, sin emoción, sin felicidad.

Capítulo 19

Eros

Caminar de la mano con la mujer por la que sentía tantas cosas, y hacerlo además por mi ciudad natal, no tenía precio.

Y si a eso le sumábamos a sus amigos —esos locos que con sus ocurrencias aseguraban que nunca hubiera un segundo de aburrimiento— el viaje era perfecto.

Por otro lado estaba mi amigo. Daniel parecía que estaba… pero no estaba. Su cuerpo nos acompañaba, pero su mente andaba perdida en algún lugar, o más bien en alguien.

Ese día los llevé a ver los principales monumentos de la ciudad, pero ellos iban con ventaja: me tenían a mí, que había recorrido esas calles desde niño. Tras visitar los sitios más turísticos, los adentré por Ermou Street, la arteria comercial de Atenas. Una calle tan larga que podías pasarte el día entero paseando sin aburrirte.

Aproveché el momento en que Paula y los demás entraron en una tienda y Daniel y yo nos quedamos en la terraza de un bar.

—Daniel, ¿me vas a decir de una puta vez qué es lo que te pasa? Estás, pero no estás.

—No sé de qué hablas.

—¿Te vas a hacer el tonto conmigo? Porque te apuesto lo que quieras que sé más o menos por dónde va la cosa.

—Estoy cansado ya, no me quito de la cabeza a la misma mujer de siempre.

—¿Y por qué no haces algo? Nunca te he tenido por un cobarde.

—Porque no creo que se pueda hacer nada. Nos hemos hecho tanto daño el uno al otro a lo largo de los años que no veo cómo podríamos arreglarlo. —Se encogió de hombros con un gesto abatido.

—Si acierto quién es esa mujer, tienes que hablar con ella y hacer lo que sea para conseguirla.

—Hecho. —Me estrechó la mano, convencido de que yo no lo lograría.

Me incliné hacia atrás, relajado en la silla, los brazos apoyados en los reposabrazos y los tobillos cruzados, con una sonrisa de arrogancia.

—Qué pena que se te haya olvidado lo buen observador que soy.

—No has podido saber quién es. —La sonrisa se le borró de golpe al verme tan seguro.

—Lo que no entiendo es por qué tenéis tanto secretismo tú y Amaya.

Se quedó helado.

—¿Qué? ¿No te lo esperabas?

—Amaya te ha tenido que decir algo.

—No, ella no me ha dicho nada. Pero empecé a darme cuenta de que entre vosotros había algo el día del robo en el salón de tu hermana.

—No se lo digas a Paula, nunca. —Se pasó una mano por el pelo, nervioso —. Yo no quería que su amistad con Amaya se viera afectada, y Amaya…

ella no quería meterme en medio.

—Lo que no entiendo es por qué no estás con ella, si está claro que los dos os gustáis.

—Porque siempre he sido un cabrón con ella. Desde que era una cría… y aún lo sigo siendo.

Nunca había visto a Daniel tan abatido.

—Nunca es tarde para pedir perdón si lo sientes de verdad. Amaya sabe disimular bien, pero a mí no se me escapa cómo te mira. Esa chica te quiere. —Se inclinó hacia delante, prestándome atención—. No pierdas la oportunidad de estar con alguien a quien quieres. Yo, desde que conocí a tu hermana, lo veo todo distinto.

Daniel suspiró hondo, pasándose las manos por la cara.

—Cuando alguien te hace tanto daño, es difícil perdonar. Amaya aparenta ser superficial, como si fuera de hombre en hombre… pero en realidad es una coraza, una forma de protegerse de todos mis desplantes, de todas las veces que le dije que no. La he cagado tantas veces con ella que no sé ni por dónde empezar a arreglarlo.

—Por hablar con ella, mira, no soy nadie para decirte nada, pero a Amaya le pasa algo, y si no lo ves es porque no te importa de verdad. —Le di una palmada en el hombro—. Habla con ella, lo demás se irá viendo con el paso de los días.

—¿Qué has hecho con el mujeriego de mi amigo? —preguntó en tono de broma.

—Dejarlo de lado para abrir su corazón y entregárselo a una mujer que lo tiene loco —respondí con toda la verdad. No me daba vergüenza admitir que estaba enamorado hasta las trancas de Paula.

—Joder, tío, si llego a saber antes cómo serías con mi hermana, te la hubiera presentado hace muchos años.

—Eso mismo le dije a tu hermana hace unas semanas.

—¿Y qué te contestó?

—Que nos hemos conocido cuando ha sido el momento. Y yo creo que tiene razón: este es nuestro momento.

—Bueno, has tenido buena vida, no se puede decir que no la hayas aprovechado. Quédate con eso.

—Tienes razón, pero no puedo evitar pensar que, si la hubiera conocido antes, quizá ya tendría una familia.

—Tío, que todavía somos jóvenes, solo tenemos cuarenta y dos años.

—Pues como tenga que esperar mucho para ser padre voy a parecer su abuelo en vez de su padre. Y, por cómo piensa tu hermana, no veo que sea a corto plazo. —Cogí el botellín de cerveza y le di un trago.

—Mi hermana siempre ha estado enfocada en lo que quería conseguir. Ser madre nunca se le pasó por la cabeza. Pero quién sabe, quizá ese instinto maternal le salga a flote estando contigo.

Me encantaría ser padre, pero respetaba sus deseos. Y si ella no quería todavía, no me quedaba más cojones que aceptarlo. Esto era cosa de los dos, no solo mía.

Los demás llegaron justo cuando terminamos de hablar. Comimos en ese mismo bar, se estaba de maravilla y, además, era uno de los mejores de la zona.

El encargado de pedir la comida fui yo. Querían platos típicos y eso fue lo que pedí.

Estábamos en mitad de los postres cuando Amaya habló. Había pasado casi toda la comida sumida en sus pensamientos y, aunque intentaba disimular, cualquiera podía ver que no estaba bien.

—Quiero deciros algo… y lo hago antes de que lo empecéis a notar. —Nos miró a todos menos a Daniel—. La única que lo sabe es Paula, y desde que se lo dije ha estado en todo momento apoyándome.

—Nena, suéltalo ya, que me muero de la intriga. Mi corazón no está para estos sobresaltos. —Con esa simple broma, Pablo consiguió sacarnos una sonrisa, sobre todo a Amaya, que tenía los ojos brillantes de lágrimas.

—Estoy embarazada. Y no preguntéis por el padre, porque no hay.

Sabía que ocultaba algo, pero no me imaginé que fuera algo así. Se hizo un silencio sepulcral en el que nadie se atrevió a decir nada.

Miré a mi amigo fijamente. En el mismo instante en el que Amaya dijo que no había padre, vi cómo cerraba las manos en puños y apretaba con todas sus fuerzas.

—Me has dejado sin habla, y mira que eso es difícil de conseguir —comentó Pablo.

—Me parece que has sido muy valiente al decirlo. Y, como ya te dije, no necesitas a ese hombre para sacar adelante a tu hijo. Pero sí creo que deberías decírselo. Supongo que lo harás cuando estés preparada. Mientras tanto, estoy segura de que todos los que estamos aquí te vamos a apoyar siempre.

Intentó no romperse, pero lo hizo. Y en mil pedazos. Lo que yo estaba viendo era a una mujer tan rota que le iba a costar la misma vida salir adelante.

Verla así me removía todo por dentro. Y no solo a mí: sus amigos también estaban llorando a la par que ella. Lo que no me esperaba fue lo que hizo mi amigo.

Daniel se levantó de la silla. Pensé que se iba a ir, pero no. Se acercó a ella con cautela, mirándola fijamente. La tomó por las mejillas y apoyó su frente contra la de ella.

—No vas a estar más sola. —Amaya se aferró a sus muñecas sin dejar de llorar—. Voy a estar a tu lado a partir de hoy, y no me va a mover nadie.

Como he dicho en otras ocasiones, yo era muy observador. Dirigí mi mirada hacia Paula; ella me la devolvió con asombro. Solo pude guiñarle un ojo.

—Te prometo que voy a ser el mejor padre del mundo. Y aunque haya sido contigo un hijo de puta, aunque no quieras estar conmigo, a nuestro hijo no le va a faltar de nada. Ni a él… ni a ti.

Con dos cojones. De no querer dar el paso y hablar con ella, a soltarlo delante de todos. Con mi amigo estaba claro: era todo o nada.

—No me lo puedo creer —dijo mi chica llorando a lágrima viva—. No me esperaba esto.

—Nena —la llamé—, no te sientas engañada. Deja que cada uno lo cuente a su manera, no los juzgues por su secreto. Cada uno carga con su propio peso. —Se lo dije en voz baja, para que nadie más nos oyera.

—Estoy segura de que esto no es cosa de una sola vez, como me dijo Amaya. —Sé que se sentía dolida por el secreto de su amiga y de su hermano, pero cada uno tenía sus motivos y había que respetarlos—. Tantos años de amistad, creyendo que entre nosotras no había secretos… y descubrir esto.

—No sabes por qué actuaron así. Debes entender que eso es cosa de ellos. Nosotros solo podemos apoyar las decisiones que tomen.

—Tienes razón, es solo que me ha pillado tan de sorpresa que no sé cómo tomarlo. —Le cogí la mano entrelazando nuestros dedos—. Yo lo iba a querer como si fuera mi sobrino o sobrina… y resulta que al final lo es de verdad.

—Por lo visto tu hermano ha sido más rápido que nosotros —le dije, consiguiendo arrancarle una sonrisa.

—Estás loco, yo no quiero ser madre todavía. Llevamos muy poco tiempo y quiero disfrutar a solas contigo.

—Pues a mí me gustaría ser padre ya, pero solo si es contigo. Aunque no te preocupes, te entiendo y respeto tus deseos.

—Y lo que disfrutamos los dos solos… eso no tiene precio. —Sabía que estaba intentando convencerla para que cambiara de opinión.

No sé qué me pasaba últimamente, pero había salido a la luz mi instinto paternal. «¿Quién te ha visto y quién te ve, Eros?», me pregunté a mí mismo.

—Daniel, no dudo de que vas a ser un buen padre, pero si lo nuestro no ha sido posible durante todos estos años, no creo que ahora pueda serlo.

—Podemos intentarlo. Sé que me he portado como un cabrón contigo, que nunca te demostré lo mucho que me importas. Por favor, Amaya, danos una oportunidad.

—No creo que sea lo correcto. Me has hecho mucho daño. Sabes que te quiero, pero eso no quita que, por una vez en la vida, me ponga yo antes que a ti.

Daba pena ver cómo dos personas se querían y que, por sus cabezonerías, dudas, miedos o malas decisiones, no estuvieran juntas.

—Daniel, no soy nadie para decirte nada, pero creo que lo mejor que puedes hacer es dejarla y darle su espacio —le aconsejó su hermana—. Por ahora, solo quiere que estés como padre de su bebé y como amigo. No sé cuánto tiempo lleváis así, ya que nunca me lo habéis dicho, pero este no es el momento de insistir.

—Tienes razón —le contestó a su hermana—. Solo quiero que sepas que voy a estar para todo lo que necesites y que espero que no me apartes de la vida de mi hijo. —Se separó de Amaya al decir eso.

—Nunca te apartaría de su vida, ni de la mía. Has sido y eres una de las personas que más me han importado. —En esta ocasión fue ella quien le

cogió la mano—. Quiero que me perdones. Tal vez debería habértelo dicho en otro momento, no merecías enterarte de esta manera. Simplemente… lo hice cuando reuní fuerzas. Sé que, estando a solas contigo, no me hubiera atrevido.

—No pasa nada, supongo que ha sido lo mejor. Ya no tengo que ocultar lo que siento por ti. —La abrazó durante unos segundos—. Si no os importa, necesito pensar. Voy a dar un paseo, después nos vemos.

Era lógico. Había sido una noticia inesperada, y ahora, de no tener nada, se encontraba con que iba a ser padre.

Capítulo 20



Paula

No sabía qué me había impactado más: si cuando Amaya me dijo que estaba embarazada o enterarme de que el padre de ese niño era mi hermano.

Por lo que había visto, este era un tema pendiente entre ellos desde hacía muchos años.

Sabía que cuando cada uno estuviera preparado me lo iban a contar por separado, así que lo mejor que podía hacer por ahora era dedicarme a disfrutar con Eros.

No pude evitar imaginar la cara que iba a poner mi madre cuando se enterara de que iba a ser abuela. Doña Carmela se pondría a dar saltos de alegría, literalmente.

Esa era su mayor ilusión y, cuando supiera que la madre de ese bebé era Amaya, sería todavía más feliz. Mi madre la quería como a una hija más, igual que a Pablo.

—¿A qué viene esa sonrisa? —me preguntó Eros mientras paseábamos por su playa privada.

—Me estaba imaginando la cara de mi madre cuando se entere de que va a ser abuela.

Habíamos decidido dar un paseo los dos solos en cuanto volvimos a casa. Amaya se había ido a descansar, mi hermano a despejar la mente y Pablo prefirió salir a conocer un poco más la ciudad.

Así que ahí estábamos, cogidos de la mano, caminando por la orilla mientras las olas iban y venían mojándonos los pies.

Eros ya había conocido a mi madre; de hecho, habíamos comido con ella en varias ocasiones y, si este hombre me había robado el corazón, a ella le había robado hasta el alma. Decir que la había conquistado era quedarse corta.

—Sí, me he dado cuenta de que está ansiosa por serlo —comentó él.

—Pues eso, que el día que lo diga mi hermano se van a escuchar sus gritos en cualquier parte del mundo.

—¿Y no te da pena no darle esa alegría tú? —Ya estaba otra vez con el mismo tema, no se cansaba nunca.

Desde que empezó a decir que quería ser padre, yo siempre respondía lo mismo, aunque muchas veces terminaba dándole vueltas a la cabeza y haciéndome preguntas.

¿Y si dejaba de tomar las pastillas sin decirle nada para darle esa alegría? Pero enseguida me entraba el temor.

¿Y si solo era un capricho y después se daba cuenta de que no era suficiente para él? Tener un hijo con él nos uniría para siempre, pero… ¿qué pasaría si encontraba otra pareja con la que formar una familia y se olvidaba de nosotros?

Eran preguntas imposibles de contestar, porque nadie sabe lo que ocurrirá en el futuro. Pero también sabía que, si no dejaba los miedos a un lado y luchaba por esta relación, nunca descubriría si podíamos tener un futuro juntos.

—Pena, para nada. Estoy muy bien como estoy, gracias.

—Nena, qué dura eres para convencerte de algo. —Puso una cara tan graciosa que no pude evitar reírme.

—Es que no es algo para tomar a la ligera, así que deja ya el tema o me voy a enfadar.

—¿Ah, sí? Pues que sepas que, si tú eres cabezota, yo lo soy más. —Me cogió al vuelo sin que me lo esperara.

—¡Ni se te ocurra, estoy vestida! —grité al darme cuenta de sus intenciones.

No me hizo caso y empezó a correr hacia el mar conmigo entre sus brazos.

Me lanzó al agua, dejándome caer. Me sumergí y, cuando salí a la superficie, estaba boqueando como un pez.

—Eres hombre muerto —lo amenacé.

El muy capullo nadaba demasiado bien y no conseguía atraparlo por mucho que lo intentara. Todo lo contrario: cuando pensé que lo iba a lograr, se dio la vuelta y fue él quien me atrapó de nuevo para lanzarme otra vez.

—Nena, tienes que mejorar, eres demasiado lenta nadando. —Encima con recochineo.

—Tengo otras formas de llegar a ti. —Decidí darle un poco de juego.

Él se pensaba que había podido conmigo, pero le iba a demostrar que no era así.

—Con la ropa no puedo nadar bien —lo miré fijamente—, pero estoy segura de que si me la quito, voy a poder cogerte.

Me quité la camiseta con un gesto lento y sensual. No llevaba bikini; debajo tenía un conjunto de encaje blanco casi transparente que, al estar mojado, se había vuelto translúcido. Cuando me la saqué por la cabeza, me giré para lanzarla hacia la orilla.

Hundí las manos en el agua, que me llegaba por encima del ombligo, y me deshice de los pantalones junto con la ropa interior. Los lancé igual que la camiseta.

Solo me quedaba el sujetador. Lo miré de nuevo y me encantó comprobar que se había quedado hasta sin respiración. Terminé de quitarme la prenda que me quedaba.

—Sí, creo que ahora voy a poder nadar mucho mejor. —Empecé a acercarme a él lentamente.

—Joder, pareces una sirena. Esta imagen se va a quedar grabada en mi mente mientras viva.

—¿No te unes a mí? No sabes lo que te estás perdiendo.

Él no se quitó la ropa tan lentamente como yo; lo hizo en un pestañeo.

—Tienes toda la razón, así se nada mucho mejor. —Su voz se volvió ronca, esa voz que me volvía loca cuando estaba muy excitado.

—Creo que me ha mordido un pez justo entre las piernas —susurré descarada, algo que nunca había hecho con nadie, pero este hombre sacaba esa parte de mí—. ¿Me puedes mirar si me ha hecho mucho daño?

—Espera, que te lo mire un tiburón que anda por aquí cerca.

Reí a carcajadas al escucharlo. Después decía que Pablo tenía salidas para todo, pero él no se quedaba atrás.

—Los tiburones me dan miedo. —Le seguí el juego.

—No te preocupes, que este está domesticado.

Intenté no reírme, pero fue imposible.

—¿Y si le da por volverse loco y pierde la cabeza?

—La cabeza la perdió hace mucho tiempo, pero sigue siendo inofensivo. Te puedo asegurar que le encanta que lo toquen, lo besen y, sobre todo, sumergirse en una cueva en particular.

Llegó hasta mí y, en cuanto lo hizo, salté hacia él. Me atrapó al vuelo y enredé mis piernas alrededor de su cintura.

—Te estás volviendo muy descarada. —Me mordió el cuello y luego pasó la lengua por la marca de sus dientes.

—Te dije que te iba a atrapar, y lo he hecho. Las armas que use no importan. —Mientras movía las caderas, nuestros sexos se rozaron.

La sensación era maravillosa: el roce de su glande contra mi clítoris me producía una fricción tan intensa que sabía que, solo con eso, podría llegar al orgasmo.

Aquel día no quería preliminares, lo necesitaba dentro ya.

Metí la mano entre nuestros cuerpos para coger su pene, ya duro y palpitante, y guiarlo hasta la entrada de mi vagina.

Me dejé caer sobre él despacio, centímetro a centímetro, piel con piel, sintiendo cómo me llenaba mientras mis paredes lo envolvían.

—Hostia, nena… —Su exclamación quedó ahogada en el beso que le di, devorándole los labios que tanto me gustaba besar.

Rodeé su cuello con los brazos buscando un punto de apoyo. Eros me agarró por los glúteos y me obligó a subir y bajar sobre su miembro.

—No pares, por favor.

En esa posición no iba a aguantar mucho: mi clítoris se rozaba con su pubis y enviaba descargas eléctricas por todo mi cuerpo.

—No pienso parar. Voy a hacer que te corras dos veces antes de hacerlo yo en tu interior. —Su promesa sonó a sentencia, y sabía que la cumpliría.

Me apretaba las nalgas cada vez que subía y bajaba. Estaba segura de que me iba a dejar los dedos marcados, pero me daba igual. Lo único que quería era que ese placer infinito no terminara nunca.

—Estoy cerca… Dios, qué gusto… —casi grité.

—No sabes cómo me pones al verte en este estado. —Nos volvimos a besar como posesos.

Cuando dijo que iba a hacer que tuviera dos orgasmos antes de que él terminara, no se equivocó.

Siempre repetía lo mismo cada vez que me hacía ver las estrellas, que era el mayor orgasmo que había tenido nunca… pero es que, con él, cada encuentro era mejor que el anterior.

Quizás se debía a que nos íbamos conociendo mejor y sabíamos qué partes tocar o en qué momentos hacerlo.

Cada instante vivido y compartido con Eros quedaba grabado en mi mente y en mi corazón, porque todos eran únicos y maravillosos.

Antes de salir del agua, le pedí que se asegurara de que no hubiera nadie cerca mirando. La valentía que había tenido antes para quitarme la ropa desapareció, dejando en su lugar la vergüenza.

—No pasa nada si nos ve alguien, estoy seguro de que, si es un hombre, le alegrarás el día —lo dijo de boquilla. Conocía a Eros, era un poco celoso y estaba segura de que no quería que nadie me viera desnuda.

—Siendo así, creo que la próxima vez podríamos ir a una playa nudista, así le alegro la vista a más de uno.

—Mejor me aseguro de que no haya nadie.

—¿Por qué? El cuerpo está para lucirlo. —Seguí pinchándole.

—El tuyo lo puedes lucir cuanto quieras, pero solo para mis ojos. Te aseguro de que nadie te va a mirar con más devoción que yo.

Se aseguró de que no hubiera nadie, y nos vestimos con la ropa mojada y llena de arena.

Cogidos de la mano, volvimos a la mansión. Ya era casi la hora de cenar y teníamos que preparar las maletas, porque el resto de las vacaciones lo íbamos a pasar en su yate, recorriendo las islas.

Capítulo 21



Eros

Llevábamos una semana en el yate, recorriendo isla tras isla. Hasta ahora los había llevado a Mykonos, Santorini y, en ese momento, estábamos en Creta.

Quise empezar por las más visitadas por los turistas, y dejar las menos pobladas para el final. Bajo mi punto de vista, esas eran las mejores: donde mejor se comía, sin tanto bullicio y con la posibilidad de disfrutarlas de verdad.

En esos días hubo algunos en los que no pude acompañarlos. Me habían surgido asuntos que resolver con la empresa y, mientras ellos recorrían las islas, yo me quedaba en el yate trabajando.

El primer día que no pude ir, Paula quiso negarse a salir también, alegando que prefería quedarse conmigo. Como era normal, me opuse. No estaba dispuesto a que se perdiera ese recorrido maravilloso por culpa de mis obligaciones. Tuve que insistir más de la cuenta para convencerla, pero entre mi insistencia y la de su hermano y sus amigos, lo logramos. Todavía quedaban muchos días por delante para disfrutar juntos.

Por otro lado, estaba Pablo. No entendía cómo ese hombre ligaba tanto, pero lo cierto es que en cada puerto dejaba un amor, igual que los marineros. En las tres islas en las que habíamos estado, en todas había conseguido compañía. Como decía Paula, mucho amor por Daniel, pero no perdía la

oportunidad de irse con el que le gustara. Y yo lo veía estupendo, el pobre no iba a quedarse para vestir santos esperando a alguien con quien nunca iba a estar.

En cuanto a Daniel y Amaya, lo suyo seguía ahí, latente por parte de los dos, aunque ella no quisiera dar un paso más. Y eso que se le notaba enamorada. No sabía si no le daba una oportunidad a Daniel porque estaba demasiado dolida o porque no confiaba en él. Tal vez fueran ambas cosas.

Mientras tanto, mi hermana me había llamado para decirme que ya había regresado de la luna de miel. Como para no hacerlo: se había pasado fuera casi un mes entero. Lo que más me jodió fue que me llamó solo para pedirme más dinero. Alegó que, durante el viaje, había hecho muchas compras y se había quedado baja de fondos.

Daba igual todas las oportunidades que le diera, ella no iba a cambiar. Cada vez iba a peor. Y en la mayoría de las ocasiones no pedía, exigía. Si no se lo daba, me montaba unos numeritos increíbles.

Sé que la culpa era mía, que por miedo a perder a la única familia que tenía terminaba cediendo. Pero que no se equivocara: si me tocaba mucho los cojones, le cerraría el grifo para siempre. Que costeara ese nivel de vida su marido, o se pensaba que iba a estar toda la vida sufragando sus gastos.

El cabreo que se pilló cuando le dije que estaba de vacaciones con los chicos y que no pensaba recibirla en mi casa fue monumental. Dijo tantas burradas que terminé colgándole. Ahí se dio cuenta de que, por las malas, no conseguiría nada de mí.

Una hora más tarde volvió a llamar, esta vez pidiéndome perdón. Pero ese perdón no me valía: sabía que no era sincero.

Y, aun así, al final hice lo de siempre. Con tal de no oírla más, le hice una transferencia inmediata de varios miles de euros, a ver si me dejaba en paz por un tiempo.

Sentado en el despacho del yate, después de colgar una llamada con un cliente, me quedé pensativo, dándole vueltas a la cabeza.

Hasta ahora, mi hermana era la única beneficiaria de todo lo mío. ¿De verdad quería que todo mi patrimonio cayera en manos de una malcriada que no sabría valorarlo? No. La respuesta era un claro no.

Por eso estaba pensando en poner en mi testamento a Paula. Sería para ella casi todo lo que poseía.

Por supuesto, a mi hermana le dejaría algo, pero lo mínimo. También tenía intención de dejar una parte a Daniel.

A Amaya y a Pablo les abriría un fondo que les permitiera vivir tranquilamente.

Claro que todo eso era solo en caso de que me pasara algo. Intención de morirme no tenía ninguna, mucho menos desde que a mi vida había llegado alguien que la llenaba por completo.

¿Cómo me había cambiado tanto la vida en tan poco tiempo? ¿Cómo una persona había conseguido ganarse mi corazón con apenas unas cuantas palabras y miradas?

Yo, que antes de conocer a Paula me consideraba un hombre frío, incapaz de sentir cariño —y mucho menos amor— por una mujer. Hablo en lo íntimo y personal.

Ella había hecho que cayera rendido a sus pies. Por Paula era capaz de cualquier cosa.

Me había vuelto un hombre cariñoso, que no se cansaba de decirle cuánto la quería. Que sentía su dolor como mío, y sus alegrías como mi felicidad.

Estaba seguro de que, si alguna vez me faltara Paula, mi corazón se volvería piedra. Y que, si antes había sido un hombre frío, después de ella me convertiría en un témpano de hielo.

—Es malo trabajar tanto. —Sonreí al verla entrar por la puerta del despacho.

—Me lo dice la que trabaja de lunes a sábado por la noche —contesté.

Vino andando hacia mí con pasos lentos.

—Pero ahora estamos de vacaciones, y mientras nosotros nos divertimos a tu costa, tú estás aquí encerrado trabajando. No me parece justo. —Llegó hasta mí y se sentó de lado sobre mis piernas.

—Son temas que no puedo eludir. Por mucho que quisiera estar con vosotros, tenía que cerrar algunos asuntos.

—Si te cuento un secreto que estoy segura de que te gustará mucho, ¿me prometes que lo que queda de vacaciones vas a pasarlas junto a mí? —Posó la cabeza sobre mi hombro, y no pude verle los ojos.

—Tiene que ser algo realmente bueno —murmuré, pasando los dedos entre su pelo.

—Creo que es lo que más deseas. —Lo que más deseaba era ser padre junto a ella, pero estaba seguro de que no se trataba de eso.

—A ver, cuéntame de qué se trata.

—Vale, pero no te hagas ilusiones, que no sé cuándo será posible —su aliento ardía contra mi cuello, encendiendo cada fibra de mi cuerpo.

—Si es importante para ti, estoy seguro de que también lo será para mí. —Le di un beso en la coronilla, respirando el perfume de su pelo.

—Llevo toda la semana sin tomarme las anticonceptivas. —Levantó la cabeza para mirarme, y en ese instante sentí que el aire me abandonaba los pulmones.

—Nena, dime que es verdad y que no estás jugando conmigo. —Dios santo, la felicidad me explotaba en el pecho, casi no podía creerlo.

—Te lo prometo. Nunca jugaría con algo así sabiendo lo que significa para ti.

—¿De veras estás dispuesta a ser madre? —Mi voz sonaba cargada de esperanza, casi de hambre por escuchar su respuesta.

—Solo si es contigo. Pero, como ya te he dicho, por ahora no te hagas ilusiones, porque no sabemos cuánto tiempo nos costará conseguirlo.

—Me da igual. Con saber que quieres formar una familia conmigo, tengo más que suficiente. —No me contuve y apoyé la palma sobre su vientre—. Quién sabe… quizá ya se esté formando ahí dentro. Nena, me has hecho el hombre más feliz de este maldito mundo.

—Y espero seguir haciéndote feliz por el resto de mi vida.

La emoción me atravesó como un rayo. La besé con toda la fuerza de mi alma, con esa urgencia que solo aparece cuando sabes que tu vida ha cambiado para siempre.

—Gracias, nena. No solo por esto, sino por haber irrumpido en mi existencia. Desde que entraste en mi vida me has hecho mejor hombre, mejor persona. Y te juro, por lo más sagrado, que voy a ser el mejor padre que exista.

—En este caso estamos empatados, porque desde que te conocí soy mejor yo también. Y no tengo dudas de que serás el mejor padre… porque todavía no lo esperamos y ya lo amas por encima de todo.

Nos fundimos en otro beso. No había prisa ni desenfreno, solo la certeza de que estábamos sellando una promesa eterna.

Lo sabía: a partir de ese instante empezaba mi verdadera felicidad.

La única espina que me atravesaba el pecho era que mis padres no podrían conocer a sus nietos.

—Ahora, como lo prometido es deuda, vamos a salir de este despacho y vas a olvidarte de todo —me tiró de las manos con una sonrisa—. Tienes un equipo maravilloso que sabe hacer su trabajo.

No pensaba romper mi promesa. Lo que sí pensaba era tener todo el sexo posible. Había que intentarlo todas las veces que hiciera falta.

Vale… era una excusa para seguir perdiéndome entre sus piernas, pero me encantaba.

Capítulo 22



Paula

El tiempo había volado. Lo bueno siempre se escapa demasiado deprisa, y estas dos semanas no fueron la excepción. Lo único que me consolaba era saber que me llevaba conmigo recuerdos que nadie me podría quitar.

Desde que empecé con Eros, siempre me había tratado con cariño, respeto y amor. Desde el primer instante en el que reconocimos lo que sentíamos, nunca se cortó en decirme que me quería. Pero desde que le confesé que había dejado las pastillas, lo repetía todavía más.

Supongo que estaba tan ilusionado que era su manera de demostrarlo. Me cuidaba con un mimo y una atención que me conmovían; nada se le escapaba, siempre pendiente de mí en cada detalle.

Todavía faltaba una semana para que el salón estuviera terminado, y Eros me había pedido que durante ese tiempo me quedara con él en su casa.

No tuve que pensarlo. Le dije que sí, sin dudar, porque era algo que me apetecía mucho. En realidad, lo que de verdad me gustaría sería vivir con él para siempre. Cuando estás tan enamorada, lo único que deseas es compartir la vida con esa persona. Y eso era lo que yo quería.

Por supuesto, él no me lo había pedido de manera definitiva, solo me habló de esa semana, pero vamos… si me hubiera propuesto mudarme ya, no me habría llevado más de una hora recoger todas mis cosas.

También tenía claro algo que Eros me había repetido varias veces: que contratara a alguien cualificado para que me ayudara. Ya iba siendo hora de empezar a tener más tiempo libre para mí.

No pensaba dejar de trabajar, lo que quería era que esa persona me supliera por las tardes y así poder dedicarme solo a las mañanas, salvo que hiciera falta en algún momento puntual.

Además, con el tiempo tendría que contratar a otra persona que cubriera la baja de Amaya. Cuando yo no estuviera, sería ella la que se encargara de todo, y si no, lo haría Pablo.

Mi vida estaba cambiando a pasos agigantados y, mientras fuera en la dirección en la que estaba yendo, seguiría sintiéndome igual de feliz.

—Nena, la cena está lista. —Eros entró por la puerta del baño para avisarme.

—Estoy lista, solo me falta el perfume. —Le mostré una sonrisa a través del espejo, mientras me rociaba unas gotas en el cuello.

Era nuestra última noche en Atenas. A la mañana siguiente volaríamos de regreso a casa. Claro que, unos regresaríamos con más ganas que otros.

Por ejemplo, Pablo no quería volver; decía que, si por él fuera, se quedaría viviendo aquí. Bueno, aquí en esta casa no, pero sí en esta ciudad. Sin embargo, yo tenía ganas de regresar, quería compartir mi día a día con Eros, sin nadie más que nosotros dos.

Su cocinera nos había preparado la cena en el jardín, justo donde comimos el primer día que llegamos. Esta iba a ser nuestra última noche aquí y una parte de mí estaba triste, aunque la otra muy satisfecha.

En estas dos semanas que habíamos pasado juntos, entre nosotros se había creado mucha más complicidad. Tanta, que con una simple mirada ya sabíamos lo que pensaba el otro.

Por otro lado, estaba lo de mi hermano con Amaya. Con el paso de los días parecía que se entendían un poco más, pero para ella no era suficiente. Estaba demasiado dolida y, lo más importante, no confiaba en mi hermano en absoluto. Y como todos sabemos, si no hay confianza en una pareja nada puede funcionar. ¿El lado bueno? Que mi hermano ya no se cortaba ni un pelo en demostrar lo que sentía por ella… o lo que decía sentir.

—Estás preciosa. —Me abrazó desde atrás.

—Eres tú que me ves así. —Lo miré por el espejo.

—No solo yo te veo preciosa, cualquiera que te mire pensará lo mismo.

—Voy a echar de menos todo esto. —Cambié de tema; me daba mucha vergüenza cuando recibía tantos piropos.

—Podemos venir tantas veces como quieras. Además, sabes que yo paso aquí gran parte del tiempo y espero que tú también lo hagas.

—Eros, no puedo dejarlo todo en otras manos durante tanto tiempo.

—Nena, si vamos a tener un hijo en algún momento, lo normal es que vivamos juntos, ya sea aquí o allí.

—Sé que tienes razón, y cuando llegue el momento lo hablaremos. Pero ahora vamos a disfrutar de esta última noche con nuestros amigos. —Me giré para darle un beso.

Salimos de la habitación cogidos de la mano, porque con Eros siempre era así: besos, caricias, detalles… cualquier muestra de cariño le parecía poca. Y yo me sentía querida en todo momento.

—¡Por fin! Estoy que me muero de hambre y vosotros haciendo cochinadas. —Saltó Pablo, copa de vino en mano.

—Como siempre estás pensando en lo mismo, te crees que la gente se pasa el día entero dándole al tema —le contestó Amaya.

—Mejor cállate, que para muestra un botón. Esa criatura no ha llegado ahí por amor al arte. —Le señaló la barriga.

—Para que esto, como tú dices, pase, con una sola vez basta. —Se defendió ella.

—Y yo me chupo un dedo —ironizó.

—Precisamente, dedos no es lo que te gusta chupar. —Miré a Eros con los ojos abiertos; estos dos se estaban tirando de los pelos otra vez.

—Me gusta chupar lo mismo que te gusta a ti, ni más ni menos.

—Vale ya, los dos. —Mi hermano intentó poner orden—. Parecéis niños pequeños peleando sin sentido.

—Ha empezado él.

—Ha empezado ella.

Se acusaban como críos, señalándose el uno al otro.

—¿Podemos disfrutar de esta última cena? —pregunté con firmeza—. Quiero llevarme un bonito recuerdo de esta noche. Os queréis más de lo que admitís, pero no veis que con estas disputas no solo os hacéis daño entre vosotros, sino también a los que estamos a vuestro lado. Así que, por favor, os lo pido de corazón.

—Tienes razón, siempre empezamos con un pique y al final nos dejamos llevar por nuestras lenguas —reconoció Amaya.

—Ya sabes que con Amaya es un «ni contigo ni sin ti» —añadió Pablo más tranquilo—. No tengo filtro, y si ella me responde, el drama está servido. Pero también sabéis que, a los dos segundos de discutir, volvemos a estar bien.

La cena la disfrutamos mucho más después de que esos dos se hubieran calmado. La verdad es que la comida estaba deliciosa. La cocinera había

combinado platos típicos de Grecia con otros de España, y se notaba que ponía empeño y cariño en cada detalle. Vamos, justo lo contrario que yo en la cocina: entraba por obligación, y si podía escaquearme, mejor.

—Vamos a brindar. Por estas dos semanas, porque se repitan y porque la amistad que hemos creado no se rompa nunca —dijo Pablo, levantando su copa.

—Porque así sea —respondimos casi todos al unísono.

El resto de la noche transcurrió entre risas. Entre las salidas de Pablo y las réplicas de Eros, el ambiente no podía ser más animado.

En un momento dado sentí la mano de Eros en mi pierna. Pensé que era un gesto de cariño, pero pronto quedó claro que su intención era otra muy distinta.

Sus dedos fueron ascendiendo lentamente: de mi rodilla a mi muslo, del muslo al interior, hasta rozar el encaje de mis braguitas. Lo miré interrogante. Él, muy canalla, solo me sonrió sin dejar de acariciarme.

Cuando coló los dedos bajo la tela, tuve que llevarme la copa de vino a los labios para disimular el jadeo que casi se me escapó.

Intenté apartar su mano, pero fue inútil. Él continuó con ese juego que ya había decidido jugar.

—Para —le susurré, inclinándome hacia él.

—Si te controlas, nadie lo notará. Está en tus manos que lo descubran o no.

—Eros, no me hagas esto —imploré bajito.

—Disfrútalo. —Fue su única respuesta.

Me acarició el clítoris despacio hasta notar mi humedad. Entonces, sin aviso, me penetró con dos dedos y presionó con el pulgar justo donde sabía que me desarmaba.

Le sujeté la muñeca para que parara, pero lo único que conseguí fue que acelerara los movimientos. Me tenía al límite, y ni yo misma entendía cómo lograba controlarme para que los demás no se dieran cuenta.

—Por favor, para, no puedo más —susurré, casi suplicante.

—Es imposible parar, no cuando veo esa mirada tuya llena de pasión.

No se detuvo hasta llevarme al borde. Me mordí el labio con fuerza, tapándome la boca con la mano como si bebiera, para que nadie notara el suspiro que me arrancaba.

Y como si no fuera suficiente, el muy descarado sacó los dedos de mi interior y, mirándome a los ojos, se los llevó a la boca para saborear mi esencia.

Capítulo 23



Paula

Las semanas iban pasando rápidas, una detrás de otra. Cuando vives en un estado de felicidad permanente, todo corre más deprisa; desearías que el tiempo fuera más lento, pero los días se te escurren entre los dedos y no puedes hacer nada para detenerlo.

Acababa de terminar en el salón y me dirigía a casa. Sí, a la casa de Eros, porque desde que me fui a vivir con él ya no era «su casa», era la mía también.

Cuando volvimos de Atenas, pensé que solo me quedaría allí una semana, el tiempo justo hasta que terminaran las obras del salón. Pero no volví a salir. Poco a poco fui llevando mis cosas hasta que, sin darme cuenta, convertí aquella casa en mi hogar.

Eros también había cambiado su rutina: trabajaba por las mañanas, como yo, y dejaba las tardes libres para estar juntos. Y esa simple decisión me hacía sentir todavía más amada.

Estaba a punto de llegar cuando me llamó una vecina. Me pidió que fuera de inmediato a mi antigua casa: decía que desde dentro salía un olor insoportable, que aquello no era normal.

Me resultó extraño, porque yo no había dejado comida ni nada que pudiera echarse a perder. Aun así, di la vuelta con el corazón encogido. Aparqué

frente a la puerta y, al acercarme, comprendí que lo que me había dicho era cierto.

El hedor se notaba incluso desde fuera.

Al abrir la puerta, lo primero que vi fue una caja de regalo en medio del recibidor. El olor provenía de allí. Me quedé inmóvil, con la respiración entrecortada. Sobre la tapa había pegada una nota doblada.

Con la mano temblorosa, la cogí y la abrí.

«Tienes algo que me pertenece y hasta que no me lo devuelvas no te voy a dejar ni respirar. Atente a las consecuencias por habérmelo quitado.»

Leí esas palabras varias veces sin entender. Yo no le había quitado nada a nadie en mi vida. ¿Se habrían equivocado de casa? Pero entonces pensé en algo que me heló la sangre: si habían entrado sin que saltara la alarma, podían entrar en cualquiera.

Tragué saliva, armándome de valor, y abrí la caja.

Dentro había una rata muerta. Por el estado del animal, llevaba varios días descomponiéndose.

Un grito ahogado se me escapó al instante. El estómago se me revolvió con violencia y salí corriendo hacia el baño. Vomité hasta no tener nada más dentro, con lágrimas cayéndome sin cesar.

Dios mío… ¿qué clase de mente enferma podía hacer algo tan repugnante? Aquello no era solo una amenaza, era un mensaje siniestro.

Cuando ya no tenía nada más que expulsar, tiré de la cadena y me acerqué al lavabo para mojarme la cara con agua bien fría. Después me lavé los dientes. Allí aún quedaban cosas mías: el cepillo, la pasta… pequeños restos de una vida que parecía haber quedado en pausa.

También tenía algo de ropa guardada, por si alguna vez salíamos y decidíamos quedarnos a dormir en mi casa. En fin, todavía seguía teniendo lo

normal que se guarda en cualquier hogar.

Con el cuerpo temblando, me dirigí a la cocina y saqué una bolsa de basura de debajo del fregadero. Necesitaba deshacerme de aquella asquerosidad cuanto antes.

Me puse unos guantes de látex —siempre guardaba una caja por si acaso— y bendita la hora en que lo hice, porque nunca pensé que me servirían para algo así. Metí la caja dentro de la bolsa, la até fuerte y salí de casa para arrojarla al contenedor más cercano.

Al regresar, abrí de par en par todas las ventanas. Tenía que airear la casa, borrar ese olor nauseabundo que parecía haberse impregnado en cada rincón… y en mi propia piel.

Le mandé un mensaje a Eros. No quería preocuparlo, así que le escribí que me había surgido algo y que tardaría un poco más en llegar.

Para disfrazar lo ocurrido, encendí velas perfumadas de vainilla, mi olor favorito. También coloqué algunos mikados con esa misma fragancia, intentando que aquel dulce aroma ahogara el hedor que aún parecía aferrarse a las paredes y a mis recuerdos.

Poco a poco el olor fue desapareciendo y, en cuanto todo estuvo en orden, me marché.

Durante el camino no dejaba de preguntarme cómo habían conseguido entrar sin que saltara la alarma. Eso me preocupaba mucho más que lo que habían dejado en la caja. Para mí aquella nota no tenía sentido, así que preferí pensar que alguien había encargado a otra persona ese trabajo sucio… y que se habían equivocado de casa.

A partir de ahora intentaría pasar más seguido por allí, por si volvía a ocurrir algo. Y, de ser así, ya vería qué otras medidas tomar, además de la alarma.

Entre una cosa y otra, habían pasado casi dos horas desde la hora de la comida, así que di por hecho que Eros ya habría comido. En cierto modo me

venía bien: después de lo que había visto, y con ese recuerdo grabado a fuego, no era capaz de llevarme bocado a la boca.

Estaba metiendo las llaves en la cerradura cuando la puerta se abrió desde dentro. Por ella salió Selena. A Eros no lo vi, así que imaginé que estaría en cualquier parte de la casa, lo más probable en el despacho.

—Hasta que no has conseguido que mi hermano caiga rendido a tus pies, no has parado —me soltó con un tono venenoso, mirándome de arriba abajo —. Pero no te preocupes, voy a hacer que abra los ojos y se dé cuenta de lo poca cosa que eres para él.

—Yo también me alegro de verte —respondí, intentando que no notara cómo sus palabras me atravesaban.

En este mundo hay personas que se creen con derecho a estar por encima de los demás. Y si les das la satisfacción de mostrarles que te hacen daño, se crecen más. Yo no estaba dispuesta a darle ese gusto.

—Conmigo no juegues. Yo no soy tan estúpida como mi hermano; a mí no me vas a manejar a tu antojo. —Su mirada despectiva me recorrió de nuevo —. Muerta de hambre.

—No te equivoques, Selena. Si nunca te he contestado, ha sido por respeto a tu hermano, pero no me vuelvas a faltar. Si me das, me voy a defender. Que no tenga el mismo dinero que tú no me hace menos.

—Yo solo te he avisado. Procura no cruzarte mucho en mi camino.

No me dejó decir nada más. Se marchó sin mirar atrás.

Me entró una rabia que no me cabía en el cuerpo. Qué mujer más prepotente y despreciable, no se parecía en nada a su hermano.

Me fui directa a la cocina en busca de un vaso de agua para calmarme antes de ver a Eros. Allí estaba Manuela, con el bolso colgado del hombro. Era su hora de salida.

—Buenas tardes, Manuela —la saludé con una sonrisa que me costó forzar.

—Buenas tardes, Paula. Te he dejado el plato con la comida en la nevera, pero si quieres, te preparo otra cosa en un momento.

Ella era todo amabilidad, siempre me cuidaba, atenta a todo lo que pudiera necesitar.

—Muchas gracias, pero no voy a comer, no tengo hambre.

—Si es por lo que te ha dicho Selena, no le hagas caso. —Me miró y apartó la vista, avergonzada—. Lo siento, iba saliendo cuando escuché la conversación. Volví a entrar para que ella no me viera en la puerta.

—No tienes por qué disculparte.

—De verdad, no le hagas cuenta. Tú le haces muy bien al señor, y eso a ella no le gusta. No soporta que alguien ponga en riesgo su nivel de vida. Para Selena, todo aquel que no tenga el dinero de su hermano no vale nada.

—Está claro que es una malcriada a la que le han puesto todo por delante. Aunque, en parte, Eros también tiene culpa de cómo es.

Entendía que su intención al criarla había sido la mejor, pero no supo hacerlo. Dar todos los caprichos no significa querer más, ni hace que te quieran más.

El dinero no lo es todo en la vida. Hay cosas que no se compran: valores, respeto, comprensión, amor… y un sinfín más.

—El señor ha intentado hacerlo lo mejor posible. Su único error ha sido no saber decir que no a tiempo.

—Supongo que tienes razón. Bueno, no te entretengo más, que estarás deseando llegar a casa. Muchas gracias por todo, Manuela —me nacía abrazarla, y lo hice.

—Gracias a ti, Paula. Desde que estás aquí, la casa tiene otro color.

Cuando se marchó, fui a buscar a Eros. Ya más tranquila, necesitaba verlo y refugiarme en sus brazos.

Entré en su despacho sin decir palabra, directa hacia él. Lo miré de frente, le moví el sillón y me senté de lado sobre sus piernas, apoyando la cabeza en su pecho.

Adoraba esa postura. Me hacía sentir protegida, como si en él lo tuviera todo.

Muchas veces, cuando me sentaba así, no hablábamos. Simplemente, me dejaba acunar por sus mimos. Apoyaba la oreja sobre su corazón y escuchaba su latido fuerte, constante, cómo poco a poco se acompasaba con nuestra respiración. Eso me relajaba más que cualquier otra cosa.

—¿Qué ha pasado para que vengas tan tarde y estés así? —preguntó. No quería contarle lo de mi casa ni lo de su hermana, no quería preocuparlo más.

—Nada importante —mentí con una caricia en su mejilla—. Una clienta no quedó contenta con las mechas y tuve que arreglárselas. Al final conseguí que se fuera satisfecha.

—¿Has comido? Manuela me dijo que te había dejado un plato en la nevera, pero si quieres, te preparo cualquier cosa, lo que más te apetezca.

—No tengo hambre, los chicos me llevaron una ensalada de pollo —mentí; no me gustaba hacerlo, pero era una de esas mentiras piadosas—. Lo único que quiero es quedarme así un rato más.

No dejó de acariciarme el pelo y la espalda en todo momento. No sé cuánto tiempo pasó, pero cuando me quise dar cuenta, me había quedado dormida.

Me sostuvo entre sus brazos sin moverse, con paciencia infinita, como si todo lo demás dejara de importar. Otra muestra más de ese cariño, de ese amor suyo que me envolvía por completo.

Capítulo 24



Eros

Lo había decidido: le iba a pedir a Paula que se casara conmigo. Sé que ya vivíamos juntos, que a ojos de cualquiera éramos como un matrimonio, pero yo lo necesitaba. Llámame antiguo, lo que quieras, pero quería verla vestida de novia, quería ponerle un anillo en el dedo y prometerle delante de todos que sería mi mujer.

Y no quería esperar demasiado… aunque tal vez la pedida tendría que posponerla un poco, porque Paula llevaba unos días rara.

Comía mucho menos, dormía demasiado y empezaba a quedarse más delgada. Intentaba convencerme de que estaba bien, que era solo el trabajo, pero yo no me fiaba. Tenía miedo de que hubiera cogido anemia o algo peor.

Aquella mañana fui a buscarla. La había dejado durmiendo, y quería despertarla con un beso y decirle que le había preparado el desayuno, pero cuando entré en la habitación la cama estaba vacía. No se escuchaba el agua de la ducha, aunque la puerta del baño estaba cerrada.

—Paula —la llamé, con un nudo en la garganta.

—Salgo en un momento —respondió desde dentro.

Me senté en el filo de la cama, inquieto, esperando. Tardó unos cinco minutos en salir y, cuando lo hizo, venía con los ojos rojos de haber estado

llorando.

Me levanté de un salto, preocupado.

—Nena, ¿qué te pasa? ¿Te encuentras mal? ¿Quieres que vayamos al hospital? —Las preguntas me salían atropelladas, sin darle respiro.

Ella me miró, y mientras yo me ahogaba en mi propia ansiedad, se le fue formando una pequeña sonrisa. Quería tranquilizarme, lo sabía.

—Estoy bien… solo lloro de emoción.

No entendía nada. ¿Emoción por qué? Si decía eso, esperaba que no fuera nada malo.

—Me tienes nervioso, sabes que no me gusta verte llorar —le acaricié las mejillas y besé la punta de su nariz.

Pero había algo raro. No me abrazaba como siempre, y tenía las manos ocultas detrás de la espalda.

—Nena… ¿qué no me estás contando? —pregunté con el corazón desbocado.

—No estaba segura, pero desde hace unos días lo sospechaba. He querido confirmarlo antes de decírtelo…

—Sigo sin saber qué es lo que pasa —mi voz salió ronca, cargada de miedo y esperanza.

Entonces se separó un poco de mí y llevó las manos al frente.

Lo que me mostró hizo que el suelo desapareciera bajo mis pies.

Un test de embarazo.

No podía ser real. Tenía que estar soñando, otra de esas alucinaciones que me regalaba mi mente por desearlo tanto. “Eros, ya es obsesión, sueñas hasta

despierto", me dije.

—Cariño, me estás preocupando… Reacciona, por favor. Creía que te haría mucha ilusión, pero me estás asustando —su voz sonaba quebrada.

Y fue en ese instante, al escucharla tan vulnerable, que reaccioné. Me di cuenta de que no era un sueño, de que aquello era real.

Solo cuando sentí sus dedos secando mis lágrimas, descubrí que estaba llorando sin haberlo notado.

—Nena, dime que esto es real, que no es un sueño —sentí mi propia voz temblar.

—Es real, vamos a ser padres. No sé de cuánto tiempo estoy, pero ya está en camino nuestro bebé.

Me dejé caer de rodillas frente a su vientre, apoyé la frente en él mientras las lágrimas me corrían sin freno.

—Te amo —le susurré a nuestro bebé, con un nudo en la garganta—, te amo por encima de todo, y te prometo que siempre voy a cuidarte a ti y a tu madre, hasta el último día de mi vida.

Paula me acariciaba el pelo despacio, con ternura infinita, mientras yo le hablaba al pequeño que estaba creciendo dentro de ella. Al alzar la mirada, vi que también lloraba. Sus lágrimas eran un reflejo de las mías, de la emoción que nos envolvía.

Nunca antes había pensado en ser padre, ni siquiera me lo había planteado. Era una idea que me parecía lejana, casi ajena. Pero desde que conocí a Paula lo quise. Supe que ella era la mujer indicada, la única con la que quería formar una familia. No concebía la idea de hacerlo con nadie más.

—Me has hecho el hombre más feliz del mundo. Dime que estás bien, que no hay nada de lo que tengamos que preocuparnos —le pedí, con la voz todavía tomada por la emoción, mirándola con el alma en vilo.

—Cariño, estoy bien. Solo tengo un poco más de sueño que antes y el estómago revuelto, por eso he estado comiendo menos estos días.

—Tenemos que ir al médico cuanto antes. Necesito que nos confirmen que todo está bien. Si no, no voy a poder quedarme tranquilo.

La abracé con todas mis fuerzas. Dios, iba a ser padre. Todavía me costaba creérmelo.

—Tranquilo, no hace falta correr, tenemos tiempo —intentó calmarme, pero a mí no me servía.

—Mañana mismo busco uno que nos dé cita, aunque sea mañana mismo.

—Eros, tienes que tranquilizarte. Estoy bien, de verdad. —Puso los ojos en blanco, con esa mezcla de paciencia y ternura que me volvía loco.

¿Me estaba pasando de sobreprotector? Puede que sí. Pero me daba igual. Tendría que acostumbrarse a que quisiera cuidarla a todas horas, cada minuto, cada segundo.

—Estoy tranquilo —dije, aunque era mentira—. Solo quiero saber que todo va bien. En cuanto el médico nos lo confirme, entonces sí me quedaré en paz.

—Si algo estuviera mal lo notaría enseguida, y no es el caso. Estás demasiado nervioso, y no quiero que mi hijo se quede sin padre antes de tiempo por culpa de un infarto —me replicó, aunque lo suavizó con una sonrisa.

—Intentaré tomarlo con más calma —le prometí, aunque en el fondo sabía que no iba a ser tan fácil como decirlo.

Paula se puso de puntillas, me sujetó las mejillas entre sus manos y, mirándome fijo a los ojos, me dijo que me amaba. Sus palabras eran mi salvación. La besé. Primero con ternura, con delicadeza infinita, pero pronto la necesidad pudo con nosotros y el beso se volvió fuego, pasión, desenfreno. Nos dejamos llevar por el ardor que nos consumía desde dentro.

La fui desnudando lentamente, como si quisiera grabar cada movimiento en mi memoria. No llevaba mucho: el camisón con el que dormía y, debajo, esas braguitas de encaje azul cielo que tanto me gustaban.

No se me ocurría mejor manera de celebrar esta noticia que demostrándole, con cada caricia y cada roce, cuánto la amaba y lo importante que era para mí. No con palabras, sino con hechos.

La alcé en brazos, con una mano en su espalda y la otra bajo sus rodillas, y la llevé hasta la cama como si fuera lo más frágil y valioso del mundo. La deposité con cuidado sobre las sábanas, sin dejar de mirarla a los ojos.

—Creo que hoy vamos a desayunar un poco más tarde —murmuró recostada, con esa media sonrisa que me volvía loco.

—Yo también lo creo —respondí, empezando a desnudarme, sin apartar ni un solo instante la mirada de ella.

Paula tenía un cuerpo de infarto. Era pequeñita, y ella pensaba que eso le restaba atractivo, como si no fuera suficiente. Pero para mí era todo lo contrario: su cuerpo, sus gestos, su forma de ser… todo en ella me parecía perfecto. Y sabía que no me cansaría jamás de admirarla.

Tampoco es que fuera demasiado baja, su frente me llegaba al pecho, y yo era un hombre alto. Pero claro, si la comparaba conmigo, era normal que se viera más pequeña.

A mí me gustaba mucho más así, porque la podía coger como quisiera. Y a la hora del sexo… era increíble sentir cómo la levantaba a pulso y me adentraba en ella, como si fuera mía en todos los sentidos.

Me desnudé por completo, apoyé una rodilla sobre el colchón y me incliné hacia ella. Coloqué una mano a cada lado de su cabeza, atrapándola entre mis brazos, para empezar a repartir besos lentos y húmedos desde sus cejas. Fui descendiendo por sus párpados, su nariz y, finalmente, hasta sus labios.

Los rocé primero con suavidad, jugando, provocando, incitándola a que abriera la boca y me dejara invadirla con mi lengua. Cuando me sacié de su

boca, seguí bajando a lo largo de su piel, besando, lamiendo y recorriendo cada rincón de su cuerpo.

Justo al llegar al borde de sus braguitas, me detuve un instante. Le di un beso sobre el encaje que cubría su pubis, sintiendo cómo temblaba bajo mi contacto.

La forma en la que me respondía Paula, con cada beso, con cada roce, me volvía loco. Se dejaba llevar tanto como yo, o incluso más, y eso me calentaba todavía más.

Con ella, el sexo era único. Podría haber estado con muchas mujeres en mi vida, podría haber probado mil cosas, pero nada se comparaba con lo que me hacía sentir Paula. Nada.

La dejé completamente desnuda, deslizándome con los labios por el interior de sus muslos hasta llegar a su centro. Allí la besé, la lamí, la chupé y la mordí con la pasión desatada que me provocaba. No paré hasta hacerla estremecerse bajo mi boca, hasta llevarla al mismo paraíso.

Para entonces yo ya estaba a punto de estallar, el pene me dolía de lo duro que estaba. Necesitaba estar dentro de ella de una maldita vez.

Le separé las piernas con suavidad, creando un espacio solo para mí. Entrelacé mis dedos con los suyos, llevándolos por encima de su cabeza, y mientras la mantenía sujeta y sin dejar de mirarla a los ojos, me adentré en su interior de un solo empuje.

Muchas veces le había dicho que estar dentro de ella era como estar en el puto paraíso. Y no era exageración. Así lo sentía: no había nada en la vida comparable a esa sensación.

Me moví despacio, reteniendo a duras penas las ganas de embestirla con fuerza, porque lo que más quería era alargar ese momento todo lo posible.

—Te amo —me dijo entre gemidos, con la voz entrecortada.

Oír esas palabras de la mujer por la que daría todo era lo máximo para mí.

—Te amo, nena, por encima de todo —respondí antes de besarla de nuevo, esta vez con más hambre, con más ímpetu.

—Eros, eres el hombre de mis sueños… —susurró, y yo dejé de moverme solo para mirarla, para grabar en mi mente ese instante.

—Y tú, la mujer que jamás pensé llegar a tener —confesé con la voz tomada por la emoción.

Le hice el amor con un nudo en la garganta. Me sentía tan conmovido que apenas podía contener las lágrimas que pugnaban por salir.

Porque los hombres también sabemos amar con todo nuestro corazón. Los hombres también necesitamos demostrar a la mujer que amamos lo mucho que nos importa, también lloramos de emoción o de tristeza. Tener corazón no es cuestión de género, sino de sentir de verdad. Y yo la amaba con todo mi ser.

Después de abandonarnos a la pasión hasta quedar exhaustos, fuimos juntos al baño. Allí, bajo el agua de la ducha, seguimos acariciándonos, besándonos, demostrándonos cuánto nos queríamos. Y, una vez más, me convencí de que no existía un lugar más perfecto que entre sus brazos.

Capítulo 25



Paula

Hoy nos íbamos a reunir todos en casa para darles la noticia de que estaba embarazada.

Tal y como me había prometido Eros, al día siguiente buscó a una ginecóloga para que me revisara y nos dijera de cuánto tiempo estaba y cómo iba todo.

Por los resultados de la ecografía, nos dijo que estaba de seis semanas y cuatro días, casi siete.

Cuando le comenté que había tenido el periodo —no igual que siempre, pero sí un manchado de tres días— y que por eso nunca se me pasó por la cabeza que pudiera estarlo, me explicó que a muchas mujeres les ocurría, que no era lo habitual, pero que tampoco significaba nada malo.

Lo importante era que el bebé estaba creciendo muy bien para su tiempo y que todo se veía perfecto. Me preguntó si tenía fatiga o vómitos y le contesté que, por ahora, solo un ligero malestar en el estómago, como revuelto. Me recetó un jarabe para esos mareos.

Pero lo más emocionante, lo que jamás se me va a borrar de la memoria, fue cuando escuchamos los latidos por primera vez. No sé quién lloró más, si Eros o yo, pero ese sonido fue el más bonito y maravilloso que había

escuchado en toda mi vida. Y hacerlo junto a él lo convirtió en un recuerdo eterno.

Pues eso, como os iba diciendo, habíamos invitado a todos a comer. Cuando digo todos, es todos: incluso a la hermana de Eros y a su marido.

Como era normal, ella era su hermana y la única familia directa que tenía, así que no podía faltar. Aunque yo, en el fondo, creía que cuando se enterara del embarazo iba a ser capaz de dar un infarto allí mismo… o, con un poco de suerte, sacar su verdadera cara delante de Eros. Con los berrinches de Selena todo era posible. Y pensándolo bien, no me importaría nada que mostrara su esencia real delante de su hermano.

Como era una cena y yo no quería que Manuela hiciera horas extras, decidimos contratar a un cocinero y a un camarero para que nos atendieran a todos. Aun así, a ella también pensaba darle la noticia. Desde que vivía en esta casa se había convertido poco a poco en una segunda madre para mí, y sabía que quería mucho tanto a Eros como a mí.

—¿Recuerdas la última vez que te dije que me llamaras Eros y no señor, lo que me contestaste? —le preguntó él aquella mañana, sentado en la mesa de la cocina mientras desayunaba.

La pobre se quedó quieta, como si no supiera a qué venía esa pregunta. La verdad es que yo tampoco tenía ni idea de por dónde iba.

—Sí, claro que me acuerdo. Sé muy bien lo que le dije, señor.
—Pues a partir de hoy puedes ir acostumbrándote a decirme Eros, porque ya he formado mi propia familia, tal y como tú querías.

—No, no, te has echado pareja, pero familia todavía no tienes —respondió ella con una media sonrisa, sin imaginarse lo que venía.

—Te equivocas, Manuela. Mi familia ya está formada. Lo que ocurre es que todavía faltan siete meses y una semana para que llegue a este mundo —anunció con una sonrisa enorme, poniéndose de pie para acercarse a ella.

La mujer abrió los ojos como platos, y cuando por fin procesó lo que acababa de escuchar, no se lo pensó dos veces antes de lanzarse a los brazos de mi chico. Lo abrazó con fuerza y lo llenó de besos por toda la cara, como si fuera su propio hijo.

—¡Felicidades! No sabes cuánto me alegro de verte así, Eros. —Estaba emocionada, se notaba a kilómetros el cariño y el amor sincero que sentía por él—. Y tú, Paula, eres la luz que hacía falta en esta casa. Muchas felicidades, hija.

Se vino hacia mí y me abrazó con todas sus fuerzas, que no eran pocas.

—Sabía que te ibas a alegrar mucho cuando te enteraras —le dije devolviéndole el gesto y dándole un beso en la mejilla.

—Más que alegrarme, estoy feliz —respondió con lágrimas brillando en sus ojos—. Ya me estoy imaginando a un niño correteando por la casa, llenándola de vida y de risas.

—También podría ser una niña —dijo Eros con una sonrisa orgullosa, abrazándome por la cintura como si ya estuviera protegiéndonos a los dos.

—Me da igual si es niño o niña, supongo que a vosotros también. Lo único que quiero es tenerlo por aquí, correteando a mi alrededor, pidiéndome que le haga sus comidas favoritas.

—Bueno, para eso todavía falta un poco —le dije sonriendo.

—Niña, que el tiempo pasa volando. Cuando te quieras dar cuenta, ya estarás soplando la vela de su primer cumpleaños.

—Espero que por lo menos me dé tiempo de disfrutar del embarazo —respondí con ironía, pero en tono de broma.

—¡Ah! —gritó de repente, pegándome un susto—. ¡Que te he puesto café! Aparta esa cosa de ti ahora mismo. —Se acercó a la mesa, cogió mi taza intacta y sin pensárselo dos veces la llevó al fregadero.

—No pensaba bebérmela —le contesté mientras me servía un vaso de zumo.

—Así me gusta, que seas responsable. —Me señaló con el dedo, como si me estuviera regañando cariñosamente—. Yo me sé de una que, cuando se entere, le va a dar un infarto —susurró por lo bajini al pasar por mi lado. No pude evitar reírme y negar con la cabeza. Estaba claro que Manuela no era precisamente fan de mi cuñada.

—Señor…

—Ah, ah, ah. Ya sabes que a partir de hoy soy Eros —la interrumpió él antes de que pudiera seguir.

—Tienes razón, Eros. ¿Qué os parece si para hoy os preparo unas doradas al horno con patatas a lo pobre y un poco de verduras? —Eros me miró, esperando mi aprobación.

—Suena muy bien —contestó él cuando yo asentí con la cabeza.

Después de comer, Eros dijo que tenía que salir un momento. Yo aproveché ese rato para darme un baño relajante con sales de vainilla, mi aroma favorito. Me encantaba cómo impregnaba todo el baño y me envolvía en calma.

Estaba terminando de vestirme cuando regresó.

—Perdona, al final he tardado un poco más de lo que esperaba —me dio un beso en la mejilla al pasar—. Tardo nada en ducharme.

Para esa noche me puse un pantalón de lino blanco, de esos que se ajustan un poco a la cintura y tienen un corte moderno pero elegante. En la parte de arriba elegí una blusa sin mangas, con escote en pico, de un rosa claro muy suave.

Recogí mi pelo en una coleta alta, no me maquillé, solo me puse un poco de brillo en los labios, y completé el conjunto con unas cuñas de esparto con

tiras blancas que se cruzaban por encima de los dedos y se sujetaban al tobillo.

Me faltaba un toque de perfume y ya estaría lista para esperar a todos.

No podía imaginarme la cara que pondrían. Estaba segura de que la noticia les iba a alegrar, pero sin duda la más feliz sería mi madre. Si con el embarazo de mi hermano y Amaya dio saltos de alegría, con este no iba a ser menos. Pasaría de no tener nietos a tener dos casi al mismo tiempo.

La que estaba convencida de que no se alegraría ni un poquito sería Selena. A ella aquello le iba a sentar como una patada en el culo, pero le iba a tocar aguantarse: era mi vida, y también la de su hermano.

En ese momento salió Eros del baño, con una toalla rodeándole la cintura. No podía evitarlo: por mucho que estuviera acostumbrada a verlo desnudo, siempre me quedaba embobada contemplándolo. Y él lo sabía, el muy canalla sabía cómo provocarme.

Su cuerpo era un auténtico pecado para la vista, una tentación para cualquiera con un mínimo de gusto.

—Eres un provocador —le dije señalándolo con el dedo.

—Yo no tengo la culpa de ser tan irresistible. —Se encogió de hombros con descaro.

—Podrías vestirte en el baño —dije, aunque sabía que era una estupidez.
Últimamente, tenía la libido disparada y cada vez que lo veía así me ponía a mil.

—¿Estás bromeando, verdad? Porque no pienso vestirme en el baño. —Agarró los extremos de la toalla, y sin apartar sus ojos de los míos, la dejó caer al suelo.

Lo repasé de arriba abajo, con descaro, deteniéndome en sus pectorales, sus oblicuos… y ese pene que, en ese mismo instante, estaba cobrando vida.

—Si me sigues mirando así, te aseguro que no vamos a salir de aquí hasta que me quede saciado de ti.

—No lo puedo evitar, tengo las hormonas revolucionadas, y la culpa es tuya. —Me mordí el labio inferior—. Solo espero que esta noche, cuando todos se vayan, me sacies como tú sabes hacerlo.

—Te prometo que esta noche no vas a dormir. Y después no me vale que me digas que estás cansada.

—Tal y como estoy ahora, todos los orgasmos que me provoques me van a parecer pocos.

—Estás jugando con fuego. —Dio un paso hacia mí.

—Alto ahí. —Extendí la mano para detenerlo—. Sé que si te acercas más, no vamos a estar listos a tiempo.

—Ahora mismo me importa una mierda dejarlos esperando en la puerta. Lo único que quiero es darle placer a mi mujer.

—No soy tu mujer, y lo sabes.

—Para lo que falta, como si lo fueras, ya —replicó con total seguridad.

Llegó hasta mí, y en menos de dos segundos atrapó mis labios con los suyos. Una de sus manos se deslizó dentro de mi pantalón y de mi ropa interior.

—Eros…

—Shhh, solo quiero calmarte un poco. —Sus dedos recorrieron mis pliegues y gimió cerca de mi boca—. Dios, nena, estás empapada.

—No sé qué me pasa, pero últimamente me apetece a todas horas.

—Bendito embarazo. —Sonrió, con los ojos ardiendo de deseo.

—Como si te pudieras quejar de mí. —No sé ni cómo fui capaz de hablar, porque en ese mismo instante metió dos dedos en mi interior, arrancándome un escalofrío que me recorrió de arriba abajo.

—No me puedo quejar de ti, ni en el sexo ni en nada —susurró cerca de mi oído, mientras aumentaba la velocidad de sus dedos. Al mismo tiempo, con el pulgar dibujaba círculos firmes sobre mi clítoris—. Vamos, nena… suéltalo para mí.

Estaba tocando justo en ese punto que me hacía perder la cabeza, el que me obligaba a cerrar los ojos con fuerza y ponerlos en blanco. Quise resistirme, alargarlo un poco más, pero fue inútil: mi cuerpo lo traicionó y me rendí.

Un grito ahogado salió de lo más profundo de mí. Sentí cómo mi interior se contraía con fuerza alrededor de sus dedos. De no haberme agarrado por la cintura en ese preciso momento, habría caído desplomada al suelo porque las piernas ya no me respondían.

—¿A qué ahora estás más relajada? —me preguntó al retirarse de mi interior, con esa sonrisa canalla que me volvía loca.

—Yo sí —le respondí jadeando, mientras mis ojos bajaban instintivamente hacia su miembro, que parecía más grande y duro que nunca—, pero tú… no creo que lo estés —afirmé, viendo ese pene imponente apuntando directo hacia su ombligo, como si reclamara su propio alivio.

—Ya me saciaré esta noche, nena. —Se mordió el labio, con los ojos oscuros de deseo—. Aunque creo que voy a darme otra ducha, esta vez con agua bien fría.

Se giró y volvió a meterse en el baño, dejando en el aire la tensión de lo que me esperaba al caer la noche.

Decidí dejarlo tranquilo y aprovechar para ir a ver cómo iba el cocinero con la cena. Necesitaba distraerme un poco, porque si seguía pensando en él y en lo que me aguardaba más tarde, terminaría perdiendo la cabeza antes de tiempo.

Capítulo 26

Eros

No sé si a todas las mujeres les pasaría lo mismo; como no tenía experiencia previa, no podía saberlo, pero lo que sí tenía claro era que Paula estaba desatada últimamente, y a mí eso me encantaba.

Era verdad lo que ella misma había dicho: desde que estábamos juntos habíamos tenido mucho sexo y siempre le había apetecido, nunca me dijo que no. Pero lo de ahora… lo de ahora rozaba lo insaciable.

Había noches que me despertaba con ella entre mis piernas, chupándome el pene con unas ganas que me dejaban sin aliento, para después subirse sobre mí hasta cabalgarme con fuerza hasta que los dos llegábamos al orgasmo. Y en cuanto terminábamos, se acurrucaba a mi lado como si nada, y en menos de cinco segundos volvía a estar dormida.

Que conste, no me quejaba. Todo lo contrario: me encantaba. Además, esas noches terminaban por hacerme dormir a pierna suelta. No creo que en mi vida hubiera descansado mejor que ahora, desde que ella estaba conmigo.

Terminé de darme aquella ducha con agua fría —la única forma que se me ocurría para bajar la erección que aún me dominaba—, al menos hasta que llegara la noche y pudiera saciarme con ella como Dios manda.

Me vestí rápido, con más prisa que cuidado, y fui en busca de Paula. Tenía ganas de dar la noticia y, sobre todo, muchas más ganas aún de hacer lo que

llevaba tiempo planeando: hacerlo delante de toda nuestra familia reunida.

—¿Cómo puedes estar más guapo cada día? —me preguntó en cuanto me vio bajar por las escaleras, con esos ojos suyos que brillaban como si hablaran por ella.

—Porque me cuido. —Quise gastarle una broma, encogiéndome de hombros como si fuera la cosa más obvia del mundo.

—También te digo que todo lo que tienes de guapo, lo tienes de graciosillo.

—Pero te encanta que sea así y lo sabes.

—Sí, me encanta —asintió, conteniendo una sonrisa—. Forma parte de esa personalidad tan especial que tienes.

—Sí, me encanta —asintió, conteniendo una sonrisa—. Forma parte de esa personalidad tan especial que tienes.

El timbre de la casa sonó en ese momento, interrumpiendo aquella pequeña pelea de halagos disfrazados de queja. Fue Paula la que abrió la puerta.

—¡Hola, hola! —El primero en llegar fue Pablo, cómo no—. Pero qué guapos os habéis puesto los dos. —Se metió hasta el recibidor y nos escaneó de arriba abajo—. Aunque tengo que decir que tú estás mucho más que ella.

—Gracias, amigo, ya también yo quiero —le contestó Paula, con toda la ironía del mundo.

—Cariño, no te enfades. A ti te tengo muy vista, y si a eso le sumamos que me gustan los hombres más que a un tonto un lápiz… —Pablo hablaba con una naturalidad brutal, sin pelos en la lengua. Lo mismo lo soltaba delante de nosotros, que éramos sus amigos, que delante de un desconocido.

—Pues míralo todo lo que quieras —Paula le sacó la lengua con un gesto infantil—, porque catarlo no lo vas a catar, ni en esta vida ni en la siguiente.

Me encantaba ver la amistad que había entre ellos. Me dejaba tranquilo, porque si alguna vez me pasaba algo, sabía que Paula nunca estaría sola mientras tuviera a Pablo a su lado.

—Eso es porque yo no quiero. —Siguió él, dándole un giro más descarado —. ¿Quién te dice que no me dé por emborracharlo algún día y, cuando no pueda ni abrir los ojos, me lo lleve a la cama?

—¡Joder, Pablo! —No pude evitar reírme mientras me llevaba una mano a la nuca—. Me acabas de poner los pelos de punta. Ya procuraré no salir de copas a solas contigo.

—Yo solo te digo que si algún día te levantas con resaca, sin recordar nada y con dolor en el culo, es porque has pasado la noche conmigo.

Me dolía solo de imaginarlo, tanto que hasta apreté el culo con todas mis fuerzas. La madre que parió a este tío…

—Te lo digo en serio, me siento intimidado.

—Por ahora puedes estar tranquilo —añadió, guiñándome un ojo—, he encontrado a un chico que me tiene loco y saciado. —Levantó las cejas de forma cómplice—. Por ahora… —Y esa coletilla, como siempre, sonó más a amenaza disfrazada que a otra cosa.

Claro que sabíamos que estábamos bromeando. Ni yo me sentía realmente intimidado por Pablo, ni él jamás haría algo así. Era nuestro juego, esa forma de meternos los unos con los otros, y lo cierto es que con él el aburrimiento no tenía cabida.

Volvió a sonar el timbre, y esta vez entraron por la puerta Daniel, Amaya y Carmela.

Que Amaya viniera cogida del brazo de Daniel era una señal muy buena. Mi amigo y cuñado cada vez estaba dando más pasos hacia ella, y lo mejor de todo era que Amaya, aunque aún dolida, empezaba a dejarse conquistar poco a poco. La ternura que había en su mirada lo delataba.

Amaya estaba radiante; la barriguita ya empezaba a notarse bajo la blusa suelta que llevaba puesta.

—Ains, Carmela, qué mala suerte tengo. —Pablo no perdió la oportunidad de hacer una de las suyas. Se lanzó hacia mi suegra como si fuera un actor de teatro, dejándose abrazar por ella y apoyando la cabeza en su hombro con dramatismo exagerado.

—¿Y eso por qué, hijo? —preguntó Carmela con ese cariño tan suyo.

—Porque los dos amores de mi vida están pillados por las lagartonas de mis amigas y, por más piropos que les eche, no me hacen caso. Ríñeles, por favor.

—No te preocupes, que yo misma me voy a encargar de buscarte uno más guapo que ellos. —Le siguió el juego, mi suegra, encantada.

—Es que eres la mejor, ojalá, mi madre, fuera como tú… —Aunque lo dijo en tono de broma, se notó en su voz un trasfondo de dolor. Sus padres nunca habían aceptado del todo su orientación sexual, y aquel vacío siempre pesaba.

—¿Ya estamos todos? —preguntó Amaya, acariciándose distraída la tripita.

—No, falta mi hermana y su marido —le confirmé.

Como siempre, Selena llegaría tarde. No era casualidad, le encantaba hacerse notar.

—Vamos a esperarlos en el jardín —propuse, para relajar el ambiente.

De camino, me crucé con el camarero y le pedí el favor de que, si sonaba el timbre, fuera él quien abriera la puerta. El hombre, muy correcto y con modales impecables, aceptó de inmediato con una sonrisa.

—Que nos reunamos aquí no es raro, porque desde que estáis juntos lo hemos hecho varias veces, pero que venga también tu hermana… eso me dice

que algo escondéis —dijo Daniel con una media sonrisa, alzando una ceja con aire cómplice.

Era lógico: nos conocía demasiado bien a los dos. A mí por los años de amistad, y a Paula por ser su hermana.

—No seas impaciente —lo riñó Carmela con dulzura—. Ya nos lo dirán cuando estemos todos.

—Buenas noches, sentimos el retraso. —La voz de mi hermana sonó a mi espalda. Giré y ahí estaba, impecable como siempre, con esa forma de mirar que dejaba claro que había medido cada detalle de su entrada—. No imaginaba que fuéramos a estar tan bien acompañados.

—Hola, enana —le dije con un cariño que solo yo podía usar con ella. Después saludé con un leve asentimiento a mi cuñado—. Roberto.

Los presenté al resto, ya que a quienes conocían de antes era únicamente a Daniel y, por supuesto, a Paula.

Aunque intentaba disimularlo, yo la conocía demasiado bien: la incomodidad se le notaba en cada gesto. Selena nunca había sido sencilla a la hora de abrirse a la gente, y aquí no estaba en su terreno.

Nos habíamos terminado los entrantes y, mientras el camarero y el cocinero preparaban los primeros, sentí que había llegado el momento. Quería dar la noticia. Pero antes… había algo más importante que hacer.

Tal y como había planeado, ya había hablado con el camarero: a mi señal debía dejar de traer platos y poner la canción que yo mismo le había pedido en el equipo conectado a los altavoces del jardín.

Por los altavoces empezó a sonar Reik con su canción *Pero te conocí*.

«¿Sabes? Nunca había creído en los planes.
Pero te conocí.
¿Sabes? Nunca había sentido por nadie lo que por ti sentí.»

Empecé a tararear la letra bajito, casi en un susurro, mientras me ponía de pie. Estiré la mano hacia Paula y, en cuanto nuestros dedos se rozaron, los entrelazamos como si hubieran nacido para estar unidos.

Ella estaba emocionada, se le veía en los ojos, brillantes, luchando por contener unas lágrimas que ya no podían quedarse dentro.

La atraje hacia mí y en medio de aquel lugar, delante de todos, empecé a mecer nuestros cuerpos suavemente al compás de la canción. No dije nada, no quise romper el momento con palabras, porque a veces el silencio dice mucho más. Solo bailamos abrazados, como si no existiera nadie más que nosotros, hasta que la música terminó.

Antes de separarnos, le di un beso en la frente y después en los labios. Paula, convencida de que el instante había terminado, se giró para volver a su sitio. Pero le cogí la mano de nuevo y cuando me miró, me arrodillé frente a ella.

El gesto lo dijo todo. Fue en ese preciso momento cuando no pudo contenerse más y dejó escapar las lágrimas que llevaba intentando retener. Yo también estaba al borde; era el paso más importante de mi vida, tan grande como el de ser padre. Ese ya lo habíamos dado… ahora tocaba este.

—Te conocí porque pedí un favor, y nunca me he alegrado más de algo en mi vida. —Empecé con la voz quebrada por la emoción—. Ese favor me llevó hasta ti. Desde el primer momento en que te vi, caí rendido a tus pies. Le prometí a tu hermano que no pasaría nada entre nosotros, y rompí esa promesa… pero me alegro de haberlo hecho, porque gracias a ello estamos hoy aquí.

»Paula, sabes que te amo, te lo digo todos los días. Sabes lo feliz que me has hecho. Pero para terminar de convertirme en el hombre más feliz del mundo, necesito una sola cosa más, y depende solo de ti. Quiero que te conviertas en mi mujer, y que juntos creemos la familia que tanto deseamos. —Me temblaba la voz, las lágrimas me nublaban la vista—. ¿Quieres casarte conmigo y envejecer a mi lado, viendo crecer a nuestros hijos?

—Cariño, como le digas que no, es definitivo que me lo quedo para mí —interrumpió Pablo con su descaro habitual.

Las risas brotaron de todos, incluso de Paula, aunque Amaya le dio un pequeño codazo a Pablo.

—¡Cállate ya, que estás rompiendo el momento! —le reprochó entre risas y lágrimas.

Paula volvió a mirarme. Su rostro era un poema de emoción.

—Sí —dijo con firmeza—. Quiero ser tu mujer, tu amante, tu amiga y tu confidente por el resto de mi vida. Lo quiero ser todo para ti, porque tú ya lo eres todo para mí.

Mis manos temblaban mientras sacaba el anillo: oro blanco, un diamante central rodeado de pequeñas esmeraldas que parecían encenderse bajo la luz. Lo deslicé en su dedo con cuidado, como si temiera que pudiera romperse el instante.

Después la rodeé por la cintura, la levanté en brazos y le robé un beso que nos hizo girar sobre el mismo lugar, con ella riendo entre lágrimas.

El jardín estalló en gritos, aplausos y vítores. La felicidad era compartida, porque cuando amas de verdad a tu familia o a tus amigos, su alegría se convierte en la tuya.

Nos fuimos dejando abrazar uno a uno.

Para mi sorpresa, mi hermana se acercó con los ojos enrojecidos por las lágrimas. Nunca imaginé que Selena lloraría en un momento así. Sí, esperaba que se alegrara de verme feliz, pero no tanto como para emocionarse de esa forma.

Roberto también nos abrazó con una efusividad inesperada, tanta que me descolocó. Aquello me demostró que muchas veces juzgamos demasiado pronto a las personas, o creemos conocerlas sin realmente hacerlo.

Cuando por fin todos volvieron a sus asientos y el bullicio se calmó un poco, Paula permaneció de pie junto a mí. Se secó las lágrimas con la mano, respiró hondo y me miró con complicidad.

Había llegado el momento de darles la otra parte de la noticia.

—Hay algo más que os tenemos que decir —habló Paula, con la voz todavía temblorosa por la emoción—. Es algo que nos hacía mucha ilusión y esperamos que a vosotros también.

El silencio se hizo alrededor de la mesa. Todos la miraban expectantes, con los ojos brillantes después de lo que acababa de pasar. Y aunque ninguno se atrevía a decirlo en voz alta, estoy seguro de que las sospechas empezaban a rondarles por la cabeza.

Si no eran tontos, ya se lo tenían que estar imaginando.

Yo me fui fijando en cada una de las expresiones de sus rostros. Vi sonrisas abiertas, ojos desorbitados de sorpresa y manos que se llevaban a la boca para contener un grito de alegría. Todo era auténtico, todo era real: sorpresa y felicidad en estado puro.

Cuando llegué a mirar a Selena, me quedé helado. Seguía llorando, igual que antes… no, peor. Ahora era un llanto mucho más fuerte, incontenible, con sollozos que le sacudían los hombros.

Y tanto llanto no me parecía normal viniendo de mi hermana. Fue en ese instante cuando se me vino a la cabeza que quizá no lloraba de felicidad, sino de miedo… tal vez se sintiera celosa, pensando que ahora que iba a crear mi propia familia, la iba a dejar de lado, que ya no sería lo más importante para mí.

—Vamos a tener un hijo —seguí hablando, con la voz cargada de emoción —. Nunca me había imaginado ser padre, mucho menos había tenido deseos de serlo… pero desde que Paula entró en mi vida, es una de las cosas que más he deseado. Y gracias a Dios, ese deseo se está cumpliendo.

Otra ronda de felicitaciones, de abrazos y de lágrimas. Todos irradiaban felicidad, y yo me sentía el hombre más afortunado del mundo.

—No llores tanto, Selena. —Abracé a mi hermana con fuerza, pegándola a mi pecho—. Y no pienses que porque esté formando mi propia familia voy a

dejarte de lado. Tú eres, y siempre serás, una de las personas más importantes de mi vida —se lo susurré al oído, con la esperanza de que entendiera que nada ni nadie podría apartarla de mi corazón.

Capítulo 27



Paula

En este momento tenía que reconocer que Manuela tenía más razón que un santo: el tiempo iba pasando sin que me diera ni cuenta.

Ya lo teníamos casi todo organizado, me quedaba la última prueba del vestido de novia y poco más. Pero hoy el plan era otro: iba a acompañar a mi mejor amiga a una ecografía.

Desde que confesó que estaba embarazada y que el padre era mi hermano, siempre había sido Daniel quien la había acompañado en todo. No se había perdido ni una sola cita. Pero justo hoy había tenido que salir de viaje por trabajo, y yo no iba a permitir que Amaya fuese sola.

—¿Estás lista? —le pregunté en cuanto me abrió la puerta de su casa.

—Vamos con tiempo de sobra —me contestó mientras se metía en la cocina—. Antes vamos a desayunar. Yo no sé tú, pero yo estoy que me como hasta las piedras.

Entré detrás de ella. Amaya puso pan a tostar y yo me puse a preparar lo demás.

—Yo más que hambre tengo ganas de sexo a todas horas. —Reconocí sin tapujos. Era mi mejor amiga, y si no hablaba de eso con ella, no lo iba a hacer con nadie.

—Uff, no me digas nada, que estoy que me subo por las paredes. —Puso las tostadas en la mesa—. Tú, por lo menos, tienes quien te calme el picor. Yo, como no sea con esto —movió los dedos de la mano con gesto exagerado —, no sé con qué otra cosa.

—Porque tú quieres, porque estoy segura de que mi hermano estaría encantado de calmarte ese «picor», como tú lo llamas.

—No es tan fácil, Paula.

—¿Tú lo quieres? —me dijo que sí con la cabeza—. ¿Y de verdad te merece la pena seguir así, pasándolo mal y separada del hombre que amas por lo que os pasó en el pasado?

—A veces me gustaría perdonarlo y tirarme a sus brazos —admitió bajando la mirada—, pero después lo pienso mejor y me da miedo que se arrepienta y me toque volver a sufrir.

Me dio muchísima pena verla así. La conocía demasiado bien, sabía cuánto le dolía esa situación. Pero yo no podía decidir por ella, solo apoyarla y estar a su lado.

—Solo te puedo decir que siempre voy a estar contigo. Ahora, si me permites un consejo —me apoyé en la encimera con los brazos cruzados—, yo le daría una oportunidad. Daniel está demostrando lo arrepentido que está. Sé que te quiere mucho y que antes de volver a hacerte daño sería capaz de arrancarse un brazo. ¿No te has parado a pensar que tal vez estás dejando pasar un tiempo que luego no vas a poder recuperar?

—Claro que lo he pensado… y mucho. Pero el miedo no me deja dar un paso hacia delante.

—¿Y estás dispuesta a vivir siempre así? Porque si llevas toda la vida enamorada de él, no creo que vayas a enamorarte de otro. —Me puse justo delante de ella, obligándola a mirarme—. Amaya, no dejes que el miedo te robe la oportunidad de ser feliz. Lucha por lo que quieres. Eso sí, antes de darle una oportunidad, déjale las cosas claritas.

—Tengo que reconocer que me muero por estar con él y que por fin podamos hacer nuestras vidas juntos.

—Pues lucha por lo que quieres, sin pensar en nada más. Y si alguna vez te hace algo, dímelo, que yo encantada le pego una patada en los huevos —solté, medio en broma, medio en serio.

La atraje a mi pecho y la abracé fuerte. Sabía que me necesitaba mucho, aunque muchas veces no me llamaba para no molestar. Y yo me moría de ganas de que entendiera, de una vez por todas, que ella nunca iba a ser una molestia para mí.

—En cuanto vuelva del viaje voy a hablar con él —dijo con determinación.

—Eso, y de paso os dais una alegría para el cuerpo. No sabes lo que te estás perdiendo, porque si el sexo es bueno siempre, ahora con las hormonas revolucionadas es otro nivel.

—¡Qué capulla eres! —Me pegó un manotazo en el brazo, pero sonrió—. Te haré caso. Ahora eso sí, que sepas que, si en una semana no sabéis nada de nosotros, no os preocupéis… que estaremos recuperando el tiempo perdido.

Así me gustaba verla, con ganas de reír y con esa chispa de siempre.

El desayuno iba de maravilla hasta que sonó mi teléfono. Era una llamada de número oculto. No me gustaba contestar a ese tipo de llamadas y, de hecho, no entendía por qué lo había hecho esta vez. Algo me empujó a deslizar el dedo y poner el móvil en mi oído.

—Si piensas que te vas a salir con la tuya, estás muy equivocada. Me has quitado lo que por derecho me pertenece y yo no me rindo hasta conseguirlo. ¿Te gustó el regalito que dejé en tu casa? Pues ándate con ojo, porque el próximo puede ser mucho peor.

La voz era metálica, distorsionada, imposible de identificar si era hombre o mujer. Se me heló la sangre en las venas. Colgué de golpe con las manos temblando, el corazón latiéndome tan fuerte que casi lo sentía en los oídos.

—Paula, ¿estás bien? —Amaya me miraba con preocupación—. Te has puesto blanca. ¿Quieres que llame a Eros para que venga por ti?

Negué con la cabeza, tragando saliva con dificultad.

—Era un número oculto… me han amenazado —logré decir entrecortada. Le conté todo lo que aquella voz me había dicho y, de paso, lo que había pasado con la rata muerta en mi casa. Le confesé que en su momento pensé que se habían equivocado, porque yo no le había quitado nada a nadie.

—¿Y no se lo contaste a Eros? —negué otra vez—. Paula, tienes que decírselo. A lo mejor él sabe qué significa todo esto o puede hacer algo.

—No quiero preocuparlo —dije con firmeza, aunque ni yo misma me lo creía—. Lo mismo son cosas de niñatos… ya sabes, de esos que hacen este tipo de putadas solo por diversión.

—Pues a mí no me suena a cosa de niñatos —respondió ella seria—. Yo de ti se lo diría.

—Te prometo que, si vuelven a llamar o noto algo raro, se lo digo. Pero ahora no. No quiero que se preocupe tan cerca de la boda.

—Y tan cerca… —Me sonrió intentando quitarle hierro—. ¡Que solo falta una semana para que te cases! Pero prométeme que si pasa algo, me lo vas a decir a mí y también a él.

—Te lo prometo —le aseguré. Intenté relajar el gesto y sonreír—. Ahora desayunemos, que tenemos que ir para conocer el sexo de mi sobrino.

En realidad, tenía el estómago cerrado por completo. La llamada me había dejado tocada, pero no quería que Amaya se diera cuenta de lo mucho que me había afectado. Me obligué a dar un par de mordiscos al pan mientras ella me observaba.

—Aunque me da igual que sea niño o niña, tengo muchísimas ganas de saberlo —dijo ilusionada.

—¿Habéis pensado ya los nombres?

—Lo tenemos clarísimo —respondió convencida—. Como nos encantan los nuestros, hemos decidido ponérselos. Si es niño, se llamará como tu hermano. Y si es niña, como yo.

—Me alegra que lo tengáis claro. Yo no tengo ni idea aún. Lo único que sé es que no quiero que se llame como nadie de la familia.

—Pues nada, a comeros la cabeza. —Rio—. Ya me estoy imaginando los nombres a los que se les puedan buscar rimas o burlas.

—Oye, que el nombre es muy importante. No se le puede poner cualquiera.

—Por supuesto —contestó levantando las manos—. Jamás se me ocurriría pensar que tú le pondrías a tu hijo un nombre cualquiera.

—No seas irónica, sabes que tengo razón.

Recogimos todo y salimos. A la hora indicada, ya estábamos sentadas en la sala de espera de la consulta del ginecólogo. El silencio del lugar solo se rompía con el sonido de las hojas de las revistas y el paso del personal.

—Estoy nerviosa —admitió Amaya, entrelazando los dedos de sus manos mientras miraba la puerta de la consulta.

—Pues no tienes por qué estarlo, todo va bien y encima os da igual lo que sea, así que tranquilízate.

—Tienes razón, de mayor quiero saber resolver los problemas como tú —le di un empujoncito con mi hombro en el suyo.

—Y yo quiero ser tan capulla como tú.

—Amaya González —la llamó una enfermera desde la puerta.

—Llegó la hora —dijo poniéndose de pie.

Unos minutos después ya estaba tumbada en la camilla, con el gel frío extendido sobre la barriga, mientras el médico deslizaba el ecógrafo con calma.

—¿Alguna predilección? —preguntó él, sin dejar de mirar la pantalla.

—No, solo quiero que esté bien.

—Pues bien está, y muy bien. Las medidas son las correctas para el tiempo que tiene, el corazón late con fuerza y los órganos se están formando perfectos. Puedes estar tranquila, tienes una niña muy sana.

Amaya sonrió, pero parecía tan pendiente de la imagen que no se dio cuenta de lo que acababa de decir.

—Ha dicho niña —afirmé, casi saltando de la silla—. ¡Tonta, que ha dicho niña, y ni te has enterado!

—Hostia, es verdad… ¡ha dicho niña! —Por fin reaccionó, y a las dos se nos llenaron los ojos de lágrimas.

—Ains, que voy a tener una sobrinita. Verás cuando mi madre se entere.

—Me encanta cuando digo el sexo y no se dan cuenta hasta un rato después —comentó el médico con una sonrisa—. Aunque esta vez alguien me ha fastidiado mi momento.

—Una que está pendiente de todo. —Me encogí de hombros.

—Y tan pendiente. —Rio él.

—Esto se merece una celebración en toda regla —dije en cuanto salimos de la consulta—. Hoy es nuestro día, para nosotras y para nadie más.

—Me encanta cuando los días son solo para nosotras.

Llamé a Eros para decirle que no me esperara a comer, que iba a pasar el día con Amaya.

Y así lo hicimos: fuimos de compras, almorzamos fuera, por la tarde nos metimos al cine —salimos hasta arriba de palomitas— y todavía nos pareció poco, así que terminamos en una cafetería, merendando como si no hubiera un mañana.

Llegué a casa cuando ya estaba anocheciendo y, como cada vez que volvía, Eros salió a recibirme.

—Hola, preciosa. ¿Os lo habéis pasado bien? —me preguntó justo antes de que lo abrazara por la cintura y le diera un beso.

—La verdad es que sí. Nos hemos divertido mucho, creo que a Amaya le hacía mucha falta.

—Me alegra que te lo hayas pasado tan bien.

—¿Y tú qué has hecho?

—Yo he aprovechado el día para adelantar trabajo.

—Qué injusta es la vida… mientras yo me divierto, tú te dedicas a trabajar para que no me falte nada —le dije en tono de broma.

—Anda, ve a ducharte, que la cena está casi lista. —Me dio una palmadita en la nalga cuando pasé por su lado.

Capítulo 28



Paula

—¿Te quieres estar quieta de una puñetera vez? Al final te va a quedar el ojo hecho un churro y mira que quiero hacer el mejor trabajo del mundo. —Pablo, no paraba de reñirme, mientras me movía en la silla como si tuviera hormigas.

—No lo puedo evitar, estoy que me va a dar algo.

—¿Puede alguien traerle una tila a esta mujer antes de que le dé un ataque? —pidió al resto con ese tono exagerado que lo caracterizaba.

—Es normal que esté nerviosa, es el día de su boda —contestó mi madre con su calma habitual—. Paula, cariño, intenta tomarlo todo con más tranquilidad, porque si no lo haces no vas a disfrutar del día. Y lo que es más importante, le vas a transmitir los nervios a mi nieto.

—Sé que tienes razón, mamá, pero no lo puedo evitar.

—Piensa que es una celebración como otra cualquiera. Para vosotros ya sois marido y mujer, esta es una simple formalidad.

Mi madre era única para tranquilizarme, tenía más razón que un santo. Para mí, Eros ya era mi marido desde que empezamos a vivir juntos. Esto solo era la guinda, una fiesta para celebrar con los nuestros y tener un recuerdo bonito.

Iba a tener la boda que siempre había soñado: íntima, sencilla, rodeada solo de personas que de verdad nos querían bien. No quería falsas sonrisas ni palabras vacías. Eso sí, no podía evitar que entre todos los invitados hubiese un par de presencias indeseadas, pero ese era su problema, no el mío.

Ni Eros ni yo queríamos casarnos por la iglesia, así que la organizadora había montado un altar en el jardín. Había quedado precioso: un arco adornado con flores blancas y rosas amarillas. Le pedí que las amarillas predominaran porque eran mis favoritas, y se encargó de que así fuera.

Habíamos contratado a un equipo de cocineros y camareros que prepararían todo en nuestra propia cocina —grande y equipada para ello— y además dejarían todo limpio después.

Mi vestido era sencillo, pero justo como lo había soñado. De tirantes anchos, con un escote en pico no muy profundo en el pecho y otro un poco más pronunciado en la espalda. Entallado hasta la cintura, ceñido con un lazo amarillo pálido, y desde ahí caía suelto hasta los pies. La cola era corta; nunca me gustaron las largas, me parecían incómodas para moverme con libertad.

Amaya se había encargado de peinarme y Pablo estaba a cargo de mi maquillaje. No confiaba en nadie más que en ellos para dejarme perfecta. Pablo conocía mis gustos al detalle y sabía exactamente lo que me iba a encantar.

Mi hermano me acompañaría hasta el altar. No podía ser de otra manera.

Al principio, mi madre quiso que me arreglara en su casa, pero le dije que no. No me importaba que Eros me viera antes, no creía en esas supersticiones de mala suerte. Aun así, sabía que él iba a respetar el momento, porque lo que quería era verme aparecer por primera vez y llevarse la sorpresa cuando caminara hacia él.

—El mejor trabajo que he hecho en mi puta vida —dijo Pablo soltando la brocha—. Cariño, y no es porque lo diga yo, pero eres la novia más bonita que he visto jamás. —Su voz salió emocionada.

—Por primera vez estoy de acuerdo con él —añadió Amaya con una sonrisa—. Paula, estás preciosa.

—No puedes mirarte al espejo hasta que estés vestida —dijo mi madre, imponiendo la norma con cariño.

Tenía puesta la ropa interior y, encima de ella, una bata de satén blanca. A ver quién tenía cojones de quedarse en ropa interior delante de estos tres, porque en cuanto me vieran empezarían con sus bromas.

Tampoco llevaba gran cosa: por el escote del vestido en la espalda no podía ponerme sujetador, así que solo llevaba unas braguitas minúsculas, blancas, con encaje en los filos y un tejido semitransparente en el centro, además de unas medias ligeras en color piel que llegaban hasta los muslos.

No había más, pero sabía perfectamente que con eso Eros se volvería loco en cuanto me viera. Me encantaba ponerme ropa interior provocativa para llevarlo al límite, y él disfrutaba todavía más viéndomela puesta.

—Joder, me has puesto a tope y eso que me gustan los hombres —soltó Pablo en cuanto me quité la bata y la dejé sobre la cama.

—Amiga, ¿quieres quedarte viuda el mismo día de la boda? Con eso le va a dar un infarto en cuanto te vea —añadió Amaya con una sonrisa pícara.

—Sois unos exagerados. —Me contuve la risa. Lo mejor fue la cara de mi madre: la pobre ni parpadeaba, parecía escandalizada y orgullosa a partes iguales.

—Te has vuelto una descarada —me dijo la señora Carmela—, pero mucho mejor. Así no se te va nunca de tu lado.

—Si ese tío deja a nuestra Paula es para que lo maten. —Remató Pablo, teatral.

En ese momento tocaron en la puerta.

—¿Se puede? —La voz de mi hermano sonó del otro lado.

—¡Nooo! —contestamos todos a coro.

Una cosa era que me vieran los que estaban dentro… y otra muy distinta que lo hiciera mi hermano.

—Vale, vale, sabrá Dios lo que estáis haciendo ahí dentro —refunfuñó Daniel—. Solo soy un enviado: el novio dice que como no bajes en cinco minutos, sube a por ti y te lleva como estés.

Abrí los ojos de par en par. Conociendo a Eros, era capaz de eso y mucho más.

—Vale, ve y dile que en cinco minutos estoy lista. Y cuando se lo digas, subes a por mí.

Me puse el vestido y los zapatos deprisa, no quería hacerlo esperar ni un segundo más.

—Estás preciosa —me dijo Daniel en cuanto mi madre abrió la puerta—. Aunque mi chica tampoco se queda atrás —añadió mirando a Amaya, que estaba radiante.

Sí, por fin, habían arreglado sus diferencias y estaban juntos. Nunca había visto a mi hermano ni a mi mejor amiga tan felices como en esa última semana. Me alegraba el alma por ellos: un amor que llevaba tantos años oculto merecía salir a la luz.

—Gracias, tú también estás muy guapo. —Me puse de puntillas para darle un beso en la mejilla.

—Es que sé cómo hacer hijos guapos. —Saltó mi madre desde atrás, arrancando carcajadas a todos.

Cuando nos quedamos solos frente a la puerta que daba al jardín, Daniel me miró serio.

—¿Estás preparada?

—Llevo preparada desde que lo conocí —respondí sin dudarlo.

—Pues vamos a ello, pero antes quiero decirte que te deseo toda la felicidad del mundo. Te quiero, Paula.

—Yo también te quiero. —Lo abracé fuerte—. Y tengo los mismos deseos para ti y para Amaya. Pero que quede claro: si la dejas escapar, eres hombre muerto, y será una muerte lenta y dolorosa.

—Voy a dedicar mi vida a hacerla feliz, te lo prometo. Ahora vamos antes de que el novio venga a por ti de verdad.

En ese instante comenzó a sonar la misma canción con la que Eros me pidió matrimonio. Del brazo de mi hermano avancé por la alfombra hacia el altar.

Cuando levanté la vista, lo vi: el hombre de mis sueños, de pie, esperándome junto a su hermana. Nuestros ojos se encontraron y ya no hubo nada más alrededor. Paso tras paso fui acercándome, sin apartar la mirada de la suya. Tenía los ojos vidriosos, luchando por contener las lágrimas.

Eros siempre había sido un hombre cariñoso, que no se cortaba en demostrar su amor con palabras y gestos. Pero hoy… hoy era distinto. Hoy estaba más segura que nunca de que jamás podría haber elegido mejor compañero de vida.

—Cuida de ella, porque te llevas a una mujer maravillosa —le pidió mi hermano al entregarme.

—Eso pienso hacer, cuidarla el resto de mi vida —dijo Eros con la voz cargada de emoción. Yo estaba segura de que esa promesa la cumpliría siempre—. Estás preciosa, vida mía —añadió al coger mi mano y besarme la mejilla.

—Te amo. —Fue lo único que fui capaz de decirle. Estaba tan emocionada que las palabras no me salían, la garganta se me cerraba de pura felicidad.

La ceremonia pasó en un abrir y cerrar de ojos. Los dos habíamos estado de acuerdo en que queríamos algo emotivo, sí, pero también breve. Para nosotros lo más importante era disfrutar de este día como marido y mujer junto a nuestra familia.

Después del «sí, quiero» y del beso llegaron las felicitaciones. Abrazos, lágrimas, sonrisas… hasta que Selena se acercó.

—No creas que te has salido con la tuya —susurró mientras me abrazaba, fingiendo que me felicitaba.

—No esperaba más de ti, pero gracias de todos modos —respondí irónica. Ya me estaba tocando demasiado la moral, y al final iba a tener que ponerla en su sitio. Si no lo había hecho ya, era solo por Eros.

—Anda con cuidado, porque pienso hacerte la vida tan imposible que vas a desear no haberme conocido nunca, zorra aprovechada.

Esto ya había llegado demasiado lejos.

—Si no quieres que le cuente a tu hermano cómo eres en realidad, más te vale mantenerte alejada de mí. No te quiero cerca —le espeté, mirándola con toda la rabia que me provocaba.

—Como te vuelvas a acercar a mi amiga, te saco los pelos, bruja. —Saltó Pablo de repente a mi lado. No me había dado cuenta ni de que estaba allí.

—Dios los cría y ellos se juntan. Sois igual de barriobajeros —replicó ella con desprecio.

—Nosotros seremos barriobajeros, pero tú eres más mala que un dolor de muelas. —Pablo dio un paso hacia ella, dispuesto a enfrentarse.

—No, aquí y hoy no. —Me interpuse rápido—. Pablo, no voy a permitir que esta mujer nos arruine el día. Ya le llegará la hora de pagar por todo lo malo que hace. —Le cogí la mano y me lo llevé a otro lugar, lejos de Selena —. No hagas nada hoy, por favor —le pedí con la mirada suplicante cuando nos quedamos a solas.

—¿Desde cuándo te habla así? —me preguntó, indignado.

—Desde que la conocí —admití en voz baja.

—Paula, no puedes tolerar que te trate así.

—Lo sé. Siempre me ha despreciado, pero nunca me había hablado con tanto odio como hoy. Te prometo que la próxima vez que me diga algo, hablaré con Eros. Pero hoy no.

—Vale, porque es tu boda. Si no, te juro que le habría sacado los pelos ahí mismo.

—Lo sé. —Le sonreí con cariño, porque sabía que él era capaz de eso y de mucho más—. Ahora vamos a olvidarnos y a disfrutar. Yo con mi marido, y tú con tu chico. Por cierto, ¿te he dicho que me cae muy bien?

Pablo llevaba un tiempo saliendo con Héctor. Era estupendo, divertido, con un punto de locura que encajaba perfectamente con él. Hacían una pareja preciosa.

—La verdad es que sí, es estupendo. Con él siento que lo tengo todo, que no necesito nada más.

—Pues eso es lo que importa. No lo dejes escapar si es el indicado.

—Aquí está mi mujer, llevaba un rato sin verte y pensé que habías huido. —La voz de Eros me envolvió justo antes de sentir cómo me cogía desde atrás, pegándome a su pecho.

—Mejor os dejo solos —dijo Pablo con esa sonrisa macabra tan suya—. Amigo, solo te voy a decir una cosa: me he quedado loco cuando he visto lo que lleva debajo del vestido. Cuando lo veas tú, te va a dar un infarto.

Sus palabras hicieron efecto inmediato en Eros. Por encima de mi trasero noté cómo se ponía muy, muy duro.

—Menos mal que te gustan los hombres. Si no, me habrías puesto muy celoso —gruñó Eros medio en broma.

—No le hagas caso. —Me giré para quedar frente a él.

—Estoy deseando descubrir si ha mentido o no. —Me mordió el labio con descaro.

—Calma, que aún falta para que me veas como deseas.

—No falta tanto como piensas, porque nos vamos ya de aquí. —Lo miré sin entender del todo lo que quería decir—. El *jet* nos espera para llevarnos a nuestra casa.

—¿Ahora? Yo creía que nos íbamos mañana.

—No, quiero terminar la noche allí. No te cambies, quiero que llegues con el vestido de novia puesto.

Cuando me preguntó dónde me gustaría ir de luna de miel, lo tuve claro: quería pasar esos días en su mansión de Atenas y salir, de vez en cuando, a descubrir algunas islas que no habíamos tenido tiempo de visitar en el viaje anterior.

A Eros le encantó la idea, pero yo estaba convencida de que la noche de bodas la íbamos a pasar aquí. Estaba claro que sus planes eran otros… y que lo tenía todo muy bien calculado.

Capítulo 29



Eros

Por fin la tenía sola para mí. Desde que la vi aparecer con aquel vestido y caminar hacia mí, lo único que quise fue cogerla en brazos y huir a un lugar donde solo existiéramos ella y yo.

En cuanto el avión se estabilizó, le pedí a la azafata que no nos molestara hasta la hora de aterrizar.

—Vamos, nena. —Tiré de su mano para que se levantara.

—¿Dónde vamos? ¿No pretenderás que nos metamos en el baño? —me dijo con esa inocencia suya que tanto me podía. Ella no estaba acostumbrada a estos lujos y la otra vez no se había fijado en que el *jet* tenía una habitación amplia.

—¿De verdad creías que iba a aguantar las ganas de descubrir lo que escondes bajo ese vestido? —seguí bromeando—. En ti está decidir si quieres que lo haga en el baño o aquí.

—Prefiero el baño, por muy pequeño que sea —me dijo con las mejillas encendidas.

—Eso pensaba yo.

—Tampoco pasa nada porque aguantes un poco más —intentó provocarme —, así me coges después con más ganas.

—No te preocupes, que después voy a volver a cogerte con las mismas ganas… o más —la guie hasta la puerta.

En cuanto la abrí, soltó un suspiro.

—Eres malo conmigo. Tendría que castigarte por jugar de esta manera.

—¿Más castigo del que llevo todo el día, deseándote y sin poder tenerte como quiero?

—No, creo que con ese castigo ya tienes bastante.

Cerré la puerta a mi espalda y fui directo a la suya para desabrocharle los botones del vestido por detrás.

—No lo dejes caer hasta que me mires de frente. Quiero ver cómo va resbalando por tu cuerpo —le pedí, ansioso.

—Vale. —Su respiración se había vuelto más rápida; estaba tan caliente como yo.

—Listo. Ya puedes girarte. —Di un paso atrás para admirarla.

Se cogió los tirantes del vestido y los fue bajando despacio. Lo primero en quedar al descubierto fueron sus pechos, más grandes desde que estaba embarazada. Si antes me volvían loco, ahora eran pura locura.

Después vi su vientre, empezaba a mostrar una curva ligera por el crecimiento de nuestro hijo. La cosa más bonita que jamás había visto. Todos los días me detenía a mirarlo, a acariciarlo; cada cambio en su cuerpo me gustaba más. Ella pensaba que cuando estuviera más gordita me atraería menos. Nada más lejos: cada vez me tenía más loco.

Cuando el vestido llegó a sus caderas, se detuvo un momento y me miró a los ojos, mordiéndose el labio inferior. Esa imagen se me quedó grabada para

siempre: jamás había visto nada más sensual.

—Sigue, nena, porque me duele el pene de lo duro que lo tengo. —Empecé a quitarme la ropa sin dejar de mirarla.

Dejó caer el vestido a sus pies. Yo me quedé absorto, paralizado, contemplando el espectáculo frente a mí.

Dios… esta mujer era mi perdición. Solo llevaba unas braguitas mínimas, transparentes, con un fino encaje blanco rodeando el triángulo más tentador del mundo.

—No me extraña que Pablo se haya puesto cachondo. Eres puro pecado, nena.

—Me lo compré para ti.

—Pues siento decirte que no lo vas a volver a usar, porque pienso arrancártelo con los dientes.

—Ahora me toca verte a ti. Demuéstrame lo mucho que te ha gustado. —Era una provocadora nata, y me encantaba.

Me quité la camisa de un tirón y la lancé lejos. Después los zapatos y calcetines, y por último el pantalón con la ropa interior.

Sabía que estaba excitada; lo delataba la humedad marcada en su ropa interior. Quise calentarla aún más.

—¿Te gusta ver lo que provocas? —Me agarré el pene con una mano, deslizándola a lo largo del tronco. Al llegar al glande, recogí la gota de líquido preseminal y la esparcí por todo mi miembro erecto.

Ella dio dos pasos hacia mí, saliendo del vestido.

—Me encanta saber que soy yo la que provoca todo eso. —Puso las manos sobre mis pectorales, las deslizó hasta mi nuca y enredó los dedos en mi pelo

—. No te preocupes, que ahora mismo voy a recompensarte —susurró rozando mis labios.

Fue bajando por mi cuerpo con besos lentos y ardientes, hasta arrodillarse frente a mí. Sacó la punta de la lengua y la deslizó desde la base hasta la punta, rodeando después el glande. Creí que se lo metería entero en la boca, pero me equivoqué: primero pasó la lengua por la abertura, recogiendo hasta la última gota que había escapado.

—Nena, hoy no aguanto —gruñí, frustrado. Lo único que quería era hundirme en ella, perderme dentro y dejarme ir.

—Tranquilo, todo a su debido tiempo.

Bajé la mirada y casi me faltó el aire. Una mano me envolvía el tronco mientras la otra acariciaba sus pechos, para luego descender por su vientre hasta meterse bajo las braguitas. Empezó a masturbarse mientras me masturbaba a mí y, en ese mismo instante, se llevó mi pene a la boca.

—Me cago en la puta, joder… es la imagen más caliente que he visto en mi vida. —Puse una mano en su cabeza y empecé a mover las caderas, viendo cómo entraba y salía de su boca.

Me movía despacio, saboreando cada sensación, sin querer hacerle daño.

—Ya, nena, que no aguanto, y no es ahí donde quiero acabar. —La agarré de los brazos y la puse de pie frente a mí—. Ahora me toca a mí saborearte.

La levanté en brazos y la deposité sobre la cama. Tal como le había prometido, le arranqué las bragas con los dientes sin darle tiempo a reaccionar. Ni un segundo le permití recuperar el aliento antes de inclinarme entre sus muslos.

Pasé la lengua despacio entre sus pliegues y un gruñido gutural escapó de mi garganta al comprobar lo empapada que estaba para mí.

—Eros… —No pudo decir nada más, porque en ese instante atrapé su clítoris entre mis labios y lo chupé como si me fuera la vida en ello—.

Dios… —Jadeó arqueando la espalda, intentando levantar las caderas, pero se las sujeté con firmeza contra el colchón para que no escapara.

Cada gemido, cada grito ahogado que le arrancaba era música salvaje para mis oídos. No me detuve hasta que le provoqué dos orgasmos, uno detrás del otro, combinando mi boca con la presión rítmica de mis dedos en su interior.

Estaba exhausta, con la respiración desbocada y los ojos semicerrados, pero yo todavía no había terminado.

La giré con decisión, poniéndola a cuatro patas. Mi erección palpitaba, hambrienta, y no aguanté ni un segundo más: de un solo empujón la penetré profundamente. Su interior me recibió de inmediato, húmedo y ardiente, y un gemido ronco escapó de mis labios.

La embestí con fuerza, en esa postura animal, hasta que los dos explotamos al mismo tiempo, pero yo seguía insaciable. No me bastaba. Esa noche no.

Sin salir de su interior, la incorporé con suavidad y me senté en la cama, llevándola sobre mis piernas, con la espalda apoyada en mi pecho.

—Muévete… busca tu propio placer —le murmuré al oído, con la voz áspera de deseo.

Le besé el cuello, el hombro, subiendo con mi boca hasta su oreja. Mis manos le cubrían los pechos, pellizcando sus pezones mientras ella empezaba a moverse sobre mí, haciendo círculos lentos y sensuales con sus caderas.

Cada gemido suyo me volvía más loco, y, aun así, quería más. Quería que esa primera noche como marido y mujer quedara grabada a fuego en nuestra memoria.

La levanté de nuevo, sin soltarla, y la llevé hasta la cómoda que había en la habitación. La senté sobre ella y le abrí las piernas con mis manos, disfrutando un segundo de la imagen de su sexo abierto para mí.

Me volví a hundir en su interior con un empujón que nos arrancó un grito a ambos. La posición nos permitía verlo todo: cómo mi pene entraba y salía de

ella, cómo su cuerpo lo recibía una y otra vez. Era hipnótico, un espectáculo sucio y sagrado a la vez.

Nos miramos a los ojos mientras nos observábamos al mismo tiempo en esa unión, y esa mezcla nos arrastró juntos a un orgasmo brutal que nos hizo ver las estrellas.

—No puedo ni con mi alma… —susurró ella, todavía temblando—. Pero me encanta cuando te vuelves loco.

—Te prometo que ahora te dejaré descansar unas horas. —Le di un beso en los labios antes de ayudarla a bajar de la cómoda.

El *jet* tenía un baño completo con ducha, y antes me había encargado de dejar preparada una bolsa con ropa para ambos.

—Vamos a ducharnos, estamos a punto de aterrizar.

—¿Ya? —asentí y ella bufó—. Se me ha hecho el vuelo más corto de la historia.

—Me gusta cómo suena eso, significa que te ha gustado mucho.

—Más que gustarme… Pero que sepas que no te me acercas hasta dentro de dos días como mínimo.

No pude evitar soltar una carcajada. Eso no se lo creía ni ella; antes de que acabara el día volvería a buscarme.

—No te rías, lo digo en serio.

—Eso no te lo crees ni tú. En cuanto lleguemos a casa voy a hacerte el amor hasta mañana por la mañana sin parar.

—¿Te has tomado alguna viagra sin decirme nada? —Me provocó con maldad.

—Mi única viagra es esto… —Deslicé la mano entre sus muslos y rocé su clítoris con suavidad. Ella dejó escapar un suspiro involuntario—. ¿Ves? Tu cuerpo ya me está pidiendo otra ronda.

—Mi cuerpo puede que diga que sí, pero mi mente necesita un respiro.

Nos duchamos juntos, riendo y besándonos entre el vapor, y cuando estuvimos vestidos volvimos a sentarnos para abrocharnos los cinturones. El avión ya descendía.

Tardamos media hora en el coche hasta llegar a casa. El silencio del trayecto fue tranquilo, de esos que no incomodan, en los que basta con sentir la mano del otro entrelazada, para saberlo todo.

Una vez allí, subimos directamente a nuestra habitación. Había sido un día y una noche intensos, llenos de emociones, risas y momentos que jamás olvidaríamos, pero ahora el cuerpo nos pedía lo único que en verdad necesitábamos: descansar.

Nos desnudamos despacio, sin prisas, quedándonos solo con la ropa interior y nos dejamos caer en la cama.

Pasé un brazo por debajo de su cintura y la acerqué hacia mí. Paula apoyó la cabeza en mi pecho, como hacía siempre, buscando el latido de mi corazón para acompasar su respiración. Cerramos los ojos al mismo tiempo, sin necesidad de palabras, y dejamos que el cansancio nos envolviera.

Capítulo 30

Paula

Un mes entero habíamos estado en Atenas y recorriendo algunas islas de Grecia.

Un mes entero habíamos pasado en Atenas y recorriendo algunas islas de Grecia.

Hoy había quedado con los chicos. Los eché mucho de menos durante el tiempo que estuvimos fuera, pero ni por un segundo cambiaría ninguno de esos días que viví junto a Eros.

Mañana me tocaba la ecografía para saber el sexo del bebé. La verdad es que me daba igual lo que fuera mientras viniera sano, aunque, si me preguntaban, me encantaría que fuera un niño y que se pareciera a su padre. Soñaba con ver corretear por la casa a otro moreno de ojos verdes. Pero de esa duda saldríamos mañana; hoy iba a centrarme en disfrutar de Amaya y Pablo, como hacíamos antes, cuando ninguno de los tres tenía pareja ni preocupaciones tan grandes.

—Me voy, cariño —entré en el despacho.

Eros llevaba despierto desde muy temprano, la luna de miel había dejado su trabajo más acumulado de lo habitual.

—Pásatelo muy bien. —Me acerqué para darle un beso, pero terminé sentada en sus piernas, como siempre que me atrapaba entre sus brazos.

—¿Tienes ganas de que llegue mañana para saber el sexo del bebé? —me preguntó mientras acariciaba mi barriga, gesto que repetía cada vez que tenía oportunidad.

—Claro que sí, aunque ya sabes que a mí me da igual.

—Pues yo quiero que sea un niño, y que sea igualito a ti. Que tenga tus ojos, tu sonrisa, tu forma de ser… —Sonreí acariciándole la nuca.

—Pues yo quiero una niña tan bonita como su madre —replicó con un brillo especial en los ojos.

—Pues las apuestas están echadas, si es niño, me tienes que llevar el verano que viene a Bora Bora, pero los solos.

—Vale, las apuestas están echadas: si es niño, el verano que viene me llevas a Bora Bora, pero los dos solos.

—Trato hecho —contestó seguro, y yo sabía que, aunque fuera niña, me iba a llevar igual.

—No trabajes mucho. Y si después te apetece, únete a la comida.

—Lo dudo, tengo mucho lío. —Me dio otro beso antes de dejarme marchar.

Había quedado con los chicos en la puerta del centro comercial. Amaya y yo queríamos mirar tiendas de bebé, empezar a comprar cositas. Ella ya había picado con varias prendas, yo, entre boda, viaje y todo lo demás, aún no había tenido ocasión.

A lo lejos los vi esperándome. Dios, cómo le había crecido la barriga a Amaya. La mía también, pero todavía estaba algo más discreta.

—Mira qué bien te han sentado las vacaciones —dijo Pablo, viniendo a mi encuentro con los brazos abiertos.

—Y a ti se te nota que Héctor te está cuidando de maravilla —le contesté mientras me abrazaba fuerte.

—¿Cómo están la futura mamá y mi sobrina? —También abracé a Amaya.

—Yo, de lujo. Pero tu sobrina se mueve tanto que como siga así, cuando nazca, voy a terminar saltando por la ventana —se quejó con gracia.

—Anda, que no te gusta exagerar, tonta. —Pablo nos cogió a cada una por los hombros y los tres entramos en el centro comercial.

—Venga, cuéntanos, ¿cómo ha sido tu vida en el país de tu dios griego?

—Maravillosa. Hemos recorrido Atenas entera, visto islas nuevas… y lo mejor: no ha dejado ni un solo día de demostrarme lo que siente. Con Eros cada detalle cuenta.

Más tarde nos sentamos en una cafetería a refrescarnos.

—En mi vida pensé que me tocaría un hombre así —confesé—. Desde el principio me trató con respeto, cariño, comprensión… Siempre atento, siempre pendiente. Nunca me había sentido tan valorada.

—Me alegra tanto verte feliz. —Amaya me cogió la mano, emocionada—. ¿Quién nos iba a decir hace un año que estaríamos así? Si me lo hubieran dicho, me habría reído a carcajadas.

—Yo también. Siempre dije que no quería pareja, mucho menos un hijo. Y míranos, las dos embarazadas. Y este de aquí —miré a Pablo divertida— no lo está solo porque no puede, que si no, también habría caído.

—No te creas, que en cuanto lo mío con Héctor sea más en serio, pienso proponerle adoptar un bebé. —Dejó caer, y Amaya y yo lo miramos al mismo tiempo con los ojos como platos.

Pablo nunca había comentado nada de querer un hijo, pero bueno, que para hablar de eso ya estaba yo.

—Sé que serás un buen padre y que a tu hijo no le va a faltar amor —me levanté, rodeé sus hombros y le di un beso. Amaya se unió al abrazo.

Ahí estábamos los tres, como unos tontos, con las hormonas revueltas y llorando por cualquier cosa. Pero para nosotros era importante, y si los demás no lo entendían… pues que les dieran.

—No puedo tardar mucho en hacerlo, no quiero que mi futuro hijo se lleve demasiados años con los vuestros —comentó riendo.

—Sabes que adoptar lleva su tiempo, ¿verdad? —preguntó Amaya.

—Lo sé, pero si para entonces vuestros hijos tienen tres años, yo adopto uno de tres también —respondió de broma. En el fondo sabíamos que, llegado el momento, adoptaría al niño o niña que más lo necesitara. Su corazón no le permitiría otra cosa.

Después de esa pausa y esas confesiones, seguimos dando vueltas por el centro. Cuando ya no podíamos más con las bolsas, las llevamos al coche.

Estaba cerrando la puerta del mío cuando me giré y me encontré frente a Mónica y su marido Fran.

—Paula, qué bien te sientan el matrimonio y el embarazo —dijo ella abrazándome. Para mí, Mónica era más que una clienta; con el tiempo se había convertido en amiga.

No habían podido venir a la boda porque les coincidió con sus vacaciones, y tenían que aprovecharlas: Fran no podía cogerse los días que quisiera.

—Estás muy guapa, Paula. Tu marido tiene que estar feliz del pedazo de mujer que ha conseguido —añadió Fran, dándome un abrazo cariñoso, como siempre, muy respetuoso.

Al poco llegaron Pablo y Amaya, que habían aparcado más lejos. El matrimonio los saludó igual que a mí, y el abrazo entre Fran y Pablo fue incluso más efusivo; había mucha amistad entre ellos.

Les contamos que íbamos a comer a un italiano que nos gustaba mucho y les propusimos unirse. Aceptaron encantados.

De camino al restaurante llamé a Eros, por si se podía escapar. Me hacía ilusión que conociera a Mónica y a Fran; estaba segura de que congeniarían enseguida.

—Hola, nena —contestó con un suspiro, señal de que estaba a tope de trabajo.

—¿Estás muy liado, verdad?

—Más de lo que me gustaría… ¿necesitas algo?

—Nada urgente. Solo quería invitarte a comer con nosotros en un italiano.

—Tendrá que ser otro día, por mucho que me apetezca no puedo dejar esto ahora, picaré cualquier cosa en casa.

—Si quieres, pido comida y como en casa contigo.

—No, nena, quédate y disfruta de tus amigos.

—Vale, pues después nos vemos, no olvides que te amo por encima de todo.

—Yo también te amo, vida mía.

Los demás ya estaban dentro, sentados en una mesa. Me acomodé en el hueco que quedaba libre, justo entre Amaya y Fran.

—¿No puede venir? —me preguntó mi amiga con gesto de decepción.

—No, no sé lo que ha pasado con el trabajo, pero desde que volvimos, está con demasiadas cosas que atender.

—Es normal —intervino ella—, ha dejado un mes entero la empresa en manos de otros y, por muy bien que hagan su trabajo, Eros necesita supervisarlo todo. Ya sabes cómo es.

—Sí, tienes razón —admití sonriendo con cariño—. Cuando llegue a casa le voy a enseñar todo lo que le he comprado al bebé. Estoy segura de que eso lo distraerá y lo hará muy feliz. Por cierto, ¿cómo os va a ti y a mi hermano?

—Aunque parezca mentira, y después de tantos años con nuestros problemas, puedo decirte que soy feliz. No parece el mismo hombre… este es mucho mejor que aquel del que me enamoré.

—Me alegro tanto de que, por fin, podáis disfrutar de todo el amor que os tenéis —le dije emocionada.

Pablo fue el encargado de pedir la comida. Como conocía los gustos de todos, sabíamos que iba a acertar sin fallo.

Disfruté mucho esa comida. Echaba de menos a Eros, claro que sí, pero también debía reconocer que me hacía falta una salida así con mis amigos, recuperar un poco esa parte de mí que siempre me había acompañado.

Después de comer nos despedimos, y cada uno tomó rumbo a su casa. Yo, sin embargo, estaba deseando llegar para enseñarle a Eros todas las cositas que había comprado para nuestro hijo.

Entré por la puerta con las bolsas aún en la mano y fui directa al despacho. Estaba a pocos pasos cuando escuché ruidos extraños en el interior. No eran simples movimientos, no: sonaban golpes secos, cosas rompiéndose.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Aceleré el paso, asustada de que pudiera haberse hecho daño, y entré de golpe.

Lo que encontré me dejó paralizada. El despacho estaba casi destruido por completo: libros en el suelo, la mesa hecha un caos, un cuadro roto en mil

pedazos. Y en medio de todo ese desastre, Eros… Eros era el responsable.

—Cariño… —lo llamé con voz suave, intentando que se calmara, porque algo muy gordo tenía que haber ocurrido para que perdiera así el control—. Eros, ¿qué pasa?

Cuando levantó la mirada hacia mí, no lo hizo con los mismos ojos con los que solía mirarme. No había ternura ni calma en ellos, solo una rabia profunda, tan oscura que daba miedo.

Capítulo 31



Paula

—¡Tú eres la culpable de todo! —me gritó. Nunca, jamás, me había hablado mal; mucho menos levantarme la voz. —Te has estado riendo de mí todo este tiempo. —Se plantó delante de mí, respirando con violencia—. ¡Te lo di todo! —volvió a gritar, y de un manotazo tiró al suelo una de las pocas cosas que quedaban en pie sobre el escritorio—.

»Te di mi amor, te he amado por encima de mí mismo y hasta de mi hermana. Desde que te conocí, me volqué por completo en ti, intenté ser el mejor hombre del mundo, y tú… —me señaló con el dedo, sus ojos encendidos de furia—. Te has aprovechado de mí, me has tenido engañado todo este tiempo. Menudo gilipollas he sido.

Me quedé muda. No entendía nada. No sabía por qué me estaba tratando así. Yo nunca le había hecho nada que no fuera darle cariño, respeto y amor.

—No sé de qué hablas ni a qué viene todo esto. Cuando me fui esta mañana estabas bien; cuando te llamé, seguías estándolo… —Mi voz se quebró y las lágrimas comenzaron a desbordarse.

—¿No sabes a qué viene esto? —Su tono fue un látigo—. No te hagas la tonta conmigo y reconoce las cosas. No tiene sentido que sigas mintiéndome cuando ya lo he descubierto todo.

—Si me lo explicaras… tal vez podría entenderlo.

—¿Que tengo que explicártelo? ¿De verdad? Te has casado conmigo y me has encasquetado un hijo de otro solo para sacarme mi dinero. —Escupió las palabras como veneno—. Las putas de la calle son más dignas que tú, porque al menos ellas van de frente.

Un frío helado me recorrió el cuerpo. Me quedé en *shock*. Ese no era el hombre del que me había enamorado. No podía ser.

—¿No sabes qué decir? —continuó, hiriente—. Claro, ahora que te he descubierto, te quedas callada. Pero cuando me mentías bien que hablabas, claro, como era para engatusarme. —Sus ojos bajaron a las bolsas que aún llevaba en la mano—. ¿Te lo has pasado bien gastando mi dinero para el hijo de otro?

—¿Cómo puedes acusarme de algo así? —Tiré las bolsas al suelo—. ¡Yo no te he mentido nunca! Este hijo que espero es tuyo. No he estado con ningún otro hombre, ni antes ni después de conocerte. Y a partir de ahora este niño pasa a ser solo mío. No quiero a un hombre como tú ni a mi lado ni al de mi bebé.

—No te hagas la digna conmigo. No después de haber visto con mis propios ojos cómo te besabas con otro.

—¡Eso es mentira! —le grité desgarrada—. Seguro que te lo estás inventando todo porque ya no quieres estar conmigo. Yo no he estado con nadie más. ¡Te he querido con todo mi corazón! Por ti hubiera dado mi vida sin dudarlo. Eras mi sueño, mi mundo… pero ahora acabas de convertirte en mi pesadilla, en mi infierno.

—No puedo negar que eres una buena actriz. Si no hubiera visto la verdad con mis propios ojos, hasta podría creerte. —Alzó el móvil y me lo mostró muy cerca de la cara—. ¿Qué me dices de esto?

—Te estoy diciendo que no he estado con otro hombre. —Mi voz temblaba, pero las palabras salían firmes—. He estado con Pablo y Amaya. Después nos encontramos con Mónica y su marido Fran, y se unieron a comer con nosotros. Por eso te llamé, porque a la boda no pudieron venir y

quería presentártelos. Pero ¿sabes qué? —Lo miré con rabia, con el corazón desgarrándome—.

»No pienso justificarme, porque no tengo nada que justificar. Y escucha bien: aunque mañana mismo descubrieras que todo lo que te han dicho o mostrado era mentira, aunque vieras con tus propios ojos que siempre he sido inocente, jamás volvería contigo. Prefiero la muerte antes que regresar a tu lado.

—Claro, dices eso después de haber metido millones de euros en una cuenta a tu nombre. —Su tono goteaba veneno.

Me quedé helada. No lo sabía. Lo único que recordaba era aquella tarjeta que me había dado cuando me fui a vivir con él, y que jamás había usado.

—Yo no he tocado nunca tu dinero, jamás. Todo lo que tengo me lo he pagado con el mío. —Las lágrimas me empañaban los ojos, pero, aun así, no desvié la mirada—. Y tampoco sabía que habías puesto esa cantidad a mi nombre. Nunca he utilizado esa tarjeta, puedes comprobarlo cuando quieras.

—¿Dime qué es esto? Si no mientes, explícame por qué me ha llegado esta foto tuya con ese hombre. Sales besándote con él. —Me puso el móvil delante de la cara. Con las lágrimas me costaba enfocar la vista, pero al final conseguí distinguirla.

Era de hoy. Yo, de pie, junto a Fran, justo en el momento en que me había saludado con los dos besos de cortesía. Pero la foto estaba tomada desde un ángulo retorcido, tan calculado, que parecía que nos estuviéramos besando en los labios. Una trampa perfecta.

—Ese es Fran. —Levanté la voz, dolida, intentando que me escuchara—. Te he dicho que nos encontramos con él y su mujer. La foto está hecha para que parezca otra cosa, pero solo son dos besos de saludo, y su esposa estaba justo al lado.

—Para ya de mentir. —Su tono era hielo y veneno—. No tiene sentido que sigas fingiendo. Solo quiero que te vayas y no verte más. Mi abogado se pondrá en contacto contigo. En cuanto nos divorciemos, tú y el hijo que esperas de otro estaréis muertos para mí.

Me temblaron las piernas, pero no dejé que se quebrara mi voz.

—Si pretendes que te suplique por una oportunidad, estás muy equivocado. Yo no he hecho nada. Y como ya te he dicho, este niño es tuyo. Pero si para ti está muerto, recuerda siempre todo lo que hoy me has dicho y de lo que me has acusado, porque yo no lo voy a olvidar ni después de muerta.

Ya no merecía más palabras. Me había roto, engañado y destrozado en mil pedazos. Había salido a la luz su verdadero rostro, y no era el hombre del que yo me había enamorado.

—Al final tu hermana se ha salido con la suya. —Sentí que la rabia me quemaba el pecho—. Después de tantas amenazas, diciéndome que no iba a parar hasta separarte de mí, que yo era poca cosa para ti… lo ha conseguido.

—Mi hermana nunca te ha dicho eso. Otra de tus mentiras. Si fuera cierto, me lo habrías contado.

—Pregúntale a Pablo. Él lo oyó el mismo día de nuestra boda. Y te aseguro que no fueron palabras bonitas. —Abrí el bolso, saqué la cartera y de ella la tarjeta que jamás había usado. Se la lancé sobre el escritorio—. ¿Sabes por qué nunca te lo conté? Porque no quería que sufrieras. Porque sé que es tu única familia.

»Esa es la diferencia entre nosotros: yo nunca he querido hacerte daño. —Di dos pasos firmes hacia la mesa—. Aquí tienes tu tarjeta. No te quiero ya, ni a ti, ni a nada que venga de ti. Espero que todos esos millones que tanto proteges te sirvan para llenar lo vacío que tienes en el corazón.

Me giré hacia la puerta, pero antes de salir le clavé una última mirada.

—Todo lo mío en esta casa lo puedes quemar, si quieres.

Salí jurándome que jamás volvería a pisar aquel lugar. Si para él mi hijo y yo estábamos muertos, que así fuera.

Me subí al coche entre sollozos, con el cuerpo entero temblando. Conduje unas calles más, hasta que el miedo a perder el control y provocar un accidente me obligó a detenerme en seco.

Apoyé la frente en el volante y, con las manos temblorosas, saqué el móvil del bolso. Marqué el número de la única persona que necesitaba a mi lado en ese momento.

—¿Ya me echabas de menos? —contestó con su habitual tono alegre.

No aguanté más. Lloré con fuerza al escucharlo.

—Te necesito… por favor.

—Paula, ¿qué te pasa? ¿Por qué lloras? —La voz preocupada de Pablo me atravesó, y el llanto se volvió aún más desgarrador al darme cuenta de que, al menos, había alguien que sí me quería de verdad.

—No puedo hablar… ni tampoco soy capaz de conducir. Por favor, ven a por mí. —Las palabras me salían entrecortadas por los sollozos.

—Dime dónde estás. Estoy saliendo ahora mismo con Héctor.

Con las manos temblorosas le mandé mi ubicación. Sabía que no tardaría en llegar, vivía muy cerca de donde me había detenido.

¿Cómo era posible? ¿Cómo podías levantarte por la mañana creyendo que eras la mujer más feliz del mundo y, antes de que terminara el día, convertirte en lo contrario? Mi vida entera se había ido a la mierda en cuestión de horas.

Lo único que me quedaba era mi hijo, y por él me aferraría a la vida. Juro que nunca le iba a faltar nada. Iba a recibir tanto amor de mi parte que jamás echaría de menos el de un padre.

En mi interior no tenía dudas: detrás de esas fotos estaba Selena. Y ahora que todo había explotado, también estaba convencida de que había sido ella la que dejó aquella rata muerta en mi casa y la que hizo aquella llamada maldita.

Jamás le había deseado nada malo a nadie, pero a ella… a ella tampoco podía desearle nada bueno. Y sabía qué era lo único que le dolería de verdad:

quedarse sin dinero, obligada a trabajar. Aunque también era consciente de que eso era prácticamente imposible con la fortuna de su hermano.

Mientras esperaba a Pablo, el llanto no se detenía, los pensamientos se agolpaban en mi cabeza como cuchillos. Y entonces, el dolor llegó. Un dolor tan agudo en la sien que me hizo perder el aliento. La vista comenzó a nublarse, los bordes del mundo se difuminaron, y poco a poco todo se fue oscureciendo hasta que finalmente me quedé en negro.

Capítulo 32



Paula

Alguien me gritaba mientras me zarandeaba con desesperación. Eran voces angustiadas, pero apenas podía distinguirlas.

Solo quería silencio. La cabeza me dolía como si me la partieran en dos, las náuseas me revolvían el estómago y mi cuerpo entero temblaba sin control.

—¡Paula! —volvieron a llamarme, y poco a poco la voz se fue haciendo reconocible—. ¡Hagan algo, está embarazada!

Un olor fuerte y penetrante me invadió cuando me pusieron algo debajo de la nariz. Después sentí un pinchazo en el dedo y unas manos que manipulaban mi cuerpo, pero ni, aun así, pude abrir los ojos. Tal vez porque no tenía fuerzas, tal vez porque estaba tan rota por dentro que hasta el simple gesto de abrir los párpados se me hacía imposible.

—Vamos, campeona, vuelve con nosotros —me susurró alguien con urgencia.

Logré abrir los ojos apenas, y lo primero que vi fue un círculo de rostros desconocidos rodeándome. Entonces, como una bofetada, regresaron todos los recuerdos de golpe: la voz de Eros llena de odio, su mirada fría, sus palabras lapidarias diciendo que mi hijo y yo estábamos muertos para él.

Insultándome, juzgándome erróneamente, sin creerme nada de lo que le lo que le decía.

Supe que el grito que salió de mi garganta no fue un grito cualquiera. Fue un grito arrancado del alma, desgarrador, cargado de rabia, impotencia y dolor. Grité porque, si no fuera por mi hijo, me dejaría morir ahí mismo. Grité porque sentí que Eros se había llevado con él mis ganas de vivir.

Ya no me quedaba nada. Y no lo decía por lo material, eso nunca me había importado. Lo que me arrebató fue la fe, la ilusión, el amor.

—¡Déjenme pasar, coño! ¿No ven que me necesita? —reconocí al instante la voz de Pablo, y mi corazón, que parecía haberse roto en mil pedazos, latió con un poco más de fuerza.

—¡Pablo! —lo llamé entre sollozos, con la garganta hecha trizas—. Pablo, por favor, ayúdame.

—Señora, tiene que relajarse —me dijo un médico con chaleco amarillo—. Según la prueba, ha sufrido una bajada de azúcar y, por el estado en el que la encontramos, lo más probable es que haya sido a causa de un colapso nervioso. Tenemos que llevarla al hospital de inmediato para asegurarnos de que el bebé está bien.

—Solo déjenme verlo un momento, por favor —supliqué. El hombre asintió y Pablo se acercó corriendo.

—Paula… gracias a Dios. Casi me muero cuando te vi sin sentido. —Me cogió la mano con fuerza.

—Escúchame bien —le pedí con la poca voz que me quedaba—. Cuando me confirmen que mi hijo está bien te contaré todo, pero ahora prométeme una cosa.

—Tienes toda mi atención.

—No llames a nadie. No le cuentes a nadie lo que ha pasado hasta que yo misma lo haga. Y mucho menos a Eros. Júrame, que no lo vas a llamar. Ese

hombre… ese hombre está muerto para mí.

—Lo siento… —Tragó saliva—. Fue lo primero que hice al verte en el suelo: lo llamé a él.

—No pasa nada, no podías saberlo. —Cerré los ojos un instante—. Pero a partir de ahora, para nosotros Eros ya no existe. Y hasta que no esté en mi casa, no quiero que nadie más lo sepa. No quiero preocupar al resto por algo que, comparado con todo lo demás, es solo una tontería.

—Señora, tenemos que irnos ya. —Me apremió el sanitario.

Asentí débilmente. Me colocaron en una camilla y me subieron a la ambulancia. Antes de cerrar las puertas, escuché cómo le daban a Pablo el nombre del hospital al que me llevaban.

El interior estaba frío y olía a desinfectante. Una médica de sonrisa cálida se inclinó hacia mí mientras me acomodaban.

—¿Sabes qué estás esperando? —me preguntó con un tono amable que logró atravesar el caos de mi mente.

Después de la avalancha de pruebas para estabilizarme, llegó el momento de la ecografía.

—No, iba mañana a hacerme una ecografía.

—Pues ya que estás aquí lo vamos a averiguar —dijo el médico mientras movía el ecógrafo por mi vientre—. Está bien, crece muy bien para el tiempo que llevas y su corazón late sano y fuerte. Ahora vamos a ver si es un niño o una niña.

Movió el aparato hacia un lado y, de repente, se detuvo.

—Aquí lo tenemos… —sonrió con complicidad—. Está clarísimo, por lo que se le ve entre las piernas: sí, es un niño. Vas a tener un niño grande y sano.

Me eché a llorar sin poder evitarlo. Jamás pensé que en un solo día se podían derramar tantas lágrimas, pero ahí estaba yo, con el corazón hecho pedazos y, al mismo tiempo, con la mayor de las bendiciones latiendo dentro de mí. Y sabía que aún me quedaban muchas lágrimas más por derramar antes de que acabara esa noche.

Como todo estaba en orden, me dejaron irme con la condición de que debía permanecer lo más tranquila posible.

Al salir de la consulta, allí estaba Pablo esperándome junto a Héctor. En cuanto me vio, no hicieron falta palabras: abrió los brazos y me refugié en ellos.

—Todo va a salir bien, ya verás —me susurraba entre beso y beso en la cabeza—. Tú eres más fuerte de lo que crees, Paula. No estás sola, nunca lo vas a estar.

—No tengo fuerzas para hablar hoy. —Logré decir con voz rota.

—No te preocupes. Esta noche solo descansa. Mañana, cuando estés lista, hablaremos de todo.

Con su brazo rodeando mis hombros, me guio hasta mi coche. Héctor se fue en el suyo. Durante el trayecto cerré los ojos y, como un castigo, mi mente me obligó a revivir cada instante vivido junto a Eros hasta llegar a este desastre.

Su mirada me perseguía. Antes me observaba con amor, con ternura, y hoy solo había odio en sus ojos. ¿Cómo podía transformarse así, de un momento a otro?

Siempre supe que Eros sería mi perdición. Al principio creí que sería para bien, pero ahora entendía que había sido lo contrario. Nunca me había amado como decía.

¿Y encima se atrevió a llamarme mentirosa? ¿A mí? Yo, que siempre me entregué sin máscaras, que lo quise con todo lo que era. Por mí, podía volver a Grecia y no regresar jamás. Ojalá no volviera nunca.

Recordé sus palabras sobre el divorcio y su abogado. Pues no iba a esperar a que él moviera ficha. Esta vez iba a ser yo quien cogiera al toro por los cuernos. Mañana mismo, en cuanto me sintiera un poco más fuerte, llamaría a Mónica. Le pediría que me representara. Sabía que ella aceptaría, más aún cuando lo que corría por ahí era que yo lo había engañado con su marido. Solo por limpiar el nombre de Fran, estaría encantada de ayudarme.

—Cariño, ya hemos llegado. —La voz de Pablo me sacó de mis pensamientos mientras me movía con cuidado.

Me había quedado dormida sin darme cuenta, agotada por tanto llanto y tanto dolor acumulado.

—Es normal, Paula. Vamos, que te voy a preparar una ducha.

—No tengo ropa —susurré—. Toda la dejé en su casa, y no quiero nada que venga de ahí. Ni una prenda. Hasta la ropa que había comprado hoy para el niño la dejé tirada en ese maldito suelo.

—Ains, cariño… no sé qué ha pasado, pero sí sé algo: me tienes a mí a tu lado —me apretó más contra él.

Me llevaba cogida de la cintura, casi arrastrándome, porque apenas me quedaban fuerzas para sostenerme en pie.

Me ayudó a ducharme, no quiso dejarme sola ni un segundo, y a mí no me importó que me viera desnuda. Era mi mejor amigo, junto a Amaya, y lo último que me daba era vergüenza.

Dios… no quería ni pensar en lo que haría mi hermano cuando se enterara de todo lo que me había hecho su amigo. No quería ser la causa de que esa amistad, tan importante para él, se rompiera.

Ojalá nunca lo hubiera conocido. Si hubiera sido así, nada de esto estaría pasando. No estaría esperando un hijo al que su propio padre ya había renegado, ni tendría el corazón roto en tantos pedazos imposibles de contar.

Pablo me prestó una camiseta suya y un bóxer. Me quedaban enormes, pero eso era lo de menos; ahora lo único que importaba era sobrevivir a este dolor.

No sé qué le dijo Pablo a Héctor, solo vi que entró en la habitación, me dio un beso en la frente y se fue.

—No tenía que haberse ido, es tu pareja. —Le reproché cuando volvió y se tumbó a mi lado.

—La que me necesitas eres tú. A él me lo encontré en un basurero, pero tú eres mi hermana de corazón —me dijo, intentando arrancarme una sonrisa. Esta vez no lo consiguió.

Me acurruqué contra su pecho, buscando consuelo en sus brazos.

—Me siento tan rota que no sé cómo voy a seguir viviendo después de esto —susurré entre sollozos—. Me ha dicho tantas cosas crueles… Pablo, me dijo que el niño y yo estamos muertos para él. —El llanto me desbordó, hasta quedarme sin aire—.

»Le han mandado una foto en la que parece que me estoy besando con Fran, cuando solo lo saludaba con dos besos delante de su mujer. También le dijeron que yo estaba con él desde antes de conocerlo y que solo me casé por dinero.

—Hijo de puta… —murmuró con rabia contenida—. Seguro que todo esto lo ha planeado la zorra de su hermana. Nos engañó a todos.

—No contento con eso, me acusó de que el niño no es suyo. Me soltó tantas cosas que ya ni las recuerdo… Mi cabeza se apagó cuando me llamó puta, aunque no usara esa palabra exacta. ¿Qué voy a hacer ahora, Pablo?

Me apretó fuerte contra él, como si quisiera coser mis pedazos con sus brazos.

—Lo primero es dejar que te mimemos y cuidemos quienes sí te queremos de verdad. Lo segundo, ser fuerte y demostrarle de qué estás hecha. Y lo tercero, que ese pequeño no necesita un padre que lo desprecie, porque de

tanto amor que le vamos a dar tú, yo, Amaya y tu familia, jamás va a notar su ausencia. —Me besó la frente—. Sé que ahora lo ves todo negro, pero el tiempo pondrá las cosas en su sitio. Te lo prometo, vas a salir de esta.

—Ojalá tengas razón —logré decir, levantando la mirada hacia sus ojos—. Necesito un favor.

—Lo que sea.

—Quiero que mañana cites a mi hermano, a mamá y a Amaya en casa. Les diré lo que ha pasado, pero una sola vez, no pienso repetirlo. Y después necesito que hables con Mónica. Quiero que, si puede, mañana mismo empiece con la demanda de divorcio.

—Hecho —asintió sin dudar—. Esta noche hablaré con Mónica y mañana mismo les mando un mensaje a todos. Después de eso, paso a paso, iremos reconstruyendo tu vida. Ahora, por favor, duerme. Descansa tú, para que el niño pueda hacerlo también.

Me abrazó más fuerte. Tardé mucho en dormirme a pesar del agotamiento, pero al final, con el calor de sus brazos, el cansancio me venció.

Capítulo 33



Eros

Esa manera de llorar no era fingida; esa forma de repetirme una y otra vez que no me había engañado tampoco sonaba a mentira. Tenía un lío en la cabeza monumental.

Me destrozó verla en ese estado y, por muchas ganas que tuviera de consolarla, no podía seguir dejando que jugara conmigo.

Mi hermana fue clara cuando me lo dijo: había contratado a un detective privado para que siguiera a Paula porque, según ella, había algo en ella que nunca le terminó de convencer. Que si antes no me lo había contado era porque no tenía pruebas.

Y ahí estaba yo, atrapado entre lo que me decía mi hermana y lo que siempre me había mostrado Paula. Su forma de ser, tan auténtica, tan transparente, me hacía difícil creer que hubiera estado fingiendo. Ella siempre me demostraba que me amaba… o, al menos, eso era lo que yo había creído.

Lo que más me estaba matando eran sus gritos. Jamás había escuchado a nadie gritar así. Aquello no era teatro, no era un intento desesperado de convencerme: era dolor puro, rabia, impotencia, un corazón hecho añicos gritando por no tener otra salida.

Cuando sonó el teléfono y vi que era Pablo, lo cogí dispuesto a decirle unas cuantas cosas, convencido de que él estaba encubriendo sus mentiras. Pero, en cuanto lo escuché gritar entre lágrimas que había encontrado a Paula inconsciente dentro del coche, que me había llamado a mí primero para pedir ayuda y que no entendía cómo no estaba yo allí, sentí un pellizco brutal en el pecho. Un miedo desgarrador recorrió todo mi cuerpo al pensar que podía haberle pasado algo.

Le había dicho que para mí ella y el bebé estaban muertos. Mentira. No quería su mal, nunca lo quise. Aunque ese niño no fuera mío —o eso me habían hecho creer—, lo que de verdad me estaba matando era pensar que el hijo que yo tanto deseaba podía no serlo.

Al principio me negué a ir a verla, pero no aguanté. La angustia era demasiado grande. Cuando llegué al lugar que Pablo me indicó, me quedé apartado, observando de lejos. Y fue entonces cuando escuché sus gritos desgarradores desde la ambulancia. Sonaban como cuando alguien pierde a la persona que más ama en el mundo.

Ella gritaba su dolor hacia afuera, yo lo llevaba por dentro, en silencio, pero era el mismo: un desgarro imposible de curar.

Cuando la subieron a la ambulancia, me quedé un rato más allí, perdido en mis pensamientos.

¿Estaría bien? ¿Y el bebé? ¿Qué demonios le había pasado?

Esa noche no pegué ojo. Por mucho que me empeñara en odiarla, no podía negar que la necesitaba. Sentía que me faltaba una parte de mí.

Recordé cuando le reproché lo del dinero y ella me juró que no había tocado ni un céntimo. No la creí. Estaba convencido de que compraba todo con mi dinero. Pero después de que se marchara, entré en la aplicación del banco… y era cierto. No había ningún movimiento. La cuenta estaba intacta desde el día que le hice el ingreso.

Entonces, ¿por qué me dijo mi hermana que estaba conmigo solo por interés? ¿Y si todo había sido un montaje?

Me estaba volviendo loco dándole vueltas a todo.

Una persona no puede fingir las veinticuatro horas del día. Eso es imposible. Y Paula… Paula me había demostrado siempre quién era. ¿Sería verdad lo que me dijo? ¿Que no me habló de mi hermana para no hacerme sufrir?

Nunca lo sabría.

El timbre de la casa sonó de nuevo, insistente. Pero no pensaba abrir. No quería ver a nadie. Había mandado a Manuela que se tomara la semana libre, así que esa puerta no la abriría nadie.

Al principio sonó el timbre, insistente, pero pronto se transformaron en golpes secos, fuertes, como si quisieran echar la puerta abajo.

—¡No me voy a ir hasta que abras! —Era la voz de Daniel, grave y cargada de furia—. ¡Vamos, valiente, dime a la cara todo lo que le has dicho a mi hermana!

Dios… iba a reventar la puerta si no abría. Era lógico que viniera a pedirme explicaciones. De hecho, mucho había tardado; yo lo estaba esperando desde anoche, no ahora, cerca del mediodía.

Sin ganas, me levanté para abrir. Lo conocía, sabía que no se iba a ir hasta que hablara conmigo.

Lo primero que recibí al abrir la puerta fue un puñetazo directo a la mandíbula. El golpe me hizo trastabillar. Maldito hijo de puta, ni siquiera me dio tiempo a pronunciar una palabra.

—La has destrozado, cabrón —escupió lleno de rabia. Por lo que parecía, ya había escuchado la versión de Paula, y la había creído sin dudar un segundo—. Sabía que terminarías haciéndole daño, por eso te advertí que te mantuvieras lejos de ella.

—Ha sido ella quien me ha mentido. Está embarazada de otro. —Intenté defenderme, aunque mi voz sonó menos firme de lo que hubiera querido.

—¡No! —Me cortó de inmediato, con los ojos encendidos—. Todo esto es un puto montaje de la zorra de tu hermana, que lo único que teme es que le cierres el grifo cuando formes tu propia familia. Y tú… tú has sido tan gilipollas que la creíste, sabiendo perfectamente lo caprichosa y manipuladora que es.

—Selena, no me mentiría en algo así. No cuando sabía que me haría polvo… Yo de verdad amaba a tu hermana.

—¡Y una mierda! —gritó, tan cerca de mi cara que podía sentir su aliento —. Tú no sabes lo que es amar de verdad. Si la hubieras querido, aunque fuera un poco, no la habrías insultado, no habrías renegado de tu hijo como lo hiciste. ¡Porque sí, imbécil, es tu hijo!

—Las fotos no las hizo ella. Fue un detective privado que contrató. — Intenté sonar convincente, pero Daniel seguía cegado por la rabia.

—¿Un detective? —Se burló con desprecio—. ¿Y por qué no le pides a tu hermana el nombre de ese supuesto detective? Vamos a hablar con él, cara a cara, y sabremos si es verdad o una mentira más.

Me quedé helado. No lo había pensado.

—Ella me lo dirá, si yo se lo pido.

—¿De verdad sigues tan ciego con la víbora de tu hermana? —Se llevó las manos a la cabeza, desesperado—. Llámala. Venga, llámala delante de mí. Salimos de dudas ahora mismo. Pero antes de que lo hagas, escucha bien, porque voy a dejarte tres cosas muy claras. —Su voz bajó un tono, más grave, más mortal—.

»Primero, no voy a parar hasta descubrir la verdad, solo para que vivas con la culpa de ser el mayor desgraciado del mundo. Segundo, cuando todo salga a la luz, no vas a volver a acercarte a mi hermana, ni aunque te arrastres de rodillas. Y tercero, recuerda tus propias palabras: tú mismo dijiste que ella y su hijo estaban muertos para ti. Pues agárrate a esa mentira, porque yo no pienso dejar que vuelvas a herirlos.

Me dio un empujón que casi me tiró contra el marco de la puerta y se metió dentro de la casa sin esperar invitación.

—Venga, no me hagas perder más el tiempo. Llámala.

Con la mandíbula dolorida y el orgullo hecho trizas, fui a buscar el teléfono. Necesitaba demostrarle que la que mentía era su hermana. Tenía que ser así. Porque, de lo contrario, iba a cargar con este error toda mi vida.

—Selena —dije en cuanto descolgó—. Necesito el nombre del detective. Quiero hablar con él y hacerle algunas preguntas.

—No sé para qué lo quieres —respondió, con voz cansada, a la defensiva —. Ya sabes todo lo que tenías que saber.

—Eso no es asunto tuyo. Te he dicho que lo necesito y punto.

—No me acuerdo de su nombre.

Aquello ya no me gustaba nada.

—¿Cómo que no lo sabes? Selena, o me lo dices ahora mismo… o te quito todo lo que tienes.

—Eros, por favor, deja a esa puta fuera de tu vida y vuelve a ser como antes. —Me rogó con un llanto fingido que me revolvió el estómago.

—Último aviso —gruñí entre dientes—. O me lo dices ya… o en menos de cinco minutos te quedas sin nada.

Acabó cediendo. Se puso a llorar, a patalear, a decir que no quería, pero al final, bajo amenaza, me dio un nombre y un número de teléfono.

—Yo tenía razón, no quería dártelo. Ahora llámalo, dile que quieres quedar con él y que no importa el precio que pida, pero que sea ahora mismo.

—Yo no sigo órdenes tuyas, no te confundas conmigo, Daniel. Si lo llamo ahora mismo, es para que te des cuenta de que la única que ha mentido en

todo ha sido Paula.

Lo llamé y quedamos en su despacho. Daniel fue en su coche y yo en el mío, con la condición de que el primero que llegara debía esperar al otro para que entráramos juntos.

—Buenas tardes, Eros, ¿verdad? —preguntó el detective mientras me tendía la mano—. ¿En qué puedo ayudarle?

Le expliqué lo que quería saber. Ese hombre se puso de todos los colores; no sabía dónde meterse.

—Si nos cuentas la verdad ahora mismo, te pago tres veces más de lo que te hayan pagado por hacer este trabajo.

—Vino una mujer con un hombre, eran un matrimonio. Me pidieron que siguiera a otra mujer para saber si estaba engañando a su marido. Cuando investigué y vi que no lo hacía, me pidieron, a cambio de una gran suma, que si no podía pillarla en una situación comprometida… inventara pruebas. El negocio no me va bien y tengo muchas deudas, así que acepté. —Se notaba su vergüenza—.

»La consigna era clara: hacer parecer que esa mujer llevaba tiempo engañando a su esposo. Y tuve suerte al ver cómo saludaba a un hombre que iba acompañado de su mujer. Solo tuve que buscar el ángulo perfecto para que pareciera que se besaban en la boca. Eso es todo lo que pude hacer. Porque, en realidad, esa pobre mujer ni miraba a otro. Era como si no existiera nadie más para ella.

—¡Hijo de puta! —Lo agarré por el cuello de la camisa y lo levanté de la silla—. ¡Por tu culpa he perdido a mi mujer y a mi hijo!

—Lo siento, me hacía falta el dinero.

—Pues ahora sí que lo vas a necesitar, porque te voy a hundir. No volverás a trabajar en esto jamás.

—Suéltalo —intervino Daniel con la voz helada—. Aquí el único culpable eres tú, por no haber creído a la mujer que decías amar. Ahora que ya sabes la

verdad: no te acerques a ella. Para Paula y para ese niño estás muerto.

Daniel salió, dejándome solo con el peso de mis propios errores. ¿Cómo había podido hacerle algo así? No me iba a alcanzar la vida entera para pedir perdón.

Regresé destrozado a casa, pero con una decisión tomada: tenía que arreglar lo que aún pudiera.

Llamaría a mi abogado para desheredar a mi hermana de todo. Desde este momento, dejaba de tener hermana. También la echaría de mis propiedades, ya que la casa en la que vivía se la había comprado yo y seguía a mi nombre, precisamente para evitar que, si algún día se separaba, el ex pudiera sacar tajada.

Del dinero no podía recuperar nada, porque las cuentas estaban a su nombre, pero que disfrutara lo que tuviera… de mí no recibiría ni un céntimo más.

Mira por dónde, no tuve que llamar al abogado, porque él mismo me estaba llamando.

—Contigo quería hablar —dije al descolgar.

—No sé qué tenías que decirme, pero acabo de recibir un burofax de la abogada de tu mujer. Han interpuesto una demanda de divorcio.

—¡Joder! —grité golpeando el volante—. ¡No lo voy a firmar!

—Pero, Eros, en la demanda, especifica que no quiere nada. Solo exige que se firme cuanto antes.

—He dicho que no voy a firmar.

—Te pueden llevar a juicio.

—Me da igual, que me lleven. Te llamaré en cuanto llegue a casa; necesito que hagas varias cosas.

—Espero tu llamada, entonces —concluyó antes de colgar.

«No te voy a dar el divorcio, Paula», pensé con rabia. Voy a hacer todo lo que sea necesario para que vuelvas conmigo, aunque me cueste la vida. Y esa era la promesa más grande que me había hecho jamás… y pensaba cumplirla.

Capítulo 34



Paula

Por mucho que los días pasaban, mi ánimo no mejoraba. Me encerraba en casa, sin salir a la calle, sin ir a trabajar.

Incluso había llegado a sopesar la idea de traspasarle el salón a Amaya o a Pablo. Me daba igual a quién de los dos se lo quedara; lo único que quería era que nadie me hablara. Aunque después lo pensaba mejor y me repetía que algo tendría que hacer: no podía permitir que a mi hijo le faltara de nada.

Necesitaba tiempo para lamer mis heridas. Sé que de amor nadie muere, pero duele, duele tanto que a veces me hacía desear la muerte.

Me enteré por mi hermano de que Eros ya sabía la verdad. Sinceramente, me daba igual que se hubiera enterado o no; el daño ya estaba hecho.

No quería saber nada de un hombre que, a la primera de cambio, ponía en duda a su pareja. Si me hubiera preguntado antes de dar nada por hecho… si me hubiera escuchado antes de gritarme y decirme todo aquello… si hubiera actuado de otra forma, quizá ahora sería yo la que lo escuchara. Pero ahora no. No así.

Lo único que quería era que firmara los papeles del divorcio para no tener que verlo nunca más, que desapareciera de mi vida por completo. Sabía que era imposible: estaba esperando un hijo suyo.

Pero como él mismo había dicho: ese niño no era suyo. Y ahora, definitivamente, no lo sería. Mi bebé era solo mío, y de nadie más.

Me levanté de la cama porque el timbre no paraba de sonar. Seguro que era alguno de mis amigos, venían a ver cómo estaba.

En ese momento agradecí no haber hecho caso a Eros cuando me insistió en que vendiera o alquilara el piso. De haberlo hecho, ahora estaría viviendo en casa de mi madre.

No es que me llevara mal con ella, todo lo contrario: la quería mucho, era fundamental en mi vida. Pero yo estaba acostumbrada a mi independencia.

—¡Ya voy, pesados, sois insoportables!

Qué gilipollas fui por no mirar antes por la mirilla. De haberlo hecho, jamás habría abierto.

Allí estaba Eros, al otro lado, con un montón de bolsas en las manos. Sabía muy bien cuáles eran, porque yo misma las había comprado.

A simple vista se le notaba más delgado, con ojeras marcadas. Sería la conciencia, que no lo dejaba vivir tranquilo. Que le dieran.

—Te traigo las cosas que compraste para el bebé.

No contesté. No merecía la pena. Solo cerré la puerta y eché los cerrojos. Por mí podía quedarse en el rellano toda la vida: lo iba a ignorar.

—Paula, cógelas por lo menos. Las compraste tú y el niño las necesitará cuando nazca… —«No lo escuches, Paula», me repetí camino de la cama—. Paula, escúchame, aunque solo sea esta vez, por favor… —La voz se le quebró.

Me dio igual. A mí me había roto el corazón, y yo seguía aquí, viviendo. Para su desgracia, porque estaba segura de que le hubiera encantado que no lo hiciera.

—Me equivoqué —suplicó—, y sé que no voy a tener vida suficiente para pedirte perdón, pero escúchame, si alguna vez me quisiste, hazlo.

Tenía gracia que apelara a eso: si alguna vez lo quise tenía que escucharlo, lo mismo que él me escuchó aquel día.

No pensaba hacerlo. Ni ahora, ni nunca.

—Por favor, nena —volvió a rogar—, perdóname. Sé que no merezco este perdón que imploro, pero no puedo vivir sin ti. Te necesito en mi vida.

No llegué a la cama. Me apoyé contra la pared del pasillo y me dejé caer hasta el suelo. Abracé mis rodillas y escondí la cabeza entre ellas.

Me estaba destrozando oírlo. Cada palabra era un cuchillo, me estaba matando de dolor. Quería que se fuera. De nada me servía su arrepentimiento. Volvía a llorar, otra vez, y ya estaba cansada de hacerlo. No quería sentir más pena. No quería sentir nada por él.

Ojalá mis sentimientos desaparecieran de un plumazo. Era lo único que deseaba en la vida: dejar de sentir por Eros. ¿Qué había que hacer para dejar de amar a alguien a pesar del daño que te ha infligido?

Que alguien me lo dijera, porque yo estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario con tal de no sentir nada.

Si me concedieran un deseo ahora mismo, pediría solo una cosa, con absoluta certeza: dejar de sentir por ese hombre. Que se volviera indiferente ante mis ojos, ante mi corazón.

—Sé que podemos ser felices, solo tienes que darnos una oportunidad. Hazlo por nosotros, por nuestro hijo… —«¿Nuestro hijo?» Se equivocaba, era solo mío—. Si al menos me dieras la oportunidad de contarte lo que sentí en esos momentos, de cómo me sentí después y cómo me siento ahora… — Se escuchó un golpe suave en la puerta, como si hubiera dejado caer la frente sobre ella—.

»Por favor, te lo imploro, haré lo que quieras, pero escúchame una vez, aunque sea solo una. Necesito pedirte perdón mirándote a los ojos, para que

veas que soy sincero.

Me levanté del suelo. No podía seguir así. No quería seguir oyendo su voz. Abrí la puerta apenas un poco, lo justo para que no pensara que lo estaba invitando a entrar.

—Basta ya. No quiero escucharte más. Soy yo la que te lo pide: vete. Haz tu vida y déjame hacer la mía. Entre tú y yo no hay nada, y no lo habrá jamás. —No fui capaz de mirarlo a los ojos. Me sentía cobarde. Sabía que si lo hacía, me costaría mucho más dejar de echarlo de menos.

—Por favor, déjame entrar.

—No. Quiero que te marches y te lleves todo eso. No quiero nada que me recuerde ese día ni a ti. Vete, Eros. Haz tu vida, olvídate de mí y firma los papeles, para que no quede nada que nos ate.

—Siempre habrá algo que nos una. Nuestro hijo está ahí, y eso no puede desaparecer.

—Recuerda lo que me dijiste: este niño no es tuyo, es solo mío.

—Es nuestro, Paula. De los dos. Lo hicimos con amor, los dos lo deseábamos.

—Tú renegaste de él. Dijiste que para ti estaba muerto. Pues que así sea. Mi hijo no tiene padre, ni lo necesita. Haz lo que te he dicho: firma los papeles y desaparece de nuestras vidas.

—No voy a firmar nada. Si quieres llevarme al juzgado, hazlo, que sea el juez quien decida. Pero yo no voy a firmar, ni voy a desaparecer. Voy a luchar por vosotros hasta mi último día de vida, si hace falta. No me voy a rendir. —Soltó un suspiro largo, como de derrota—. Sé que si una vez te conquisté, puedo volver a hacerlo.

—Te equivocas. Cuando te conocí no sabía quién eras en realidad. Ahora lo sé. He visto lo dañino que puedes ser, he visto que tus palabras no tienen validez, que todo tú eres una mentira.

—Me estás juzgando por una mala reacción. Creí que me estabas engañando, que todo lo que me habías dicho era mentira. Me estás juzgando por un solo día. ¿Dónde quedan el resto de los días, aquellos en los que estuve a tu lado demostrándote todo mi amor?

—Quedaron en el mismo sitio que los míos cuando no me creíste y me juzgaste. —Me atreví, por fin, a mirarlo a los ojos. Quería que viera lo que había hecho conmigo: que viera lo rota que estaba, lo vacía que me sentía. Lo que no esperaba era encontrármelo llorando tanto o más que yo—. Eros, si de verdad dices que todavía sientes algo por mí, entonces te pido un favor: vete. Déjame. Este nerviosismo no le hace ningún bien al niño. Vete y no vuelvas.

—Paula, por favor… —Intentó cogerme la mano. La aparté de inmediato; no quería que me tocara—. Al menos dime qué puedo hacer para que me perdones.

—Nada, Eros. No puedes hacer nada.

—No digas eso. Si me perdonas, sé que podemos formar la familia que tanta ilusión nos hacía.

—Por favor, no me encuentro bien. Vete, necesito descansar un poco… solo te pido eso.

—Está bien, me voy. Solo para que descanses. Pero, por favor, no olvides que os amo, a los dos.

Cerré la puerta. Ya no había nada más que decirnos.

Me volví a meter en la cama. Las horas pasaban y la angustia crecía; cada vez me sentía peor. El cuerpo no dejaba de temblar y la cabeza me iba a estallar.

Sabía que aquello no era depresión. Algo me estaba pasando… y el miedo de que mi hijo pudiera estar en peligro me invadió por completo. Entonces llamé a mi madre, le pedí que viniera a buscarme y me llevara al hospital.

Capítulo 35



Eros

Cuando me decidí a ir a la casa de Paula fue porque ya no soportaba no saber de ella. Necesitaba verla con mis propios ojos, comprobar cómo estaba. Lo que nunca imaginé fue encontrarla en un estado tan lamentable.

Me preocupé en cuanto la vi. Estaba mucho más delgada, con profundas ojeras oscuras enmarcando unos ojos hinchados y rojos de tanto llorar.

Y el culpable de todo eso era yo.

Después de descubrir la trampa de mi hermana, después de haberme creído todas sus mentiras, me armé de valor y llamé a Pablo. Me arriesgaba a que no me cogiera el teléfono o, si lo hacía, fuera para insultarme. Y bien merecido lo tendría.

Lo llamé porque necesitaba que me contara qué le había dicho Selena a Paula. No porque pensara que mi mujer me había mentido —ya tenía más que claro que no lo hizo—, sino porque necesitaba terminar de abrir los ojos y ver hasta dónde me había manipulado Selena.

Al principio, en cuanto descolgó, me soltó de todo. No me pilló por sorpresa; me lo esperaba. Y, para lo que merecía, me dijo hasta poco. Aun así, me contó lo que había escuchado de boca de Selena.

Lo que me dejó sin palabras fue cuando me reveló que, antes de saber que estaba embarazada, alguien había entrado en casa de Paula y le había dejado una rata muerta junto a una nota. Ella estaba convencida de que aquel día fue cuando me dijo que le había surgido un problema. Una semana después, nos enteramos de que esperábamos a nuestro hijo.

También me confesó que había recibido una llamada desde un número oculto, en la que la amenazaban.

¿Por qué no me lo contó entonces? ¿Por qué me lo ocultó todo? Lo más probable es que lo hiciera para evitarme preocupaciones. Estaba seguro de que esa había sido la razón.

Aproveché para preguntarle qué le había pasado cuando se la llevó la ambulancia. No obtuve la respuesta que deseaba. Solo me dijo que no era asunto mío, que no volviera a llamarla, y me colgó.

En esos días intenté hablar con Daniel, pero no contestó a ninguna de mis llamadas.

Lo había perdido todo por culpa de los caprichos de Selena. Por su culpa… y por la mía. Porque yo era igual de culpable, o más que ella.

Me merecía estar solo. No sabía cuidar a las personas que amaba, así que no merecía tenerlas a mi lado. Pero, aun así, como un egoísta, me moría de ganas de recuperarla, de tenerla conmigo.

¿Llegaría a perdonarme alguna vez? ¿Me permitiría ver a mi hijo… o a mi hija? Estaba seguro de que ya sabía el sexo del bebé, y yo no. Me consumía la necesidad de saberlo, no solo el sexo: necesitaba saber que todo iba bien, que estaba creciendo sano. Pero ¿con qué cara iba a preguntarle algo así?

Eran tantas las cosas que no dejaban de dar vueltas en mi cabeza que, a ratos, llegaba a pensar que me volvería loco. Quizá sería lo mejor… así me olvidaría de todo y dejaría de sentir que había arruinado mi vida para siempre.

Cada noche, en la soledad de nuestra habitación, pedía ayuda a mis padres. Les suplicaba que me echaran una mano, que me ayudaran a recuperar a mi familia.

Si algún día lograba que Paula me perdonara y volviera conmigo, me juraba que me convertiría en el mejor marido y en el mejor padre del mundo. Se lo debía a ella. Y también me lo debía a mí.

Aquella noche estaba en el salón, con una cerveza en la mano, intentando adormecer mis pensamientos. Pero sabía que para lograrlo necesitaría algo mucho más fuerte.

—¡No puedes quitarme nada, soy tu hermana! —La voz de Selena me sacó del trance. Se me había olvidado de que tenía sus propias llaves—. Todo por esa zorra. Te creía más hombre, y no un gilipollas que se arrastra a los pies de una mujer que no vale nada ni tiene tu clase ni tu dinero.

—Como vuelvas a insultarla, vas a descubrir de lo que soy capaz. —Me levanté lentamente—. Como vuelvas a molestarla o a menospreciarla, te quitaré lo poco que te he dejado. Tiene gracia que precisamente vengas tú a hablarme de clase. Tú, que no sabes lo que es la educación. Tú, que no conoces los valores, que no sabes lo que significa tener un corazón.

—Yo siempre he querido para ti a una mujer a tu altura, no a una simple peluquera que no tiene dónde caerse muerta.

—Esa peluquera tiene más que tú. Porque si a mí me pasa algo, todo será de ella.

—No puedes haber hecho eso. No has podido desheredarme. Soy tu hermana.

—Dejé de tener una hermana en el momento en que me destrozaste y rompiste toda mi felicidad. Y, en cuanto a la herencia, no apareces por ningún lado. Ni un céntimo vas a tener mío. Si quieres dinero, ponte a trabajar… y de paso que lo haga tu marido también.

—Te juro por nuestros padres que, antes de que esa puta toque algo que me pertenece, la mato. A ella… y al engendro que espera también.

Amenazar con matar a mi mujer y a mi hijo… eso sí que no se lo iba a dejar pasar. La agarré del brazo y tiré de ella con fuerza para sacarla de mi casa.

—Escúchame bien, Selena —dije apretando los dientes para contener la rabia; de lo contrario, acabaría haciendo algo de lo que podría arrepentirme —. No te atrevas a acercarte a mi mujer. No quiero ni que respires cerca de ella. Como le pase algo, lo más mínimo —aunque sea un simple dolor de cabeza—, la culpable serás tú. Y tengo recursos de sobra para meterte en la cárcel el resto de tu vida.

—No tienes ni idea de lo que soy capaz de hacer. Pero te aseguro que no vas a conocer la felicidad. —Me empujó con toda la rabia que llevaba dentro.

—Vete ahora mismo, si no quieres que te denuncie por amenazas.

—Estás muerto para mí.

—Lo mismo te digo. —Entré, dejándola en la calle, y cerré de un portazo.

Era increíble lo poco que se puede conocer realmente a las personas. A mi hermana la crie yo: le di todo mi cariño, la consentí, la mimé, la cuidé como si fuera mi hija.

Qué ciego había estado para no darme cuenta de lo que en realidad era. Siempre pensé que solo era una malcriada. Pero no. Por muy caprichosa y consentida que fuera, eso no explicaba tanta maldad.

De ella ya podía esperarme cualquier cosa. Nada iba a pillarme desprevenido. Y no pensaba quedarme de brazos cruzados. Eso lo tenía muy claro.

Iba a buscar para Paula —y para todo su entorno— la mejor protección que el dinero pudiera pagar.

Tenía que hablar con Daniel. Fuera como fuera, debía escucharme. Lo necesitaba de mi lado para proteger a su hermana… de la mía.

Mientras contrataba a alguien, yo mismo iba a quedarme vigilando el piso de Paula, aunque tuviera que dormir en el puto coche día y noche.

Cogí la cartera y las llaves del coche para ir en busca de Daniel. Si no respondía al teléfono, me escucharía cara a cara, quisiera él o no.

—¿Quién es? —preguntó Amaya cuando toqué el portero.

—Soy Eros. Y antes de que me digas que me vaya, no lo voy a hacer. Necesito hablar con Daniel. Amaya, es muy importante que hable con él. Si de verdad quieres a tu amiga, abre la puerta.

—Está bien, pero en cuanto te hayamos escuchado, te irás.

—Perfecto.

Me abrió, y entré lo más rápido posible.

—¿Dónde está Daniel? —pregunté al verla.

—En la cocina. No sabe que te he dejado subir, así que ya sabes lo que puedes esperar en cuanto te vea.

Había estado infinidad de veces en ese piso. Nos habíamos pegado buenas fiestas allí, más de una vez acompañados.

—Tengo que hablar contigo. Y sí, me vas a oír, quieras o no, porque esto no va de ti ni de mí. Esto trata de la seguridad de mi mujer y de mi hijo. —Lo solté todo de golpe, para que no me cortara ni me mandara a la mierda.

—De mi hermana me encargo yo. Tú no tienes nada que ver con ella.

—No me toques los cojones. Estoy casado con ella y voy a seguir estándolo, por mucho que os joda a todos. Me importa una mierda lo que penséis de mí.

—El puñetazo del otro día va a ser una caricia comparado con el que te voy a dar ahora. Te aviso: más vale que te largues si no quieres que lleguemos a las manos.

Me acerqué a él, lo agarré del cuello y lo empotré contra la pared que tenía a su espalda.

—El otro día me pillaste desprevenido, y me lo merecía. Por eso no me defendí. Pero hoy no voy a dejarte pasar ni una, no cuando la vida de tu hermana puede estar en peligro. —Apreté un poco más fuerte, para que me prestara atención—. Si quieres odiarme, hazlo. Pero si quieres que tu hermana esté bien, me vas a escuchar. ¿Estamos?

Asintió. Lo solté despacio, aunque sin fiarme del todo.

—¿Por qué dices que la vida de mi hermana está en peligro? —Cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Y a qué viene todo esto sobre Paula? —intervino Amaya, entrando en la cocina y situándose junto a su pareja—. ¿No será otra de tus tretas para que la ayudemos contigo?

—Desde que me enteré de que todo era cosa de mi hermana, tomé cartas en el asunto. Le he quitado todo, y como era de esperar, ha reaccionado. —Todavía me costaba aceptar que Selena fuera capaz de esas cosas—. La he desheredado. Hoy vino a casa a reclamarme por qué le había quitado todo. Fue ahí cuando le dije que no recibiría nada, ni un céntimo, aunque me muriera. Que todo sería para tu hermana y para mi hijo.

—¿Y eso qué tiene que ver con la vida de mi hermana? —Daniel seguía desafiante.

—Si me dejaras terminar de hablar, a lo mejor te enterarías —le reproché.

—Eso tiene solución: sé breve, así tengo que escucharte menos tiempo —replicó con sarcasmo. Joder, Daniel siempre había sido cabezota, pero esto ya era demasiado.

—Cuando le quité todo, reaccionó de una manera que jamás imaginé. Para resumir: me ha amenazado con matar a Paula y a mi hijo antes de dejar que obtengan nada de mí. —Daniel se tensó, y Amaya se tapó la boca, horrorizada—. He venido porque necesito que me ayudes a vigilar a tu hermana. Algo en la mirada de Selena me hizo ver que no mentía. Es capaz de cualquier cosa. Cuando lo pierdes todo, ya no temes nada con tal de intentar salirte con la tuya.

—¿Y por qué no haces algo ya? —preguntó Amaya, preocupada.

—No tengo pruebas para denunciarla. Solo puedo ponerle protección hasta que intente algo.

—Paula está ingresada en el hospital —dijo Amaya.

No podía ser. Yo la había visto esa misma mañana.

—Hoy se empezó a sentir mal. Llamó a mi madre para que la llevara. Tiene la tensión muy alta, y eso es peligroso para el niño. La han dejado ingresada, al menos hasta mañana.

—Dime en qué hospital está —exigí.

—No te lo voy a decir. No quiero que vayas a verla.

—¡Joder, es mi hijo! Piensa lo que sentirías tú si fuese el tuyo. —Creía que el corazón se me iba a salir de lo rápido que me latía.

Amaya, con un poco más de compasión, terminó diciéndome en qué hospital estaba.

Aunque no entrara en la habitación —para no alterarla al verme—, sí iba a hablar con los médicos. Necesitaba que me informaran de su estado para poder quedarme, al menos, un poco tranquilo.

Capítulo 36

Paula

Tres días me tuvieron ingresada en el hospital. El niño estaba bien, pero yo tenía la tensión un poco alta, así que debía cuidarme mucho: aquello podía acarrear serios problemas al bebé.

Por ahora salí solo con medicación. Me recomendaron mantenerme lo más tranquila posible, hacer algo de deporte —yoga, caminar— y llevar una dieta sana. Tan sana, que la sal me la quitaron casi por completo.

Si eso era lo que debía hacer para que mi hijo siguiera creciendo sano y fuerte, lo haría sin dudarlo. Para mí, él era lo primordial.

Sé que Eros estuvo esos tres días en el hospital. No soy tonta. Se notaba en el nerviosismo de mi madre; era la que peor sabía disimular de todos.

En esos días tuve tiempo para hablar mucho con doña Carmela, como la llamaba yo cuando quería picarla, que era casi a diario. —Seamos sinceros. Mi madre era muy buena, la quería por encima de todo, pero era tremendamente picona, aunque se le pasaba rápido. Gracias a eso, nuestras reuniones familiares siempre estaban llenas de vida; era raro que en alguna no acabara sobresaltándose por algo que le dijéramos Daniel o yo.

Hablando en serio: durante esos tres días, en los que apenas se apartó de mi lado salvo para ducharse, hablé mucho con ella.

Lloré mucho. Y ella conmigo. Yo, por el dolor que seguía latiendo en mi corazón: por la pérdida del único hombre del que había estado enamorada y por el hecho de que, a mi pesar, aún lo seguía estando. Ella lloraba al verme así, porque a los hijos se les quiere por encima de todo, y el dolor de ellos es el dolor de una madre. Ahora lo entendía bien: mi hijo aún no había nacido, y ya sentía que sería capaz de hacer cualquier cosa por él.

También lloró al hablarme de mi padre. Él se fue cuando yo era muy pequeña. No se marchó porque quisiera: un accidente de trabajo nos lo arrebató. Para mi madre, había sido el único amor de su vida. Y a la vista estaba: nunca rehízo su vida ni quiso hacerlo. Decía que cuando se ama de verdad, como ella lo había amado, es imposible volver a abrir el corazón, no porque no lo intentara, sino porque nadie podría ser igual que él.

¿Sería mi amor por Eros tan grande como el de mi madre por mi padre? ¿Sería yo como ella, destinada a amar a un solo hombre? Mucho me temía que sí.

Fue una pregunta suya la que me hizo replantearme muchas cosas. Bueno… más de una.

La primera: *¿Qué habrías hecho tú si Daniel te hubiera mandado esa foto en la que parecía que Eros te estaba siendo infiel?*

Tuve que pensarlo mucho. No puedo repetir las palabras exactas que le habría dicho, pero siendo sincera conmigo misma, estoy segura de que también habría sido muy hiriente con él. ¿Acaso mi hermano me mentiría con algo así?

Y si encima, después de enseñarme la foto, aprovechara mi vulnerabilidad para llenarme la cabeza con ideas contra él… me las habría creído todas.

No justifico sus palabras ni sus actos. Justifico el impulso del momento. No todo el mundo tiene la misma capacidad de autocontrol y frialdad, y mucho menos cuando crees que la persona por la que darías la vida se ríe de ti de la forma más cruel.

La segunda pregunta fue: *¿Estás dispuesta a vivir tu vida en soledad, viendo cómo él rehace la suya con otra mujer?* Porque, como me dejó claro, el hijo que esperaba era suyo, y por mucho que yo lo negara, siempre iba a formar parte de ese niño.

Y tenía razón. Por muy dolida que estuviera, y aunque me negara a que tuviera algo que ver con mi hijo, era de él también. Tenía derecho a verlo crecer, aunque fuera en los días que le correspondieran.

Por mucho que yo no quisiera, un juez se lo concedería. Eso significaba que seguiría viéndolo, que cruzaríamos palabras de vez en cuando. Y respecto a la pregunta de mi madre, mi respuesta fue clara: no. No estaba preparada para verlo con otra mujer, formando la familia que tanto habíamos soñado. Me parecía injusto. O, al menos, yo lo sentía así.

La tercera pregunta: *¿De verdad pesan más unas palabras dichas en un arrebato de rabia —algo que cualquiera puede tener— que todo lo que te ha demostrado durante vuestra relación?*

Ahí no supe responderle con sinceridad. Todavía me dolían demasiado sus palabras. Pero sí podía reconocer que, desde el primer día, siempre me había tratado con cariño, con amor. Se había comportado de forma ejemplar y nunca se había cortado en decirme lo mucho que me quería.

Por ahora, solo quería que los días pasaran. Quizá, con el tiempo, empezara a verlo todo de otra manera… o al menos dejaría de doler tanto.

Lo único que deseaba era estar sola, lamerme las heridas. Pero no había forma humana de conseguirlo. Desde que me ingresaron y luego me dieron el alta, siempre había alguien conmigo. Siempre. Hasta en mi propia casa. Si no se quedaba uno, se quedaba otro.

Y empezaba a hartarme. No porque no los quisiera, ni porque me molestaran… sino porque echaba de menos un poco de soledad.

—Pablo, estoy bien —le dije a mi amigo, que estaba sentado a mi lado en el sofá—. ¿No tienes trabajo que hacer? Se supone que a esta hora deberías

estar en el salón. A ver qué me voy a encontrar cuando vuelva… lo mismo ni clientas me quedan.

—No seas tonta, el salón va mejor que nunca.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —insistí.

—A Ana le hacían falta unas horas extras. —Ana era la chica que contraté para las tardes—. Por lo visto le surgió un problema, así que le dije que hiciera mi turno esta mañana. Qué quieres que te diga, me gusta ayudar al prójimo.

—Lo que tienes es mucha cara. —Reí con él. Siempre lo conseguía—. En vez de disfrutar de tu mañana libre, la pasas conmigo. De verdad, estoy bien. El niño también, y la tensión la tengo perfecta… aunque no va a seguir así si no me dejáis, al menos un par de horas, sola.

—Solo estamos preocupados por ti. No creo que eso sea malo.

Ahora me sentí mal.

—Lo siento, no quería decirlo así. Sé que estáis todos pendientes de mí y os lo agradezco de corazón, pero también tenéis que entenderlo: necesito mi espacio.

—Cuando vivías con Eros no decías lo mismo. —Su intención fue bromear, pero no funcionó. Se dio cuenta enseguida—. Perdona, no tenía que haberlo nombrado.

—No pasa nada, es normal que se le nombre de vez en cuando. —Le quité importancia—. Y tienes razón: no me importaba pasarme todo el día con él. Con esto no quiero decir que no me guste estar con vosotros, es solo que ahora… no estoy bien. Y muchas veces necesito estar sola, hablar conmigo misma —suspiré, abrumada—. Ains… tengo tal lío en la cabeza que ni sé cómo explicarlo.

—¿Te estamos agobiando un poco? —preguntó serio.

—No es eso. Es solo que necesito un poco de espacio. Espero que no os lo toméis a mal. —Apoyé la cabeza en su hombro y él me rodeó con el brazo—. Sabéis que os quiero más que a mi propia vida, pero coño, haced la vuestra y dejadme la mía. —Eso lo hizo reír.

—Intentaré hablar con los demás, aunque no prometo nada. Están demasiado sobreprotectores. —Puso la mano sobre mi vientre y, justo entonces, el niño se movió—. ¿Se ha movido? ¡Dios! Mi campeón me ha saludado, sabe que su tito favorito está aquí.

No pude evitar reírme. Con Pablo era imposible no hacerlo, más por sus caras y gestos que por lo que decía.

—Sí, se ha movido. Pero no te ilusiones, lo hace continuamente.

—Qué mala eres… me acabas de romper el corazón. Yo que pensaba que lo hacía por oír mi voz.

—Da igual con quién o cuándo se mueva ahora. Lo que importa es lo mucho que te va a querer. —Un suspiro se me escapó—. Tengo tantas ganas de tenerlo entre mis brazos…

—¿Y ese suspiro?

—Nada… es solo que antes, cuando aún no sabía lo que sería, siempre deseé un niño que se pareciera a su padre por completo. Y ahora que sé que es niño… me da miedo que se parezca demasiado a él.

—¿Por qué? Vale que fue un capullo, eso lo sabemos todos, pero hay que admitir que está cañón. Vamos, que si mi sobrino se parece a él, voy a tener que pasarme el día espantando moscas y moscones.

—Porque si se parece a él, me costará mucho más olvidarlo.

—¿Y estás segura de que quieres olvidarlo? —Me miró fijo—. No hace falta que me contestes. Respóndete tú misma.

¿De verdad quería olvidarlo? No lo sabía. Lo único que tenía claro era que mi corazón seguía latiendo por él.

Como no quería seguir dándole vueltas, me levanté del sofá con ganas de salir, de que me diera el aire y comerme una *pizza*.

¿Era normal tener estos cambios de ánimo tan bruscos? ¿Me estaría volviendo loca? ¿O eran solo las hormonas del embarazo, que me hacían oscilar sin control?

Fuera lo que fuera, tenía antojo de salir, y lo iba a hacer.

—Me ducho en un momento y nos vamos a comer una buena *pizza*. Mi niño está de antojo.

—Podemos pedirla y comer aquí. ¿De verdad me vas a sacar de casa con lo a gusto que estoy?

—Sí. A ti te encanta la calle y a mí me apetece que me dé el aire. En cinco minutos estoy lista.

—Vale, pero aviso a Héctor para que venga con nosotros. ¿No te importa?

—Estás tonto. ¡Con lo bien que me cae! Por mí, encantada.

De pronto me había venido un subidón de ánimo. Como hacía días que no lo tenía, iba a aprovecharlo antes de volver a caer.

Me duché en menos de cinco minutos y me puse un vestido blanco que, por cierto, ya me quedaba un poco estrecho de cintura. Yo estaba más delgada, pero el niño crecía, y mi barriga también.

El embarazo ya se notaba bastante. Muchas veces me quedaba mirándome en el espejo, acariciando la barriga y hablándole a mi hijo. Me gustaba ver cómo iba creciendo poco a poco. Lo que no me gustaba tanto era que, entre la ropa que se había quedado en casa de Eros y la que ya me empezaba a quedar pequeña, me quedaba sin nada que ponerme. No me iba a quedar otra que ir pronto a comprar prendas nuevas.

—Lista —dije al salir al salón.

—¿Cómo es posible que, después de lo mal que has estado y a pesar de haber perdido peso, estés más guapa que nunca?

—No me digas eso. Por mucho que lo intentes, las ojeras y la cara demacrada siguen aquí.

—No es un cumplido, es la verdad. —Se puso en pie—. Anda, vamos, que Héctor nos espera en la pizzería que tanto nos gusta.

Capítulo 37



Eros

Pablo: *Vamos a salir. Paula quiere comer "pizza" y, aunque intenté convencerla de pedir a domicilio, dijo que le apetecía que le diera el aire. No pude negarme. Avísales para que estén preparados.*

Eros: *Perfecto. De todos modos, dime dónde vais a comer. Y, Pablo… gracias por cuidarla. ¿Cómo está hoy?*

Pablo: *Te mando el nombre de la pizzería. Está bien, cambia mucho de opinión, pero por lo demás todo correcto.*

No es que hubiéramos vuelto a ser amigos. Apenas hablábamos, solo lo necesario y siempre por asuntos de Paula. Pero al menos me mantenía informado, como en este caso.

Había contratado a cuatro guardaespaldas, turnos de dos, veinticuatro horas al día. Condición indispensable: ser totalmente discretos.

No quería que ella se enterara. El médico fue claro conmigo: las subidas de tensión eran consecuencia del estrés y debía mantenerse lo más tranquila posible. Por eso se lo ocultábamos.

También contraté a un investigador privado. Esta vez en condiciones, no como el imbécil al que recurrió mi hermana.

Selena había desaparecido y quería saber dónde estaba, mantenerla vigilada. Un animal acorralado es impredecible: nunca sabes por dónde puede atacar.

Ojalá, Paula, contemplara la posibilidad de perdonarme. Nada desearía más. La echaba de menos… y tenerla de nuevo a mi lado me permitiría protegerla aún más.

Si había levantado una empresa desde la nada, también podía lograr que Paula volviera conmigo.

Pablo me mandó el nombre de la pizzería. Avisé a los guardaespaldas para que estuvieran listos y me metí a duchar. A mí también me apetecía *pizza*, y esa, al parecer, era la mejor.

Si me mantenía siempre a distancia, dándole espacio, jamás conseguiría su perdón. ¿Cómo lograrlo? Haciendo lo que ya imagináis: aparecer hasta en la sopa.

Quien no lucha por sus sueños nunca los alcanza. Y yo no iba a quedarme de brazos cruzados. Sería muy presente en su vida, pero con cuidado: no quería alterarla ni provocar que le subiera la tensión.

Las guerras no las ganan los más valientes. Las ganan los más astutos. Y yo en astucia, tenía un máster, aunque hasta ahora hubiera estado demasiado descolocado para jugar bien mis movimientos.

Después de comer en la misma pizzería donde estaban ellos, tenía previsto pasar por un lugar muy concreto. Allí iba a conseguir algo que, estaba seguro, Paula no podría rechazar jamás.

Sonreí al imaginar su cara cuando lo viera. Prepárate, Paula, porque estoy dispuesto a todo.

Que empiece el juego.

Mientras conducía hacia el lugar donde estaban, hice varias llamadas para informarme sobre cuestiones del embarazo. Me atendieron con amabilidad,

resolvieron mis dudas y me ofrecieron su ayuda en todo lo que necesitara.

Y entonces la vi.

—Buen provecho —dije al llegar por su espalda. La noté tensarse, pero no de manera alarmante.

—Gracias —me contestó Héctor.

—¿Me puedo sentar con vosotros?

—No —respondió ella, sin mirarme.

Hice oídos sordos y me senté a su lado. La silla estaba libre… mejor para mí.

—Gracias, muy amable por tu parte.

—Eros, corta el rollo, que te he dicho que no.

—Pues yo juraría que habías dicho que sí. Será que me estoy haciendo mayor. —Quiso disimular una sonrisa, pero yo la conocía demasiado bien.

—Te haces mayor solo para lo que te interesa.

—Exacto, para lo que me interesa. Para lo demás, ya sabes que soy como uno de veinte años. —Le guiñé el ojo.

—Y yo que pensaba que la *pizza* me iba a saber a gloria… y resulta que me va a saber amarga.

—¿Sabías que existen *pizzas* dulces? Si esta no te gusta, puedes pedir otra.

—El que no me gusta eres tú.

—Eso ha dolido, nena. —Me llevé la mano al corazón.

—Más duelen otras cosas. —Tardaba en sacar las uñas… normal, y no se lo iba a tener en cuenta.

—Que me lo digan a mí. Desde que mi mujer no duerme conmigo, me duele hasta respirar.

—Firma los papeles, Eros.

—¿Qué papeles? —Me hice el loco—. Si no eres más específica, no sé de cuáles hablas.

—Sabes que hablo de los del divorcio.

—Uy, esos no puedo firmarlos. ¿Te imaginas que nuestro hijo nace en pecado? —La carcajada de Pablo me delató: estaba justo al lado.

—No me mires así, hay que reconocer que tiene arte.

—Sí, el arte de dar por culo.

—No, por ahí todavía no me has dejado.

—Ay, que me da… intento no reírme, te lo juro, pero es que no puedo evitarlo —dijo Pablo, muerto de risa igual que Héctor.

—Eres un martirio de hombre. ¿Me vas a fastidiar toda la comida o me dejarás comer tranquila?

—Encima que soy educado y paso a saludar… Nena, estás perdiendo los modales. Necesitas volver conmigo: eso de vivir sola te está volviendo una gruñona. —Si las miradas mataran, me habría matado allí mismo.

Mejor retirarme a tiempo. A veces una retirada estratégica es un paso más en la batalla.

—Ha sido una comida muy agradable, pero tengo que irme. —No le di tiempo a reaccionar: me incliné y le di un beso rápido en la frente.

En la boca aún no me atrevía. Con lo cabreada que estaba, era capaz de arrancarme los labios de un mordisco.

—Nena, tenías que haberte visto la cara cuando te ha dado el beso. — Alcancé a oír que le decía Pablo, mientras yo me dirigía a la puerta.

Con una sonrisa en el rostro, me subí al coche. Al fin y al cabo, el primer acercamiento no había ido tan mal.

Llegué a la tienda donde ya lo tenían todo preparado. No dejé que se escapara ni un detalle. Con el paquete en las manos, salí directo hacia la casa de Paula. Uno de los chicos que la vigilaban me había informado de que ya llevaba un rato en casa.

De vez en cuando miraba hacia el asiento del copiloto y no podía evitar sonreír. Estaba deseando que Paula viera lo que había preparado para ella.

Qué pena tener que esconderme para que no me viera a mí.

Aparqué algo alejado. Cogí lo principal del asiento: el resto de cosas las llevaría después. Dejé la cajita en el suelo, con sus pequeños agujeros para que pudiera respirar, y toqué el timbre antes de apartarme a un lado.

Recordé que, al poco de empezar a salir juntos, Paula me contó la historia de su gato Oreo. Recuerdo cómo le brillaban los ojos al hablar de él. Me confesó que los gatos eran su pasión y que no había vuelto a tener otro por miedo a encariñarse demasiado y sufrir cuando llegara el momento de perderlo.

Por eso estaba seguro de que, en cuanto pusiera los ojos en aquel Maine Coon gris que acababa de dejar en su puerta, se enamoraría de él al instante.

Yo, que nunca había sido de animales, ya lo había hecho. Paula caería rendida a las patitas de ese gato.

—¿Qué es esto? —La escuché decir al ver la caja. Se agachó para cogerla —. ¡Hostia, Pablo! Algo se ha movido dentro… espera, hay una nota.

La tomó y la leyó en voz alta para que su amigo la escuchara también:

«Para que te haga compañía en las noches, dándote calor hasta que lo haga yo. Te amo. Eros»

—Ohhh… qué bonito eso que te ha escrito. Paula, abre la caja, que algo se ha vuelto a mover.

—¡Ay! ¡Qué cosa más bonita! —gritó mientras sacaba al gato de la caja.

La verdad es que era precioso: de pelo largo y abundante, en tonos grises y blancos, con unos ojos verdes que hipnotizaban.

—Nena, tiene casi el mismo color de ojos que tu dios griego.

—No es *mi* dios griego. Lo ha hecho a propósito, para que cada vez que mire al gato y lo acaricie, me acuerde de él. —Ella sí que me conocía bien.

—Qué cosita más linda. —Pablo rebuscó en la caja y sacó un sobre—. Aquí están los papeles del gato. Dice que es macho y que está todo en orden, incluso para convivir con mujeres embarazadas.

—Supongo que le habrán hecho los análisis para descartar la toxoplasmosis. Pablo, me acabo de enamorar de esta cosita tan bonita.

—Desde luego tu griego sabe cómo tocarte el corazón. —Bien, un punto para mí. Tocaba ganarme otro.

Ellos se metieron dentro y yo fui al coche a por todo lo que había comprado para el gato. No quería que Paula tuviera que salir a comprar nada, así que lo había pensado todo.

Toqué de nuevo al timbre, esta vez sin ocultarme.

—Está claro que hoy no va a parar de sonar —refunfuñó Pablo al abrir la puerta—. Paula, otra vez para ti. —Y en voz baja me dijo—: has jugado sucio, te acabas de ganar un buen punto.

—Mi intención es ganármelos todos hasta que me perdone y vuelva conmigo.

—Pues sigue así, que vas por buen camino.

—Otra vez tú… —Apareció Paula con el gato en brazos.

—Es que el gato venía con complementos, y se me olvidó dejarlos junto a él —mentí; lo había planeado para verla un rato más—. Pensé que le haría falta una camita, el arenero, comida y algunos juguetes. No se me escapó nada.

—No, a ti nunca se te escapa nada. Eres muy listo —lo dijo con segundas, lo sabía, pero no se lo tuve en cuenta.

—Dime que me perdonas, por favor.

—Te hace falta más que un gato para que te perdone. Eros, las cosas no funcionan así. Te agradezco que hayas tenido en cuenta lo mucho que me gustan los gatos, y en especial esta raza, pero no por eso puedo perdonarte. Lo siento.

—Voy a lograrlo, me cueste lo que me cueste. Y por cada día que sigas diciéndome que no… te llegará algo. —La miré a los ojos. Intentaba mantenerse fría, pero vi un destello, un atisbo de esperanza—. Por hoy no te molesto más. Ah, y búscale un buen nombre al gato. —Le guiñé un ojo y me marché, sin dejar de sonreír.

Capítulo 38



Paula

—Te voy a llamar Ares —le dije al gato.

Estaba sentada en el sofá con él en mi regazo. Era precioso. No tengo palabras para describir la emoción que sentí cuando lo vi en aquella cajita en mi puerta.

La primera noche durmió conmigo. Para ser exacta: acurrucado sobre mi pecho. Cada vez que lo bajaba al colchón, a los dos minutos ya estaba trepando de nuevo y se acomodaba en mi barriga.

Se hacía un ovillo ahí, y yo, para no molestarlo, pasé casi toda la noche sin moverme. Me daba miedo que al darme la vuelta pudiera aplastarlo.

Así que Ares durmió a pata suelta… y yo apenas pegué ojo. Mi intención era dejarlo en su camita. De hecho, lo puse allí antes de acostarme. Pero cuando lo miré, sentado y con esos ojillos verdes fijos en mí, no pude resistirme: lo levanté y lo metí conmigo en la cama.

Tenía que reconocerlo: Eros había sabido cómo conquistar un pedacito de mi corazón al regalarme a Ares.

Ya me imaginaba su cara cuando se enterara del nombre que le había puesto al gato. Lo había elegido a propósito, para pincharlo un poco.

Llamaron a la puerta. Dejé a Ares en el sofá y fui a abrir. En el suelo había otra caja como la de ayer. Era imposible que dentro hubiera lo que estaba pensando.

La abrí… y sí, tal cual. Otro gato. Con otra nota pegada.

«Mi corazón no me permitía dejar a su hermana sola en la tienda. No pude resistirlo: tenía que estar junto a su hermano. Esta pequeña es hembra. Nena, por favor, perdóname y vuelve conmigo. No puedo vivir sin ti. Te amo. Eros»

¡Dios mío! Este hombre se había vuelto loco. Dos gatos de la misma edad, que ya eran grandes siendo bebés. La hembra era un poco más pequeña que Ares, normal: siempre solían ser más menudas.

Fui directa al teléfono y lo llamé.

—¿Te has vuelto loco? ¿Qué voy a hacer con dos gatos? Si casi no cabemos aquí. —No le di ni tiempo a saludar.

—Por el espacio no te preocupes. Tu casa es esta, no esa, y aquí sobra sitio para que se críen y correteen.

—Eros, esto no es normal.

—Tú tampoco habrías tenido corazón de dejarla sola. —Y en eso tenía razón—. ¿Me perdonas ya?

—No, Eros. No te perdono.

—¿Tan pronto has dejado de amarme?

Sentí un nudo en la garganta. No, no había dejado de amarlo. Lo seguía amando con todo mi corazón.

—Sabes que no es eso. No te voy a mentir: te amo. Pero estoy muy dolida.

—No sé qué puedo hacer para demostrarte lo arrepentido que estoy… del daño que te he hecho. Del daño que nos he hecho.

—El tiempo dirá.

—Bueno, al menos no es un «no». Con eso me basta por ahora. ¿Cómo estás hoy?

Lo cierto es que no podía ser borde con él. Mi corazón no me lo permitía. Suspiré.

—Estoy bien. No noto nada raro. Me tomo la tensión tres veces al día y está perfecta. No te lo había dicho aún, y no sé si alguien lo hizo por mí… es un niño. Al final me salí con la mía.

—Nena… déjame estar a vuestro lado. Necesito ver cómo crece tu barriga, sentir cómo se mueve mi hijo al oír mi voz… —Lo escuché llorar. Me partía el alma.

—Te lo he dicho para que te pusieras contento, no para que te pongas triste.

—Solo me he emocionado, te lo prometo. Estoy bien. —Mentía, lo sabía.

—Te dejo, quiero hacer unas cosas y necesito salir a comprar.

—¿Con quién vas a ir? Y no pienses que lo pregunto por celos… lo digo por si quieres que te acompañe.

—Voy sola. Mejor que no vengas conmigo. Hablamos otro día. Y ponte a trabajar, que tu imperio no se mueve solo. —Sabía que estaba dejando todo de lado por mí, y no quería que su empresa se resintiera.

—Ahora mismo me importa poco la empresa. Lo único que me importa sois tú y el niño. Si quieres que me ponga a trabajar… ven y oblígame.

No pude evitar reír. Siempre tenía una salida para todo.

—Mejor llamo a Manuela y que sea ella quien te dé un tirón de orejas.

—Manuela, no me habla desde que te fuiste. Solo me llamó para decirme que, hasta que volvieras a casa, no pensaba dirigirme la palabra. Así que ya sabes: tienes otro motivo más para volver.

—Eres un chantajista. Ahora sí que cuelgo, quiero salir.

—Ten cuidado, nena. Prométeme que si notas algo raro, me vas a llamar.

—Te lo prometo. —Entendí que hablaba del embarazo, porque de otra cosa no podía ser.

El día lo pasé entretenida. Entre las compras y los dos diablillos que tenía en casa no tuve un respiro. La verdad, me estaban haciendo mucho bien.

Mi ánimo había mejorado, no solo por ellos, sino porque poco a poco dejaba que Eros se acercara de nuevo. No voy a mentir: me daba miedo pensar que, si lo perdonaba y volvía con él, en algún momento pudiera reaccionar de la misma forma que aquella vez.

Pero me daba más miedo ser infeliz toda la vida.

Me estaba preparando el desayuno cuando sonó el timbre. Dejé lo que tenía entre las manos y fui a abrir. No, esto ya no era normal.

Este hombre se había vuelto loco. Recogí lo que había en el suelo y corrí a por el teléfono.

—¡¿Te has vuelto loco?! —le grité sin rodeos.

—Loco estoy por ti. Por lo demás, sigo muy cuerdo.

—¿Qué cojones voy a hacer con tres gatos? —pregunté, sin poder creer que hubiera dejado otro en la puerta. Este era completamente negro.

—Es otro hermano. Y voy a darte uno por cada día que tardes en perdonarme. Para tu información, hay más disponibles. Depende de ti si

quieres más… o no.

—Eros, ya está bien. ¡Son tres! —Negué con la cabeza, incrédula.

Sabía que no sería capaz de deshacerme de ninguno. Pero si aparecía con otro, iba a ser hombre muerto.

—Pues si no quieres más gatos, ya sabes lo que tienes que hacer.

—Te juro que cuando te vea, te mato.

—¿Quieres que vaya encantado para que me mates?

—Voy preparando el desayuno.

—Nena… ¿me estás diciendo que puedo ir a tu casa y que me vas a invitar a desayunar?

—Eso mismo.

—Estoy ahí en cinco minutos.

—Eros, no corras con el coche, por favor. Lo importante es que llegues.

—Te lo prometo: no voy a correr. Tengo que ver crecer a mi hijo.

Colgué el teléfono con la cabeza llena de pensamientos. Había tomado una decisión: darle una oportunidad. Se la merecía él, me la merecía yo… y se la merecía mi hijo.

No podemos condenar eternamente a una persona por un error. Sí, fue un error grave, pero el resto había sido maravilloso. Y yo quería volver a vivir esos días magníficos a su lado. Con él… o con nadie.

Estaba terminando de poner las tostadas en la mesa cuando volvió a sonar el timbre. Él aún tenía las llaves de mi casa, pero nunca las había usado desde que nos separamos.

—Entra con tus llaves, sé que las tienes encima —le grité desde la cocina.

—En vez de recibirme tú, me reciben estos tres personajes. —Entró con los gatos en brazos.

—Te pegan —dije riendo—, te ves muy tierno con ellos.

—Eres muy mala. —Lo noté inseguro, como si no supiera cómo acercarse.

Entonces fui yo la que, con un nudo en la garganta y el corazón a mil, me acerqué.

Fui dejando uno a uno a los gatos en el suelo. Después me puse de puntillas, acerqué mis labios a los suyos y, sobre ellos, pronuncié las palabras que ambos ansiábamos.

—Te perdono. Porque no puedo olvidarte, porque no puedo dejar de amarte, porque cada segundo sin ti es una agonía. Te perdono porque cualquiera puede cometer un error… y porque quiero que veas cómo crece nuestro hijo.

En ese momento los dos llorábamos.

—Nena… —susurró—, no sabes lo que significa para mí que me des otra oportunidad. Te prometo que te haré feliz toda la vida. Nunca faltará un día en el que no te sientas amada.

—Basta de promesas. Bésame.

Y lo hizo, con las mismas ganas que yo tenía de besarlo.

—Gracias —murmuró sobre mis labios.

Sé que iba despacio, pero yo necesitaba más. Habían sido demasiados días sin él: sin sus manos, sus besos, su cuerpo sobre el mío.

Respirábamos el mismo aire, jadeantes, dejando escapar gemidos ahogados. Profundicé el beso, y él lo recibió encantado. Mis manos buscaron

los botones de su camisa, pero las suyas se posaron sobre las mías para detenerme.

—¿Estás segura de esto? —preguntó con esperanza y miedo.

—¿Estás segura de esto? —me preguntó, con la esperanza brillando en sus ojos, mezclada con el miedo.

—Completamente segura. Te necesito ya.

—Yo también te necesito… como el aire para respirar.

Me cogió en brazos y me llevó a la habitación. Nos desnudamos lentamente, el uno al otro, entre besos suaves y tiernos cargados de promesas no dichas. No hacía falta pronunciarlas: los dos hablábamos el mismo idioma.

El idioma de las miradas, de las sonrisas, de los besos y de las caricias. Muchas veces los silencios dicen más que las palabras, y este era uno de esos momentos.

Me tumbé en la cama, abriendo las piernas para dejar que me amara. Porque cuando se trata de hacerlo con amor, se siente mucho más que cuando es solo sexo.

Nos entregamos el uno al otro, sellando en nuestros cuerpos las promesas que nos habíamos hecho… y las que nos debíamos a nosotros mismos.

No faltaron los besos dulces, los dedos entrelazados ni las miradas cargadas de lágrimas, desbordadas por todas las emociones contenidas.

Nos entregamos para sellar que nos habíamos perdonado y que todo había quedado en el olvido, porque cuando se perdona con el corazón se olvida lo malo para no reprocharlo nunca.

Nos entregamos con las ganas de tener una vida en común para siempre, viendo crecer a nuestros hijos.

Nos besamos con ansias, con fuerza, con una ilusión renovada, porque a partir de hoy empezaba nuestra nueva vida.

—Te amo —susurré cuando terminamos.

—Te amo —respondió él, todavía en mi interior.

Después salió, se tumbó a mi lado y me abrazó. Apoyé la cabeza sobre su pecho, como tantas otras veces, y por fin pude respirar feliz.

Me sentía plena, con ganas de comerme el mundo, con ganas de vivir. Estaba pensando en eso cuando lo escuché reír.

Levanté la cabeza para preguntarle de qué se reía.

—Mira los espectadores que tenemos. —Me señaló un rincón de la habitación.

A un lateral de la cama, los tres gatos estaban sentados uno junto al otro, mirándonos fijamente.

—Hemos hecho el amor delante de menores —dije, y el soltó una carcajada.

¡Qué bonito era verlo reír de nuevo! Y qué hermoso también que yo volviera a tener ganas de hacerlo.

—Todavía no me has dicho el nombre que le has puesto. —Apoyé los codos en su pecho y la barbilla en mis manos para mirarlo bien.

—El único que tiene nombre es el primero que me regalaste. A los otros todavía no me ha dado tiempo de buscárselos.

—¿Y cómo le has puesto?

—Ares. —Me encantó ver la cara que puso.

—Nena, eres demasiado maquiavélica… pero me gusta. Es un nombre con carácter.

—El negro no sé si es macho o hembra.

—Es otro macho. Habrá que esterilizarlos cuando sean un poco mayores.

—Sí, porque más gatos, no, por favor. Dios mío… tres gatos y, dentro de poco, un bebé. Me voy a volver loca.

—No, porque yo voy a estar junto a ti en todo momento. —Sabía que era una promesa, y que la iba a cumplir.

—Ya sé qué nombres ponerles: al gato, Zeus; y a la gata, Atenea.

—Me ha quedado claro que te gustan los nombres de los dioses griegos.

—Los gatos me los ha regalado mi dios griego particular… qué menos que ponerles nombres que estén a su misma altura.

Capítulo 39



Eros

Todo volvió a la normalidad, y cuando digo todo, es todo.

Cuando estuve seguro de que Paula ya no estaba en peligro por culpa de Selena, hablé con ella y le conté todo.

Al principio se quedó impactada, sin saber qué hacer ni qué decir. Después lo asimiló, y sé que sintió lo que le pasó a mi hermana, a pesar de todo el daño que le había hecho.

Di el paso de contárselo porque el investigador que contraté dio con el paradero de mi hermano. Tengo que decir que me dolió mucho cómo terminó.

Vamos paso a paso, para que sepáis de qué estoy hablando.

Mi hermana podía haberlo tenido todo: mi cariño, el de mi mujer y, seguramente, el de mi hijo. Sin embargo, solo encontró la muerte.

Sí, porque cuando una persona nace entre privilegios, lujos y todos los caprichos del mundo, y luego lo pierde todo, no sabe qué hacer. No puede vivir una vida en la pobreza. Muchos se quitan la vida… y ese fue el final de Selena.

No puedo decir que no me dolió su muerte, porque, a pesar del daño, lo sentí mucho. No me sentía culpable por habérselo quitado todo; en mi conciencia no recaería la decisión que ella, voluntariamente, había tomado. Pero sí me dolió.

Y con su muerte, la vida de mi mujer y de mi hijo estaba asegurada. Lo sentía mucho por ella, pero para mí lo más importante eran mi compañera de vida y mi hijo.

Ese hijo que había decidido que hoy era el día indicado para venir al mundo.

Estábamos sentados en el sofá, frente a la chimenea —aún hacía algo de frío, y encima era de noche—.

Pues eso: estábamos allí sentados cuando Paula sintió una molestia en la parte baja de los riñones, que se le fue al centro de la vagina. Se levantó, incómoda como estaba, y al hacerlo un torrente de agua le bajó por las piernas.

Había roto aguas, y con ello se hicieron presentes mis miedos: miedo a que pasara algo en el parto, miedo a que ella sufriera y yo no poder hacer nada para evitarlo, miedo a no ser un buen padre.

Llamé a mi cuñado para decírselo y que fuera él quien avisara al resto de la familia. Amaya no iba a poder ir; con su hija de apenas dos meses no era plan que estuviera allí, y mucho menos de noche.

—Dime que estás bien. —Necesitaba que me tranquilizara; sé que tendría que ser al revés, pero ahora mismo estaba tan nervioso que no sabía ni lo que hacía.

—Estoy bien. Por ahora es solo una molestia… recemos para que no duela mucho, o te va a dar algo. —En vez de estar animándola yo, era ella la que lo hacía conmigo.

—Cojo la bolsa con las cosas y nos vamos.

—Eros, antes me voy a dar una ducha. No voy a salir de casa con el pijama, y mucho menos mojado.

—¿Cómo que te vas a duchar? Te cambias y listo. De todos modos, te vas a volver a manchar.

—No puedo creer que me digas eso, sobre todo cuando eres tú el que está todo el día duchándose.

—Yo no estoy de parto.

—Me da igual, me voy a duchar y punto.

—Mira que eres cabezota.

—No sé de qué te asombras, si ya me conoces.

—Venga, que te ayudo… no vaya a ser que el niño se te escape de entre las piernas.

—No voy a hacer caso a las tonterías que estás diciendo, porque creo que se deben a los nervios.

Y se fue andando tan tranquila hacia el baño.

—Ares, Zeus, Atenea… ¿dónde están mis niños?

—¿Quieres dejar a los gatos e irte a ducharte?

—Me tengo que despedir de ellos, voy a estar unos días sin verlos. ¿Tú crees que podrías meterlos un ratito en el hospital sin que se den cuenta?

—Claro, mujer, eso lo puedes dar por seguro.

—Cariño, la ironía no te pega nada de nada.

—Ni a ti la tontería que acabas de decir. Paula, o te duchas de una vez, o te cojo en brazos y nos vamos tal y como estás, me da igual.

—Vale, vale… —Se fue para el baño refunfuñando con la poca paciencia que le quedaba.

Yo tendría poca, sí, pero ella tenía más de la cuenta… tanta, que estaba acabando con la poca que me quedaba a mí.

No consintió salir de casa sin antes coger a cada uno de los gatos para darles un poco de mimo y unos cuantos besos. Después de esa noche estaba seguro de que iba a envejecer diez años del tirón.

Cuando llegamos al hospital, ya estaban allí todos.

—Yo creía que estabas dentro, ya —le dijo mi suegra.

—No, porque a la señorita se le ha antojado ducharse antes, y tampoco podía salir de casa sin despedirse de los gatos.

—Hija, ¿te están dando las contracciones muy seguidas? —le preguntó su madre, preocupada.

—Más o menos cada tres minutos.

—Me cago en la puta, hermana, más vale que entres si no quieres tenerlo aquí mismo, en el pasillo. —Cuando mi cuñado dijo eso, mandé a la mierda el autocontrol y la cogí en brazos para llevarla dentro.

—Cariño, no me duele tanto… creo que mi hermano lo ha dicho para asustarte.

—Los cojones, lo ha dicho porque será verdad.

La metieron dentro rápido en cuanto expliqué que había roto aguas y que tenía contracciones cada tres minutos.

La desnudaron enseguida; a mí me dieron una bata para que me la pusiera mientras terminaban de arreglarla.

—Estás completamente dilatada; si llegas a tardar cinco minutos más, lo hubieras tenido de camino —le dijo el médico que la revisaba.

—Nena, eres única para darme sobresaltos.

—Muy bien, Paula, en cuanto te venga una contracción tienes que empujar con todas tus fuerzas hasta que yo te diga que te detengas.

—Vale, estoy preparada… El que creo que no lo está es mi marido. —La miré con miedo, pero sobre todo con amor.

—Estoy preparado para conocer a nuestro hijo —dije, lleno de ilusión.

—Bien, porque me está viniendo una y esta es grande. —Aun con dolor me dedicó la sonrisa más bonita del mundo.

Evan llegó al mundo un cinco de febrero, a las dos y veinte de la madrugada, y con su llegada sentí un nuevo sentimiento en el pecho: uno de protección total, uno que me hizo completamente feliz, uno que me hacía capaz de acabar con el mundo con tal de que a él no le pasara nunca nada.

Fue un parto bueno. Solo tuvieron que darle dos puntos, para lo grande que había nacido el niño. Tenía el pelo negro, como yo, y los ojos todavía no se podían distinguir con claridad, pero todo apuntaba a que serían verdes, también como los míos.

Cuando lo acuné por primera vez entre mis brazos, fue la sensación más maravillosa del mundo. El amor que sentí en ese momento fue tan inmenso que no tenía palabras para describirlo.

Toda palabra se quedaba pequeña, insignificante, frente a lo que sentía.

—Gracias, nena… gracias por dejarme vivir este momento, gracias por hacerlo posible, gracias por todo lo que me has dado —le dije, con lágrimas corriendo por mis mejillas.

—Gracias a ti, por ser como eres, por amarme y por amarlo a él. —Con mi hijo envuelto en una manta y en mis brazos, me incliné para darle un beso.

Dos días después les dieron el alta a los dos. Estaban muy bien; a Paula le dijeron que los puntos se le caerían solos en unos días. En cuanto al ombligo de Evan, nos dieron las indicaciones para las curas y que antes de quince días se le desprendería.

—Tengo ganas de ver la reacción de los gatos cuando vean a Evan —me dijo, cuando aparqué el coche en la entrada de casa—. A los tres les encantaba estar cerca de la barriga.

—Seguro que lo aceptan bien —respondí convencido. A pesar de que eran jóvenes, estaban muy bien educados; Paula se había encargado de ello.

Como era de esperar, se fueron acercando a nuestro hijo poco a poco. Primero olfatearon el ambiente y, cuando se acostumbraron al olor, dieron unos pasos hacia él.

Paula se emocionó al ver cómo, los tres a la vez, posaban sus cabezas sobre el cuco, mirando fijamente al niño sin apartar la vista.

La verdad, fue lo más tierno que había visto en mi vida en lo relacionado con animales. Yo no tenía mucha experiencia con ellos, pero Paula me había mostrado ese lado tan hermoso de convivir con ellos.

Más que animales, eran seres que daban tanto sin pedir nada a cambio… que terminaron por conquistarme por completo.

Amaban de manera incondicional a sus compañeros humanos. No entendían de dinero, de clase, de posición. Solo sabían dar amor sin esperar nada.

Convivir con ellos te hacía ver el mundo de otra forma, una donde la empatía era más fuerte.

—Mira, si es que mis niños son muy listos. Estoy segura de que lo van a proteger por encima de todo, y que crecer con ellos hará que Evan sea una persona mucho mejor.

—Estoy seguro de ello, nena.

Epílogo



Diez años después…

Paula

—Daniela, deja a tu primo en paz. —Escuché a mi hermano riñendo a su hija mayor.

Estaba segura de que mi sobrina estaba fastidiando a mi hijo Evan. Se llevaban solo dos meses, pero Daniela era muy movidita —por decirlo de alguna manera— y Evan era todo lo contrario a ella.

—Jo, papá, es que Evan es muy aburrido. Nada más que le gusta leer y estar en el despacho del tío Eros.

—Pues vete a jugar con tu hermano, que él lo está deseando.

—Con mi hermano no me gusta jugar, es muy malo, me tira del pelo cuando no lo veis.

Vamos a empezar por el principio, para que no os hagáis un lío.

Como ya sabéis, mi hermano tuvo a su hija Daniela dos meses antes de que yo tuviera a Evan. Después de ella llegó mi sobrino Óscar, dos años más tarde, así que tenía ocho. Y sin esperarlo, nació Carmen, que se llevaba cinco años con su hermano Óscar.

Daniela era un auténtico terremoto: de buen corazón, sí, pero un culo inquieto. Su hermano era otro calco de ella. Menos mal que la pequeña, por lo que parecía, iba por otro camino, mucho más tranquilo.

Vamos, que mi hermano y Amaya no se aburrían. Como matrimonio les iba muy bien; a la vista estaba, con tres hijos. Mi amiga dejó el trabajo para dedicarse a ellos. Decía que prefería estar pendiente de sus niños antes que dejarlos de un lado para atender un empleo. Si era lo que quería, a mí me parecía perfecto.

Dejando a un lado a mi hermano, mi cuñada y mis sobrinos, os voy a contar un poquito sobre mi Pablo.

¿Recordáis a Héctor? Pues no siguieron juntos. Después de dos años de convivencia lo dejaron. ¿El motivo? Héctor se fue con otro y dejó a mi amigo hecho polvo. Pero gracias a Dios, un año después apareció Javier en su vida.

Era diez años mayor que Pablo y, con su llegada, trajo estabilidad y el verdadero amor. Con él formó su familia.

Fue a Pablo a quien le ofrecí el traspaso de mi salón. No se lo cobré, ni loca. Solo se lo ofrecí por si quería continuar. Cuando me dijo que sí, cambié todo a su nombre. Hoy en día es uno de los salones de belleza más importantes de la ciudad.

Ahora mismo estaban a punto de adoptar a su hijo. Tanto Pablo como Javier estaban deseosos de tenerlo entre sus brazos. Cuando les dijeron que había un niño de tres años al que nadie quería adoptar porque era sordo, no lo pensaron dos veces: ellos dijeron que sí.

Desde entonces se habían volcado en aprender lenguaje de signos. El resto de la familia también lo estábamos haciendo, porque mi sobrino tenía todo el derecho del mundo a comunicarse con su gente.

Mi madre, como ya os dije, seguía igual: completamente volcada en sus «ciento» nietos… en realidad eran seis, pero el séptimo, Aarón, el hijo de Pablo y Javier, ya venía en camino.

Como iba diciendo, mi madre estaba pendiente de sus nietos y seguía sin querer saber nada de amores que no fueran los de su familia. Si así era feliz, yo también lo era.

Y ahora llegamos a mis tres niños. Ojo, mis tres niños, que no significa hijos. El amor que Ares, Zeus y Atenea sentían por mis hijos era increíble. Donde iban ellos, iban los gatos también.

Esos tres hermanos gatunos nos daban vida a todos. Sé que el día que, por desgracia, nos dejen, lo pasaremos muy mal. Por mucho que me cueste reconocerlo, es ley de vida.

Mi hijo Evan, ya lo conocéis. Dos años después llegó mi hijo Eros, sí, le pusimos el mismo nombre que a su padre. Aunque el pequeño se parecía más a mí que a él… en todo, menos en tamaño, gracias a Dios.

Y sí, mis hijos se llevaban lo mismo que los dos primeros de mi hermano.

Evan era tranquilo, un niño dulce, amante de la lectura y de estar junto a su padre. Eros, en cambio, era un trasto con patas. En cuanto te distraías, hacía una de las suyas. Mira que se llevaba castigos, pero nada… él seguía. Ese no daba su brazo a torcer ni queriendo.

Con Eros —y ahora hablo de mi marido y compañero de vida— todo nos iba bien. Si no hubiera sido así, cada uno se habría ido por su lado, pero como no era el caso, seguíamos juntos.

No tengo ni idea de cómo serían los demás matrimonios, pero en el nuestro el amor crecía cada día un poco más.

Como ya dije, traspasé el salón y ahora trabajaba codo con codo junto a mi marido. Y lejos de crear disputas, eso nos acercaba todavía más. Aunque tengo que admitir que muchos días parábamos un rato el trabajo para dejarnos llevar por el momento del calentón. Eso sí, solo cuando los niños estaban en el colegio.

—Pues entonces vete a jugar con tu primo Eros. —Mi hermano seguía intentando que su hija entrara en razón.

—Uff, con mi primo menos todavía. Yo creo que los titos tendrían que haber llamado a ese niño Ares, en vez de Eros, porque parece el dios del inframundo.

—Pues anda que tú. —Apareció el aludido, sin pelos en la lengua.

—Cállate, o le digo a mi tía que le has cogido todos los relojes a tu padre y les has cambiado la hora.

No pude contener la carcajada que se me escapó. Cuando Eros se diera cuenta, iba a poner el grito en el cielo.

—Tonta, ya te ha oído mi madre.

—Eros —lo llamé.

—¿Sí, mamá?

—Ya sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad?

—Pero es que yo todavía no me sé las horas.

—Pues dile a tu abuela que te ayude.

—Vale, mamá, pero antes… ¿me das un besito? —Siempre hacía lo mismo: pensaba que porque le diera un beso se libraría del castigo. ¡Bendita inocencia!

Que conste, inocencia solo para lo que le interesaba.

—Paula, tu dios griego, requiere de tu ayuda. —A pesar de los años, Pablo seguía llamándolo así.

—Voy. Daniel, vigila al diablillo este —le dije a mi hermano, para que no le quitara ojo de encima a mi hijo.

De camino a la cocina me encontré con mi cuñada y con mi sobrina Carmen.

—¿Dónde andabais vosotras? —les pregunté.

—En el baño. Aquí la tonta de tu sobrina se ha dejado pintorrear la cara con rotulador permanente. Vamos, que tu hijo y el mío están hechos unos artistas.

—A un colegio militar los vamos a tener que mandar. —Me agaché a darle un beso a mi sobrina—. Anda, ve a jugar con Atenea, que antes la vi buscándote.

Seguí hacia la cocina y allí, entre fogones, estaba el hombre de mis sueños.

—¿Me buscabas?

—Solo porque te echaba de menos. —Se inclinó para darme un beso rápido.

—Yo también. Dime, ¿en qué te ayudo?

Manuela solía encargarse de la comida, pero como hoy era domingo, lo hacía Eros.

A él le encantaba cocinar, y yo lo odiaba. Solo entraba de vez en cuando para ayudarlo… o porque me apetecía estar con él.

—Ya que te has ofrecido, pica esas verduras.

Estar en la cocina con él solía convertirse en un juego de provocaciones: roces, palabras, miradas. Y claro, en cuanto podíamos escaparnos, esas provocaciones acababan en la intimidad de cualquier rincón.

—Te amo —me dijo abrazándome por la espalda y dejando un beso en mi cuello.

—Yo también te amo, más que a mi vida. —Giré la cabeza para darle un beso en los labios.

En nuestra familia no hacían falta días señalados para reunirnos. Nos bastaba cualquier instante, porque la verdadera familia no entiende de excusas ni de calendarios: permanece unida frente a todo… y así, unidos, seguíamos caminando nosotros.

¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.

Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.

¡¡Nos vemos por allí!!

Sarah Rusell.

Facebook: Sarah Rusell
Instagram: @sarah_rusell_autora
Página de autora: relinks.me/SarahRusell
Twitter: @ChicasTribu